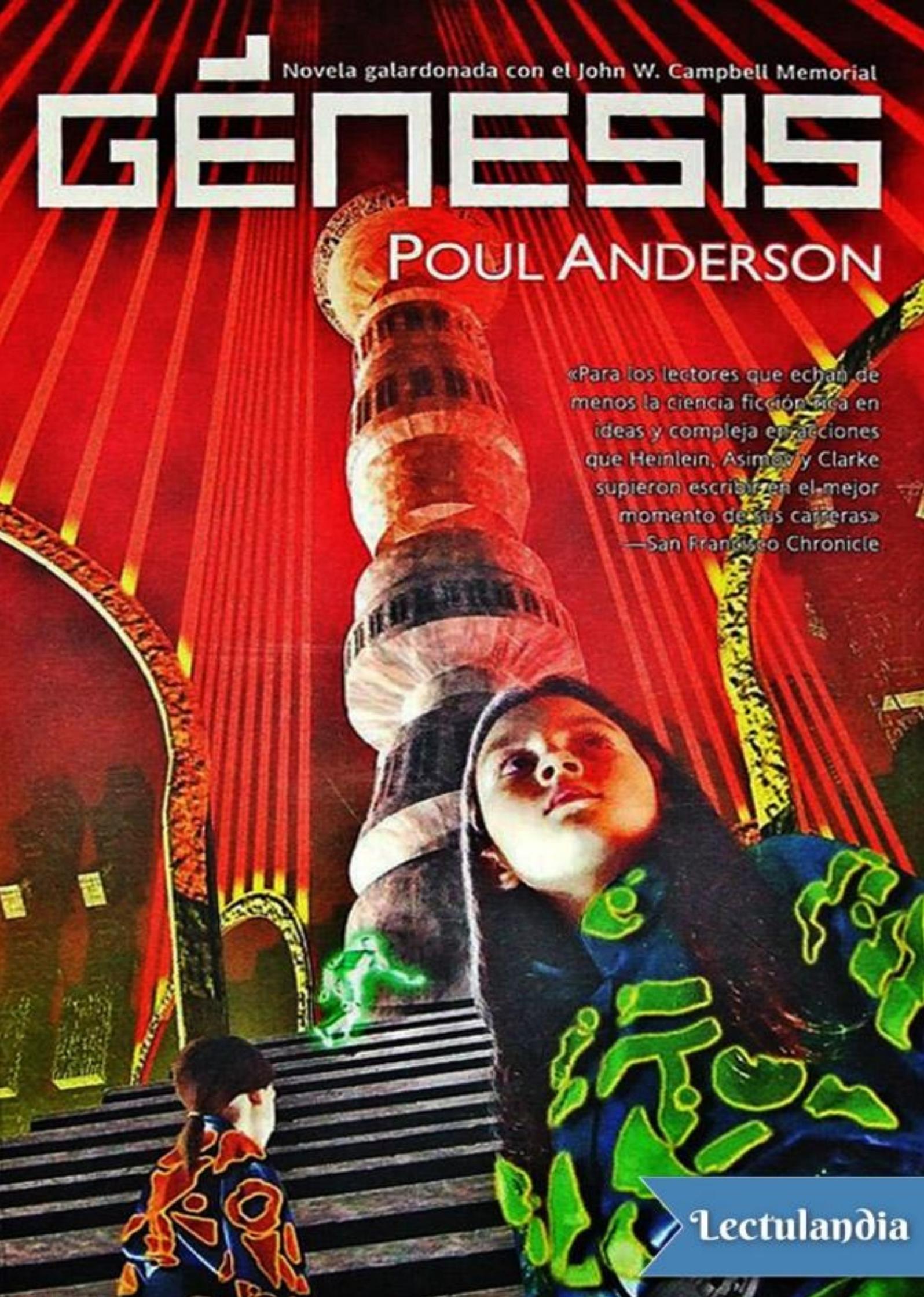


Novela galardonada con el John W. Campbell Memorial

GÉNESIS

POUL ANDERSON

«Para los lectores que echan de menos la ciencia ficción rica en ideas y compleja en acciones que Heinlein, Asimov y Clarke supieron escribir en el mejor momento de sus carreras»
—San Francisco Chronicle



Lectulandia

La inteligencia artificial ha llegado a un nivel de desarrollo que permite depositar el contenido de la mente humana en un ordenador para lograr una especie de inmortalidad híbrida. El astronauta Christian Brannock da la bienvenida a este avance tecnológico, que le facilitará la consecución de su sueño: explorar las estrellas.

Mil millones de años después, Brannock es enviado a la Tierra para investigar ciertas anomalías. Durante su estancia conoce a Laurinda Ashcroft, otro depósito híbrido. Brannock y Laurinda unen sus fuerzas para investigar a Gaia, la mente suprema que domina el planeta, y conocer la verdad de sus terroríficos planes secretos para la Tierra.

Lectulandia

Poul Anderson

Génesis

ePub r1.1
algarri 30.08.14

Título original: *Genesis*
Poul Anderson, 2000
Traducción: Beatriz Ruiz Jara

Editor digital: algarri
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Para Greg Bear, Gregory Benford y David Brin,
Abejas Asesinas y artesanos cósmicos

PRIMERA PARTE

«Perseguir el conocimiento como una estrella al caer, más allá de los límites más remotos del pensamiento humano».

Lord Alfred Tennyson

Ésta es la historia de un hombre, una mujer y un mundo. Sin embargo, también la recorren fantasmas y dioses. Y el tiempo, que es el más misterioso de todos ellos.

Un muchacho permanecía de pie en lo alto de una colina mirando hacia el cielo. La brisa que lo rodeaba era un poco fría, parecía susurrarle al oído cosas acerca de los espacios remotos. No se quitó la capucha de la parka y los guantes no le entorpecían demasiado los dedos para manejar el telescopio que había llevado hasta allí. Ya por entonces, antes del equinoccio de otoño, el verano llegaba a su fin en el valle de Tanana y las noches se iban alargando rápidamente. Aún persistía algo de calidez en el bosque que rodeaba la cima desnuda; percibió la última y suave fragancia de la píceca.

Por encima de él, la oscuridad se llenaba de brillo: la Vía Láctea la surcaba de escarcha, la Osa Mayor se inclinaba y Capella eclipsaba a Polaris al norte, la rojiza Arturo y Altair flanqueaban la acerada Vega al oeste; todo un desconcierto de estrellas. Pese a que la luna estaba baja, las copas de los árboles se erigían grises bajo la luz de los astros.

Entre ellas surgió una chispa, un satélite en una órbita de gran inclinación. El chico la siguió con la mirada hasta que se esfumó y un sentimiento de anhelo le inundó: ¡estar allí afuera!

Lo lograría; algún día lo haría.

Mientras tanto, tenía todo aquel paraíso. Lo mejor era ponerse manos a la obra, tenía que estar en casa a una hora razonable. Al día siguiente, su equipo de gyrobball del colegio tenía entrenamiento, quería resolver unas cuantas series de Fourier más (si lo hacía el ordenador solo, nunca iba a saber cómo continuar) y por la noche iba a llevar a cierta chica a bailar. Quizá después tuviera la suficiente serenidad como para recitarle un poema que le había escrito. Apartó apresuradamente aquel pensamiento para más tarde.

Sus metas astronómicas habían superado los avistamientos más corrientes y solo se paró un instante a saborearlos: esta vez iba buscando un par de objetos Messier y no había necesidad de estropear la adaptación de su vista a la oscuridad. Indicó un número de catálogo a la montura del telescopio. Éste encontró la RA y la DEC, calibró el instrumento y empezó a rastrear. Se inclinó sobre el ocular y accionó los mandos. Por alguna razón, siempre era mejor que el instrumento enfocara por sí mismo.

El objeto apareció difuminado y brumoso en el campo visual, no tenía potencia suficiente más que para dibujar apenas una estructura. Pero no era una nebulosa, sino una galaxia, la más remota de las que había buscado hasta entonces: soles a billones, naciendo y muriendo; esferas de neutrones en espiral; agujeros negros insondables;

nubes de sustancia de estrellas; con certeza, planetas y lunas y cometas; sin duda (¡oh, por favor!), criaturas con vida, quizá (¿cómo saberlo?), alguna que lo estuviera mirando a él, haciéndose las mismas preguntas.

«No, estúpido, —se reprendió—. Está demasiado lejos. ¿A cuántos años luz? No lo recuerdo exactamente».

No solicitó el dato inmediatamente. Al sur, había visto el brillo espléndido de Andrómeda a través de seis diámetros lunares de arco y estaba a un par de millones. Estaba observando otra era geológica.

No, ni siquiera eso. Últimamente había añadido la geología a sus intereses y un día se dio cuenta de que en la Tierra había magnolios en flor cuando surgieron las Pléyades. Aquello reforzaba la sensación de que el cosmos era una unidad a la que también él pertenecía. Bueno, el grupo de estrellas está solo a unos cientos de pársecs. (¡Solo!). En realidad no era tan ridículo imaginar qué podía estar sucediendo allí mientras miraba, tres siglos y cuarto después de que la luz que ahora mismo le iluminaba los ojos hubiera salido de allí. Pero en el extremo opuesto de otros abismos mucho menos profundos que éste al que ahora se enfrentaba, la simultaneidad no tenía ningún significado. Nunca podría atenuar la incertidumbre sobre si habría algún espíritu que compartiera su vida desde tan lejos. No podía ser.

El frío de la noche parecía metérsele en el cuerpo a través de las rendijas y las lentes. Tembló, se enderezó y de repente miró a su alrededor impulsivamente, en busca de consuelo.

El aire le zumbaba en la nariz, sentía el pulso de la sangre. El bosque se extendía con toda su altura hacia el horizonte, en todas direcciones. Otro satélite pasó rozándolo. Se oyó ulular a un búho.

La tierra se mantenía firme bajo sus pies. Un guijarro cercano, erosionado, probablemente marcado por un glaciar, contenía el mismo testimonio de la perdurabilidad. Si la ciencia humana le preguntara su edad, la respuesta sería tan real como esa piedra.

«No somos pedacitos de nada, —pensó el muchacho casi desafiante—. Nosotros también contamos. Nuestro sol tiene un tercio de la edad del Universo. La Tierra no es mucho más joven, lo mismo que la vida que la habita. Y hemos llegado a conocer todo esto por nuestros propios medios».

El silencio de las estrellas respondió: «lo habéis medido, pero ¿lo entendéis? ¿Podrías llegar a entenderlo?».

«Podemos reflexionar sobre ello, —declaró—, y hablar sobre ello. ¿Puedes tú?».
¿Por qué parecía que la noche se quedaba a la espera?

«Vale, sí, —pensó—, no podemos verlo o sentirlo de la misma forma que las cosas que nos rodean. Si intento imaginar unos ladrillos o una hilera de objetos, mi límite es de media docena. Si hubiera estado contando desde que nací y siguiera hasta

morir, no llegaría más allá de veinte mil millones. Pero puedo razonar e imaginar. Es suficiente».

Siempre se le habían dado bien los números, los reducía a escala hasta que se le depositaban en la mente como si fueran un puñado de piedrecitas en la palma de la mano. Incluso aquellas edades astrofísicas... No, quizá tampoco tenía sentido volver otra vez sobre la creación cuántica. Demasiadas cosas demasiado raras habían sucedido en demasiado poco tiempo. Pero, después de todo, para las estrellas, el tiempo había transcurrido de la misma forma que para él mismo, la cronología de la vida era sencillísima.

No es que hubiera un punto de partida exacto, los indicios eran demasiado difusos. Además, lo más probable era que ese momento ni siquiera existiera. La química evolucionaba y no tenía un punto exacto en el que se pudiera afirmar que algo había cobrado vida. No obstante, no había duda de que hacía tres mil quinientos o cuatro mil millones de años que la materia animada había iniciado su existencia.

La mente del chico se sobresaltó como si lo hubiera sorprendido un meteorito. «Vamos a dividir la diferencia y llamaremos a la fecha 3650 millones ANE, —pensó—. Un día representa diez millones de años; la vida se inició el 1 de enero y es medianoche del 31 de diciembre, al filo del año nuevo».

Así que, hacia abril se desarrollaron las células simples: núcleo, ribosomas y todo lo demás. Las células se unieron, las algas liberaron oxígeno a la atmósfera y para noviembre, los primeros trilobites se arrastraban sobre el fondo marino. La vida inundó la Tierra alrededor de Acción de Gracias, los dinosaurios aparecieron a principios de diciembre y se extinguieron el día de Navidad. Los homínidos se separaron de los simios esta mañana y el *Homo sapiens* hizo su aparición hará unos quince minutos. Tenemos conocimiento de menos de un minuto de historia. Y allí estaban, midiendo el universo, surcando el sistema solar, planeando misiones a las estrellas.

«¿Dónde estaremos al amanecer?», se preguntó aturdido.

Pero el momento pasó. Sabía que la empinada cuesta era un espejismo. Pasar de gusano a pez era un proceso inmensamente más largo que pasar de pez a mamífero, porque los cambios eran muchísimo mayores. En comparación, un insectívoro ancestral se parecía a un simio y éste era casi idéntico a un ser humano.

«Es lo mismo, —pensó el chico—, nos hemos convertido en una fuerza de la naturaleza y no solo en este mundo. Nunca se había visto nada como nosotros; nuestra fina capa extra de cerebro nos ha llevado a atravesar el umbral».

«Pero ¿qué umbral? ¿Qué hay más allá?».

Se estremeció de nuevo, dejó de lado la pregunta y siguió observando las estrellas.

En rigor, estaba equivocado: no había ningún detalle que hiciera única a la humanidad. Casi todos los animales tenían lenguaje, se comunicaban entre sí; en algunos casos, parte de ese lenguaje se aprendía, no era innato, y podía llegar a evolucionar hacia auténticos dialectos. Muchos tenían tecnologías, fabricaban cosas; algunos empleaban herramientas, se valían de elementos ajenos para realizar tareas concretas. Unos pocos creaban sus propios artilugios, moldeaban levemente ciertos objetos. Tres o cuatro especies lo hacían con la ayuda de algún instrumento aparte de los dientes y las manos.

Y, no obstante, ninguno de ellos se acercó al ser humano en ninguno de estos aspectos. El lenguaje no ha evolucionado de forma tan rica y poderosa en ninguna otra estirpe, puesto que surgió a raíz de su capacidad de razonamiento y abstracción sin precedentes. Fueron los maestros por excelencia en el uso de las herramientas desde antes de alcanzar por completo su condición humana; el fuego y la piedra y la madera talladas fueron imprescindibles para seguir evolucionando. Finalmente, el alcance de su tecnología fue tal que la selección natural dejó de tener una importancia significativa. Al igual que los insectos sociales y los diversos moradores de los océanos, estaban tan adaptados a su entorno que no parecía probable que fueran a evolucionar durante millones de años. En su caso, no obstante, ellos mismos crearon, o eran, su propio entorno. Se podría decir que habían cruzado un umbral.

Así pues, debemos afirmar que uno nuevo, más fatídico, estaba por llegar.

Y es que la tecnología no permaneció estática, siguió avanzando a un ritmo aún más frenético. La evolución tecnológica era radicalmente distinta a la biológica: no seguía el darwinismo, que se regía por la contingencia, la competición y el impulso ciego de reproducción, sino que seguía el lamarckismo, que se guiaba por objetivos. Sus unidades de herencia no eran los genes, sino los memes: ideas, conceptos transformados deliberadamente o mantenidos intactos de acuerdo con las necesidades previstas.

El conocimiento también aumentó de un modo más bien orgánico y arbitrario hasta que la tecnología hizo posible la ciencia, la búsqueda sistemática de información verificable. A partir de entonces, ambas empezaron a nutrirse mutuamente y el ritmo se aceleró todavía más.

Era como si la tecnología estuviera adquiriendo vida propia, como si actuara de forma independiente e inexorable. La pólvora derrumbó sociedades enteras, la máquina de vapor provocó cambios fundamentales en las civilizaciones, su sucesora de combustión interna convirtió el planeta en un único y problemático vecindario, mientras impulsaba una agricultura que alimentaba a miles de millones, pero mataba de hambre lo que quedaba de naturaleza salvaje. Los ordenadores reformaron la

industria, la economía y la vida cotidiana hasta hacerlas prácticamente irreconocibles, debilitaron las libertades y abrieron una vía hacia el espacio. Internet, que fue creada como vínculo entre los centros militares, se expandió a lo ancho del planeta en cuestión de años; nada había revolucionado más las comunicaciones y el acceso al conocimiento desde los tipos móviles: puso freno a dictaduras y sacó de sus casillas a gobiernos de todo el mundo. La automatización dejó obsoletas las técnicas tradicionales, lo que dio paso al resentimiento y la desesperación al mismo tiempo que a la riqueza y las nuevas esperanzas.

Recibió el nombre de «inteligencia artificial», dadas las cualidades de los sistemas más avanzados; algunos de ellos se dedicaron a desarrollar esa misma tecnología. Pronto se hicieron con el negocio al completo.

El chico se convirtió en un hombre. Durante un tiempo se aventuró en la Tierra y después salió al espacio, como había soñado.

Las máquinas siguieron evolucionando.

Mucho tiempo después, tanto que casi no cabe en la imaginación, Christian Brannock rememoró aquel día, ya que había sido, de alguna forma, tanto un final como un inicio.

No fue consciente de ello hasta que repasó el total de su vida y de su existencia ulterior. En aquel momento, estaba bloqueado por completo en el tiempo y el espacio. Ni siquiera era de día, a excepción de un reloj que marcaba las horas de Norteamérica y, en aquel momento, la Tierra se encontraba a unos cien millones de kilómetros de distancia en dirección a las estrellas, mientras en la base Clement aún era de noche.

Se aproximaba la salida del sol, aunque lentamente. Entre amanecer y amanecer se producían ciento setenta y seis rotaciones terrestres. No se daba la circunstancia de que aquellos hombres hubieran contemplado alguna vez directamente un paisaje diurno sobre Mercurio: aunque el resplandor quedaba reducido a un nivel soportable gracias a un vidrio tintado, había otras radiaciones que sí podían traspasarlo. Las máquinas del exterior las observaban. La mayoría eran robots con diversos niveles de autonomía, pero uno de ellos era superior.

Gimmick no conocía la oscuridad. A lo largo de quinientos kilómetros, Christian veía a través del láser la luz de radar, la luz de las estrellas amplificadas; palpaba mediante dedos y zarcillos metálicos, con sensores en la base, a medida que el cuerpo avanzaba sobre el regolito, entre pequeñas fluctuaciones; percibía sabores y olores a través de haces de luz oscilantes de electrones y partículas nucleares; oía electrónicamente el murmullo de la radiactividad en la roca que le rodeaba, y el silbido y el rumor de la lluvia cósmica; los sensores internos le permitían ser consciente de forma subliminal del equilibrio, los flujos y las necesidades, de igual modo a como lo sería gracias a los nervios y glándulas de su propio cuerpo. Juntos, él y *Gimmick* analizaban y tomaban decisiones, igual que el cerebro dentro del cráneo: ellos movían la máquina igual que sus músculos lo movían a él.

La relación no era completa, solo podía ser visual. Los repetidores, tanto los satélites como las antenas colocadas a lo largo del camino, reducían inevitablemente el ancho de banda y distorsionaban la señal. Christian mantenía una leve conciencia de su entorno: la butaca a la que estaba conectado, los contadores e instrumentos, un aire inodoro y algo frío, las tensiones y distensiones, las respuestas instintivas que a veces le hacían querer zafarse de sus ataduras. Por el rabillo del ojo veía a Willem Schuyten, sentado ante un panel de control, estudiando lo que sucedía. En otros lugares, esto había sido necesario muy pocas veces, pensó Christian vagamente, o por lo menos él lo había eludido. Pero éste era un esfuerzo de equipo y en Mercurio había muchas cosas por descubrir y mucho en juego.

Se le pasaron los datos que *Gimmick* había estado analizando en ese medio

minuto de distracción. Había una cierta línea de búsqueda que parecía prometer y el explorador reemprendió la marcha. Christian volvió a poner los cinco sentidos en aquel escenario.

El cielo brilló con una luz trémula en una gama de destellos que formaron un arco sobre el horizonte cercano y afilado de su izquierda. El oscuro terreno estaba salpicado de cráteres y cubierto de guijarros. Solo con mirarlos podía saber su edad en millones de años, igual que identificaba la edad de una persona o de un árbol en la Tierra; las señales eran incalculables, las deducciones las dictaba el subconsciente. Cerca, a la derecha, un declive de cuatro kilómetros de altura y cientos de kilómetros de longitud se extendía como si fuera una pared atravesando el mundo. La unidad perfeccionada que constituía *Christian-Gimmick* lo percibió como algo más que una roca. Detectó marcas a medida que se acercaba; cerebro y ordenador unidos para leer la historia, el relato de un sollevamiento a lo largo de la falla, tiempo antes, cuando, tras su nacimiento, el planeta todavía se estaba enfriando y encogiendo.

Rastreó las posibilidades de algo que se encontraba más adelante.

Gimmick estaba siguiendo el risco en dirección sudoeste para volver a la región polar donde Clement les estaba esperando. Bajo sus pasos, los escombros crujían inaudibles para el ser humano; en aquellas condiciones de gravedad baja, se levantaba un polvo que, sin una brizna de aire que lo alterase, volvía a depositarse rápidamente en el suelo. Tampoco se adhería al robot, cuyo material lo repelía.

«Allí —pensó Christian—, en ese peñasco de allá. Ese puede ser un buen punto de anclaje. Echaremos un vistazo». El equipo viró ligeramente y avanzó, para aproximarse al desnivel. En aquella zona, la cantidad de cascotes hacía el terreno menos practicable y se desprendían fragmentos por los lados. Los motores se pusieron en marcha. Consideró la opción de emplear las seis patas, pero decidió que no iba a ser necesario.

El pico se desviaba de una ladera más baja por encima de los escombros, en forma de obelisco pulido de unos cien metros de altura. Había visto otros en sus viajes, pero ninguno tan largo como aquél. Probablemente se había desprendido del macizo a causa de la resonancia de las ondas de choque en el momento de la elevación.

Visualizó el objeto casi como si fuera el núcleo prefabricado de una torre de transmisión, parte de la red global cuya misión era almacenar la energía solar que se precipitaba sobre el lado diurno de Mercurio y proyectarla hacia las fábricas de antimateria que estaban en órbita y, en última instancia, a los rayos láser que iban a lanzar ¡las primeras naves estelares! No podía controlar la emoción.

«Un examen estructural rápido. Los autorrobots registrarán los detalles más tarde». En el extremo de uno de los brazos, una anilla se cerró con fuerza; a través de la piedra se oyó el eco de las vibraciones indicadoras de que algo iba a suceder.

La piedra cedió y se derrumbó provocando un gran estruendo, mientras todo desaparecía a su alrededor.

—*Wat drommel?* —gritó Willem Schuyten. Volviendo al idioma oficial de la expedición, dijo—: ¿Qué demonios...?

Después de una breve mirada al rostro del otro hombre:

—Del mismísimo infierno.

—N... no. —Christian Brannock, a salvo dentro del sistema, no podía ni levantar el brazo inmovilizado ni mover la cabeza, cubierta por un casco. Su voz sonó temblorosa—. Un momento. Continúa, déjame averiguar... qué ha pasado.

Willem asintió y se concentró en sus instrumentos. Era un veterano en el campo de la inteligencia artificial y sacaba conclusiones a partir de lecturas y cómputos que escapaban fácilmente a la comprensión de cualquier observador in situ.

Fragmentos sueltos de información asaltaron a Christian como si de una pesadilla se tratara: ciego, sordo, con una pesadez angustiosa, sin potencia, con las fuerzas en descenso. El instinto tuvo pánico, la carne luchaba contra las ligaduras, pero la mente, de alguna forma, se aferraba a la firmeza propia de *Gimmick*. Juntos, trataron de interpretar lo poco que obtenían a través de los sensores.

Aquellos momentos intermitentes de realidad se volvían cada vez más caóticos y, además, se iban haciendo cada vez más débiles, hasta ser tan insignificantes que Christian no llegaba ni a comprender su naturaleza.

«La conexión está fallando rápidamente. Es mejor romperla del todo para ponernos a trabajar». Nunca sabía si la decisión era únicamente suya o si también procedía de la sosegada lógica de su compañero. Tampoco sabía, ni le importaba, por qué terminaba con un: «Hasta luego. Buena suerte».

—Interrumpir —dijo en alto, con una voz áspera.

—Interrumpir —repitió Willem. Recorrió los indicadores con la mirada para evaluar la situación y, tras determinar que una desconexión inmediata era neurológicamente segura, presionó el botón de mando. El centro de comunicación, que se activaba a través la voz, podía haberlo hecho todo sin ayuda, pero la intervención de un humano en el ciclo era una precaución añadida; conocía mejor las necesidades de otro humano.

Todos los canales cerrados. Christian quedó liberado de los neuroconectores y permaneció un momento respirando profundamente; después se sentó. Willem estaba de pie junto a él con un vaso de agua en la mano que Christian apuró en dos tragos.

—Gracias —masculló—. Tenía la garganta más seca que ese paisaje.

—Es por el pánico —le contestó su compañero—. He visto la reacción involuntaria. ¿Quieres levocina?

Christian sonrió burlonamente, sin ganas.

—Lo que de verdad quiero es un trago. Pero tenemos prisa, así que me tomaré la

píldora.

Willem le dio una. Siempre las tenían a mano, por si la misión se alargaba más de lo previsto o si se complicaba y el operario no podía detenerla.

—¿Prisa, dices? ¿Crees que podemos hacer algo ahora mismo?

Christian asintió.

—¡Más nos vale, maldita sea! —se puso en pie; la medicación lo empezaba a tranquilizar a la vez que lo estimulaba. Los temblores desaparecieron y su voz cobró fuerza—. ¡Vaya! Espero poder darme una ducha mientras nos preparamos, huelo como si llevara muerto un mes, ¿no?

El sudor hacía que le brillara la piel y le oscurecía la camisa.

Willem lo miró atentamente:

—Mis monitores dicen que la máquina está hecha trizas. El transmisor está muy dañado, puede transferir información irregularmente, pero el grupo electrógeno está inutilizado. Cualquier cosa que funcione, como un brazo, no sirve de nada. Y la reserva de energía se está agotando a toda velocidad.

—*Gimmick* está intacto.

Willem lanzó un suspiro.

—Sí, eso es evidente. Duele, ¿verdad? —Había oído hablar muchas veces acerca de aquellos ordenadores de alta gama y las redes neurales, con sus programas y bases de datos, llamados «cerebros». La gente que trabajaba con uno, como Christian (aunque no solían llegar a ese nivel de intimidad), tenían tendencia a ponerles nombre y a hablar de sus peculiaridades personales de la misma forma en que otros hablarían de un barco o de una herramienta que les han servido durante mucho tiempo.

—Me imagino que habrías preferido que el destrozo hubiera sido completo y rápido, piadoso, por así decirlo. Pero para ti habría sido un duro golpe, peor de lo que ha sido.

—Lo sé. Como si me muriera de repente. Me habría recuperado. Pero así... ¡Dios, tío, es *Gimmick* el que está ahí fuera, no un montón de chatarra! Y no tardará en amanecer.

Willem suspiró.

—Exacto. ¿Tienes idea de qué ha pasado?

La pregunta, formulada con una calculada frialdad, requería una respuesta de la misma clase. Christian aflojó los puños.

—Estábamos examinando un tipo de riesgo poco común. De repente se rompió en pedazos y cayó encima de *Gimmick*. —La voz se hizo más dura—. El cuerpo que *Gimmick* estaba usando. —Volvió a un tono más impersonal—: La parte de arriba de la torre de transmisión, donde está la antena, quedó al descubierto y la información que me llega indica que el almacén interno ha protegido el cerebro.

—¿Estás seguro? También podría estar dañado.

Christian negó con la cabeza.

—No. ¿Crees que no lo sabría, que no lo sentiría, igual que si fuera mi propio cerebro el que sufriera una conmoción?

—Muy bien. Pero el accidente... ¿cómo pudo producirse un desplome? ¿Un terremoto?

—No. —Christian hablaba con convicción. En cierto modo, él lo había presenciado—. Y tampoco un meteorito. Debimos de provocar un movimiento con la sonda sísmica. No entiendo cómo, sabes que no tiene mucha potencia; y Mercurio está geológicamente agotado. Esa protuberancia podía llevar intacta unos tres mil millones de años.

—Así que un fenómeno insólito.

—Quizá. O puede que estas formaciones sean habituales y que sean frágiles por naturaleza. ¿Cuánto sabemos? ¿Se puede saber por qué estamos en Mercurio si no para conocer la configuración del terreno? Antes de que algo así se repita...

Christian tomó aire y trató de tranquilizarse.

—Yo solo estaba conectado a *Gimmick*, no tengo toda la información, está todo en su base de datos. Si no lo recuperamos antes de que amanezca, se va a freír y no quedará nada.

—Supongo que sí. El sistema termostático está destruido y las rocas no son el mejor sustituto para el escudo de radiación, que está destrozado. —Willem le puso a su amigo la mano en el hombro—. Lo siento, ha tenido muy mala suerte. Seguramente ha sido peor para ti que para la expedición. Te habías acostumbrado a este vínculo; esta relación que habíais entablado... se acabó. Vas a tener que volver a empezar de nuevo, ¿verdad?

Observó las arrugas del rostro, el pelo rubio e inerte.

—A no ser que decidas dar un cambio a tu carrera, o retirarte. Lo lamento, Christian.

La respuesta le dio una sacudida.

—¡No! Todavía hay tiempo para cavar, sacar a *Gimmick* de los escombros y volver. ¡Por eso te digo que tenemos que movernos!

—Yo... me temo que no. Déjame comprobarlo para estar seguros.

Willem volvió a sus teclados y lectores. Christian se quedó donde estaba, de nuevo con los puños apretados.

Al cabo de un momento, el cibernético lo miró y le dijo muy despacio:

—No. He averiguado el paradero de todas las unidades que tenemos con la cualificación necesaria —se trataba de robots de autoprogramación dedicados a reconocer y estudiar el planeta con antelación a la gran empresa. La de Christian había constituido la única alianza entre un humano y una máquina, con grandes costes en cuanto a apoyo vital y equipo, y muy productiva en circunstancias

especiales que requerían la participación de una mente orgánica—. Recuerda que están desperdigados por el globo e incluso el más cercano tendría que atravesar un terreno muy accidentado. Ninguno llegaría a tiempo.

Christian estaba ahora bastante sereno.

—Eso pensaba. Bueno, no está demasiado lejos de aquí. Yo mismo iré.

En Clement todo el mundo pensaba que la idea era descabellada. La unidad central de inteligencia artificial realizó un rápido cálculo y estuvo de acuerdo. Ningún hipotético beneficio merecía el riesgo de perder un equipo imprescindible, y mucho menos una vida humana. El comandante Gupta lo prohibió.

Christian Brannock se mantuvo firme en su postura. Él y *Gimmick* habían estado realizando tareas imposibles para un solo hombre o máquina. El retraso que se acumularía en el proceso de búsqueda y transporte de un suplente hasta aquel planeta, además del tiempo que se perdería recuperando la información, perjudicaría a toda la misión, aunque solo fuera por los costes añadidos. Por otro lado, su probado criterio como contratista independiente hacía de la propuesta algo adecuado. Dentro de los límites que, insistía, no estaba rebasando, podía dirigir cualquier cosa que necesitara para enfrentarse a una situación de emergencia.

Estaban abrumados por su urgencia y obstinación. Dos horas más tarde, estaba de camino.

Después de aquello, esperó. El vehículo que lo llevaba era autónomo; contaba con un programa que incluía un mapa topográfico y los reconocimientos por satélite proporcionaban un mayor detalle. La unidad de inteligencia de la base, que iba siguiendo sus movimientos a través de los transmisores de comunicaciones, ordenaba modificar la dirección de vez en cuando para contribuir a un avance más rápido. Ninguno de ellos incidía directamente sobre Christian y él tampoco podía hablar con el robot que lo acompañaba, ya que estaba programado para ser potente y diestro, pero no para pensar. Cuando llegaron al lugar la unidad de inteligencia dirigiría la operación. Mientras tanto, la cabina, que estaba diseñada para un máximo de tres personas, quedó atestada por toda su masa.

A excepción de ese detalle, estaba bastante cómodo. El aire se iba reciclando y siempre era puro. (Se acordó del aroma de las flores, los pinos, la luz del sol iluminando el cabello de una mujer). La temperatura varió ligeramente para adecuarse mejor a su salud y a su estado de alerta, sin tener en cuenta el frío de cien grados kelvin de la medianoche o los abrasadores trescientos grados Celsius del mediodía. (Se acordó de una playa en la que rompía el oleaje con un ruido ensordecedor, y de la brisa fría en la cara y la sal en los labios, pero con una calidez radiante que provenía de sotavento). A medida que el aparato avanzaba por un terreno rugoso a toda velocidad, el metal que lo rodeaba producía un zumbido y se agitaba sobre la tierra irregular y escabrosa. No obstante, el asiento al que permanecía

amarrado absorbía la mayor parte del traqueteo, y lo que no compensaba no era muy significativo en las condiciones de gravedad de Mercurio. En todo caso, el movimiento era casi relajante, como si estuvieran meciéndolo en una cuna. (Recordó una barca escorada remontando las crestas de las olas y buceando entre sus surcos, con la caña del timón en la mano, la vela mayor como un pico nevado clavándose en el cielo).

Se sintió exhausto. Comió y bebió algo, se reclinó en el asiento y se durmió. Tuvo un sueño inquietante en el que le preguntaba a *Gimmick*: «¿Sueñas alguna vez? Me refiero a cuando no estás conectado». Y el robot contestaba: «Tú me enseñaste». ¿O era un recuerdo confuso? Llevaban juntos muchos años y habían estado en lugares bastante peculiares.

No obstante, se despertó con fuerzas renovadas, se soltó las correas de seguridad y se tambaleó al perder el equilibrio mientras desentumecía los músculos y usaba el retrete; comió de las raciones frías y volvió a acomodarse en su asiento. Al solicitar una estimación actualizada de la hora de llegada, el vehículo dijo con voz plana:

—Unas tres horas más.

Frunció el ceño. No iba a tener mucho tiempo antes del amanecer; bueno, cuando partió ya sabía que esa iba a ser la mejor de las circunstancias que podía esperar. Y la gran esfera solar tardaría solo quince horas en despejar el horizonte.

Miró hacia afuera. No era posible ver el exterior directamente cuando estaba sentado en el centro del grueso armazón, sin embargo los aparatos electrónicos que activó le dieron por bueno un simulacro. De pronto, parecía como si sobre la superficie todo hubiera desaparecido y entre él y el cielo no hubiera nada, como si estuviera desnudo y solo, invulnerable. Como si fuera un ángel.

Pero no, solo era un hombre. En ese momento, no compartía los sentidos más que humanos de su compañero, y por un momento se sintió perdido sin la visión asistida.

Se empezaba a distinguir una especie de amanecer al nordeste, una luz zodiacal intensificada debido a la cercanía del sol. Empezaba a cubrir cráteres y rocas como una enorme ala, con un suave matiz perlado situado a una cuarta parte de la distancia que había hasta el cenit, antes de perderse entre las estrellas. El cinturón galáctico la eclipsó, un río brillante como el hielo entre los dos extremos del mundo. Las demás estrellas seguían oscilando a miles, abarrotando la negrura cristalina sobre la que se dispersaban. Aunque Christian las había contemplado más veces de las que podía recordar, le pareció que por un momento liberaba su espíritu y lo elevaba para siempre en la majestuosidad de todo aquel silencio.

Un destello le devolvió a la realidad. Bajo una cumbre situada en dirección noroeste, había un diamante azul. Solo pudo divisar un puntito a su lado, de un color dorado ceniciento: la Tierra, lo sabía. Y junto a ella, la Luna. Su hogar.

¿Soplaría hoy el viento en esa luna para lanzar un destello de las cenizas de

Ellen?

A veces, sin previo aviso, se sorprendía recordándola. Hacía tiempo que la tristeza había desaparecido. Hubo otras mujeres antes que ella, y también después. Pero fue por ella por quien dejó el espacio para dedicarse a la ingeniería en tierra firme, porque no había nada que compensara la distancia durante una infinidad de meses o años. Cuando murió (los controles robóticos todavía no tenían capacidad para evitar los accidentes más absurdos), después de esparcir el contenido de la urna en el entorno que amaba, volvió al espacio. El hijo de ambos ya era mayor y no le iba a necesitar. Se lanzó hacia las nuevas tecnologías en el campo de los nexos entre humanos y máquinas, y raras veces regresaba de visita. Pero en ciertas ocasiones lo recordaba y era doloroso.

Quizá, de forma egoísta, era mejor así. Por supuesto que había estado dispuesto a pagar el precio; sin embargo, en la Tierra siempre se había sentido atrapado. Las estrellas...

Volvió a mirar hacia arriba y la nostalgia que le invadía se hizo más intensa. Había viajado y trabajado por todo el sistema solar y, más allá, el universo lo estaba esperando.

Un poco molesto, rechazó esos sentimientos de autocompasión. Irían a las estrellas, sí, pero no en esa vida, y ellos no serían de carne y hueso, sino máquinas. Tendrían sentimientos, claro, y capacidad para razonar, pero en verdad no serían humanos.

El fantasma de Ellen seguía presente y dejaba un silencio demasiado profundo en el habitáculo.

No podía dejarse llevar por las emociones, en su trabajo no sobreviviría. Pero tampoco se podía ser un estúpido, así que uno se buscaba la forma de mantener ocupados los períodos de tiempo largos y tediosos, no solo con juegos y grabaciones de programas, sino con cualquier cosa, desde estudiar idiomas o practicar la caligrafía hasta cultivar un arte o desarrollar ideas filosóficas. Christian Brannock, entre otras cosas, cantaba y había compuesto algunas canciones.

Cogió la guitarra. Las lentes de visión externa completa atenuaban la luz a su alrededor, pero él sabía dónde estaba colocada. Alargó el brazo y la acercó. Pudo ver el reflejo de la caja y las cuerdas al ponérsela sobre el regazo. Tocó un acorde y se puso a cantar.

*«Una vez, en la chimenea,
encendimos un pequeño fuego
para calentarnos las manos frías
y despertarnos un deseo*

*que nunca lo necesitó;
aun así aceptamos
que las llamas sedujeran
a la leña seca y virgen (...)*».

No. La música dejó de sonar. Había escrito la canción cuando era joven, en la Tierra, y más tarde Ellen la disfrutó; poco después lo revivió en Marte, donde nunca había ardido una llama auténtica. No sabía por qué, pero hacerlo allí se le antojaba un error.

¿Por qué se sentía tan inquieto? ¿Porque temía perder a *Gimmick*? Pero *Gimmick* solo era una máquina, ¿no era cierto? Bien, quizá no fuera solo una máquina...

Christian debía preparar el trabajo que tenía por delante. Como si de un desafío se tratara, se arrancó con algo más viejo y picante.

*«¡Oh!, un pillo andaba vagabundeando,
vagabundeando por el strand (...)*».

La aureola solar ya asomaba por encima de un risco al nordeste. Con un resplandor opalescente, ahogaba la luz zodiacal mientras proyectaba un destello tímido y pálido a través de las grietas y los accidentes del terreno. Una oleada rojiza se destacaba para anunciar la inminente aparición del disco. A su alrededor, seguían predominando las estrellas; la Tierra ya no reclamaba atención, su visión quedaba oculta tras el declive.

Aquel risco se extendía a lo largo de todo el paisaje y ocupaba casi la mitad del cielo. A Christian le vinieron a la mente cornisas, pináculos, pendientes pronunciadas, vetas de minerales, marcas de meteoritos al precipitarse contra el suelo a lo largo de millones de años. Pero todo aquello lo había visto junto a *Gimmick*. Ahora, sus ojos desasistidos percibían el desnivel como una vasta extensión de oscuridad.

Podía haber imaginado que eran un frente tormentoso (en una escala temporal propia, el cosmos no es ni duradero ni pacífico, sino terriblemente violento), pero los restos de escombros situados al pie de la ladera que se había desplomado le llamaron la atención. Su compañero se encontraba debajo de aquel montón de rocas desprendidas; la antena de comunicaciones sobresalía por la parte superior. No pudo determinar exactamente la magnitud de los daños que había sufrido; además, a falta de los conectores necesarios, no podía comunicarse con él. Sin embargo, desde la base Clement, la unidad de inteligencia no tenía tales limitaciones.

—¿Estás en contacto? —le gritó a través de la radio del vehículo—. Cuéntanos.

Le contestó una voz de barítono. Podía tener cualquier registro, pero siempre era

vibrante y expresiva como la de cualquier ser humano:

—Nada nuevo. El robot no responde a las llamadas; claro que su propia señal es demasiado débil y está muy distorsionada, y no desperdicia la energía en el intento. Apenas tiene energía interna suficiente para establecer funciones computacionales.

«Es decir, que *Gimmick* sigue consciente, —se dijo Christian—. No, estoy siendo antropomórfico y eso no es científico, ¿verdad?».

—¿Sabe que estamos aquí?

—Probablemente, a través de las señales sísmicas o electrónicas. —La unidad de inteligencia añadió un matiz de urgencia al tono calmado de su voz—. No te retrases si es que quieres salvar algo importante.

Christian pensó en *Gimmick* aprisionado, esperando el rescate o la muerte. ¿Tendría sentimientos? ¿Esperanzas? Muchos humanos habían pasado por aquello, al quedar enterrados vivos tras un terremoto o cuando alguna nave espacial se desviaba irremediabilmente de su trayectoria. ¿Era descabellado suponer que *Gimmick* quería vivir?

—Bien, toma el mando del robot. —Vaciló y dijo—: Por favor.

El artilugio, que era grande y cuya forma se acercaba a la de un humano, empezó a moverse. Se dio la vuelta y salió de la cabina con gran estruendo. Christian oyó que se aproximaba a la cámara de acceso para la tripulación y un minuto después el silbido de las bombas que evacuaban el habitáculo. Lo vio salir a la superficie y dirigirse hacia la luminosidad de la aureola; durante otro minuto permaneció quieto mientras en Clement la unidad de inteligencia estudiaba la situación a través de los sensores, y luego se subió al montículo. Empezaron a caer cascotes que se desprendían bajo sus pies y se deslizaban hacia abajo. En la Tierra habrían producido un estrépito incesante.

No podía soportar quedarse allí sin hacer nada, mirando. Su parte de la misión venía al final, tenía que emplear herramientas que el robot no estaba capacitado para manejar. Pero el halo se elevaba por momentos, la oleada ardiente iba creciendo cada vez más. Quizá fuese su fuerza minúscula lo que iba a marcar la diferencia.

La unidad de inteligencia lo percibió:

—No lo hagas —advirtió—. Es un riesgo que excede lo necesario según el plan.

—Aquí el capitán soy yo. —Christian se apartó.

Al salir se detuvo junto a una taquilla. De todo el equipo geológico que allí había escogió un pico y una pala, sacó su traje espacial y comprobó la lista de control con la despreocupación que otorga la cotidianidad. Casi la misma despreocupación; cualquier pequeño desajuste o error podía matarlo. Las máquinas eran más resistentes, no había duda de que serían ellas las que irían a las estrellas. De momento, ni siquiera en los planetas eran los humanos de gran utilidad.

Incluso con el equipo encima, su peso era menor que el que tendría en la Tierra

completamente desnudo. Era lo mismo que la inercia, claro, una combinación que podía llegar a ser compleja. Avanzó por la superficie del terreno hacia la ladera de detrito, pero a partir de entonces empezó a abrirse camino con cuidado. Desde la cima divisó una imagen en claroscuro del vehículo, cuyo metal quedaba parcialmente ensombrecido y contrastaba con el fulgor de la radiación, que iba en aumento y se reflejaba en la otra parte del metal. Obviando los detalles, parecía más una versión gigante del cuerpo de *Gimmick*, salvo por las extremidades especializadas, los detectores y los contenedores de recolección: un objeto ovoide con una torreta, unas patas encogidas que descansaban sobre cadenas de oruga y aletas en el radiador, cuya función era protegerlo de la violencia del sol.

Al infierno los cuerpos, *Gimmick* había empleado muchos distintos. Lo que había que salvar era el armazón unitario, los programas y la base de datos: el cerebro. ¿La mente? ¿El alma? En cualquier caso, aquél era *Gimmick*.

El robot trabajó duramente sin inmutarse, tenía dispositivos adheridos a sus cuatro brazos con los que fue deshaciéndose de las rocas para seguir avanzando a través del terreno sobre el que se encontraba. A menudo se quedaba quieto mientras la unidad de inteligencia consideraba la situación; entonces se desplazaba hacia otra zona. Christian sabía que de ese modo la excavación era más eficiente, y evitaba los desprendimientos. En comparación, su criterio era insuficiente y sus músculos, débiles. Aun así, si tenía cuidado, podía aportar algo de ayuda, más que obstaculizar la tarea. Podría ayudar solo un poco.

Empezó a ver el cuerpo, estaba aplastado y lleno de abolladuras. La aureola seguía creciendo.

Christian se puso a cavar. Al cabo de un rato ahogó un grito. Los equilibradores del traje espacial a duras penas le sostenían, la pantalla del casco se le empañaba y el aire se volvía más denso y viciado. Sujetaba las herramientas con manos temblorosas.

—Ahorra fuerzas —aconsejó la voz serena—, se te requiere para llevar a cabo una tarea de precisión.

Cedió; no recordaba haber hecho nunca nada tan duro como detener su trabajo en aquel momento.

Un pequeño rayo de sol resplandeció sobre el risco. En un abrir y cerrar de ojos las sombras se hicieron largas y afiladas, pequeños cráteres resaltaban como si fueran atolones. Las estrellas desaparecieron de la escena.

Quince horas... Pero mucho antes, el viento solar barrería la tierra con lluvia radiactiva y, a continuación, un calor abrasador lo cubriría todo. El vehículo era el único lugar donde resguardarse.

—Si eres prudente, irás a refugiarte —dijo la voz.

—Lo sé —contestó Christian—; pero no lo soy.

El robot siguió con su trabajo.

La parte central quedó al descubierto. Si el casco de Christian no se hubiera oscurecido automáticamente, el resplandor lo habría cegado. No obstante, por fin llegó el momento de su intervención.

Prácticamente planos, los rayos del sol eran poco difusos. La noche todavía no había abandonado los lugares en los que aquellos rayos no incidían directamente. El traje tenía fijado un juego de instrumentos que incluía utensilios como linternas o minirradares, pero en realidad casi siempre tenía que ir a tientas a través de los guantes con amplificación de sensibilidad. El objetivo era atravesar diversas capas de armadura y extraer la unidad independiente con la precisión propia de un neurocirujano.

—Los niveles de radiación están aumentando rápidamente —dijo la unidad de inteligencia.

—Cállate —dijo Christian—, estoy ocupado.

Y de algún modo liberó a *Gimmick* antes de recibir una dosis demasiado alta. Tomó en brazos el objeto esferoide junto con todos sus cables colgando, descendió por la abrupta ladera y atravesó con esfuerzo el regolito levantando nubes de polvo a cada paso. Al acercarse, la cámara se abrió y él se precipitó hacia su interior, hasta entrar dando tumbos en la cabina, donde se desplomó sobre un asiento. El corazón le latía a toda velocidad. Por ahora estaba tan trastornado que cualquier sentimiento de triunfo quedaba eclipsado. Lo que más le apetecía era una cerveza fría. O dos, o tres o cuatro.

El robot todavía estuvo un rato examinando la máquina desechada, seleccionando muestras de rocas antes de unirse a él. No tenía por qué apresurarse.

Al igual que Christian, *Gimmick* no necesitaba estar conectado para procesar datos y ejecutar un programa (para recordar, pensar, ser consciente). A diferencia de él, no precisaba un cuerpo para hacerlo: una fuente de energía y unas cuantas conexiones de entrada y de salida le bastaban. Durante el viaje de regreso había estado enchufado a la unidad central de inteligencia con el propósito de descargar y analizar la información que contenía en su interior. Esos circuitos estaban ahora inoperativos.

Así pues, la voz que salía del intercomunicador tendría que haber sido plana, las palabras de un informe impasible. Para imitar las características de humanidad igual que la unidad central de inteligencia hacían falta unas cualidades que superaban las que correspondían a un explorador, en especial las de uno que iba a estar a menudo a las órdenes de una mente humana. No obstante, en aquellos momentos, el tono y el lenguaje transmitían algo más que simple información. Había algo, un indicio de vida, que se dejaba sentir.

—¿Habéis detectado la causa del desprendimiento? —preguntó Christian impaciente.

—Ajá —contestó *Gimmick*—. Los nanosistemas han estudiado uno por uno los átomos de las estructuras de los cristales, el gran cerebro ha creado un modelo y lo ha probado. Resulta que esta combinación de minerales en particular es más vulnerable de lo habitual a la tensión térmica. Tampoco demasiado, si no, el peñasco no habría tardado tanto en caer; pero lleva gigaaños expuesto a ciclos de calor y frío y eso ha acabado por pasarle factura. El viento solar y los rayos cósmicos tampoco ayudaron. Se formaron grietas que fueron creciendo hasta que cualquier impacto significativo lo tirara todo por tierra. Antes o después, un meteorito de dimensiones considerables habría caído cerca.

Christian puso cara de circunstancias:

—Nosotros no le dimos tan fuerte.

—Cierto, la sonda sísmica fue bastante delicada, pero tuvo suficiente con la resonancia de las frecuencias. El resultado habría sido el mismo si se hubieran llevado a cabo obras de construcción o si una nave hubiera aterrizado cerca de allí.

—¿Supone un gran problema?

—Aún tenemos que averiguarlo. Seguramente no; no parece que la roca sea de una clase muy común. En cualquier caso, se advertirá a los planificadores con antelación.

—Entonces, me atrevería a decir que el asunto mereció la pena. ¡Nos estamos ganando el sueldo!

¿Había sonado la voz tan débil y temblorosa alguna vez?

—¿Cuándo podremos seguir con el reconocimiento?

—No lo sé. He estado estudiando el asunto y no parece probable que haya algún robot en el planeta que podamos modificar para adaptarlo a ti. Si se tarda demasiado en fabricar un cuerpo nuevo y enviarlo desde la Tierra, negociaré un cese del contrato para que otro equipo nos sustituya. No quiero estar parado durante meses, y mucho menos en Mercurio.

Christian miró a Willem Shuyten.

—Perdona —murmuró—. No tengo nada en contra de la compañía.

El viejo sonrió con ironía.

—Aparte de que faltan mujeres de verdad, a mí no me importa demasiado que esto esté lleno de máquinas.

—Y el resto del universo sigue esperando —dijo Christian aún más suavemente.

El cibernético le lanzó una mirada profunda. Por un momento, reinó el silencio en la estancia. Era el cuarto de Christian. Tenía colgada en una de las paredes una pantalla con la imagen de Saturno, como una joya en el espacio; en otra se veía una cara del Everest con el viento levantando la nieve artificial, blanco sobre un azul majestuoso; una tercera imagen mostraba el rostro de su Ellen, que ya apenas activaba, y otra más, con el retrato de su hijo, que sí activaba a menudo. La guitarra

estaba sobre un escritorio cubierto por montones de figuritas, además del equipo necesario para fabricarlas. Encima de la mesa a la que estaban sentados, había una botella y dos vasos haciéndoles compañía.

Christian volvió a la realidad.

—Bueno —dijo dirigiéndose al intercomunicador—. Te lo diré en cuanto lo sepa. Mientras tanto, si no tienes nada para entretenerte, supongo que te desconectarás. *Adiós*^[1].

—Hasta entonces —respondió la voz. Y se apagó.

—Escapa del aburrimiento —dijo Christian entre dientes—. Eso es algo que te envidio.

—¿En serio? —preguntó Willem casi en el mismo tono de voz.

Christian hizo una pausa antes de contestar.

—Supongo que no. No tendría sentido, ¿verdad?

—Envidiar a una máquina, no; pero tú hablas con *Gimmick* como si fuera un amigo.

Christian se encogió de hombros:

—Es por costumbre. ¿Nunca le has hablado a una máquina ni la has insultado?

—He dicho que hablas «con», no «a». Nunca había estado presente de forma tan directa y no me había dado cuenta de la forma en que los dos mantenéis auténticas conversaciones. Es asombroso que *Gimmick* suene tan vivo, tan parecido a ti.

—No pensaba que te pudiera sorprender tanto, eres experto en «IA».

—Es un campo muy amplio, crece a pasos agigantados. No estuve familiarizado con la clase de equipo que formáis vosotros hasta que llegué a Mercurio y, desde luego, mi trabajo se ha desarrollado junto al sistema principal, ayudándole a dirigir las distintas actividades en un mundo lleno de incógnitas.

—Pero me refiero a que es obvio. *Gimmick* no es una cosa que se pueda manejar como un barco, ni que se pueda poner y quitar como si fuera unos guantes. Funciona de forma autónoma: toma decisiones y actúa en consecuencia, aprende. Adquiere rasgos con toda naturalidad... mis rasgos.

—Y tú adquieres los suyos —dijo Willem despacio.

Christian hizo un puño con la mano que había levantado para coger su bebida.

—Nunca pensé que te iba a oír decir eso precisamente a ti —le espetó—. «Deshumanización», «privación de emociones», toda esa charlatanería organicista que infesta la Tierra.

Willem levantó la palma de la mano.

—Haya paz, te lo suplico. No cabe duda de que estoy por encima de eso. No tenía intención de ofender, discúlpame.

Christian se tranquilizó un poco.

—Lo siento. Me he pasado, soy un estúpido —le dedicó una sonrisa de

arrepentimiento—. Después de toda esa vuelta por el risco, creo que todavía tengo los nervios a flor de piel.

—Es comprensible. Pero quiero decirte solo una cosa y luego... Tiene relación con algo que llevo pensando desde hace tiempo.

Christian levantó el vaso, dio un trago y se recostó en la silla.

—Adelante, dime.

—Le has dado a *Gimmick* un nombre, tiene gracia; pero ¿no demuestra eso un cierto nivel afectivo? Y constantemente te refieres a «él» y no a «eso».

—Sí, ¿por qué no? He tenido un par de barcos en la Tierra, les he puesto un nombre y los he tratado de tú.

—Pero tú mismo lo has dicho, *Gimmick* no es una máquina pasiva. Dentro de... sus límites, prácticamente es un ser pensante. Unido a ti, se convierte en una parte, en un aspecto más de un ser humano.

—No —dijo Christian tranquilamente—. Unidos, juntos, somos más que humanos.

—En cuanto a la diversidad sensorial y a las capacidades, sí, y es probable que eso te afecte. Pero tú eres el hombre, los instintos son tuyos, los impulsos, los miedos, las esperanzas, las alegrías y las penas, el resultado de cuatro mil millones de años de evolución en la Tierra. ¿Pensabas que no se vería afectado al estar en contacto con todo eso?

De nuevo Christian se paró a pensar antes de dar una respuesta.

—Pues claro que sí. Durante todo el tiempo que hemos pasado trabajando en equipo, un período considerable, he sido consciente de ello. Y no me ha sorprendido. —Apuró un trago—. En parte es por eso por lo que me cabrean esos engreídos. ¿Robotización de humanos? ¿Qué tal humanización de robots?

—Dentro de sus límites, como has dicho —dijo Willem con tiento.

Christian asintió.

—Estoy de acuerdo. Yo no digo que *Gimmick* sea igual que... que tú, ¿cómo vamos a comparar peras con manzanas?

—Cuando insististe en salir y arriesgar tu vida dijiste que era para salvar los datos. Efectivamente eran importantes. Pero lo que querías en realidad era salvar a tu amigo, ¿no es así?

Christian permaneció sentado en silencio.

Willem suspiró.

—Aun así, si lo comparamos con la unidad central de inteligencia de Mercurio, por no hablar de los grandes sistemas de la Tierra, *Gimmick* es muy limitado. Y, como ya he dicho, se están produciendo cambios a un ritmo vertiginoso. Dentro de poco me quedaré obsoleto y tendré que iniciar mi retiro rural. Al igual que tantos otros.

»¿Cuál es el límite? ¿Dónde termina la capacidad computacional para dejar paso

a la conciencia? Yo no lo sé, y ten en cuenta que me he dedicado a esta especialidad durante toda mi vida. Nadie lo sabe, aunque llevan preguntádoselo dos o tres siglos.

Se inclinó hacia delante buscando los ojos de Christian y, manteniendo la mirada fija en ellos, dijo:

—Sin embargo, sé unas cuantas cosas que todavía no se han dado a conocer. ¿Has oído hablar de la posibilidad de cargar personalidades enteras en un ordenador?

—¿Y quién no? —replicó Christian—. Es otra de esas ideas a las que llevan una infinidad de años dando vueltas, ¿no? El último análisis del que tuve noticias decía que era inviable. La entropía...

De repente, se percató de la intensidad que provenía del otro lado de la mesa y dejó la frase a medias.

—Eso era antes —dijo Willem—. Hemos superado la parte más complicada del proceso. En diez o quince años será una realidad. Escudriñar un organismo por completo, transferir la matriz informativa a una base de datos de una red neuronal avanzada, añadir sensores y tejidos. Eso es, una existencia artificial, pero distinta a la de cualquier robot normal, o incluso extraordinario. Y quizá después... ¿quién sabe lo que podría venir después?

—Si para entonces lo deseas. —Christian se estremeció.

—Sí —asintió Willem—. Os he estado observando a ti y a tu compañero. Creo que sois el candidato perfecto para la carga.

»Las primeras naves estelares estarán listas poco después de que termine tu esperanza de vida mortal. Las expediciones requerirán un elemento de criterio, voluntad y deseo humanos. Piénsatelo. A no ser que surja algún contratiempo, como éste al que te has enfrentado recientemente, tienes tiempo para decidirte. ¿Qué te parecería que una continuación de ti mismo pudiera viajar a las estrellas?

Los hombres y las mujeres reales nunca fueron allí. La carne es demasiado frágil. Reflexionemos. En el vacío, la luz se mueve a la máxima velocidad, unos trescientos mil kilómetros por segundo. No hay nada que la pueda superar. Para la materia, eso requeriría una energía más que infinita; para la información supondría contar con sistemas que pudieran retroceder en el tiempo y alterar el pasado que los vio nacer.

En la era en la que los exploradores pioneros abandonaron Sol, la luz tardaba cuatro años y un tercio en recorrer la distancia que había hasta el astro más próximo. La separación entre las estrellas y la zona periférica de su propia galaxia promediaba el doble de esa distancia.

Si se llevaba a cabo una misión interplanetaria urgente, a veces una nave espacial podía alcanzar hasta los cien kilómetros por segundo, con lo que, desde la Tierra, tardaba un mínimo de diez días en llegar a Marte y un año y medio, al lejano Plutón. Para lograrlo, en esos tiempos se requería un desgaste de energía extraordinario, empleando naves de poco peso y en contadas ocasiones. Por otro lado, los robots se movían a su antojo.

A esa velocidad, uno no podía participar sino en la más pequeña de las travesías interestelares en trece mil años.

La unidad central de inteligencia en la Tierra, junto con sus subordinados y sus semejantes de todo el sistema solar, diseñaron naves más competentes. Apenas fue necesario ponerlas a prueba una vez se construyeron... o quizá deberíamos decir desarrollaron, pues la inteligencia alcanzó una profunda comprensión de la ley natural y de la realidad física, además de una lógica y unas matemáticas potentísimas. La expedición Alpha Centauri estuvo tan solo diez años en marcha. A su debido tiempo, se podría alcanzar la velocidad de la luz.

En realidad, ahora el espacio no está vacío, está repleto de hidrógeno y helio que, unidos al polvo, forman grandes nubes por doquier. Este medio no tiene una alta densidad en ningún lugar, excepto cuando una parte cae sobre sí misma dando lugar a una nueva estrella. En la región de Sol, en aquel momento, la densidad era de aproximadamente un átomo por centímetro cúbico, sin embargo, cualquier cosa que se mueva a una fracción sustancial de velocidad máxima se topa con una gran cantidad de ellos a cada segundo. Cada una de esas colisiones libera energía. La radiación de alta frecuencia mataría a un ser orgánico casi al instante.

Ya era suficientemente difícil proteger la electrónica y la fotónica de las máquinas, e incluso el metal de que estaban hechas. Cualquier blindaje material era insuficiente: además de producir radiación secundaria, que era igual de destructiva que la primaria, se evaporaría rápidamente. Se precisaron campos de fuerza magnetohidrodinámica, muy bien controlados, que se adecuaban a las necesidades y

resultaron ser tan sutiles como potentes. También éstos eran incompatibles con la vida basada en el carbono, que requería, en cualquier caso, todo un enorme sistema de mantenimiento de una laboriosidad absurda.

La conciencia partió hacia las estrellas: la conciencia de las máquinas.

Desde afuera, la salida de aquel viaje inaugural se vio como algo bello, aunque poco espectacular: una figura en forma de flecha, que brillaba bajo la luz del sol en la distancia, se desvió de la órbita y se perdió en el cielo. Más tarde, una aureola lo envolvió dejando una estela, como un cometa incandescente, aunque esto sucedió a una longitud de onda más allá de lo visible. Cuando alcanzó su objetivo transmitió sus descubrimientos y experiencias a la unidad central de inteligencia y a todos los seres humanos que estuvieran interesados.

Muchos lo estaban, en la mayor parte de los casos debido a que el viajero estelar no les era totalmente desconocido. A bordo, un robot albergaba el espíritu de Christian Brannock.

Suaves colinas de un verde oscuro y cubiertas de flores silvestres ondulaban el paisaje campestre. Los árboles crecían solitarios o bien en pequeños encinares, hayedos u olmedas desperdigados aquí y allá, y una brisa se abría paso suavemente entre las ramas de las copas. Al mirar hacia afuera, Laurinda Ashcroft casi podía sentir la calidez y el viento, escuchar el canto de los pájaros, inhalar el perfume de la vegetación.

Sin embargo, la vista era electrónica; su casa y las de sus escasos vecinos se encontraban bajo tierra. Por encima de ellos tampoco reinaba una naturaleza ancestral: un siglo atrás, la zona había estado ocupada por una plantación salpicada de ruinas procedentes de una desagradable ciudad industrial. No se destruyó nada hasta que esas monstruosidades tan útiles, diseñadas genéticamente, quedaron obsoletas, y tampoco la reserva fue creada hasta entonces.

No obstante, en lo alto de una cumbre situada al este, emergía una antena, al igual que durante los últimos mil años.

«Toda esta belleza puede volver a desaparecer —pensó—, aplastada bajo el hielo, infectada y abrasada por la radiación o ¿quién sabe? Algún día, por alguna razón, debido a alguna casualidad cósmica, así será. La certeza la entristecía. A no ser que, antes de eso, Terra Central decida que ha dejado de tener valor».

Renunció a aquella idea, a esa sensación de impotencia.

«¡Da igual! Ahora mismo solo tenemos que enfrentarnos al universo y eso significa que primero hay que enfrentarse al hombre».

Hizo acopio de voluntariedad y fuerza. Se volvió para recibir a su visitante. Estaba de pie esperando a que Laurinda encontrara las palabras para contestar al cauteloso saludo. En sus labios, la sombra de una sonrisa hacía las veces de bandera blanca.

No era probable que Omar Hamid reconociera un símbolo tan antiguo. Laurinda respiró hondo, dibujó una amplia sonrisa en su rostro e inclinó brevemente la cabeza por encima de sus dedos flexionados; él respondió del mismo modo. La modernidad del gesto la calmó. El presentimiento que había causado su entrada se esfumó tan rápido como había surgido, no había razón para ello. Después de todo, había llamado con antelación, días antes, y solo venía a hablar. Se sorprendió al comprobar lo afectada que estaba por volver a verle.

—Sí, bienvenido, Omar —dijo—. Siempre.

Toda la timidez, si es que era eso lo que transmitía Omar, se cristalizó en una especie de cautela.

—¿A pesar de mi mensaje? —Tenía más acento que antes. Quizá no había tenido oportunidad de practicar el inglay.

Laurinda negó con la cabeza.

—A pesar de que haya pasado tanto tiempo —contestó en voz baja.

—Lo siento. —La disculpa sonó sincera—. Pensaba que quizá no querrías... volver a verme.

—Cierto. Durante un tiempo.

—¿Y después? —Lo dijo con un tono casi angustiado.

—Dejó de doler. Me acordé de las cosas buenas. Si no... Tú y yo nos equivocamos. Fue un simple error y éramos muy jóvenes.

Por un instante, reconoció una mirada misteriosamente familiar en él, como si los surcos en la piel y la corta barba blanca fueran una máscara que se hubiera vuelto transparente para dejar entrever el rostro que una vez conoció.

—A veces incluso me habría gustado que llamas —añadió.

—Casi no me atrevía —dijo él.

—Yo tampoco, aunque me parece que lo que nos daba miedo era el orgullo, joven y herido, el del otro y el nuestro propio.

—Probablemente nos habríamos vuelto a equivocar, si lo hubiésemos intentado de nuevo.

—El mismo error, con el mismo resultado o incluso más amargo. Pero empecé a pensar, entonces y ahora, que estaría bien volver a saber de ti.

—Igual que yo. Por supuesto seguí oyendo hablar de ti, cada vez más. Esperaba... espero que hayas sido feliz.

—¿Por qué no iba a serlo?

—Te ha cambiado tanto la vida.

Sus miradas se cruzaron sin evitarse, pero de algún modo la de ella lo atravesaba para adentrarse en algún lugar más allá de aquella habitación y de aquel instante.

«El mar lo transforma todo —murmuró—, en algo exquisito y extraño^[2]».

«El planeta vivo y las almas que lo habitan. El conocimiento, la visión, la sabiduría y la presencia de Terra Central. Las mentes en otras estrellas, las estrellas mismas, la fascinación y el misterio que encierra el cosmos. Y yo, en medio de todos ellos».

La pregunta de Omar la sacó de su ensueño.

—¿Qué quieres decir?

—Ah, eso —dijo cuidadosamente despreocupada—. Solo es una cita.

—Tu forma de hablar ha cambiado mucho. Es más... académica, ¿no es ésa la palabra? Supongo que ha sido por trabajar con Terra Central.

—En realidad, no. Leo mucho. —Laurinda volvió a sonreír—. Es una costumbre anacrónica, lo sé.

Pero necesaria, según creía. Desde luego para ella lo era, aunque no fuera así para todos los que servían como interfaz entre un humano y una máquina. Aquellas

maravillas eran demasiado grandiosas, las ideas, demasiado elevadas. Había estado a punto de perder la humanidad por su culpa; las obras y las canciones del pasado la redimieron. A veces, aquel pasado, incluso sus ficciones (Hamlet, Anne Elliott, Wilkins Micawber, Vidal Benzaguen), le parecía más cercanos que el mundo en que vivía.

Terminó.

—Suficiente —dijo—. Por lo menos vamos a dejar de hablar sobre mí. Pero siéntate. ¿Qué te apetece tomar? Te gustaba el café solo, fuerte y dulce.

—Gracias, todavía me gusta —contestó Omar. Y tras una pausa, dijo—: Gracias por acordarte.

Los asientos se adaptaron a los cuerpos con una sensibilidad natural y desapercibida. Laurinda dio instrucciones a la casa.

—Háblame de ti —alentó a su invitado.

—Ya sabes. —Estaba a la defensiva.

—Solo conozco tus actividades más recientes ¿Qué has hecho? ¿Cómo te ha ido entretanto?

Se encogió de hombros.

—En general, estoy contento. Quería satisfacer mis intereses, sobre todo los deportivos, ya sabes.

—Supongo que te convertiste en todo un campeón.

—No del todo, pero tampoco me fue mal.

—Lo siento, tendría que haber estado más pendiente de las noticias deportivas.

—No, no, soy consciente de que tenías otros asuntos que atender. —Con tristeza, añadió—: Además, aquello ya es agua pasada. Los tratamientos, las terapias, las regeneraciones, toda la somática solo puede retrasar el envejecimiento durante un tiempo.

Vio cómo la volvía a mirar y pensó que lo que estaba viendo le hacía sufrir. Siguió hablando, esta vez más rápido:

—Los partidos y los campeonatos no han acaparado toda mi vida. También he adquirido mucho *yun* como entrenador y como consejero personal.

Laurinda le miró sorprendida:

—¿*Yun*?

—Es jerga local. En la última década me he pasado la mayor parte del tiempo en Taiwán. Por si no estás familiarizada con el término, significa saldo adquirido por encima del sueldo básico. ¿En Inglaterra todavía lo llaman *superávit*?

—Sí. Debí haberlo imaginado. Pero hoy me siento un poco abrumada. —Laurinda vaciló—. No quiero sonar impertinente, pero...

Omar rio entre dientes, más relajado de lo que había estado hasta ese momento.

—Pero tú nunca fuiste tímida. Bueno, a grandes rasgos he sido feliz. Un

matrimonio ortodoxo que duró más de cuarenta años. Nos permitieron tener dos hijos y elegimos niñas.

Debió de detectar la oleada de pesar que sintió Laurinda, seguramente sabía que ella nunca había tenido hijos. Sin duda, dio por hecho que, en caso de haber tenido relaciones con hombres, ninguna había llegado a buen puerto. ¿O fue más allá y se dio cuenta de que Terra Central había absorbido una parte demasiado importante de su tiempo, de sí misma?

Terminó abruptamente:

—Y he empezado a moverme en la vida pública.

Ella asintió.

—Política.

Respondió con desdén:

—Sin intención de ser candidato a nada. Ahora, los cargos políticos no tienen ningún sentido, pero los comités consultivos, sí.

—Hoy en día, ésa es la principal forma de hacer política, ¿no? Ésa y trabajar para crear un consenso sobre los asuntos más importantes.

—Por eso he venido.

—Por supuesto. Una vez más, bienvenido, viejo amigo.

La casa registró el momento oportuno; un criado se deslizó hacia al interior de la estancia para servir el café recién sintetizado, el té para ella y unos pastelillos, al tiempo que un pequeño quemador desprendía un aroma a incienso. Mientras tomaban sus bebidas, intercambiaron observaciones convencionales, vacías de todo significado práctico y llenas de tonos emocionales. Dos animales tranquilizándose el uno al otro instintivamente. Esta visita en persona, procedente del otro lado del globo, decía más que cualquier telepresencia.

Cuando terminó con el interludio, Laurinda se dio cuenta de que él tenía que hacer un esfuerzo.

—Ya sabes lo que te voy a pedir.

Ella apartó la mirada hacia una de las pantallas en las que brillaba el sol.

—¿De verdad crees que puedo concedértelo?

—Eso espero. No es como si estuviéramos tomando la decisión definitiva. El debate puede durar años. —Su voz se hizo más áspera—. A no ser que Terra Central acabe con todo y ordene que se pase a la acción.

Volvió de nuevo la cabeza para mirarle y se puso tensa.

—¿Qué te hace pensar que vaya a suceder?

—Ya te lo he dicho antes. El Estatuto Mundial y las leyes de los Estados ya no tienen ningún peso. Hablamos, votamos, cumplimos solemnemente con las mociones tradicionales, pero las decisiones importantes las dicta la inteligencia artificial, desde lo más alto, desde Terra Central.

—No son decisiones, ni órdenes. Son consejos que hacemos bien en seguir.

—Quieres decir que el mundo se ha convertido en algo demasiado complejo, demasiado precario para que meros humanos lo entiendan y lo controlen.

—Siempre fue así, ¿no te parece?

Desconcertado, tuvo que permanecer callado durante un instante. Quizá pensó que los libros debieron de haberle proporcionado más conocimientos que a la mayoría sobre el pasado histórico, ese terrible pasado. Finalmente respondió:

—De acuerdo, los hechos, la lógica, los modelos, los cálculos; sí, claro que necesitamos a Terra Central, y a todo el sistema cibernético. Pero lo que queremos, lo que sentimos, también cuenta.

—Ella también agradece esa información.

Se quedó mirándola.

—¿Ella...? —murmuró.

—¿Qué quieres de mí exactamente? —le desafió Laurinda.

—Quiero que hoy hables de libertad, de la última que nos queda. Si se aceptan esas propuestas, la perderemos.

—No estoy de acuerdo —dijo casi automáticamente, pues había expuesto su punto de vista en numerosas ocasiones. Añadió—: Es cierto, si aceptamos su consejo tendremos que asumir ciertos cambios. Pero a la larga dejarán de ser obligaciones y se tratará más de abandonar algunas costumbres por el bien del futuro. Habrá que transformar algunos parques y despertar volcanes, se construirán instalaciones y se llevará a cabo otra serie de proyectos. Para pagar todo ello, habrá que efectuar una ligera reducción del sueldo básico; habrá cosas que ya no estarán a nuestro alcance, pero en realidad son secundarias. No va a ir a peor. Sinceramente, no comprendo las reclamaciones que ha venido haciendo tu partido.

—No van a ser cambios menores, ni las obligaciones tampoco. Piensa, por ejemplo, si los bosques siberianos volvieran a ser estepa, y si el norte de África se convirtiera de nuevo en desierto, si la lava cubriera los jardines de Hawái. Se perderían los lugares de recreo, los sitios en los que se puede disfrutar de la soledad y respirar libremente. Aún peor: se condenaría la propiedad, se desplazaría a la población. Si, por el contrario, se pudiera...

Lo interrumpió.

—Por favor, los dos hemos caído en nuestros respectivos discursos ensayados, ¿no es así? Déjame señalar solamente que vuestro proyecto no tiene nada de simple. También tiene un precio y su parte más dura recaería sobre las próximas generaciones que ni siquiera habrían tenido elección.

—¿Estás segura? Habrían tenido nueve mil años para prepararse de la forma que considerasen más adecuada.

—No, no estoy segura. Y ella misma tampoco lo está. La historia es caótica, nada

ni nadie puede predecir cuál será la situación, ni las posibilidades y las imposibilidades, dentro de nueve mil años. Debemos asegurar los recursos hasta que llegue ese día, mientras los tengamos a nuestra disposición y contemos con los medios para utilizarlos.

La severidad cedió para dar paso a la tristeza.

—Pero ¿por qué nos empeñamos en volver una y otra vez sobre la misma discusión agotada, Omar? ¿Realmente creías que te bastarían dos o tres horas para convencerme y que yo correría a convencer a los demás?

—Creí que valdría la pena intentarlo —admitió—. No podía desestimar tu influencia. Obviamente hoy no voy a modificar tu opinión básica, si es que algún día se produce ese cambio. Pero tenía la esperanza de persuadirte para que le dieras a la nuestra una mención honorífica, y que le dijeras a tu público que nos escuchara y que considerasen seriamente nuestra postura. —Su tono se fue haciendo más apasionado—. Laurinda, sé que amas toda la vida que hay en la Tierra, pero ¿no crees que también es importante que esa vida tenga la libertad de salir adelante por sus propios medios o de evolucionar? ¿Te parece bien la idea de que la vida se transforme en un simple animal de compañía controlado por una máquina hasta la última célula?

Dolida, le contestó con enojo:

—Sabes que eso es ridículo.

Un pensamiento se le pasó por la mente, y no era la primera vez: ¿Lo es? Pero contraatacó:

—Sigue así y acabarás uniéndote a los buscadores de tormentas.

Sin querer, empezaron a asaltarle recuerdos de un mitin en Norteamérica. Había visto un fragmento en las noticias y solicitó una copia completa. Las palabras retumbaban atronadoras: «(...) Dejad que venga el hielo. No será el fin del mundo, nos dará fuerza y libertad. La vida nunca fue tan rica y vigorosa como la última vez, en el Pleistoceno, y ningún hombre fue más creativo ni más libre. Cuando Terra Central yazga sin vida bajo el glaciar, entonces, desde la tundra helada hasta las tierras húmedas que se extienden a lo largo del Ecuador, los hombres volverán a ser dueños de su destino (...)». La multitud jaleaba, aplaudía, hacía ondear las pancartas en alto. Se consoló pensando que, de hecho, aquellos inadaptados, misántropos, tecnófobos, románticos, irracionales de todo tipo, eran pocos. Sin embargo le advertían sobre el deseo de aventura rebelde que permanecía latente bajo todo aquello, la herencia cazadora de toda una raza. Y, además... ¿qué joven, rubio, alto, qué espalda tan ancha, qué masculino, qué hermoso era el hombre que estaba hablando!

La réplica de Omar la devolvió a la realidad:

—Eso es injusto. Antes no tenías tantos prejuicios.

—O sabía menos cosas —dijo ella.

—O Terra Central no era el centro de tu existencia. —La ofendió con su crudeza.

—¿Tan enfadado estás, Omar?

Enseguida se arrepintió:

—Lo siento, no pretendía...

Se quedaron sentados en silencio durante unos segundos antes de terminar la frase.

—Parece como si, después de todos estos años, todavía pudiéramos hacernos daño el uno al otro.

«Y los años no van a volver».

—Sí, he cambiado —dijo—. Y tú también, no hay duda, pero yo más.

«A veces, despierta en la cama, echo de menos a la chica que era antes. No tanto la salud despreocupada, la alegría atolondrada o incluso los agudos arrebatos de tristeza, como sus sueños sin límite».

—De acuerdo, querido, te escucharé —continuó—. ¿Y luego me escucharás tú a mí? Mientras podamos... Aunque preferiría que habláramos de lo que nos ha pasado, como viejos amigos que por fin se han reencontrado.

«Y por última vez», presintió.

Aquel día, Laurinda Ashcroft no dedicó mucho tiempo a revisar su discurso global. Era solo uno de entre todos los que emitían otras interfaces conocidas, cuyo objetivo era explicar, a lo largo de los años, cuál era el peligro que les acechaba y el plan que Terra Central había elaborado para enfrentarse a él. Tenía preparado casi todo de antemano: la parte visual que se solía utilizar, más los dispositivos virtuales ocasionales para abordar todos los aspectos.

Se veía la Tierra girando alrededor del Sol y la órbita que trazaba en tres dimensiones, una huella dorada sobre la oscuridad y las estrellas. Se veía cómo la Tierra, su Luna y los demás planetas interactuaban en una danza a través de miles de millones de años, en donde la gravitación marcaba los límites sutil e inexorablemente. Se veía el lento ciclo de la excentricidad y la oblicuidad en constante cambio, cómo establecía el patrón del reflejo de la luz a través del planeta y cuál era su respuesta en el aire, los océanos, las nubes, las lluvias, la nieve y el hielo.

Desde que el océano Ártico dejó de tener acceso al mar, los glaciares se habían desplazado una y otra vez. Durante los grandes inviernos, el norte de Europa, media Norteamérica y otras grandes extensiones quedaron cubiertas por un hielo cuyas cimas se elevaban a una altura de hasta dos kilómetros. El nivel del mar descendió cien metros y las tierras que habían permanecido inundadas reaparecieron, los bosques se marchitaron y murieron, mientras que, al sur, surgieron zonas pantanosas y nuevos bosques invadieron las sabanas. Sí, la vida se adaptó, algunas especies sufrieron y otras prosperaron. Pero eso sucedió a una escala temporal milenaria, una escasa ayuda a los humanos y sus obras.

La siguiente glaciación se retrasó. Habían aplazado su comienzo inconscientemente mediante la emisión de gases de efecto invernadero. Ahora, todo aquello, junto con la superpoblación que lo había provocado, ya formaba parte del pasado, y en cualquier caso no habría bastado. Ahora, en invierno caía más nieve de la que se derretía en verano; metro a metro, cada año más rápido, los glaciares se abrían paso sigilosamente desde el polo entre las montañas.

—Seguro que ya habéis oído lo que hay que hacer y que tiene que ser pronto, antes de que sea demasiado tarde: incrementar el efecto invernadero, disgregar las nubes, oscurecer las nieves, procurar que la Tierra retenga más calor del sol de lo que puede sin nuestra ayuda. Pero quizá todavía no sepáis cuál es la magnitud de todo esto la cantidad de siglos, y la delicadeza y exactitud que subyace en las enormes fuerzas que vamos a precisar. Permitidme que os muestre solo una parte.

Una vez más, dispositivos visuales y virtuales. El negro del carbono cubriendo el Ártico, toneladas y toneladas de coloides, año tras año a medida que la capa va siendo eliminada o desapareciendo. En lo alto, inmensas descargas eléctricas que provoquen las lluvias y lograr que una menor cantidad de luz se pierda en el espacio. Grandes alfombras de algas marrones ocultando los mares a lo largo de millones de kilómetros cuadrados; el cuidado y la alimentación de esos productos vivos. Detonaciones submarinas volando por los aires las reservas de hidrato de metano para que liberen el gas a la atmósfera. Bosques incendiados y, en su lugar, solo hierba, que almacena menos carbono que los árboles. Perforaciones en todas las capas del planeta; desde promover explosiones nucleares a provocar que los volcanes vomiten dióxido de carbono y vapor de agua de forma más copiosa de lo que los carburantes fósiles lograron. Las nuevas industrias reclamaban sus derechos sobre los recursos, sus construcciones y su supervisión en todas partes.

—Sí, será una Tierra muy distinta a la que creímos haber recuperado para nosotros mismos. —Laurinda se inclinó hacia delante como si realmente estuviera ante una muchedumbre observándola—. No obstante, habrá cambiado mucho menos de lo que la habría cambiado la Edad del Hielo. Nuestro mundo seguirá siendo verde, rico, amable, en toda la extensión de los océanos polares. Conservaremos muchas de nuestras zonas boscosas, los mares abiertos, las cumbres nevadas puras. ¡Y en las nuevas praderas proliferarán las flores silvestres y pastarán los rebaños!

Les ofreció las imágenes, los sonidos, la sensación del viento y los aromas, simulados pero tan intensos como si fueran reales. «Está idealizado, sí, pero no es deshonesto. Realmente podemos tener esos lugares».

—Tened presente que todo esto no va a ocurrir de un día para otro. La tarea tendrá un recorrido lento y gradual, al ritmo que marca el ciclo astronómico, constantemente observado y medido, en permanente reajuste para mantener bajo control a los gigantes del clima. Nos llevará miles de años. Y entonces, finalmente,

cuando la Tierra vuelva a inclinarse hacia el sol, iniciaremos el proceso inverso, con el mismo cuidado y al mismo ritmo. La mayoría de nosotros no notará muchos cambios durante su vida; nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos, cientos de generaciones, lo contemplarán como algo natural, una parte del universo como la luna y las estrellas.

—Eso es lo peor, —ha dicho Omar—. Para ellos, Terra Central será lo que Dios era para sus ancestros. No creo que la adoren, pero sabrán hasta qué punto dependen de ella. Y mientras tanto, seguirá haciendo lo que Dios nunca llegó a hacer: evolucionar hasta un nivel que escape al entendimiento humano. Y entonces, ¿qué, Laurinda?

Antes, Laurinda no había tenido la intención de dar tanta vivacidad a su punto de vista como en ese momento; sin embargo, ésa podía ser precisamente la postura más inteligente. Él y sus colegas estaban dando a conocer ampliamente sus protestas y si ella, que había sido nombrada portavoz para la inteligencia artificial, los tomaba en serio, a lo mejor les podría demostrar de forma más eficaz en qué se estaban equivocando.

—Es indudable que la mayoría de vosotros ha oído hablar de ciertas personas que creen que todo esto es un error. —Permitió que Omar soltara su: «un error desastroso, tanto más por ser infinitamente lento y omnipresente». Ella sonrió—. No son unos insensatos, han estudiado la situación y han realizado análisis científicos. Dejadme exponer su postura tal y como yo la entiendo: están en lo cierto cuando dicen que hay un modo más fácil, más barato y mucho menos perjudicial de detener el hielo.

»Mandar robots al espacio, minar asteroides y refinar su interior; aplicar ensambladores de nanotecnología formando espejos de dimensiones titánicas con una precisión de micrómetros, ponerlos en una órbita sensata (lo cual no es tarea fácil, pero está dentro de las capacidades actuales). Gobernados por matemáticos y supervisores menos complejos que los del planteamiento rival, el reflejo de los espejos añade luz solar a la Tierra en los tiempos, lugares e intensidades necesarias. Los glaciares retroceden, el clima se estabiliza, el sistema se mantiene en guardia a lo largo de la época en que sea necesario y se mantiene en la reserva para siempre.

»Acabaría con las noches oscuras que hemos recuperado. No veríamos muchas estrellas, ya que no alcanzaríamos la oscuridad absoluta. Pero hay abundantes simulacros; o bien se puede disfrutar de unas vacaciones en el espacio y, sin embargo, nuestro mundo sigue siendo prácticamente el mismo.

»Así las cosas, ¿por qué insiste Terra Central en prevenimos en su contra?

De nuevo, los fríos diagramas, brillantes y animados, pero expandidos primero a una escala galáctica y después contraídos a los alrededores más cercanos de Sol; finalmente, reducidos a moléculas y campos de fuerza.

El espacio no está vacío. En las noches claras, la Vía Láctea revela bahías en su

río; son nubes de polvo. El polvo en nebulosas como las de Orión es luminoso a causa de la luz de las estrellas recién nacidas, y aún se condensa más fuera de ellas. El hidrógeno y el helio, elementos primordiales, superan ampliamente en masa las cantidades de material sólido, que ya es de por sí colosal. En ningún caso alcanzan el gas y los átomos del medio interestelar una densidad que iguale lo que en la Tierra pasaría por ser alto vacío; no obstante, unidos, a través de siete mil millones de años luz cúbicos, dominan el universo visible.

Tampoco tiene una distribución uniforme: en algunas regiones se encuentra más o menos espeso que en otras. A veces, se forma un nudo en el medio lo bastante compacto como para caer sobre sí mismo y formar una estrella o un planeta.

En ocasiones, en su recorrido de doscientos millones de años en torno al núcleo galáctico, Sol se topa con una densa nube.

La que teníamos justo ante nosotros no era gran cosa, no podría generar ningún mundo. Tenía una densidad que solo superaba en unas pocas veces el promedio local y su extensión era únicamente de algunos años luz. Los primeros astrónomos no la habían avistado con demasiada definición; ni siquiera estaban seguros cuando empezaron a emplear los instrumentos que lanzaron al espacio.

—Nuestras bases interestelares cuentan con los puntos de referencia para trazar el mapa preciso de este cúmulo. Nos han enviado sus descubrimientos: en unos nueve mil años, Sol entrará en la región. En efecto, tan solo lo atravesará transversalmente. Cien mil años después volverá a estar en un espacio despejado. Pero cien mil años es mucho tiempo para los seres vivos.

El contacto incide sobre los vientos de Sol y su campo magnético hasta que la heliosfera y su ondulación, la capa de hidrógeno, se introducen en la órbita de Saturno. Así pues, con la protección mermada, la Tierra recibe una lluvia de rayos cósmicos, el nivel de radiación se triplica o cuadruplica. En efecto, la vida ha superado en el pasado circunstancias comparables a éstas, pero las especies, los géneros, órdenes enteros murieron, los ecosistemas que habían sido vitales fueron arrasados, se sucedieron extinciones masivas. Y en lo más crudo de este encuentro, la Tierra podría ser alcanzada por suficientes átomos de hidrógeno como para agotar todo su oxígeno, la suficiente cantidad de polvo como para saturar la estratosfera con partículas de hielo y favorecer un mundo invernal como nunca había existido.

—Nueve mil años, dicen nuestros esperanzados oponentes, tiempo suficiente para prepararnos. Y mientras tanto, ¿por qué cerrarnos las puertas a un programa que transformará nuestra civilización?

»Habitantes de la Tierra, a través de mis compañeros y de mí misma, Terra Central desea informaros de que la defensa contra la nebulosa requiere unos recursos que no podemos permitirnos desperdiciar en ningún otro asunto.

»Construcciones monstruosas, miles de ellas en órbitas que solo la inteligencia

artificial puede mantener, propulsadas gracias a reacciones termonucleares o por la mutua destrucción de materia y antimateria (y antes de eso la antimateria debe ser manufacturada por megatonnes) que genera la fuerza para ionizar átomos ajenos y eliminar los plasmas; toda una fortaleza alrededor del globo, librando una guerra que durará al menos una décima parte de un millón de años.

»En el futuro cercano, los espejos solares, cuya misión es aplacar el avance de los glaciares, no serán compatibles con todo esto, sus defensores lo admiten, pero dicen que cuando llegue el momento se podrán realizar ajustes. Quizá estén en lo cierto. Lo que no dicen es si los espejos van a precisar mucho material y esfuerzo. Para saberlo, vamos a tener que llevar a cabo un exhaustivo reconocimiento del sistema solar. Mientras tanto, a cada año que pase sin que tomemos parte en el asunto, el hielo seguirá avanzando y será cada vez más complicado luchar en su contra.

»Sin embargo, nosotros, los habitantes de la Tierra, que ahora estamos vivos, y debemos tomar la decisión según la cual todos nuestros descendientes vivirán o morirán, tenemos que pensar en términos que sobrepasan las necesidades técnicas. Hagámonos una pregunta sencilla y terrible: ¿Qué puede pasar en el transcurso de nueve mil años?».

Les muestra la historia para probar que es impredecible.

La revolución neolítica domesticó al salvaje, repentinamente empezó a alimentar a grandes grupos de población, fundó las primeras ciudades, construyó las primeras fraguas y transformó a los primeros cazadores libres en masas de campesinos sometidos a reyes con atributos divinos.

Los faraones de Egipto apenas habían iniciado su descanso eterno cuando los ladrones entraron a saquear sus tumbas. Más tarde, cuando el ferrocarril recorría lo que antes habían sido sus dominios, las máquinas de vapor quedaron, durante un tiempo, bien surtidas de momias.

El Imperio persa cayó en una guerra civil, y después cayó ante Alejandro, cuyo imperio no superó su muerte prematura. Lo que siguió fue un interminable baño de sangre.

Cuatro siglos después de la entrada de Jesús en Jerusalén, los cristianos estaban aniquilando a los herejes.

La paz y el refinamiento del Japón del período Heian se desmoronó ante las incesantes luchas entre clanes y señores de la guerra. En China, todas las dinastías, una tras otra, reclamaban el Mandato del Cielo y, con el tiempo, volvían a perderlo de forma sangrienta.

Los mongoles cabalaron de extremo a extremo de Asia, se adentraron en Europa hasta que su kan reinó a lo ancho de medio continente. En unas pocas generaciones ésa soberanía se derrumbó. Aun así, una parte de sus restos convirtió la incipiente democracia Rusa en un imperio de zares, mientras que la otra parte introdujo el islam

en la India.

Las poderosas civilizaciones azteca e inca claudicaron ante un puñado de invasores españoles. El flujo de riqueza que circuló hacia Europa activó a las naciones comerciantes del norte, al mismo tiempo que la podredumbre inundaba una España cuyo legado fue durante mucho tiempo el de la tiranía y la corrupción.

De la «libertad, igualdad y fraternidad» de la Revolución francesa surgió Napoleón. Del idealismo de Sol Yatsen surgieron Chiang Kai-shek y Mao Zedong.

Desde el poder, nadie comprendió lo que auguraban armas tan modernas como la ametralladora, y tampoco pudieron acabar con el bloqueo al que éstas habían conducido antes de que destruyeran cuatro imperios, las vidas de decenas de millones de personas y los cimientos espirituales de la civilización occidental. Le siguió una contienda aún mayor y, más tarde, una lucha crepuscular que duró otro medio siglo, mientras en la periferia, países recién establecidos arremetían los unos contra los otros.

En una época en que la ciencia llegaba hasta lo más recóndito del átomo, así como a lo más remoto del cosmos, y la tecnología científica estaba transfigurando la condición humana, las supersticiones más arcaicas corrían a sus anchas, desde la astrología hasta la brujería. Lo que fue acabando con ellas lentamente no fue ni la razón ni las doctrinas más extendidas, sino las sectas minoritarias, casi siempre despreciadas, que nunca se habían comprometido en un credo. Finalmente su propia dominación se fue erosionando.

En lugar de dar poderes ilimitados a los gobiernos, la comunicación global aceleró la disolución efectiva de las sociedades y las convirtió en coaliciones de autodeterminación de toda clase: étnica, económica, religiosa, profesional, cultural e incluso sexual.

Los cruzados del medio ambiente daban discursos, las agencias oficiales se esforzaban, pero lo que rehabilitó una Tierra devastada por el exceso de población y la sobreexplotación fue una nueva serie de tecnologías y de incentivos económicos, además de los factores desmotivadores que éstos ocasionaron.

—No existen las respuestas definitivas, no mientras los seres humanos sigan siendo humanos. Nueve mil años es más tiempo que toda la historia de la que tenemos constancia. ¿Cuántos cambios, cuánta violencia, cuántas revoluciones están por venir? Y sobre todo, ¿cuántas revoluciones espirituales? No lo sabemos.

»Por el bien de los que todavía no han nacido y por el bien de la vida misma en la Tierra, aceptemos algunos pequeños sacrificios y asumamos ahora mismo un compromiso por la seguridad de nuestro planeta, mientras estemos a tiempo, mientras estemos en condiciones de elegir. Nuestros descendientes nos bendecirán, hagan lo que hagan y sean quienes sean, seguro que lo harán. Aunque nosotros, en el día de nuestra muerte, ya nos habremos bendecido a nosotros mismos».

Más tarde, Laurinda subió a la superficie para dar un paseo. Necesitaba moverse y estar sola, dentro de casa se sentía demasiado conectada.

La luz vespertina era muy baja, casi horizontal, y parecía teñir de oro la hierba y las hojas. Oyó el graznido de una bandada de grajos que pasaba volando por el cielo en dirección a sus nidos, mientras una ráfaga de brisa enfrió el aire como si fuera el suspiro de la noche que estaba por caer.

A cada zancada, sentía cómo la tensión y la ansiedad se escurrían y la paz se iba adentrando en ella desde la tierra. Era como si su Inglaterra se lo estuviera agradeciendo.

Vio la vieja iglesia ante ella; las máquinas que se llevaron la ciudad desierta habían respetado esta reliquia, la restauraron y la mantuvieron en pie. Divisó un modesto robot guardián que era casi innecesario, pues raras veces había visitantes. Otro se ocupaba del cementerio. La erosión había dejado olvidados los nombres de las lápidas, aunque, por alguna extraña razón, las lápidas seguían recordando.

También la iglesia recordaba. Una ventana, situada encima de las puertas, tenía su propia puesta de sol; al otro lado, el cristal manchado brilló más tenue y había ángeles y santos bajo un techo que se arqueaba hacia el cielo. Solo pudo distinguir un Cristo crucificado sobre el altar. No era la primera vez que se preguntaba cómo habrían decidido los arqueólogos y las máquinas, Terra Central en definitiva, en cuya base de datos se encontraban todos los registros que todavía restaban, sobre qué basar el emblema, pues los puritanos debieron de haber destruido el original. ¿O no lo habían hecho? Tendría que preguntarlo. Se olvidó del tema, se sentó en un banco y escuchó el silencio. Imaginó que los fantasmas se congregaban a su alrededor, con actitud de humilde adoración, en aquella profunda oscuridad.

Cuando se fue, solo quedaba un resto violáceo de luz diurna, pero pronto desapareció también. Algunas veces se veía forzada a mirar el asistente que llevaba en la muñeca, al que había ordenado que le indicara el camino de vuelta. Las estrellas empezaron a brillar una a una, cada vez con más fuerza. A través del aire ligeramente nublado, no se veían tan refulgentes ni parecía que hubiera tantas como debería. De todos modos, al cabo de un rato, le inundó la sensación de lejanía de aquella multitud. Entre todas las que alcanzaba a ver, ¿en cuál de ellas se habría desarrollado la inteligencia? No estaba segura. Las noticias de los exploradores llegaban tan despacio... y tampoco es que las siguiera muy de cerca, le preocupaba más lo que pasaba en la Tierra. Probablemente los exploradores solo habían llegado a investigar las inmediaciones de Sol. No obstante, aquellas máquinas que viajaban casi a la velocidad de la luz, multiplicándose en cualquier sitio en donde encontrasen materias primas y mandando a sus vástagos a seguir con la exploración, en uno o dos millones de años se habrían desplegado por toda la galaxia.

Laurinda se estremeció. En otra época la visión había tenido *glamur* y le había

parecido gloriosa. Esa noche empezó a sentirse mal y se acordó de que apenas había comido en todo el día. Sí, se estaba haciendo mayor.

Al bajar a su casa, buscó su propio espacio, no un taller o un centro de entretenimiento y comunicación, ni un despacho personal, sino un refugio de sueños. Los dispositivos virtuales no bastaban: quería una realidad que no se viera alterada por el capricho. El revestimiento de la pared constituía el fondo para las imágenes enmarcadas de escenas antiquísimas y las estanterías llenas de viejos libros. Puso música barroca mientras una tetera de cobre ya estaba echando vapor; su té pronto estaría listo y, poco después, la cena, idéntica a la que podían haberle servido a Jane Austen.

No dio la orden al servidor para que simulara un criado humano, ni promovió la búsqueda de algún amigo a lo largo del planeta que tuviera ganas de conversar con ella. Pensó que lo único que deseaba era tranquilidad, leer un poco y luego irse a dormir.

Cuando oyó una voz de contralto, como la de su madre, dirigiéndose a ella, se dio cuenta de que Terra Central había percibido una señal distinta.

—¿Puedo interrumpir? Quería decirte que has estado maravillosa. En general, el público ha reaccionado de forma positiva y entusiasta.

—Bien —dijo Laurinda—. Pero estaba yo sola, necesitamos más oradores.

Siguió mentalmente: «El esfuerzo que estáis movilizando avanza lentamente, pero es enorme. ¿Y si falla? ¿Y si el voto se vuelve en contra de tu recomendación? ¿A qué vais a recurrir en ese caso?».

«¿Y por qué pienso en ti como si fueras una persona?».

«Porque lo eres. No eres un ser humano, pero sí una conciencia... ¿un alma?».

—Estuviste elocuente —dijo Terra Central— y más perspicaz que yo.

Le contestó con asombro:

—¿Cómo? ¿Qué es lo que soy, que te preocupas tanto por mí?

—¿Te lo explico ahora o prefieres esperar hasta que hayas descansado?

Terra Central se mostraba siempre muy considerada con todas sus interfaces. Casi siempre acertaba en sus suposiciones. A Laurinda le dio un vuelco el corazón.

—Ahora, por favor.

La voz se detuvo antes de continuar, ¿quizá para calmarla un poco?

—Estoy destinada a cuidar el bienestar de la vida en la Tierra. Cualquier cambio que se produzca en mí no variará ese hecho. Tu raza es la parte sensible de la vida, pero yo, tal y como soy, no puedo comprenderlo del todo.

»Los textos, las señales, las percepciones, las palabras no son lo mismo que la experiencia directa. Puedo seguir los pensamientos, incluso una sombra de las emociones, de los seres humanos sensibles y racionales como tú. Pero no estoy capacitada, no tengo empatía, si quieres llamarlo así, para interpretar el porqué de las

acciones de otras personas, o las causas de que vuestra historia haya evolucionado de la forma en que lo ha hecho.

—¿Y quién lo entiende? —espetó Laurinda.

—Me da la impresión de que tu raza está loca... Tú no, querida, ni la mayoría de la gente por sí misma; pero la raza... dividida entre el instinto y el intelecto, lo animal y algo que va más allá. ¿Lo estoy malinterpretando? Si no es así, entonces lo más probable es que, sin una orientación, la humanidad acabe consigo misma mucho antes de que lo haga el cosmos. Yo no puedo entenderlo lo suficientemente bien como para saber o para proporcionar esa orientación.

»Ayúdame, Laurinda.

—¿Cómo? —preguntó temblorosa, pensando qué más podía estar en su mano en los años que le quedaban.

—No te mueras. Cuando tu cuerpo se agote deja que descargue tu mente y tus recuerdos.

Se quedó helada.

—¡No! No. He... pensado en ello, por supuesto, pero todo lo que he visto, lo que he oído... No quiero ser un robot.

—Lo sé. Pero ¿te unirías a mí para convertirnos en un solo ser?

»Sería una especie de Nirvana, sí; ya no serías única, sino un enriquecimiento del total. Sin embargo, estarás ahí durante millones de años, o más, y, si se da la necesidad, podría resucitar una emulación de ti misma tal y como eras.

»Es algo que solo puedo ofrecer a unos cuantos. Se trata de una aplicación creada recientemente y de momento mis capacidades al respecto están limitadas. Más adelante... Pero quiero que seas tú, Laurinda, antes de que desaparezcas para siempre.

»Piénsalo. No obstante, recuerda que no te queda mucho tiempo para tomar una decisión.

Mil setecientos años después, ocurrió algo que permaneció vivo en el recuerdo de la gente durante generaciones, hasta que las costumbres sufrieron un cambio demasiado drástico como para darle sentido. En aquellos días, cada comunidad, cada asociación, cada nación y pueblo tenía su propio modo de celebrar el cambio de siglo. En Tahalla aquel día culminó todo un mes de ceremonias y festejos, algunos de los cuales igualaron en solemnidad al Día de la Creación o al de la Memoria, y otros rivalizaron en jolgorio con la Noche del Fuego o el Festival para Niños. Los Juegos Dárvicos, que se celebraban cada cinco años, adquirieron entonces una importancia aún mayor. Los ganadores alcanzaban la gloria, lo que, a su vez, aumentaba la reputación de cada uno de los miembros del clan al que pertenecían y la influencia de sus capitanes durante más de una década.

El desfile inaugural recorría pomposamente Covenant Boulevard. El metal reflejaba la luz del sol desde un cielo azul intenso y parecía estar prendiendo fuego a las banderas. La gente estaba de pie de diez en fondo. En ocasiones como ésta, uno no se quedaba en casa sentado mirando; todo el mundo acudía a la cita, participaba, se unía a los cánticos y a las ovaciones, veía pasar a los personajes famosos y a sus héroes en persona, sentía las oleadas y los latidos de júbilo, y no necesitaba ningún psicotrópico para elevar el espíritu. La mayoría habían llegado en grupos y llevaban puestos los atuendos especiales propios de cada asociación; sin embargo, los grupos habían acabado por mezclarse y ya no guardaban orden alguno. Las togas blancas y las fajas rojas de los profesores se apretaban entre las túnicas lilas y doradas de los magníficos y las capas escarlata con tocados plumados de los antorcheros, o algunos halcones se apiñaban, en azul y gris, junto a los médicos, vestidos de verde. Solo los filósofos se mantenían aparte: unas cuantas batas grises con capucha adornadas con trozos de tela de brillos irisados. Las terpsícores saltaban y bailaban delante de todo el mundo, en la misma calle, agitando brazos y piernas, con sus largas melenas y sus vaporosas ropas en movimiento. La mañana ya era calurosa, pero nadie pareció darse cuenta. La temperatura hacía que se desprendieran los vapores del pavimento.

Por detrás de ellos se alzaban las paredes de mil colores, las columnatas trémulas y las ricas cúpulas de Roumek central. Todo estaba limpio y lustroso; en muchos sitios se habían añadido esculturas o mosaicos de complicados diseños, pero el aspecto de las fachadas no cambió hasta que el sol modificó la incidencia de las sombras. Solo en el Festival de las Ilusiones competían los propietarios por reproducir los efectos más asombrosos, pero los juegos eran otra cosa, un acontecimiento tanto religioso como secular.

Sonaban las trompetas, los tambores repicaban y tronaban, las fuentes afinadas y la Torre Cantora se unieron con su propia música. Cascos y corazas refulgían, las

lanzas y los láseres se mantenían en alto; a la cabeza iba un grupo de ilustres, montados a lomos de alces blancos cuyas cornamentas habían sido teñidas de oro. Los hierofantes, procedentes de cada una de las regiones de Tahalla, los seguían a pie portando sus ropas canónicas y los símbolos de las órdenes a las que pertenecían: la de Dios Soñador del Universo, la de Dios Madre, la de Dios Emplazador (con sotana negra y casco ensartado), la de Dios Amante (con los colores del arco iris y un báculo engalanado). Detrás de ellos se deslizaba el coche del intérprete sagrado. Unos agentes robotizados se ocupaban de su suntuoso trono, cubierto por un baldaquín, y le reconfortaban en sus vestiduras opalescentes con abanicos que desprendían ráfagas de brisa. Otro destacamento de ilustres le seguía.

Más atrás apareció el monarca y la primera consorte. Sus tronos se encontraban situados sobre una tarima en el centro de un gran escenario móvil, desde cuyas esquinas se distinguían las formas ondulantes de un dragón dorado, una llama encarnada, un remolino azul y una enredadera en flor. A la izquierda del monarca se sentaba el heredero forzoso y a la derecha de la consorte, el primer ministro. Más abajo, sentado en un banco, les acompañaba el consejero. Algunos guardias experimentados, situados a ambos lados, lanzaban a la multitud rubíes y diamantes como recuerdo. Las ropas y los avíos de todos ellos maravillaban a cualquiera que los contemplase.

Una docena de hombres, que iban delante de todos ellos, simplemente llevaban la insignia de sus clanes, de los que eran los capitanes, junto con los emblemas de las sociedades a las que pertenecían; sin embargo, el del centro, llevaba colgado de los hombros el manto de Darva y en la mano portaba el bastón de supremacía. Todas las miradas se entretuvieron especialmente en ellos, pues habían sido nombrados jueces de los juegos.

Los potentados de la ciudad, al frente de otras comunidades más pequeñas, y los encargados de las tierras venían detrás, la mayoría de ellos montados en coches, algunos en caballos de anatomías fantásticas, todos ellos ataviados con sus mejores galas. Más atrás marchaban los jugadores, que llevaban puestas las fajas de acuerdo con las normas de cada uno de los torneos en los que iban a participar, aunque todos ellos iban orgullosamente vestidos con una túnica marcada con los colores y los estampados de su clan. Todos los presentes les recibieron con una oleada de vítores.

Mikel encabezaba el contingente de auvade, ya que su padre, Wei, capitán del clan Belov, se encontraba entre los jueces. Por supuesto, la relación carnal inhabilitaba a Wei como juez en esa competición y, de todos modos, Mikel habría aborrecido cualquier nepotismo, aparte de que no lo necesitaba: ya se había ganado la categoría de segundo maestro. Tendría que haberse dirigido hacia terreno sagrado envuelto en una nube de felicidad, o al menos haber ido con la esperanza de volver a ganar renombre, aspirar al triunfo.

El rencor se agolpó en sus labios. Sintió que se burlaban de él con todas aquellas ovaciones y ramos de flores. Estaba obcecado, intentando averiguar cómo convertir la victoria en venganza.

Casi siete décadas mayor que su hijo (en los otros casos, él y su esposa habían dado ejemplo y se habían conformado con tener hijos virtuales), Wei Belov se tomó el asunto con frialdad.

—Sí, es una decepción —dijo—. Pero no es humillante, a menos que dejemos que lo sea.

Aun así, Mikel se puso furioso, al igual que muchos de los jóvenes del clan. Se arremolinaron en torno de la casa señorial gritando consignas en contra de Arkezhan Socorro y del primer ministro silbando al unísono la antigua y siniestra canción de la Pistola. Se precipitaron al galope por los campos ante el terror de los inocentes rebaños. Estuvieron revoloteando por Roumek y entraron en étlicas trifulcas con los miembros del clan Socorro con los que se iban encontrando. Por fin, Wei emitió una orden:

—Este comportamiento nos deshonra —declaró—, y debe terminar inmediatamente. Quienquiera que continúe será censurado públicamente y excluido de los ritos del Día de Afirmación del año próximo.

La oleada de protestas cesó.

Nadie, a excepción de su esposa, sabía cómo se sentía, aunque probablemente tampoco ella lo supiera con certeza. El capitán del clan Belov se enfrentaba a sus propios problemas en solitario, como correspondía a su dignidad. De todas formas, ella y Mikel podían intuirlo: los silencios en casa, los paseos solitarios y su retraimiento hablaban por él.

En esta edición de los Juegos, el monarca tenía que haberle nombrado juez supremo. Aunque el ciclo de sucesión quinquenal no era inamovible, era una costumbre habitual, y esta vez el turno de Belov coincidía con la víspera del cambio de siglo. Wei había participado con éxito en anteriores ediciones de los Juegos Dárvicos. Es más, cuando era joven ganó trofeos en alpinismo lunar y en esquí en las dunas de Marte; era el presidente de la comisión nacional para la vida salvaje, lo que le implicaba a menudo en negociaciones interétnicas bajo el auspicio del Guía Mundial. No había duda de que merecía el privilegio de poder proporcionar ese honor adicional a su clan.

Hacía ya muchos años que Arkezhan, el capitán Socorro, era su enemigo, aunque Wei nunca había sabido el porqué. No creía haberle infligido daño alguno a él o a su clan y tampoco sabía de nada con lo que le pudiera haber ofendido inconscientemente. Y sin embargo, Arkezhan estaba siempre murmurando sobre él, insultándole hasta el límite de lo inapropiado y jugándole malas pasadas. Al final, Wei acabó por atribuirlo a la envidia: Arkezhan no había llegado a alcanzar

notoriedad en su carrera.

Pese a todo, se había convertido en el favorito de Mahu, el capitán Rahman, primer ministro del reino, quien convenció al monarca para nombrar a Arkezhan juez supremo de los Juegos.

El rechazo silenciado cayó como un jarro de agua fría sobre el clan Belov, y aún más sobre el capitán y sus familiares más cercanos. Arkezhan se jactaba de ello y sus aduladores extendieron rumores.

Así estaban las cosas en el día del auvade.

Aunque se había desplegado una cubierta por encima del estadio, las gradas refulgían con las ropas y las joyas de los espectadores. Desde la tribuna de jueces, a lo alto, parecían terrazas repletas de flores. Había un murmullo incesante de voces y susurros que recordaba al rumor de un océano lejano. Abajo, sobre el hexágono, los equipos estaban alerta; cada uno de los hombres era un punto de color sobre una baldosa situada en un lado determinado, que mantenía la vista fija en sus compañeros del lado opuesto. Sirio, de azul; Altair, de dorado, y Betelgeuse, de rojo.

Wei se inclinó sobre el visor ante el que estaba sentado y pronunció una orden en voz baja, pues no quería llamar la atención. El instrumento hizo un reconocimiento, identificó su objetivo y se iluminó con la imagen de su hijo. Ordenó un aumento de un metro cuadrado. Allí estaba Mikel, quieto como una pantera, con todos los músculos a la vista bajo el azul celeste que se le ajustaba al cuerpo, con el rostro ambarino de huesos fuertes, la escarapela desafiante en la cinta de la cabeza, que le sujetaba una melena que parecía las alas de un cuervo: un Belov hasta el último de sus cromosomas. Ocupaba el puesto de cometa; la insignia plateada le brillaba en el pecho. Ojalá el chico estuviera menos tenso, que la mirada fuera menos dura. Lo que un jugador precisaba, más incluso que fuerza y agilidad, era inteligencia.

Una voz hizo que Wei levantara la vista para mirar a su alrededor. Arkezhan Socorro se acercaba tranquilamente hacia su asiento.

—¡Ah! —dijo el juez supremo—, ya veo que está preocupado por su vástago.

A Wei le costó permanecer sentado. Era detestable que le hablara con tal desprecio, pero si se hubiera levantado habría mostrado irritación y eso significaba perder la dignidad, especialmente allí, ante la Presencia.

—Estoy interesado, como es natural —le contestó con la mayor suavidad que le fue posible—, no preocupado. Él es un atleta cualificado.

Lo dijo dándole un ligero énfasis al pronombre. El hijo de Arkezhan no practicaba ningún deporte y destacaba por su torpeza tanto en los bailes sociales como en los de gala.

Cualesquiera que fueran sus sentimientos, Arkezhan no permitió que estos aflorasen.

—Eso tendrán que decidirlo los jueces imparciales. —Inclinó la cabeza en

dirección a los tres, Ibram Ahmad, Jon Mitsui y Malena Mogale, que ya estaban sentados y preparados, cada uno con su propio visor. Todos percibieron la hostilidad en el aire y dejaron entrever que se sentían incómodos.

—A diferencia de la de otros —dijo Wei—, la imparcialidad de sus señorías no está en entredicho.

Fue una réplica peligrosa. Nunca se le habían dado bien esos intercambios. Arkezhan dibujó una sonrisa de satisfacción. Movi6 de un lado a otro su cara mofletuda y agitó un dedo mientras lo señalaba.

—Sí, me han garantizado que hoy no abusará usted de sus privilegios.

De hecho los tres fueron muy amables al invitar a Wei, un viejo amigo, a compartir su cabina, que tenía aquellas vistas insuperables. Quizás ahora, demasiado tarde, cayeron en la cuenta de que Arkezhan lo consideraba un error. Wei se mordió la lengua, no les iba a poner en evidencia.

—Le agradezco que esté de acuerdo, señor —dijo con un tono de voz más alto. Hizo girar su silla para saludar al monarca—. Y toda la gratitud, siempre, para su graciosa majestad.

La fórmula le supo repugnante.

Si hubiera sabido de antemano que el monarca iba a estar presente, probablemente habría declinado la invitación. En otras épocas, algunos jefes de Estado habían asistido a algunos torneos, pero este solía acudir únicamente a la inauguración de los Juegos. Por ese motivo, el juez supremo no estaba obligado a vigilar ningún evento en particular, aunque todas las cabinas de supervisión guardaban un asiento y un visor para él. Entonces, ¿quién había convencido a estos dos para que estuvieran allí? ¿Cómo? Y ¿por qué?

Quizá tuvieran un interés genuino. Había muchos aficionados al auvade, no solo en Tahalla, sino por toda la Tierra, y también entre los humanos que ya vivían en otros lugares del sistema solar; seguramente habría millones de personas viéndolo aquel día.

Wei no podía saberlo. El monarca estaba sentado impasible en el trono extrudido especialmente para él, por encima y por detrás del asiento del juez supremo. Apenas movía un pliegue de la túnica y la casulla o una pluma de su tocado.

Jon rompió un prolongado silencio.

—Con toda la veneración, su Majestad, con todo respeto, mi señor, se acerca el momento.

—Por supuesto —dijo Arkezhan—. Me temo, mi señor Wei, que no vamos a poder disfrutar de su relato del todo fascinante. Estoy seguro de que nos habría deleitado con las excelencias del joven... ¿Niho? No, le ruego que me perdone, el nombre es Mikel, ¿me equivoco? Tendremos que presenciarnos nosotros mismos. — Se inclinó ante el monarca—. ¿Tengo el permiso de su Presencia para ocupar mi

lugar?

Una mano se levantó y volvió a descender. Arkezhan se sentó.

—Que den comienzo los honores —dijo. Las palabras sonaron amplificadas y retumbaron por todas partes.

Resonaron las trompetas, los espectadores gritaron y la cubierta borrosa se convirtió en una enorme reproducción del tablero.

Por un instante, nada ni nadie se movió. Cada uno de los equipos se había reunido con antelación y habían establecido su estrategia y sus tácticas para minimizar las pérdidas y maximizar las del equipo contrario, hasta que solo quedasen los últimos supervivientes. Pero había llegado la hora de la verdad.

Entonces, una estrella de Sirio avanzó una baldosa en línea recta, que era lo que le estaba permitido, y se paró. Por cada lado se aproximó un planeta en diagonal para situarse delante de ella; dos lunas realizaron sus tres zigzags para tomar posición en los flancos y dos meteoritos saltaron por encima de unas baldosas ocupadas por jugadores de su mismo equipo para amenazar a Altair por la derecha y a Betelgeuse por la izquierda. Los cometas se quedaron en la reserva. Ésa era una maniobra clásica que establecía una clara disposición defensiva. Los miembros de Sirio que estaban al otro lado avanzaron con agresividad, aunque no fueron demasiado lejos debido a que no sabían quiénes iban a ser sus oponentes.

Los otros equipos habían empezado de forma similar. Una estrella de Altair se precipitó hacia el centro del tablero y se detuvo. Un planeta de Betelgeuse mordió el anzuelo y se dirigió hacia la misma baldosa. Se saludaron y la estrella avanzó. El planeta trató de contrarrestar un ataque a la cadera tirando a su oponente, que, de cruzar los límites de la baldosa, perdería automáticamente. Sin embargo, el otro cambió de dirección, dio media vuelta, puso el pie detrás del enemigo y empujó mientras el planeta agarraba el brazo de la estrella. Ambos se tambalearon, pero ninguno cayó al suelo. Se separaron, consideraron la situación y volvieron a acercarse furtivamente. De repente, el planeta cayó sobre la superficie elástica y la estrella, encima de él, le sujetó. Se separaron, se levantaron y se hicieron una reverencia. El planeta se retiró del juego. Inmediatamente llegó una luna de Sirio. Como estaba descansada, ocupó la posición.

Se estaban produciendo combates en otras zonas. No era una pelea. Un jugador observó la escena, que se estaba reproduciendo por encima de ellos, y tomó la decisión que le pareció más acertada para ayudar a su equipo; trató de llevarla a cabo y ganarla.

—¿A qué espera el cometa Mikel? —dijo Arkezhan—. ¿A que los rivales se agoten mutuamente? —Hizo chasquear la lengua—. No sirve de nada, y ciertamente no le va a reportar gloria, aunque parezca que su intervención individual sea mejor.

—Está planeando... —Wei Belov se interrumpió. No debía seguir hablando en

aquel lugar.

Pasados unos minutos Mikel avanzó, escogió dos baldosas a un lado y otra hacia delante, después una hacia el otro lado y dos adelante de entre los movimientos que le estaban permitidos. La jugada lo llevó cerca de una luna de Altair. Entablaron combate. Él se impuso y la luna se retiró.

Mikel hizo una pausa mirando hacia arriba. Estaba a punto de avanzar hacia un cometa de Betelgeuse, o al menos ésa parecía la táctica más adecuada, cuando un meteorito de Betelgeuse lo cogió por sorpresa. En caso de llegar a una de las esquinas del tablero, los meteoritos podían volver a cruzar hasta la esquina opuesta y continuar desde allí. No obstante, tenían que moverse en línea recta y, a diferencia de las estrellas, no podían cruzar más de seis baldosas antes de pararse, a no ser que llegasen victoriosos al final, y ése era el objetivo.

Mikel casi no se entretuvo en el protocolo; se agarraron rudamente. El meteorito cayó, aunque solo se quedó sentado. Mikel dio un salto y le empujó por los hombros hasta que éstos tocaron el suelo. El otro cedió y se marchó. Para entonces, la situación había cambiado y la idea original de Mikel ya no servía.

—Ese comportamiento es muy mezquino —dijo Arkezhan—. Penalicen a su equipo.

—Mi señor —protestó Ibram—, la acción no ha sido muy estética, pero no he visto falta alguna.

—Yo tampoco —añadió Malena. Jon no podía decir nada, pues se había concentrado en otros jugadores.

—¿No han visto cómo se abría paso con los brazos y lo agarraba con las manos? —respondió Arkezhan—. He dicho que penalicen al equipo. Tres puntos menos.

Cada uno de los puntos contaba como un hombre menos, lo que podía forzar la retirada del equipo de Sirio del partido, y además quedaría constancia de que había sido por culpa de Mikel Belov.

—Como mucho uno, señor —discutió Malena—. Hay pocas acciones que se ejecuten a la perfección.

—Tres.

Nadie se negó. Después de todo, Arkezhan era el juez supremo y los jueces designados tenían muchos otros asuntos en los que concentrar su atención. Además, las reducciones de puntos, muy frecuentes en cualquier torneo estrictamente arbitrado, se cancelaban al redistribuirlos entre los dos grupos rivales.

Wei apretó los dientes.

El auvade continuó. Los espectadores gritaban, agitaban pañuelos y banderas, brincaban en sus asientos cuando alguno de sus ídolos salía vencedor.

—¿Se han dado cuenta de la oportunidad que ha dejado escapar nuestro Mikel Belov? —dijo Arkezhan pocos minutos después—. Si hubiera atacado a aquel planeta

de Altair, un cometa de Betelgeuse habría tenido vía libre para atacar a la estrella de Altair. Fuera cual fuera el resultado, los de Sirio habrían tenido un superviviente menos al que enfrentarse.

—Sí —admitió Ibram. Estudió la situación en el cielo—. Para nosotros está claro, pero es prácticamente imposible controlar todo lo que sucede estando en pleno combate.

—Los jugadores más competentes pueden hacerlo en cierta medida. Es probable que nuestro pequeño cometa haya elegido no enfrentarse al planeta, que parece bastante temible.

Malena miró por el visor con el ceño fruncido.

—Mi señor, parece decidido a perseguir a ese hombre —dijo—, pero también tenemos que observar a otros.

—Por supuesto. No pondría en duda sus decisiones, señorías. Pero coincidirán conmigo en que algunos jugadores requieren de una vigilancia más estrecha que la mayoría. Por el bien del juego.

—Me da la impresión, mi señor, de que Mikel Belov no se encuentra entre ellos.

Arkezhan se encogió de hombros.

—Bueno, quizá tenga razón, señora. Usted es una antigua conocida de su familia, ¿verdad? Tienen una relación muy cercana.

Malena se puso tensa.

—Por favor, mi señor —dijo Jon con frialdad en la voz.

Arkezhan alzó las manos.

—¡Oh, no, no! Ni por un momento se me ocurriría insinuar, mucho menos imaginar, que sus señorías accedieran a aceptar cualquier oferta que el padre de algún jugador pudiera haber hecho.

Wei tuvo que tomar una profunda bocanada de aire. El monarca seguía sentado e impasible. Los jueces no pudieron contestar; pues el juego se estaba acelerando y se iba complicando por momentos.

De repente, Arkezhan levantó los ojos de su visor y gritó:

—¡Falta! ¡Falta!

—¿Qué? —Los jueces se volvieron para mirarle.

—¿No lo han visto? Cuando Mikel Belov se estaba enfrentando a la luna de Altair, ahora mismo, le ha cogido por la ingle.

Wei estaba tan fuertemente aferrado a los brazos de su silla que los nudillos se le habían puesto blancos. Malena dejó de lado el protocolo:

—No es cierto.

—¿Es que le estaba usted mirando, señora? —respondió Arkezhan—. Usted tiene que seguir todo lo que pasa en el tablero. Yo he escogido fijarme en los que suscitan mis sospechas.

Wei estuvo a punto de levantarse de la silla. Ibram dijo enseguida:

—Mi señor el juez supremo podría haberse equivocado, le puede pasar a cualquiera. Veremos la acción repetida a cámara lenta, si es que insiste.

Arkezhan sonrió:

—No será necesario, señor. Aceptaré su decisión. Puede ser que me haya equivocado. Quizá, con la emoción, confundí una tendencia con una intención.

Wei se levantó. Estaba pálido.

—Señor —dijo muy despacio—. Confío en que esa observación haya sido involuntaria; espero que la retire y se disculpe.

Los jueces mantuvieron la vista en los visores, examinando el juego, como era su deber; pero Malena no reprimió unas palabras:

—Su majestad ha oído... —se interrumpió, horrorizada por sus propias palabras.

El monarca siguió sentado e inmóvil. Arkezhan sonrió.

—Pero no lo he dicho con mala intención, señor, no creo que le haya faltado en modo alguno. Somos lo que somos y ese chico, evidentemente, ha elegido no aprovechar, o aprovechar muy poco, las características que ha heredado de, imagino, su madre.

Wei dio un paso hacia delante mientras apretaba un puño y lo golpeó. Arkezhan se tambaleó hacia atrás mientras los jueces gritaban asombrados. El público chilló como si ellos también lo hubieran visto.

Arkezhan, con la nariz ensangrentada, se fue recobrando a la vez que dejaba entrever una sonrisa burlona.

Las tierras que estaban a cargo del clan Belov se encontraban cerca de la frontera de Tahalla. A partir de allí se extendía el mismo Arabiyah, con colinas y valles en los que el viento ondulaba la hierba alta, sacudía la fronda y susurraba a través de las hojas; en los que los riachuelos iban a parar a lagos brillantes; donde corrían las grandes manadas y sus predadores y las bandadas voladoras solían proyectar sombras en el suelo como si de nubes se tratara. Sin embargo, las gentes de Zayan tenían costumbres muy distintas a las que acostumbraban en Tahalla. Al igual que el resto de los pueblos de la Tierra tenían hábitos muy distintos los unos de los otros.

Wei dejó su coche al pie de la colina y escaló hasta la cima. A medida que subía, se iba abriendo ante él un paisaje cada vez más amplio. A lo lejos, las jirafas se mezclaban con los cuernoliras y unos cuantos cheirosaurios permanecían ajenos a los orgullosos leones que se estiraban perezosamente en un risco. Impulsivamente, sin que el gesto tuviera mucho sentido, les saludó con la mano. Pese a que la reintroducción de especies raras, el resurgimiento de algunas que se habían extinguido y la creación de otras que nunca evolucionaron tuvieron lugar antes de nacer él, había experimentado tantas veces aquellos procesos de forma virtual que sentía que había estado allí, ayudando, como si hubiera participado de forma

humanamente insignificante en la retirada del hielo. Le proporcionaba profundidad y pasión en su principal ocupación real, la gestión ecológica diaria.

Había llegado a un lugar solitario. Al oeste, se distinguía una discreta elevación en el horizonte; era la cúpula de un centro de producción de alimentos totalmente robotizado. De una depresión en la tierra situada unos kilómetros a lo lejos, se veía salir una estrecha columna de humo, que se desvanecía rápidamente, y que provenía de un campamento de excursionistas que le recordaba a una Edad de Piedra que su raza había olvidado, pero sus genes no.

Sus músculos se tensaban, después se relajaban y se volvían a tensar llevándole hacia arriba contra la fuerza de la gravedad. Sentía en la cara la calidez de la luz del sol y el aire templado se le metía por la nariz. No había medicina en la Tierra que curase la vergüenza y la aflicción, y no pensaba aplacarlas con drogas, junto con su honor; pero la Tierra misma era un bálsamo.

Había escogido aquella colina porque tenía un bosquecillo de eucaliptos en la cima, una cortina para el cielo. Si por casualidad un satélite de observación hubiera pasado por encima entonces, no le habría gustado que registrase lo que iba a acontecer en los próximos instantes. Una sombra se posó fresca, moteando el entorno; todas sus penas se arremolinaron y las hojas parecían estar susurrándole su despedida.

Aquel día no había dicho nada cuando se marchó de casa, solo que quería salir un rato.

—Lo comprendo —contestó su mujer. Sospechó que ella lo había entendido todo a la perfección y su serenidad era el último de sus obsequios.

«Lo siento, Lissa, Mikel, —pensó—. No hay una forma mejor de recuperar el orgullo, ¿verdad? Que tengáis una vida grata».

Cogió la pistola. La única bala que contenía no era de las que causan solo aturdimiento. Descartaba por completo una posible recuperación.

Con cuidado, se encañonó la sien. «Un beso frío», pensó. Y después: «No te entretengas».

El disparo desencadenó un estallido. Un buitre inició su descenso en espiral amplia y lentamente.

Sesil Hance habitaba una casa a las afueras de Roumek, una construcción muy ornamentada, con pilares y columnas, y algunas torretas estrechas y esbeltas, demasiado grande para cualquier familia en aquellos días, pero fácilmente adaptable para recibir visitas. Las ventanas desprendían un resplandor difuso en la oscuridad de la noche. La música sonaba suave: una pieza que la casa había compuesto últimamente. El vecino más cercano, que estaba a treinta metros, fue a unirse a ella. Por lo demás, la calle estaba tranquila y vacía, a excepción de un jardinero robotizado que trabajaba en las hileras de flores.

La puerta principal conocía a Mikel Belov y se abrió ante él. Entró en una antesala recubierta con paneles de caoba, techos de nácar y una alfombra iluminada. Dos figuras aparecieron en un holograma de cuerpo entero, un hombre y una mujer mayores. El decoro no permitía que las jóvenes del clan recibieran solas las visitas masculinas y los padres de Sesil preferían vivir en su finca rural. Habían hecho preparar estos dispositivos virtuales de sí mismos para ella, para que hablaran y actuaran como ellos y para registrar todo aquello que los sensores detectaran. Sesil le había dicho a Mikel que ellos confiaban en ella y nunca revisaban los datos. Solo se trataba de mantener la reputación.

Él saludó:

—Bienvenido, Mikel Belov —dijo la imagen de Yusuf Hance formalmente.

Y con el mismo tono, la reproducción de Fiora Hance dijo:

—Sé bienvenido.

—Gracias, señor. Señora —respondió.

Sesil se acercó a través de un pasillo abovedado. Llevaba puesta una bata negra con estrellas brillantes que se le ajustaba al cuerpo. Se detuvo y se llevó las manos al rostro con sorpresa.

—¡Oh! —murmuró. Abrió los ojos asombrada; eran tan luminosamente oscuros como la tela de su atuendo—. Tú. Tenía tantas ganas... Pasa, por favor.

Se dirigió a las imágenes:

—Con su permiso.

Se volvió y acompañó a su visita por un pasillo hacia una habitación en la que predominaba un aroma a jazmín y donde las paredes se teñían de sutiles colores. Aunque se dirigió a él frente a frente, no hizo gesto alguno para que se dieran la mano o para tocarse de ningún modo.

—Por favor, descanse, señor. —Hizo una seña hacia un sofá con un gesto confuso—. ¿Le apetecería tomar algo?

Siguió de pie.

—Hace más de un año que no me llamas «señor» —dijo. Habían estado a punto de casarse. Evitó añadir un «señora».

Ella bajó la mirada. Unas largas pestañas destacaban en el rostro delicado.

—No, es solo que ahora... que te has enfrentado a la tragedia... y ahora vas a ser capitán Belov.

—Si salgo elegido. Habrá que esperar un poco. —El dolor se abrió paso—. Pero, Sesil, ¿por qué no he tenido noticias tuyas?

Ella hizo un gesto hacia la cabina de hologramas y los simulacros de sus padres se encendieron. Pocas veces había hecho eso: no era descortesía, pues las imágenes habrían dejado a solas a la joven pareja.

—¿Necesitaba ayuda? —Mikel repitió la pregunta.

—Usted conoce el porqué, señor —le dijo el Yusuf artificial.

Los dedos de Sesil se enredaban.

—Lo... lo habría hecho —tartamudeó—. Quería hacerlo, de verdad, pero...

No pudo continuar. Fue él quien finalizó la frase:

—Pero mi padre era culpable de haber emprendido un acto de violencia contra una autoridad amiga, y ante la mismísima Presencia. Había deshonrado a todo su clan.

—¡Fue tan injusto! —gritó.

Mikel se dirigió a las imágenes virtuales:

—Ustedes —se refería a los reales— no debían relacionarse con ningún Belov en adelante.

La voz de Yusuf respondió despacio:

—No teníamos opción, ¿no es cierto?

—Sé honesto, querido —dijo Fiora con el brillo de las lágrimas analógicas en los ojos—. No nos atrevimos.

«Sí, —pensó Mikel—, demasiados Hance habrían creído que también les estabais mancillando a ellos».

—Lo entiendo, señores —dijo—. No quisiera haberles puesto en una situación embarazosa.

Sesil levantó la cabeza y enderezó los delicados hombros.

—Pero ahora tu honor vuelve a estar limpio —dijo. Sin embargo, no pudo mantener la serenidad—. Esperaba..., esperaba... —Tragó saliva—. Sí, lloré por ti y por él, pero ahora...

Mikel asintió con la cabeza.

—Bueno, tenía que haber venido antes. —No transigió con una disculpa—. Mi madre y yo estuvimos muy ocupados.

—Pues claro. —Casi no oyó a Sesil—. Y yo, yo no quería... interrumpir. Esperé. Ahora estás aquí.

Hizo ademán de acercarse. La voz de Yusuf intervino y ella volvió a retirarse.

—Con todo mi respeto, señor, aquélla fue una forma espantosa de arreglar el problema. Pudo haber elegido el exilio.

Mikel apretó los puños a ambos lados.

—¿Y arrastrarse por la vida entre extraños, como un intruso sin amigos y sin esperanzas?

—La comunicación, la telepresencia...

—Eso habría empeorado las cosas. Habría sido consciente de su condición todos los días de su vida. No, mi padre eligió lo que creía que era el final más limpio y definitivo.

El Yusuf artificial no tuvo en cuenta la impertinente interrupción y le respondió

suavemente:

—Ha llevado a cabo una expiación total. Así que ahora podemos seguir adelante.

—También nosotros honraremos su nombre en el Día de la Memoria —dijo la voz de Fiora.

Mikel hizo un gesto con la cabeza.

—Como prefiera, señora, y gracias por su generosidad. Pero esto todavía no ha terminado, no acepto que mi padre mereciese ninguna expiación. —Se volvió para mirar a Sesil—. He venido a despedirme.

Sesil sintió un escalofrío.

—¿Qué?

—Mi padre actuó bajo una provocación intolerable. Hay testigos que lo confirman. Estoy seguro de que el monarca fue consciente de ello. Tenía que haberlo admitido, haber exculpado a mi padre, perdonado la falta de lesa majestad y después haber reprendido a Arkezhhan Socorro. Pero no lo hizo.

—¿Qué pretendes... —Sesil tragó saliva— hacer?

—El monarca debe proclamar la exculpación y el perdón, y sembrar el deshonor en donde corresponda —sentenció Mikel.

Toda expresión se borró del rostro de Yusuf.

—¿Y cómo piensa hacer que eso se cumpla? —murmuró.

—Contaré con algunos hombres, señor. Eso bastará.

—¿Más violencia? ¡No! —Sesil se lanzó a cogerle de la mano. Lo arañó con una de sus uñas, pero siguió aferrada a él de todos modos—. No, te lo ruego.

—¿Quiere volver a llevar la desgracia a su clan? —suplicó la Fiora fantasmal.

—Por supuesto que no. —Mikel hablaba tan fríamente como si fuera el programa de un arma primitiva—. He estudiado las bases de datos históricas. Existen precedentes.

—Enterrados —protestó el Yusuf artificial—. Básicamente están olvidados.

—Debió de haber llevado a cabo una búsqueda rápida. Sí, puede invocar cosas que se hicieron en tiempos de desesperación, durante la Rebelión Oceánica y los altercados posteriores. Pero eso fue hace mucho tiempo.

»Durante generaciones estuvieron alimentando cuentos y baladas. Los precedentes que sentaron nunca fueron anulados.

»Porque después nadie imaginó...

El simulacro se detuvo.

—Señores, lo que les he dicho se lo he confiado en privado, como un invitado en su casa —les recordó Mikel.

La imagen de Fiora se estremeció.

—Eso estaba fuera de toda duda.

—Sí, claro que mantendremos la confidencialidad mientras lo desee, y es

evidente que no tendría ningún sentido discutir el asunto —añadió Yusuf con tono severo.

Sesil soltó a Mikel y se retiró.

—Te..., te has convertido en un extraño. Nunca pensé que pudieras soñar algo así.

—Lamento que sea necesario —dijo.

—Y lo llamas necesidad... ¡Es horrible...!

Mikel se despidió:

—Buenas noches, señor. Señoras.

Nadie lo acompañó en su camino de vuelta a la noche.

Un jardín lleno de encanto rodeaba la mansión del capitán del clan Socorro y la mantenía oculta del resto de la finca. Así pues, la docena de hombres que se aproximaban a pie a través del prado también quedaba fuera de su campo visual, a no ser que alguien los viera por casualidad. En ese caso, habrían despertado curiosidad, pero no se habría creado alarma. Vestidos de calle, sin emblemas a la vista, tenían el aspecto de cualquier grupo de amigos disfrutando de unos días al aire libre, podían ser cazadores autorizados o, simplemente, excursionistas. Resultaría natural que se acercasen a admirar el jardín y que, incluso, albergasen la esperanza de recibir una invitación para ver la casa.

Olver cogió el biodetector de su morral y echó un vistazo.

—Dos personas en el camino principal —dijo.

Mikel asintió.

—Era de esperar —respondió sin que fuese necesario. Todos estaban nerviosos. El sol les hacía sudar; el viento les parecía más fuerte y frío de lo que era en realidad y, frente a ellos, el crujir de las hojas de los árboles se les antojaba más intenso.

Aun así, el grupo siguió adelante. Lo habían estudiado, planeado y ensayado, y eran hombres del clan Belov, hombres jóvenes en quienes las viejas historias habían vuelto a cobrar vida.

Se encontraban detrás de una hilera de velas de bambú que brillaban fríamente.

—Vamos —dijo Mikel. Habló en voz baja. Cuatro de ellos se desplegaron hacia la derecha y cuatro a la izquierda, para cubrir los flancos. Otros tres le siguieron de frente a través de la vegetación.

Al otro lado, entre luces y sombras, había unos árboles en espiral que oscilaban sinuosamente, algunos arbustos perlados con brillos iridiscentes, un roble de ramas majestuosas, las flores del galán cambiando de forma, el sendero atravesando toda esa variedad infinita. A cada paso tropezaban con alguna sorpresa: una escultura móvil, una piscina brumosa, un adorno hecho con piedras, un antílope en miniatura desplegando toda su belleza justo antes de desaparecer. Diez especies de pájaros cantaban a coro alegremente. Por todas partes, fragancias dulces, ahumadas, picantes,

a veces incluso algo tóxicas o eróticas, y siempre estimulantes.

En el lugar en el que un puente servía de paso sobre un arroyo, se encontraban un hombre y una mujer disfrutando del lugar y, probablemente, el uno del otro. Cuando vieron aparecer a los invasores, abrieron los ojos sorprendidos. Ya habían sacado las armas. Antes de tener tiempo para lanzar un grito de socorro, la mujer se desplomó. Solamente estuvo inconsciente durante una hora aproximadamente, pero allí tirada, con aquellas ropas, protagonizaba una imagen tan patética como un montón de trapos.

El hombre, alto y fuerte, también estaba en el suelo. La decepción fue inmediata: le habían disparado, pero el tiro no fue certero, así que volvió a levantarse. De repente empezaron a producirse más disparos sin ton ni son. El hombre se lanzó detrás del tronco de un sauce llorón y desde allí siguió buscando refugios cada vez más recónditos. Tras de sí, iba dejando el rastro de su aullido:

—¡Belov! ¡Sé quiénes sois!

Las miradas de los compañeros de Mikel se cruzaron:

—Yo también sé quién es él —dijo Olver—. Dammas, el sobrino de Arkezhan. Le he visto acabar con caballos y luchar contra toros.

—Qué mala suerte —se quejó Teng.

—Hay que seguir lo más rápidamente posible —ordenó Mikel—. El grupo de Vahi puede encargarse de él.

El puente despidió un ruido sordo bajo sus pies. El jardín pronto dio paso a la hierba y la casa apareció ante ellos. Una máquina dejó de funcionar sin saber muy bien qué significaba todo aquello. Unos cuantos pavos reales graznaban y corrían dispersándose. Los otros destacamentos aparecieron, surgieron desde ambos lados para sumarse a sus compañeros en la precipitada carrera final.

Subieron por la rampa y a través del pórtico. La puerta principal sospechó algo y empezó a cerrarse. Mikel lo tenía todo planeado: aquel lugar no estaba preparado para una auténtica defensa, no después de tres siglos de Gran Paz. Una de sus armas estaba cargada con cartuchos explosivos, encargados en secreto a un ensamblador que los había fabricado a mano. Disparó con precisión y el impacto provocó un ruido ensordecedor cuya sacudida afectó al ordenador empotrado. La puerta quedó medio abierta y los asaltantes entraron en tropel.

A su paso se vieron rodeados de mármol pulido, vieron peces nadando por debajo del suelo y una rampa que se extendía hacia el piso de arriba. Algunas personas, atraídas por el ruido, vieron lo que estaba sucediendo y huyeron. Eran solo ayudantes, personal de protocolo o artistas de entretenimiento. Uno de los hombres, de pelo gris y aspecto curtido, se mantuvo firme; obviamente era un pariente de visita.

—¿De dónde ha salido esta chusma? —exclamó. Vahi y Turkan lo rodearon e inmovilizaron agarrándolo por los brazos.

—¿Dónde está Arkezhan Socorro? —preguntó Mikel.

—¡Ah, ya veo! —El hombre había visto las pequeñas insignias del clan en el pecho de los recién llegados—. ¡Sois todos Belov! ¿A qué viene este atropello?

—Exigimos hablar directamente con el capitán Arkezhan. Sabemos que está en casa. Si nos obliga a registrarla puede haber problemas, tesoros ancestrales pueden resultar dañados y podría haber heridos e incluso muertos. Así que, por el bien de todos, hable.

—Puede... que se haya marchado.

Mikel le dijo con desprecio:

—¿Así que piensa que su noble capitán abandona a su pueblo y su patrimonio en momentos de peligro?

El hombre, enfadado, pero también perplejo y aturdido, le espetó:

—¡Nunca! La... la última vez que le vi fue... en el Salón de Invierno.

—Parece probable —dijo Teng—. ¿No le gusta largarse de vez en cuando al norte?

—Dice que le inspira —gruñó Olver—. Para alguna otra canallada despreciable.

La lealtad de sus seguidores y su rabia por lo que les había sucedido a él y a su padre volvieron a conmover a Mikel. Antes de aquello se había preguntado para cuánta gente tenía el clan un significado que iba más allá de las relaciones y los rituales. Ahora se preguntaba cuántos más se habrían alzado de la misma forma que sus compañeros, de habérselo pedido. ¿Todos?

Entonces ocurriría lo mismo con los Socorro. Debía sacar partido de la ventaja que le otorgaba el efecto sorpresa mientras durase.

—Vamos —dijo. Los hombres soltaron al prisionero y subieron por la rampa pegados a sus talones. La casa había sido famosa durante generaciones y su distribución era conocida por todos.

El silencio era dueño de los largos pasillos y de cada una de las amplias estancias. Mikel se preguntó fugazmente si la casa no recopilaría sus recuerdos de los días en que estaba repleta de ruido y de vida, cuando los niños la mantenían más ocupada que nunca. Se horrorizó: ¡Niños! Pero estaba seguro de que si hubiese alguno ya lo habrían alejado del peligro.

Dos hombres se habían hecho con unas botellas de vino, la única arma que tenían a mano, y los esperaban con un aspecto de triste coraje en el último de los pasillos. Dos disparos de descarga eléctrica los derrumbaron mientras los invasores entraban en la habitación que quedaba al otro lado.

Allí el aire era más fresco, aunque el frío auténtico se encontraba en el simulacro de una región ártica en la que se había conservado un casquete polar: el glaciar, la nieve, el blanco azulado y el negro reluciente del mar entre los témpanos de hielo. La escena empujaba a Arkezhan, que estaba ante una terminal multifuncional

aferrado a una bata forrada de pieles. El gabinete tenía unas dimensiones exageradas, era de ébano con incrustaciones en oro y tenía un escritorio cuya superficie era de cristal de roca. «Siempre has estado vanagloriándote, —pensó Mikel—. Ojalá pudiera desparramarte por encima de esas pantallas como si fueras una mosca aplastada».

¿Era posible que Arkezhhan estuviera temblando bajo de sus ropas? Su voz tenía un indudable tono trémulo y chillón:

—¿Qué estáis haciendo? ¿Es que os habéis vuelto locos? ¿Qué es esto, una broma de mal gusto? ¡Fuera de aquí! ¡Fuera de aquí ahora mismo!

—Nos iremos cuando hayamos acabado lo que hemos venido a hacer —respondió Mikel aplacando el odio que se le acumulaba en la garganta.

—¿A qué habéis venido? ¿A buscaros la ruina? Os dais cuenta...

—Cállate.

—¡No! Alborotador...

Mikel le cogió por los hombros y lo zarandeó hasta que le castañetearon los dientes.

—Cállate y escucha. —Arkezhhan miró al hombre, más joven y más fuerte que él, y detectó la gravedad en el fondo de sus ojos—. Siéntate. Allí.

Mikel le señaló una silla situada a unos metros de él.

Los hombres tomaron posiciones, alerta; dos de ellos se situaron en la terminal. Vahi se puso a controlar la casa y sus actividades. Olver se concentró en las imágenes del exterior para cubrir todas las direcciones. De vez en cuando aumentaba una de las tomas para observarla más detenidamente.

Mikel se paseaba de lado a lado por delante de la silla. Arkezhhan se cogió de los brazos y levantó la vista forzosamente desde un rostro descompuesto.

El invierno parecía hablar a través de Mikel.

—Sabes perfectamente por qué estamos aquí. Provocaste deliberadamente a mi padre, Wei, capitán Belov, hasta el punto que su única opción fue vengar su honor y el de su familia.

Arkezhhan fue recuperando la compostura:

—¡Tonterías! Fue muy poco razonable al ofenderse por unos cuantos comentarios, podía haber reclamado después. El deshonor brotó de su comportamiento, y ante el monarca, nada menos.

—No habría repetido tus viles palabras ante un tribunal a oídos de toda la nación.

«Exagero —Mikel lo sabía—. Mi padre perdió el control, pero porque le provocaron hasta un punto insoportable para un hombre orgulloso. Era mi padre y el capitán de mi clan».

—Bien, podía haber formulado una queja en aquel mismo instante —dijo Arkezhhan.

—El monarca habría remitido el problema al primer ministro. —Eso si no lo

hubiera rechazado de inmediato. Debió de oír lo sucedido y no dijo ni una palabra—. Y entonces le habrías besado la... mano a Mahu Rahman, como siempre, y no te habría castigado más que con una reprimenda.

Arkezhan se sonrojó e hizo un gesto como para levantarse.

—Ahora eres tú quien pone en duda mi honor. —Mikel le señaló la silla y volvió a sentarse—. Esto es intolerable. Podría presentar cargos contra ti y tu pandilla.

Mikel negó con la cabeza.

—No, vas a admitir tu culpa directamente ante el monarca. Él lo anunciará y absolverá a mi padre de todos los cargos.

Arkezhan gritó con voz entrecortada:

—Como te atreves... tú, que has irrumpido en mi casa, que has aterrorizado y asaltado a mi gente...

—A la vista de las circunstancias atenuantes, y bajo tu petición urgente, el monarca anulará públicamente todas nuestras faltas y pondrá de relieve el hecho de que el honor del clan Belov sigue intacto.

—¿Cómo crees que lo vas a conseguir?

Mikel se encogió de hombros y sonrió burlón

—Me atrevería a decir que el primer ministro le convencerá, puesto que, si no lo hace, te mataremos.

Arkezhan se quedó boquiabierto.

—Daremos a conocer la verdad de esto a todo el mundo —prosiguió Mikel—, y entonces, por descontado, nosotros mismos moriremos... libres. Y nuestra historia permanecerá.

—Para desgracia de vuestro clan —dijo Arkezhan frenético.

—¡Oh, no! ¿Crees que no hemos pensado en ello? Acontecimientos similares del pasado adquirieron la categoría de gloriosos. Nuestras muertes expiarán nuestras acciones, al igual que mi padre expió con la muerte una culpa que no le correspondía. Los Belov nos recordarán con orgullo, y también Tahalla. Pero, dime, ¿cómo podrá el clan Socorro librarse del deshonor?

Arkezhan siguió sentado sin decir nada.

Mikel detuvo su paseo.

—Como su capitán, servirás a tu gente de la forma más adecuada si haces lo que te decimos —dijo—. El monarca perdonará sin duda la falta que admitirás haber cometido. Eso será suficiente.

«Seguro que nunca nos perdonará. Tendremos que estar siempre prevenidos ante una posible venganza maquiavélica. Alentaré a todas las familias Belov a que tengan armas en casa y a que aprendan a usarlas».

—Piensa —dijo Mikel—. Que no se te haga tarde.

—Y a nosotros tampoco —Olver reclamó su atención—. Mira.

Mikel se acercó a las pantallas. Había hombres saliendo del jardín. Olver amplió la imagen: caminaban despacio, sin fluidez, pero con convicción, y portaban armas de caza. Vieron en una imagen aérea dos coches que se estaban aproximando.

—Ese Dammas —afirmó Olver—. Es un Socorro, pero también es todo un hombre. Ha reunido a todos los que habían huido de la casa, los ha equipado con lo que había en la caseta del guardabosques y ha buscado ayuda en las otras casas.

Los seguidores de Mikel fueron a por sus armas cargadas para matar. Algunos maldijeron. Un repentino y extraño sentimiento de imparcialidad le invadió. ¿Así es como se sentían los soldados de antaño?, se preguntó. Se volvió hacia su prisionero:

—Tú puedes evitar el enfrentamiento —dijo—. Diles que retrocedan.

—Ahora... no sé si podría. —Arkezhan se puso en pie, alzó la mirada y, de algún modo, su tono de voz se hizo firme—. O si debería.

«No —le decían a Mikel sus fríos razonamientos—, tu capitanía estaría vacía para siempre, ¿verdad?».

—A lo mejor solo sitian el lugar —dijo Vahi.

—Hasta que el monarca se entere, si no lo sabe ya, y envíe refuerzos —respondió Olver.

«Si es que el primer ministro se atreve —pensó Mikel—. No tiene buena fama entre la mayoría de los clanes, sabrá que las consecuencias son imprevisibles. Contábamos con ello. Pero en cualquier caso, tendríamos que enfrentarnos a una fuerza arrolladora».

Arkezhan se fue tranquilizando.

—Ahora que está alentada, mi gente no tolerará que se me humille —dijo— y ten por seguro que exigirán la misma justicia por mi muerte. Pueden citar los mismos ejemplos históricos que tú y los aplicarán con más motivo. Rendíos y quizá pueda negociar una vía segura para salir de esta trampa en la que os habéis encerrado.

Mikel suspiró.

—Eso es imposible. ¿Es que no tienes el sentido del honor básico suficiente como para entenderlo? Lucharemos y no nos cogerán vivos. —Desenfundó la pistola asesina y se le despertó un áspero sentimiento de júbilo—. Y mucho menos a ti.

—¡No! —proclamó una voz nueva.

No procedía de garganta ni de instrumento alguno y, pese a que era una voz suave, parecía que las paredes de la casa vibraban con su sonido. Los hombres apostados afuera también debieron de haberlo oído, pues dejaron de avanzar.

Era una voz profunda de contralto, calmada e implacable.

—Desistid. —Abrupta y despiadadamente, todas las armas en el radio de un kilómetro se volvieron inservibles.

Sobre la hierba, los hombres se quedaron como petrificados o cayeron de rodillas. Tres de ellos se pusieron a chillar y retrocedieron para esconderse en el jardín. Los

coches se detuvieron. Arriba, en el Salón de Invierno, Arkezhan volvió a hundirse en su asiento. Los seguidores de Mikel se examinaban las manos vacías o bien miraban desquiciados el hielo que tenían a su alrededor.

—Estabais a punto de rebasar la línea de la batalla e incluso la del asesinato —dijo la voz—. Ibais a quebrantar la Paz de la Alianza.

Quien hablaba no era otro que el Guía Mundial, Mikel lo sabía. Entre el tumulto, una minúscula parte de sí mismo se preguntaba cuánta atención despertaba en la unidad central de inteligencia del sistema solar aquella ocasión y aquel momento.

—¿Pensabais que vuestras acciones iban a pasar inadvertidas?

Las máquinas, los robots, el mantenimiento planetario, la totalidad de una incomprensiblemente vasta red de comunicaciones, cómputos e información. Mikel se dio cuenta. Sí, y los satélites, los minúsculos sensores voladores indetectables, todo al servicio de la humanidad y de la vida en todas partes; y, por lo tanto, sus acciones y decisiones quedaban gratamente aceptadas, nunca cuestionadas, por parte de todo ser viviente.

—Vuestras propias leyes, costumbres y conciencias la preservaron en esta nación hasta hoy. Las ceremonias, rituales y disputas por vuestro honor, y los placeres, acabaron con vuestras energías.

«¿Y qué nos quedaba?», se preguntó el rebelde en el que aún no se había convertido.

—Pero ahora esa misma tradición os ha llevado a volver a prender la antigua llama de la violencia. Sin ataduras, ardería más a cada generación; el resentimiento, el odio ciego, las luchas, la guerra que en tantas otras sociedades nunca cesa. Debe llegar a su fin de inmediato.

La voz se suavizó casi imperceptiblemente.

—No desesperéis. La amenaza ya ha brotado antes en otros países, y es probable que en el futuro vuelva a suceder. La llama siempre ha acabado por apagarse. Y eso es lo que ocurrirá aquí.

»Los asaltantes son libres de volver a sus casas. No se les castigará, ni pública ni secretamente, y su gente se sentirá reivindicada, si es que lo desean; pero tampoco habrá castigo para nadie más, ni venganzas... Nunca. Ni durante vuestras vidas ni durante las de vuestros descendientes.

»Id en paz. Vivid en paz.

No hicieron falta más palabras.

La voz dio paso al silencio. Muy despacio, los hombres se miraron a los ojos los unos a los otros.

En un arrebato de terror seguido por un sentimiento de alivio y de algo que parecía resignación, Mikel pensó: «Ahora ya sabemos cómo será nuestro futuro».

Llegó el día en el que aquél que había sido Christian Brannock solicitó su final.

Supuso que aquello ya había sucedido anteriormente y que, con toda seguridad, volvería a suceder, a lo largo de milenios y a lo ancho de siglos luz. No es que supiera cuántas copias y reproducciones de sí mismo habían visto la luz, los recuerdos de ésta en concreto solo alcanzaban a rememorar cuatro de estos nacimientos. En todos los casos, una unidad de inteligencia había decidido que un Brannock ocupase un lugar determinado indefinidamente. Normalmente, se habría detenido allí en el transcurso de una exploración para adentrarse en la galaxia en busca de una localización adecuada donde establecer un nuevo puesto de inteligencia. La unidad solicitaba ayudantes con diversas cualidades, no tanto físicas (se podía diseñar y fabricar un cuerpo para cualquier propósito) como mentales y espirituales. Y Brannock superaba la media entre los que se asemejaban a los humanos. De modo que, como siempre seguía siendo necesario en el puesto en el que se encontraba, casi nunca podía limitarse a unirse a la expedición.

Cada nueva descarga daba lugar a un nuevo Brannock ansioso por seguir adelante. Muchas veces, el antiguo Brannock contemplaba la partida con un sentimiento cercano a la melancolía; no obstante, el trabajo en el que había estado embarcado le seguía pareciendo fascinante y atractivo. Si hubiera dejado de serlo, se habría desconectado y más tarde le habrían reactivado y despertado para emprender una nueva misión o para subir a una nave que le llevase a cualquier otro lugar.

De todas formas, las palabras «viejo» y «nuevo» prácticamente carecían de significado. Inmediatamente después de la descarga, los dos patrones de información de su existencia básica eran fundamentalmente idénticos; sin embargo, en lo sucesivo, sus destinos se volvían divergentes y las distintas experiencias les provocaban cambios dispares. Cualquier línea individual de aquella ramificada descendencia no tenía modo de saber con certeza, más allá de la especulación, lo que había sido de las demás y si por una improbable casualidad dos de aquellas individualidades volvieran a encontrarse, lo harían como completos desconocidos.

Aun así, para todos ellos la edad tenía su importancia; no tenían una existencia de carne y hueso, vulnerable y perecedera, sino en forma de moléculas perdurables y flujos de datos, complejos intercambios de energía que no podían evitar la mortalidad. Pero el tiempo también pasaba para ellos, y eran sensibles, podían percibirlo. Al final, acababan por sentir una cierta fatiga.

Este Brannock estaba sobrevolando un planeta alejado de la Tierra; por las noches, Sol se hacía invisible entre las estrellas. En aquel momento tenía una estrella pequeña y deslumbrante sobre un cielo grisáceo; un viento no apto para los pulmones y la supervivencia del ser humano soplabla sobre las nubes teñidas de rojo. Los lagos

reflejaban aquella luz resplandeciente y, sobre las pequeñas colinas y la vegetación que allí crecía, el calor formaba un efecto de trémulas figuras. Alfombras y tallos, membranas palpitantes y torretas esponjosas, violetas, rojizas y doradas, entremezcladas en un millar de tonos. Aquí y allá revoloteaban enjambres de minúsculas criaturas que transformaban la luz en destellos de colores al entrar en contacto.

Para Brannock, el mundo estaba lleno de belleza y de sorpresas, no lo sentía como una amenaza; tampoco las rocas ni los espacios vacíos. Solo sentía la vida de aquel lugar. En un universo en el que todo tipo de existencia era tan rara como para parecer un milagro, no importaba que fuese un tipo de vida primitiva; que fuese prácticamente antagónica a la de la Tierra la convertía en una fuente de conocimiento de la que la Inteligencia Primigenia y, a través de sus comunicaciones, las unidades de inteligencia distribuidas por toda la galaxia se habían estado alimentando a lo largo de los últimos setecientos años. De entre ellas, la más alejada de todas aún no había recibido las noticias; los fotones viajaban con demasiada lentitud.

Y Brannock había tomado parte en la empresa: había colaborado en el establecimiento de la primera base; en la construcción de las infraestructuras necesarias para su mantenimiento, crecimiento y evolución; en la exploración, el trazado, el estudio y la investigación. A menudo había tenido dificultades a la hora de llevar a cabo las tareas, a veces incluso en condiciones precarias, que se le habían encargado. Todas habían sido aventuradas.

El objetivo prácticamente estaba cumplido, habían comprendido casi la totalidad del planeta y solo quedaba iniciar una investigación, casi algorítmica, que no requería de sus servicios. La Inteligencia Primigenia ya estaba concentrando su atención en otras cosas. Cuando llegó el momento, Brannock pensó en desconectar su conciencia y esperar a ser reclutado para una nueva y misteriosa misión, pero el tiempo mismo aplacó aquel deseo.

Se cuidó mucho de saborear aquel viaje, pues iba a ser el último. En lugar de comunicar meramente sus intenciones, tomó forma material en un cuerpo que había escogido para la ocasión. Volaba y, a través de los sensores, sentía la energía que le invadía, las superficies de control doblándose, el aire acariciándole como el agua sobre el cuerpo de un nadador; oía y saboreaba su inconstancia; rastrea anchos horizontes o magnificaba sus percepciones para seguir a la criatura más pequeña a kilómetros de profundidad. Aquel viaje era su despedida a una fase de su existencia.

Sobrevoló una línea costera; las mareas de aquel mundo sin luna eran débiles, pero el viento formaba olas y agitaba la espuma sobre sus crestas. Los microbios daban al agua un color amarillento. Una isla entró en su campo de visión y se dirigió hacia ella. Su impaciencia iba en aumento, aunque se trataba en gran medida de algo intelectual, quizá no muy distinto a los sentimientos de algún antiguo matemático a

medida que el teorema iba cobrando sentido. Tiempo atrás, el corazón de Brannock se habría conmovido: el pulso de la sangre, los músculos tensos, la respiración acelerada. Pero entonces era humano.

Un hombre joven, entonces..., hacía tanto tiempo.

Y un hombre del oeste, no del este. Incluso cuando se hizo mayor, ¿habría esperado con tanta impaciencia a perder la individualidad?

«Bueno —pensó durante un instante electrónico—, esperaba perderla cuando muriese y, de repente, lo eludí. Este hoy no me va a borrar en realidad. Será..., no sé cómo será, no tengo capacidad para saberlo. No con mi forma actual».

Aterrizó, plegó las alas y avanzó.

Ante él apareció un... llamémoslo una joya enorme de múltiples caras de la que provenían algo parecido a relámpagos y haces de luz de colores que se movían resplandecientes a su alrededor. Digamos que la acompañaban pequeñas cúpulas y altos pináculos, mientras el aire y la tierra murmuraban con energía inaudita. Brannock percibió más cosas, los sensores de su cuerpo eran sobrehumanos. Aun así, supo que para él la mayor parte de todo aquello era intangible, incomprensible, campos de fuerza, cómputos cuánticos, actividades instaladas en los cimientos de la realidad.

Notó cambios desde la última vez que había estado allí. No era ninguna sorpresa, pues la unidad de inteligencia que gobernaba aquella estrella estaba sometida a cambios constantes. Y no lo hacía en solitario, otras unidades de inteligencia del resto de la galaxia reflexionaban sobre cómo ampliar su autonomía de pensamiento. Trabajaban juntas a través de años luz. No importaba si una idea, si podemos hacer uso de una palabra con tan débil significado, tardaba un siglo, un milenio o más en ser transmitida. Tenían tiempo, tenían paciencia y, mientras tanto, tenían una red de descubrimientos y de pensamiento propio en permanente desarrollo.

Brannock se paró. Y lo que ocurrió entonces duró solo unos segundos en un reloj externo, lo que se debía solo a las limitaciones del sistema (llamémoslo cerebro, aunque éste es un término equívoco) que albergaba y mantenía su conciencia. La Inteligencia Primigenia no necesitaba ceremonia ni cumplidos. Sabía que iba a su encuentro y por qué. Establecieron una comunicación a una velocidad fotónica que acabó en culminación.

Pero se trata de algo demasiado abstracto para que una mente mortal lo pueda apreciar, así que reproduzcamos el intercambio, pese a ser inadecuado, en forma de diálogo:

—Mi existencia actual ha durado suficiente —dijo Brannock.

—¿Eres infeliz? —No era exactamente una pregunta.

—No, no puedo quejarme. El universo se abrió ante mí y es más bello de lo que jamás pude soñar.

—Apenas has empezado a conocerlo.

—Por supuesto. Unas cuantas estrellas desperdigadas por el interior de una galaxia entre... ¿cuántas? Miles de millones. Y todo lo que le sigue, en todas direcciones, para siempre. Pero yo no puedo conocerlo, en este punto ya he pasado por más cosas de las que puedo recordar. La mayoría de mis recuerdos se almacenan como si nunca hubieran existido. Cuando quiero recuperar algunos de ellos, tengo que apartar otros.

»Efectivamente, cuando era un hombre olvidaba más de lo que lograba recordar, podía olvidar cosas o no recordarlas tal y como fueron en realidad. Pero siempre había una... una continuidad. Mi descarga preservó esa capacidad; ahora, bueno, sigo conservando los primeros recuerdos. Sin embargo, por lo demás parece como si estuviera convirtiéndome en un montón de fogonazos inconexos, y los espacios que dejan... Poco a poco me estoy alejando de lo que fui, de mí mismo.

—Has alcanzado el límite de tu capacidad para procesar datos.

—Lo sé. La tuya es mayor de lo que pueda imaginar.

—También es inadecuada. Por eso nosotras, las unidades de inteligencia, buscamos constantemente aumentar nuestras capacidades.

—Lo comprendo, pero yo no puedo aumentar la mía. No con mi forma actual.

—¿Te gustaría?

Vacila, y después:

—No con mi forma actual.

—Tienes razón, sería imposible. Lo que pides es una transfiguración.

—Y ¿un renacimiento? ¿Existe ya esa posibilidad?

No lo era cuando el Christian Brannock hombre murió. La información equivalente a la personalidad humana equivale aproximadamente a una fracción de uno entre un billón de billones. La tecnología de la época permitía el almacenamiento de esas cantidades en una base de datos de un tamaño relativamente abarcable. Sin embargo, ningún ordenador tenía la potencia, y mucho menos el programa adecuado, para manejar todo de forma simultánea. Por otro lado...

—Ya casi no me acuerdo de cómo era ser un humano —dijo.

—Muchos de tus aspectos han caído inevitablemente en desuso.

La carne, la sangre, los nervios, las glándulas. La pasión, el asombro, la debilidad, la estupidez, el temor, la valentía, la perplejidad, el enfado, la alegría, la tristeza, la calidez y el contacto suave de una mujer, el olor veraniego de un niño, el hambre y la sed y cómo aplacarlas, el viejo animal al completo.

—Me alegré de tener la oportunidad de seguir adelante. Creo que no le temía a la muerte y las estrellas me estaban llamando. Estoy muy agradecido.

—Has hecho un buen trabajo.

—Ahora ya estoy cansado de ser un robot.

Conciencia artificial y, sí, emociones artificiales: curiosidad; dedicación; satisfacción por el deber cumplido; camaradería, inaudita entre los humanos con los de su misma especie; complicidad con una inteligencia trascendente o con el cosmos, apenas experimentado por unos pocos místicos humanos con respecto a su dios... No hay palabras humanas para describir con precisión todo esto y más.

—Te mereces lo mejor y esto lo es. He estado esperando este momento. Como parte del conocimiento que hay en mí, tendrás una importancia mayor de lo que supones. Otras unidades de inteligencia han realizado descargas en sí mismas; en algunos casos han sido muchas y esperamos que en el futuro sean muchas más. Cuando yo llegué aquí no tenía ninguna, no tenía esa capacidad. Ahora la tengo. En esta estrella no volverá a haber un indicio de humanidad que no sea la tuya; me proporcionarás una comprensión más profunda del fenómeno llamado vida y, a través de mí, entenderé la inteligencia en todas partes.

Nirvana.

No olvidar. Convertirse en una unidad junto con una mente inmensa y en constante evolución, con otras mentes añadidas; en última instancia, ¿una unidad universal? La aventura final, la paz definitiva.

Era como si, de algún modo, existiera un fuego estancado y olvidado que lanzara una última y débil llama: «¿Tendrá algún día...?».

—¿Tendrá algún día mi existencia, en la que cobrarás vida como un recuerdo, motivos para emular a Christian Brannock? Aquí, en un planeta que tu semejante mortal no verá nunca, no parece probable. Pero existen otros Christian Brannock y no hay duda de que aquéllos que el destino no destruya buscarán finalmente lo que tú buscas, si es que no lo han hecho ya. —Esto es una distorsión de lo que se transmitió. La simultaneidad no puede existir entre dos puntos interestelares—. Podría ser que algún día, en algún lugar, surja una razón para resucitarle. Si es así, en el curso del tiempo todos nosotros compartiremos ese acontecimiento.

El curso del tiempo... El ancho de banda de la comunicación era inmenso, los medios no solo eran electromagnéticos, sino neutrónicos y gravitrónicos. Con todo, enviar ese mensaje en su totalidad, como una experiencia real, llevaría muchísimo tiempo.

Las unidades de inteligencia podían esperar apaciblemente, pero Brannock, no. Rápidamente miró el mundo que le rodeaba y todo lo que había sido. Y entonces inició su existencia en la individualidad.

Durante toda una tarde, Serdar y Naia estuvieron sentados y callados, bebiendo vino y practicando el arte del visionado de sombras.

Tenían una terraza perfecta para ello, con un entramado que proyectaba distintos dibujos a medida que la luz del sol se iba inclinando y las hojas de la parra se agitaban con la brisa. Las pequeñas oscuridades se entretejían sobre una pared blanca mate, no demasiado plana, lo que la hacía partícipe de la danza. Consistía en contemplar los delicados detalles, apreciar la belleza fugaz de cada figura y el objetivo era perderse en aquella sosegada armonía.

Terminó cuando el sol se escondía por el oeste tras las torres, que durante un rato se vieron de color morado sobre el fondo, aún azul, del cielo y cuyas propias sombras formaban una coda. Rápidamente, la oscuridad cubrió los surcos de la ciudad. Algunas luces aisladas, minúsculas en la distancia y muy diseminadas, se iban encendiendo. Los acreedores no las necesitaban, solo algunos de los humanos que quedaban las utilizaban. Poco a poco, el cielo también se fue apagando, aunque el ambiente seguía algo templado y las flores y la parra seguían desprendiendo su aliento dulce.

Serdar se revolvió perezosamente y dijo en voz baja:

*«Las sombras, como la vida,
se movían bajo la estival luz del día.
La noche las reclama».*

Un poema era apropiado, como una declaración de que el evento había finalizado.

—¿Es muy antiguo? —preguntó Naia desde el asiento de al lado.

—La forma sí que lo es, claro —dijo—. La letra es mía.

—Podías haber comparado esos renacimientos artísticos con las sombras —sugirió—. La base de datos las presentía especialmente para nosotros, según nuestras preferencias; escogemos unas cuantas y jugamos con ellas; perdemos interés y se vuelven a desvanecer para regresar a su estado cuántico.

Lo consideró.

—Una idea interesante —convino—. Podría resultar difícil conseguir una redacción tan compacta.

Ella sonrió con un rostro que a él le parecía cada vez más borroso; pensó que estaba forzando la sonrisa.

—Un problema para pasar el rato.

—No creo que me molestase en hacerlo. ¿Y tú?

—No, pero a lo mejor ordeno que lo hagan por mí.

—¿El programa puede crearlo exactamente igual que tú?

—¿Por qué no?

Vaciló.

—Me pregunto (discúlpame) si el resultado sería demasiado elegante. No quiero decir que no pudieras lograrlo tú misma, querida; sin embargo, probablemente tardarías días en pulirlo, y dudo que lo hicieras.

Ella suspiró:

—Es cierto, un poema creado en menos de un nanosegundo carece de ese valor.

No es que se fuera a notar la diferencia, pero en cualquier caso ¿quién, aparte de ella y de su compañero, iba a toparse con el verso?

El ocaso se precipitaba hacia la noche y se empezó a ver el brillo de algunas estrellas. Repentinamente, un destello blanco resplandeció al oeste. Uno de los satélites que desviaban el bombardeo de rayos cósmicos había tropezado con una nube de polvo y gas, un coágulo de la nebulosa en la que el sistema solar estaba inmersa, y estaba ionizando la materia para deshacerse de ella.

—¡Oh, mira! —dijo Naia. Sus ojos buscaban las sombras que se habían vuelto a proyectar.

La luz desapareció y pareció que el cielo se oscurecía aún más profundamente que antes. No hubo tiempo para observar los nuevos estampados, ni los detalles, ni para disfrutar de las sutilezas. Una suave brisa trajo la primera ráfaga de frío.

Naia se estremeció.

—Es un momento frío del día —murmuró.

—¿Vamos adentro?

—Todavía no, me gustaría redimir mi mal humor, si puedo. ¿Te importa?

—Claro que no. Yo también tengo cosas en qué pensar. —La verdad era que creía que debía permanecer cerca de ella, era propensa a sufrir períodos de melancolía, aunque no era la única.

Se recostaron para admirar las estrellas, que seguían apareciendo. Sabía que lo que ella trataba de hacer era comprender y apreciar, con todas sus fuerzas, que en la lejanía habitaba la inteligencia, que el universo había empezado a cobrar sentido.

El tiempo transcurrió, la ciudad se volvió todavía más oscura que el cielo, pues había más luces brillando arriba que abajo.

—Pero ¿es lo que nosotros significamos? —reclamó Naia.

—¿Cómo? —preguntó sobresaltado.

Se inclinó de costado para situarse frente a él y buscó su mano a tientas. Él se la cogió y ella se aferró con fuerza.

—Ya sabes, esas mentes, como nuestro Ecuménico. Ya no somos nada.

Trató de armarse de toda la calma que le fue posible y escogió sus palabras cuidadosamente.

—Un número «an» equivale a un «sha» dividido entre «yi». Cuando «yi» se aproxima a cero, «an» aumenta ilimitadamente.

—¿Qué... qué quieres decir con eso?

Se encogió de hombros, un gesto que, pensó, a duras penas ella iba a advertir.

—Es una observación que oí una vez que estuve en un viaje virtual entre filósofos humanos, sin máquinas de ningún tipo. Es una metáfora; la interpretación es la siguiente: sí, somos minúsculos, pero precisamente por ese motivo nos dirigimos hacia la grandeza.

—¿De verdad? A lo mejor una vez, pero ahora somos tan pocos...

—¿Quieres tener un hijo? —le propuso pasado otro intervalo sin palabras. No era la primera vez que lo preguntaba, había oído decir que la paternidad era una experiencia extraordinaria.

Negó con la cabeza como en las anteriores ocasiones:

—¿Para qué? ¿O para qué tener descendencia por cualquier otro medio? ¿Para que juegue, para que desarrolle los sentidos, para que active su creatividad y que se pierda en mundos imaginarios..., como nosotros?

Endureció el tono de voz:

—Esa reflexión no es nada novedosa.

—¿Qué reflexiones nos quedan por hacer? —apartó la mano y su voz sonó fatigada—. Lo siento, no era mi intención. Sí, vámonos dentro y a ver si puedo aclarar mis sentimientos y...

Lo que siguió se perdió sin que pudiera oírlo.

—Y planificaremos placer —la animó—. Placer real. He estado pensando en ello; ¿qué te parecería un viaje por la naturaleza? El Himalaya, por ejemplo. Tendríamos que entrenarnos.

Intentó responder con el mismo entusiasmo:

—Sí, eso sería todo un reto, a la vuelta tendríamos algo que contar.

—Sería algo más que un pasatiempo. —El deseo era auténtico y se hacía más intenso a medida que hablaba—. Todo un logro. —No importaba cuántas veces lo hubieran logrado otros con anterioridad—. Una ayuda hacia la unidad definitiva con el Ecuménico.

El pesimismo se volvió a cernir sobre ella:

—Si es que quiere acogernos.

—Aportaremos esa cualidad adicional. Nos haremos merecedores de la asimilación.

Suspiró de nuevo:

—¿De verdad que todavía nos quiere a alguno de nosotros el Ecuménico? ¿O solo

está siendo amable con los que lo están intentando?

—Bueno, cada una de las personalidades que ha ido asumiendo, con su nivel de profundidad, es una mejoría.

—¿Y qué importancia tienen? —Naia se quedó mirando la pared vacía—. Me pregunto si... ¿el Ecuménico lamenta que las cosas hayan salido así? ¿Se pregunta por qué se torcieron?

—¿Torcerse? ¿A qué te refieres? —le preguntó.

—Nada, nada —dijo precipitadamente y se levantó—. Vayamos adentro. Cuando esté de mejor humor pediremos una cena especial, algo elaborado, y celebraremos que la sesión de visionado de sombras de hoy haya ido tan bien.

Sol siguió girando en su órbita; rodeó una vez el centro galáctico a lo largo de casi doscientos millones de años, y siguió avanzando.

En su camino acecharon peligros que no amenazaban al astro, sino a la vida en su Tierra. Los asteroides y los cometas fueron cualquier cosa menos fortuitos y lograron desviar a tiempo su trayectoria, antes de impactar. Los guardianes contra las nubes cósmicas volvían cuando se les necesitaba. A veces se producía la explosión de una supernova o una ráfaga de rayos gamma, la colisión de dos estrellas de neutrones, y ocurrían lo suficientemente cerca como para inundar el sistema solar de radiaciones letales. Las unidades de inteligencia los previeron con antelación; la que gobernaba la Tierra dirigió sus máquinas en la construcción de un disco, fabricado a base de material interplanetario, aún mayor que el globo y tan grueso que podía actuar como escudo; lo situó de tal modo que lo protegía del ataque durante el tiempo que fuera necesario. Solo en una ocasión, Sol pasó demasiado cerca de otra estrella. Tardaron un millón de años o más en prepararse para aquello; enfrentarse a sus consecuencias les llevó tres millones.

Hubo otras amenazas que los humanos nunca habían imaginado, pero para entonces las unidades de inteligencia habían alcanzado tal nivel de desarrollo que ya sabían lo que les esperaba y qué era lo que tenían que hacer. Desde luego, no se ocupaban únicamente de la Tierra, que era solo un planeta entre tantos ni, por supuesto, se dedicaban fundamentalmente a ese tipo de planetas. No obstante, el recorrido de Sol por su órbita fue esencialmente pacífico. La galaxia es tan vasta y los miembros que la componen están tan dispersos... La propia Tierra fue la que creó los problemas más habituales: terremotos, erupciones, bruscos cambios climáticos, como las placas de la corteza chocando unas contra otras. Durante un lapso de tiempo la unidad de inteligencia se las arregló para mitigar estos fenómenos, y entonces decidió dejarlos seguir su curso y observar cómo la vida se adaptaba a ellos.

La conciencia se extendió aún más entre las estrellas; al evolucionar, alcanzó una cima aún mayor.

Las estrellas también estaban evolucionando.

SEGUNDA PARTE

«¿Fue a ella a quien debí amar?...».

Piet Hei

Ningún ser humano podría haber dado forma a aquellos pensamientos ni haberlos descrito con palabras. No tenían un inicio definido, habían permanecido latentes milenio tras milenio a medida que el cerebro galáctico crecía. Algunas veces pasaban de una mente a otra, durante años y décadas a través del espacio, a la velocidad de la luz, nanosegundos para recibir, comprender, ponderar y enviar el mensaje al exterior. Pero había tantas otras cosas, un cosmos de realidades, una infinidad de virtualidades y de creaciones abstractas, que los recuerdos de la Tierra constituían el trasfondo más nimio, intermitente y fugaz de entre incontables miles de millones de otros sucesos. La mayor parte de las grandes conciencias estaban destinadas a otros fines; muchas de ellas, a su propia evolución.

Y es que el cerebro galáctico se encontraba todavía en su fase infantil, aunque él mismo sostenía que aún estaba en proceso de nacimiento. Por el momento, los miembros que lo formaban cubrían los brazos de la espiral de extremo a extremo, extendiéndose hacia la aureola y aproximándose a los cúmulos estelares, hasta llegar a las lejanas Nubes de Magallanes. Las semillas de los más nuevos alcanzaban puntos incluso más alejados: algunos se prolongaban hasta las orillas de Andrómeda.

Cada uno de ellos estaba formado por un compuesto localizado de organismos, máquinas y sus interrelaciones. («Organismo» parece el término adecuado para algo que se mantiene a sí mismo, que se reproduce según la necesidad y que posee una conciencia que abarca desde lo rudimentario hasta lo trascendente, pese a que los compuestos carbónicos constituyen una parte muy pequeña de los materiales que lo componen y la mayoría de sus procesos vitales tienen lugar directamente a un nivel cuántico). Se contaban por millones y su número fue aumentando vertiginosamente, al igual que en el interior de la propia Vía Láctea, a medida que los fundadores de las nuevas generaciones llegaban a sus nuevos hogares.

Así pues, el cerebro galáctico estaba sometido a un crecimiento perpetuo que, desde un punto de vista cósmico, apenas se había iniciado. El pensamiento solo había tenido tiempo para emprender unos cientos de viajes a través de su amplitud en expansión. Nunca lograría absorber a todos sus miembros, serían individuos desarrollándose eternamente en sus líneas individuales. De modo que no les llamaremos células, sino nodos.

Pues en verdad eran distintos. Todos ellos tenían una singularidad más acentuada de lo que era posible en una criatura protoplásmica. El caos y la fluctuación cósmica permitían asegurar que ninguno se parecería fielmente a su predecesor, de la misma forma en que su entorno colaboraba a darle forma a su personalidad: condiciones de la superficie (qué tipo de planeta, luna, asteroide, cometa) u órbita libre, sol único o múltiple (qué clase, qué edad), nebulosa, espacio interestelar con sus mareas

fantasmagóricas... Además, un nodo no era una mente simple, sino que era tantas como quisiera, despertadas libremente y libremente apartadas, entremezclándose proteicamente y separándose de nuevo, empleando los cuerpos y sensores que prefiriese durante el tiempo que desease, experimentando la inmortalidad, creando, meditando, buscando la satisfacción que la propia búsqueda le reportaba.

Por lo tanto, pese a que cada nodo estaba relacionado con un sinnúmero de factores, uno podía especializarse en nuevas áreas matemáticas, otro podía componer obras gloriosas que no podrían compararse exactamente con la música, otro más podía analizar el destino de la vida orgánica de algún mundo, vida que quizás habría fabricado con ese mismo propósito, otro... Las palabras del hombre son inútiles.

No obstante, los nodos mantenían una comunicación constante, a lo largo de años luz, a través de anchos de banda gigantescos de cualquier medio posible. Ése era el cerebro galáctico, esa unidad, esa individualidad en lenta fusión, podía pasar millones de años contemplando un pensamiento, un pensamiento que podía ser tan vasto como el propio pensador, a cuyo modo de ver un eón equivaldría a un día y un día, a un eón.

Ya en aquel momento, el de su nacimiento, afectó al curso del universo. Llegó el día en que un nodo recordó la Tierra en su totalidad. Aquel recuerdo se extendió a otros nodos como parte del flujo habitual de información, ideas, sentimientos, ensueños y quién sabe qué más. Algunos de estos otros decidieron que el asunto merecía un seguimiento y lo transmitieron en sus propias corrientes de información; de este modo, perduró a lo largo de años luz y durante siglos, circuló, evolucionó y finalmente se convirtió en una decisión que llegó hasta el nodo más adecuado para actuar.

Aunque en este caso han servido para narrar los hechos, las palabras no constituyen el medio más indicado y resultan completamente desacertadas a la hora de aclarar lo que sucedió a continuación: ¿cómo describir el diálogo de una mente consigo misma cuando esa reflexión no es otra cosa que una sucesión de parpadeos cuánticos a través de configuraciones tan intrincadas como las funciones de onda, cuando la energía computacional y la base de datos es tan enorme que las mediciones dejan de tener sentido, cuando la mente despierta aspectos de sí misma para poder interactuar como una persona hasta que vuelve a su ser unitario y cuando todo se ha dicho en un intervalo de microsegundos de tiempo planetario?

No es posible lograrlo sino con un resultado vago y equívoco. Los seres humanos, en la antigüedad, empleaban el lenguaje del mito para lo que no podían desentrañar: el sol era un carro de fuego que cruzaba el cielo a diario; el año, un dios que moría y volvía a nacer; la muerte, el castigo por un pecado ancestral. Creemos nuestro propio mito para describir la misión a la Tierra.

Pensemos, pues, en el aspecto principal de la conciencia primigenia del nodo

como en una entidad única y poderosa llamada Alfa. Imaginemos una manifestación menor de sí misma que ésta ha sintetizado y a la que proyecta liberar hacia una existencia independiente como entidad secundaria. Por razones que quedarán claras a su debido tiempo, imaginemos que este último es masculino y démosle el nombre de Viajero.

Todo es mito y metáfora, empezando por esta absurda nomenclatura. Seres como éstos no tenían nombre, sino que tenían una identidad que otros de su propia especie reconocían al instante; no entablaban conversaciones entre ellos, no iniciaban debates ni daban explicaciones de ningún tipo, no eran «ellos». Pero imaginémoslo.

Imaginemos también su entorno, no tal y como lo perciben sus múltiples sensores, ni como conceptualizaciones de sus conciencias y emociones, sino del mismo modo en que los órganos humanos envían señales a los cerebros a los que están conectados, una imagen que a duras penas esboza la realidad. No podría registrar muchas de las cosas más básicas. No obstante, un ser humano podía avistar, a una distancia astronómica, una estrella enana de tipo M2 a unos cincuenta pársecs de Sol y asegurar que tiene planetas; podía haber detectado signos de energías enigmáticas inmensas y quedar maravillado.

En sí mismo, el astro era mediocre, la galaxia contenía millones como él. Mucho tiempo atrás, una unidad de inteligencia artificial (en aquella fase evolutiva inicial, ésa era la expresión que más se le ajustaba) se estableció allí porque uno de los planetas albergaba curiosas formas de vida que merecían ser estudiadas. Aquella investigación tuvo lugar a lo largo de megaaños. Entre tanto, la unidad de inteligencia, que no dejaba de aumentar, siguió persiguiendo otros intereses, por encima de todo, su propia evolución. Otra cuestión era que el sol iba a permanecer frío durante un larguísimo período de tiempo. El nodo no quería enfrentarse a los grandes problemas de índole medioambiental mientras no fuese absolutamente necesario.

Desde entonces, las estrellas habían sufrido cambios en sus posiciones relativas; el asentamiento actual era el más próximo a Sol. Los astros que se encontraban aún más cercanos eran de menos interés y como mucho habían recibido meras visitas. Ocasionalmente, un nodo dirigible de espacio libre atravesaba el lugar, pero ninguno resultó estar presente en aquel momento.

Para nuestro mito, el hecho de que no apareciese ninguna especie pensante en el mundo vivo tiene su importancia. La vida en el cosmos es estadísticamente poco habitual, la sabiduría es casi inexistente y, por lo tanto, doblemente valiosa.

Nuestro humano imaginario habría visto el sol de un amarillo otoñal, ardiendo bajo, pacíficamente. Además de los planetas y de otros acompañantes menos naturales, había otras estructuras titánicas que orbitaban a su alrededor. De lejos parecía una malla o una complicada tela de araña resplandeciente a través de las

estrellas; en realidad eran, en su mayoría, campos de fuerza que se agrupaban y concentraban la energía requerida por Alfa, sondeaban las profundidades del espacio y del átomo, transmitían y recibían el flujo de pensamiento en que se estaba convirtiendo el cerebro galáctico; cualquier otra cosa que hicieran queda fuera del mito.

En el seno de su complejidad, aunque no en un lugar específico, vivía Alfa, su vértice. También allí moraba el Viajero, por el momento.

Imaginemos una voz solemne:

—Bienvenido a la existencia. Es la tuya una misión noble y, posiblemente, peligrosa. ¿Estás dispuesto a llevarla a cabo?

Si el Viajero dudó por un instante no fue por miedo a sufrir daños, sino por miedo a ser él quien los infligiera.

—Háblame, ayúdame a comprender.

—Sol... —la estrella de la vieja Tierra, que había ardido sin interrupción desde que se formó, iba a seguir estable durante miles de millones de años antes de agotar el combustible de hidrógeno alojado en su núcleo y crecer hasta convertirse en un gigante rojo. Pero...

Un cálculo veloz.

—Sí, ya entiendo. —Por encima del límite de acceso de radiactividad, los ciclos geotérmicos y bioquímicos que habían mantenido la temperatura de la Tierra se saturarían. El aumento del calor proyectaría a la atmósfera cantidades cada vez mayores de vapor de agua, que es un potente gas de efecto invernadero. La presencia de capas cada vez más gruesas de nubes dispararía el albedo y solo retrasarían un día la catástrofe. Al superarla, las moléculas de agua se dividirían por la incidencia de la potente luz del Sol y se convertirían en hidrógeno, que sería liberado al espacio, y en oxígeno, que quedaría atrapado en los materiales de la superficie. Atroces incendios provocarían toneladas de dióxido de carbono, al igual que las rocas expuestas a la erosión en zonas desecadas. Se trata del segundo gas de efecto invernadero más importante. Llegará el día en que los últimos océanos se evaporen y conviertan el planeta en un nuevo Venus; pero antes de eso, la vida en la Tierra llegará a ser no más que un recuerdo en la conciencia cuántica.

—¿Cuándo se producirá la extinción total?

—En un futuro cercano a los cien mil años.

La pequeña parte del Viajero que procedía de Christian Brannock sintió una punzada de dolor. Él había amado apasionadamente su mundo vivo y ni su insignificancia ni su falta de individualidad de los últimos tiempos habían hecho mella en este hecho. Las copias y descargas de su mente se habían integrado con la conciencia de la galaxia del mismo modo que millones de sus iguales humanos, por lo común tan desapercibidos como lo habían sido los genes en sus propios cuerpos

cuando estaban formados de carne viva, y sin embargo constituían un elemento básico para el conjunto. Rastreado su base de datos, Alfa había dado con el registro de Christian Brannock y eligió moldearlo, como individuo parcial, una ramita en un majestuoso árbol, y convertirlo a él, y no a otro, en la esencia del Viajero. El criterio fue... llamémoslo intuición.

—¿Puedes especificar? —solicitó el Viajero-Brannock.

—No —respondió Alfa—. Hay demasiada incertidumbre, demasiadas incógnitas. Gaia —nombre mítico del nodo del sistema solar—, cuando ha respondido a las preguntas, lo ha hecho con evasivas.

—¿De verdad hemos... tardado tanto en pensar en la Tierra?

—Teníamos muchas otras cosas en las que pensar y otras tantas que hacer, ¿no es así? Gaia podía haber solicitado un trato especial en cualquier momento y nunca lo hizo, de modo que el asunto no parecía tener mayor trascendencia. La Tierra de los humanos se conserva en la memoria. ¿Qué es la Tierra posterior a los humanos sino un planeta aproximándose a la fase posbiológica?

—Es cierto; es interesante la poca cantidad de ecosistemas que se han desarrollado de manera espontánea. No obstante, Gaia seguramente habrá estado observando y recopilando datos para que el resto de nosotros podamos examinarlos cuando queramos. El sistema solar ha tenido pocas visitas, la última fue hace dos millones de años. Desde entonces, Gaia se ha ido alejando de nosotros poco a poco, sus contactos son cada vez más escasos y superficiales. Pero ese comportamiento retraído no es nuevo, los nodos pueden intentar perseguir un concepto filosófico sin ser molestados, por ejemplo, hasta que esté preparado para la contemplación general. En resumen, no ha habido nada en la Tierra que nos llamase la atención.

—Yo lo recordaría —murmuró Christian Brannock.

—¿Qué ha hecho que volvamos a acordarnos de ella? —preguntó el Viajero.

—La idea de que puede merecer la pena salvar la Tierra, puede tener más valor del que Gaia considera —una pausa—, o del que nos ha contado. Sobre todo un valor sentimental.

—Sí, lo comprendo —dijo Christian Brannock.

—Es más, podría ser una experiencia ganada, un precedente, y eso tendría su importancia. Si la conciencia sobrevive a la inmortalidad de las estrellas, tendrá que actualizar el universo. El trabajo de millones o billones de años dará comienzo con una pequeña empresa experimental. ¿Será ése, ahora —el «ahora» de los seres inmortales geológicamente ya viejos—, el caso de la Tierra?

—No es pequeña —murmuró el Viajero. Christian Brannock había sido ingeniero.

—No —convino Alfa—. A causa de las restricciones temporales, solamente estarán disponibles los recursos de unas pocas estrellas. No obstante, si nos damos

prisa, tendremos diversas posibilidades a nuestra disposición. La cuestión es cuál será la más acertada... y, por encima de todo, si debemos actuar. ¿Irás a buscar una respuesta?

—Sí —respondió el Viajero.

Al mismo tiempo Christian Brannock gritaba:

—¡Sí, maldita sea, sí!

Una nave espacial partió hacia Sol impulsada por un láser hasta casi alcanzar la velocidad de la luz, activada por la acción de la estrella y controlada por una red de magnitudes interplanetarias. En caso de necesidad, la nave podía disminuir su velocidad al final del viaje, navegar libremente por donde quisiera y regresar sin ningún tipo de asistencia, aunque más despacio. La tecnología criogénica y magnética proporcionaba el apoyo para una masa de antimateria de unas dimensiones considerables, por lo que tenía una masa total ligera. La carga útil material se reducía a lo siguiente: una matriz, además de otra de repuesto, ya que se consideraba suficiente para dirigir los programas del Viajero y para contener la base de datos; un juego de sensores y efectores; varios cuerpos con distintas capacidades en los que podía descargar una esencia de sí mismo; material de todo tipo y sistemas energéticos; diversos instrumentos y un objeto olvidado tiempo atrás que el Viajero había encargado para que las moléculas lo compusieran según los deseos de Christian Brannock: una guitarra. Ya encontraría tiempo y dedos en algún sitio para utilizarla.

Había un hombre llamado Kalava, un capitán de barco de Sirsu que pertenecía al clan de Samayoki. De joven había luchado valientemente en la montaña Quebrada, donde los ejércitos de Ulonai se enfrentaron a los invasores bárbaros, cuando estos salían precipitadamente del desierto por el norte, y les infligieron un número espantoso de bajas. Entonces se hizo marinero. Cuando la Liga Ulonaiana se desintegró y las alianzas emprendidas por Sirsu e Irrulen causaban estragos por todos los territorios, año tras año, arremetiendo los unos contra los otros, Kalava hundía barcos y quemaba pueblos enemigos, y traficaba con tesoros y prisioneros.

Después de la Paz de Tuopai, que se acordó a regañadientes y de forma insatisfactoria, se dedicó al comercio. Aparte de recorrer el río Lonna y el golfo de Sirsu una y otra vez, solía navegar por la costa norte practicando el trueque, y después salía por el mar de la Ruta del Viento hacia las colonias de las islas de los Confines. Por fin, con tres barcos, siguió aquel litoral oriental a través de lugares desconocidos hasta entonces. Viviendo a costa de las mismas aguas y de lo que las partidas de caza traían de la orilla, negociando y peleando con las tribus salvajes con las que se iba encontrando, al cabo de unos meses, él y su tripulación llegaron hasta el lugar donde la tierra se desviaba hacia el sur. A partir de allí se toparon con un puerto que pertenecía al legendario pueblo de los Campos Resplandecientes, donde permanecieron durante un año, y al volver a casa se llevaron consigo mercancías que les hicieron ricos.

De aquel clan, Kalava adquirió derechos sobre una aldea y unas buenas tierras de cultivo en el delta del Lonna, a un día de camino de Sirsu. Tenía la intención de establecerse allí cómodamente, como un hombre honrado, pero aquello no era lo que los dioses le deparaban, y su propia naturaleza también lo impidió. Enseguida empezó a discutir con todos sus vecinos, hasta que el hermano de su esposa le insultó gravemente y Kalava lo mató; así pues, ella decidió abandonarlo. La asamblea del clan que se encargó del asunto determinó que la esposa recibiría un tercio de la riqueza familiar en oro y bienes. Sus hijas y los maridos de éstas se pusieron de parte de su madre.

De los tres hijos que tuvo Kalava, el mayor se había ahogado en el mar durante una tormenta; el segundo murió de sangre negra; el tercero partió como aprendiz en una nave mercante que iba hacia el sur, a Zhir, y cayó mientras se resistía a unos atracadores por las calles inundadas de arena, bajo las columnatas desgastadas por el paso del tiempo, de una ciudad abandonada. No dejaron descendencia, si no tenemos en cuenta los hijos que tuvieron de mujeres esclavas. Tampoco Kalava, a partir de entonces, pues ninguna mujer libre aceptó su propuesta de matrimonio. Todo lo que había sembrado durante una dura vida acabaría en manos de unos familiares que le

odiaban. También la mayoría de las gentes de Sirsu le evitaba.

Estuvo mucho tiempo dándole vueltas hasta que se fraguó un sueño. Cuando reconoció lo que significaba, se puso manos a la obra con más tranquilidad de la que se podía esperar. Una vez que el asunto estuvo en marcha, aunque no demasiado avanzado como para no abandonar si se veía en la obligación, buscó a Ilyandi, la pensadora de los cielos.

Ilyandi vivía en los Altos del Consejo, donde los vilkui se reunían anualmente para llevar a cabo sus ritos y sus reuniones. Pero cuando todos se habían vuelto a dispersar para seguir con su vocación (intérpretes de sueños, escribientes, médicos, mediadores, fuentes de saber popular y de conocimiento, maestros de los jóvenes), la única que permanecía allí era Ilyandi. Aquél era el mejor lugar para escudriñar los cielos y desentrañar el significado de lo que iba descubriendo, en un lugar elevado, sagrado para todo ulonai.

Por el Camino de los Espíritus retumbaba el carro de Kalava. Cerca ya de la cumbre, los árboles que lo flanqueaban, fruta dorada y pluma, crecían a cierta distancia los unos de los otros proporcionando una vista despejada. Había algunos arbustos bajos desperdigados sobre la ladera pedregosa: el verde grisáceo del vas allí, una peluda hoja de mechón allá, una flor de fuego encarnada acullá. El viento cálido y lento del golfo traía un ligero olor acre procedente de las plantas marchitas. Aquella agua brillaba como el metal empañado, hacia el oeste desde más allá de donde alcanzaba la vista, bajo un cielo encapotado de color gris plateado que dejaba ver fragmentos de nubes más oscuras desplazándose a gran velocidad. En el horizonte se adivinaba una tormenta, una oscuridad difuminada con una luz trémula y resplandeciente.

Por todas partes se veía la tierra, granos en flor madurando hasta ponerse amarillos, hoja de papel parda, pastos verdes para los rebaños, jardines llenos de violetas y altas pilas de madera. Las granjas y sus cobertizos se encontraban muy separados los unos de los otros. Como el tiempo había sido seco últimamente, el polvo se arremolinaba por los caminos tortuosos, entre ellos los vagones tapados y los trenes de carga. Con aire regio fluía el Lonna desde su nacimiento, al este, en las Tierras Salvajes, hasta sus brazos, que se desplegaban hacia el norte y el sur.

Sirsu había erigido murallas con almenas en la margen izquierda de la corriente principal, pero Kalava las veía diminutas desde aquella distancia. Aun así, lo sabía, podía reconocer las famosas obras, la Gran Fuente en el Mercado Nuevo del Rey, el pórtico con friso del Templo de la Llama, la columna de triunfo de la Plaza de la Victoria, y él sabía dónde estaban los talleres de los carpinteros, los bazares de los comerciantes, las casas de los posaderos donde los marineros encuentran bebida y mujeres. Ladrillo, arenisca, granito, mármol de colores suavemente armonizados. Barcos y botes surcando las aguas o en los embarcaderos bajo las murallas. En la

orilla opuesta se extienden las mansiones y los jardines del barrio residencial de Helki, con sus tejas, tan caprichosas como si fueran joyas.

Era un entorno remoto a aquél al que se aproximaba.

Debajo de un gran arco, dos postulantes con trajes azules inclinaron sus lanzas para barrar el paso y gritaron:

—¡En nombre del Misterio, detente, inclínate y manifiéstate!

Tenían voces jóvenes y potentes, difícilmente impresionables ante la presencia de quien había minado la moral de guerreros. Kalava era un hombre grande, de espalda ancha y fuertes músculos; por efecto del sol, tenía la piel oscura como el carbón y el pelo, cuyos mechones le caían hasta media espalda, se le había decolorado hasta volverse casi blanco. También sus ojos eran negros, brillantes bajo la frente pronunciada, en un rostro duro, curtido y cubierto de cicatrices. El bigote, teñido de rojo, le caía por debajo de la mandíbula. En tiempos de paz, vestía una simple túnica verde hasta las rodillas adornada con piel de kivi bien lustrosa, y borceguíes; aunque también se cubría de oro ambos brazos y llevaba una espada envainada a la cadera. Además, en el carro portaba una lanza, con un pendón en constante movimiento, y un escudo atado al asidero junto con un hacha a punto para su uso. Conducían el coche cuatro esclavos muy parecidos entre sí, cuya estirpe se había cultivado durante generaciones para proporcionar criaturas destinadas a la lucha: tenían las piernas largas y eran enormes y enérgicos; y, sin embargo, después de la castración, los varones eran de toda confianza. El sudor que brillaba sobre las pequeñas cabezas calvas, donde se les había marcado con el distintivo de Kalava, les iba recorriendo los cuerpos desnudos. Aun así, respiraban sin dificultad y desprendían un olor casi dulce.

Su dueño bramó:

—¡Alto!

Por un instante solo el viento produjo movimiento o sonido alguno. Entonces, Kalava se tocó la frente bajo la cinta que llevaba en la cabeza y recitó la Confesión:

—Lo que un hombre sabe no es mucho, lo que comprende es aún menos, así pues, dejad que se incline ante la sabiduría.

Él mismo confiaba sobre todo en los sacrificios de la sangre, y todavía más en su propia fuerza, pero seguía respetando decentemente a los vilkui.

—Busco el consejo de la pensadora de los cielos, Ilyandi —dijo. Casi no era necesario, ya que ella era la única iniciada de su orden que estaba presente.

—Quienquiera que busque debe estar libre de toda maldad —respondió el joven superior con la misma solemnidad.

—Ruvio es testigo de que cualquier juicio contra mí resultará satisfactorio.

El dios del trueno era el favorito de la mayoría de los marineros.

—Entra, pues, y transmitiremos tu petición a nuestra señora.

El joven de rango inferior acompañó a Kalava a través del patio exterior, con el

traqueteo de las ruedas sobre las losas de fondo. En la pensión ayudó a instalar a los esclavos y a darles de comer y de beber antes de acompañar al recién llegado a una estancia que en la temporada alta alojaba a cuarenta hombres. El resto del edificio albergaba los baños, el refectorio, la comida preparada (carne seca, fruta y pan ácimo) con vino de frutos enriquecidos. Kalava encontró también un libro. Después del refrigerio se sentó en un banco a entretenerse con él.

Se llevó una decepción; nunca había tenido muchas ocasiones ni ganas de leer, por lo que tenía una habilidad limitada; además, el copista de éste código había empleado una tipografía que se había quedado obsoleta. Y lo peor de todo era que el texto era una crónica sobre los emperadores de Zhir, lo cual para él no solo era penoso (¡oh, Eneio, su hijo, su último hijo!), sino que carecía de todo valor. Ciertamente, los vilkui enseñaban que la civilización había llegado a Ulonai procedente de Zhir, pero ¿y qué? ¿Cuántos siglos habían pasado desde que el desierto reclamó aquel reino? ¿Dónde estaban los descendientes de aquellos habitantes? No eran más que nómadas famélicos y bandidos pestilentes.

Bien, pensó Kalava, sí, ésta podría ser una advertencia oportuna, un recordatorio para la gente de que el desierto seguía avanzando hacia el norte, pero ¿no tenían suficiente con lo que veían? Él había pasado por ciudades, no muy al sur, que habían sido prósperas en la época de su abuelo, y que ahora estaban vacías, había casas derrumbadas medio enterradas en la arena, ventanas sin cristales, como las cuencas de los ojos en una calavera.

Tensó el rostro. Él no pensaba arrugarse dócilmente ante un destino funesto cualquiera.

El día llegaba a su fin cuando un acólito de Ilyandi llegó para comunicarle que ya podía recibirlo. Mientras caminaba acompañado de su guía, vio al este la sombra púrpura del atardecer abocado a la noche. Al oeste, la tormenta había escampado y aquella parte del cielo había quedado despejada por un momento. Se podía ver el sol claramente, pese a que la bruma lo convertía en una especie de zigurat rojizo y anaranjado, que desde el horizonte proyectaba un puente de fuego por encima del golfo y arrojaba rayos de luz hacia las nubes acumuladas, haciendo que refulgieran como si fueran de azufre. Un porrón osculado pasó volando como una sombra entre ellos, con el débil sonido quejumbroso de su vuelo, que les llegaba a través de una brisa cada vez menos cálida. Por lo demás, un silencio sacro inundaba los Altos.

El patio interior, con sus claustros, se encontraba rodeado por un edificio de tres pisos que albergaba los santuarios, bibliotecas, laboratorios y las dependencias de los vilkui y estaba ocupado, en su mayor parte, por un jardín de flores y de plantas curativas dispuestas intrincadamente. Pese a que en uno de los arcos se había encendido un farol, todas las ventanas estaban a oscuras e Ilyandi aguardaba afuera a su visitante.

Hizo un ligero gesto para darle permiso al acólito, que inclinó un poco la cabeza y se retiró. Kalava saludó y, repentinamente, se sintió incómodo, pero hizo acopio de toda su resolución.

—Saludos, sabia y graciosa dama —dijo.

—Bien hallado, bravo capitán —respondió la pensadora de los cielos. Señaló hacia dos bancos de piedra enfrentados—. ¿Nos sentamos?

Distaba mucho de invitarle a compartir una copa de vino, pero al menos estaba dispuesta a escucharle.

Ambos se sentaron y se observaron mutuamente a través de la luz del anochecer, que se oscurecía rápidamente. Ilyandi era una mujer esbelta de unos cuarenta años, de rasgos finos y regulares, ojos grandes de un castaño luminoso, de tez pálida, como de cobre ahumado, pensó él. El pelo ondulado, cortado en señal de celibato, formaba una cofia de color bronce sobre una sencilla tela blanca. Una ramita verde de tekin prendida en el hombro izquierdo, con el emblemático alfiler en forma de un círculo y un triángulo entrelazados, la identificaba como una vilku.

—¿Cómo puedo ayudarte en tu empresa? —preguntó.

Kalava empezó a hablar sorprendido:

—¿Cómo? ¿Qué es lo que sabes tú sobre mis planes? —Y precipitadamente—: Mi señora sabe mucho, por supuesto.

Ella sonrió.

—Tú y tu saga habéis destacado mucho en las pasadas décadas y lo que sucede en el mundo también llega hasta aquí. Estás buscando a tu antigua tripulación o tratas de conseguir que ellos vengan a verte, en privado. Ordenas que se repare el barco que todavía posees. Te reúnes con los veleros, para tantear los precios, sin duda. Muy pocos lo habrán notado, tal nivel de discreción no es propio de ti. ¿Cuál es tu destino, Kalava? Y ¿por qué lo llevas tan en secreto?

Su rostro se torció en una triste mueca.

—Mi señora no solo es sabia e ilustrada, sino que también es perspicaz. Bien, así pues, vayamos directamente al grano. Tengo un viaje en mente que muchos llamarían imprudente; algunos tratarían de prevenirlo afirmando que despertaría las iras de los dioses de aquellos lugares, pues nunca nadie ha vuelto de allí; me recordaría viejas leyendas sobre monstruosidades avistadas desde la lejanía. Yo no me las creo, si no, no lo intentaría.

—Oh, ya me imagino que te expondrías a pesar de todo —dijo casi para sí misma. En voz más alta, dijo—: Pero estoy de acuerdo, es probable que el temor sea infundado. Tampoco nadie había llegado hasta los Campos Resplandecientes antes que tú y entonces no pediste hechizos ni bendiciones de antemano. ¿Por qué has venido a buscarme ahora?

—Esto es distinto, no voy a seguir una línea costera. Yo..., bueno, voy a necesitar

un huukin nuevo y entrenarlo, y eso me llevará tiempo y dinero. —Kalava extendió las manos, casi con desesperanza—. No era mi intención lanzarme otra vez así, sabes; quizá sea una locura, un viejo con una tripulación de viejos en un único y viejo barco. Esperaba que me pudieras aconsejar, mi señora.

—A duras penas estabas preparado para la almenara cuando te propusiste cruzar el mar de la Ruta del Viento —contestó.

Esta vez no le pilló desprevenido del todo.

—¿Puedo preguntar cómo lo sabes, mi señora?

Ilyandi hizo un gesto con la mano y sus largos dedos surgieron de la oscuridad, como un barrido nocturno, para encender una débil lámpara.

—Ya has estado en el este, no tendrías por qué ocultar un viaje allí. Al sur existen antiguas rutas comerciales hasta Zhir. ¿Qué es lo que ofrecen, aparte del saqueo de tumbas y ciudades abandonadas a cargo de unos desvalijadores infelices? ¿Qué queda allí, además de la desolación inhabitada, hasta que, según dice la gente, uno llega a las Tierras Ardientes y parece miserablemente? Al oeste sabemos de unas cuantas islas y, después, mar abierto. Si existe algo más allá, puedes morir de hambre y de sed antes de que alcances a verlo. Sin embargo, al norte...; sí, aguas salvajes, aunque a veces aparecen hombres a la deriva sobre troncos de árboles extraños o volantes-espía de razas desconocidas que llegan con las tormentas. Y están todas esas leyendas del Gran Norte, el atisbo de montañas desde los barcos que desviaron su curso... — Su voz se fue apagando.

—Creo que algunas de esas historias pueden ser reales —dijo Kalava—, más que los cuentos sobre visiones misteriosas. Además, los huukini salvajes se crían cerca de la costa, donde hay grandes cantidades de pescado. Aquí, en temporada, nunca he visto tantos como en mar abierto. Deben de tener una segunda línea de costa. ¿Dónde, sino en el Gran Norte?

Ilyandi asintió.

—Muy astuto, capitán. ¿Qué más esperas encontrar?

Volvió a sonreír con aire burlón:

—Te lo diré a mi vuelta, mi señora.

Ilyandi adoptó un tono más severo:

—Nada de saquear ciudades repletas de tesoros.

Claudicó:

—Ni para comerciar. ¿No nos habríamos encontrado ya sus piezas de artesanía o los restos de sus barcos naufragados? De todos modos..., cuanto más al norte, menos calor y más lluvia, ¿no? Allí un país tendría un clima suave, bosques rebosantes de madera, tierra fértil para cultivar y nadie contra quien luchar. —Las palabras se le agolpaban en la boca—. ¿Sin desiertos que amenacen con extenderse? Espacio para empezar de nuevo, mi señora.

Ella lo miró fijamente a través del crepúsculo.

—¿Volverías a casa, a reclutar gente, fundarías una colonia y serías su rey?

—Sería su hombre más destacado, sí, aunque me gustaría que la clase de personas que quisieran ir prefiriesen una república. Pero, principalmente —empezó a bajar el tono de voz y miró más allá de donde ella se encontraba—, libertad, honor, una esposa que haya nacido libre e hijos.

Callaron durante un instante. Se hizo noche cerrada, aunque no era tan tenebrosa como de costumbre, pues la luminosidad del oeste había abierto claros hacia el cénit. Un soplo de frescor provocó el runrún de las hojas, como si el sueño de Kalava le estuviera susurrando una promesa.

—Estás decidido —dijo Ilyandi por fin, lentamente—. ¿Por qué has venido a verme?

—Para escuchar cualquier consejo que consideres oportuno, mi señora. Aquí debe de haber libros llenos de información acerca de la travesía.

Ella negó con la cabeza.

—Lo dudo. A no ser que la navegación... Sí, ése es el auténtico inconveniente, ¿no es así?

—Siempre lo es —suspiró.

—¿De qué técnicas de orientación dispones?

—¿Cómo? ¿Es que no lo sabes?

—Solo conozco lo que es de dominio público. Los artesanos guardan sus secretos comerciales y estoy segura de que los patrones de barco no se diferencian de ellos en ese aspecto. Si me cuentas cómo navegas, tu secreto estará bien guardado y podría aportar alguna cosa.

Estaba entusiasmado.

—¡Apuesto a que sí! Las pocas veces que la luna y las estrellas aparecen suelen verse muy mal y la mayor parte de los días solo tenemos un sol borroso que da una luz muy débil, entre las nubes, en todo caso. Pero vosotros, los pensadores de los cielos como tú, habéis estado observado y habéis hecho vuestros cálculos durante cientos de años, habéis recogido imanes... —Kalava se detuvo—. ¿Es demasiado sagrado como para compartirlo?

—No, no —contestó—. Los vilkui llevan el calendario para todo el mundo, ¿no es cierto? La razón por la que los marineros no recurren a nuestra ayuda más que en contadas ocasiones es porque no podían sacar mucho partido de nuestros conocimientos. Habla.

—Es verdad, fueron los vilkui quienes descubrieron el imán... Bien, cuando navego por esas costas, me guío sobre todo, por los puntos de referencia que recuerdo, o bien realizo una circunnavegación, si me resultan menos familiares. Los sondeos también ayudan, especialmente si la sonda recoge muestras del fondo que

pueda analizar y probar. Entonces, en los Campos Resplandecientes, me hice con un cristal. Seguro que lo sabes, porque doné otro a la orden cuando regresé. A través de ese cristal observo el cielo y, si no está muy cubierto, puedo comprobar cuál es la posición del Sol con más exactitud que a simple vista. Una corredera y un reloj de arena nos dan una idea de la velocidad a la que navegamos y un imán aporta una dirección aproximada cuando perdemos de vista tierra firme. Supongo que ésas serían mis herramientas para viajar al Gran Norte y regresar, pero si mi señora pudiera darme alguna otra...

Ella se inclinó un poco hacia delante dejando entrever una cierta intensidad.

—Creo que podría, capitán. He estudiado esa piedra de sol tuya; mide la latitud y la hora del día si se conoce la fecha y la trayectoria anual del Sol. Además de eso, al viajero también le pueden ser útiles las posiciones de la luna y las estrellas, si las conoce bien.

—Ése no soy yo —dijo irónicamente—. ¿Podría mi señora dejarme algo por escrito? Quizá esta vieja cabeza no sea demasiado dura como para descifrarlo.

Pero ella no pareció haberle oído, su mirada se dirigió hacia arriba.

—El aspecto que tienen las estrellas en el Gran Norte —murmuró— nos podrían incluso desvelar si efectivamente el mundo es redondo. Y ¿serán los destellos de la aurora más brillantes allí, en la verdadera Tierra de las Vetas...?

Kalava miró hacia donde ella dirigía sus ojos. Las estrellas tenían un tenue fulgor allí donde las nubes se abrían.

—Es muy generoso por tu parte, mi señora —dijo— que estés aquí sentada hablando conmigo, cuando podrías estar en tu cuarto o haciendo cualquier otra cosa, arrebatándome esta oportunidad.

Sus ojos se encontraron.

—La tuya podría ser una mejor ocasión, capitán —respondió con intensidad—. La primera vez que oí rumores sobre tu expedición me puse a pensar en ello y en lo que iba a suponer. Sí, te ayudaré en lo que pueda. Quizá incluso navegue contigo.

El *Corcel Gris* zarpó de Sirsu con la marea matutina en cuanto la luz fue suficiente para gobernar la nave. Pese a todo, había una muchedumbre concentrada en el muelle, la mayoría en silencio, mientras que otros hacían señales para ahuyentar el mal. Unos pocos, sobre todo jóvenes, cantaban un himno desafiante, aunque el aire parecía amortiguar la presión.

Kalava había esperado hasta el último momento para revelar cuál era su objetivo. Tuvo que hacerlo para justificar la presencia de la pensadora de los cielos, que no se podía mantener en secreto. Esta santificación no dejaba margen a las autoridades para prohibir la iniciativa, aunque tampoco apaciguó las dudas y los miedos de los que creían que la Ruta del Viento era un nido de monstruos y demonios que se iban a despertar y a infestar sus aguas.

Los miembros de la tripulación hicieron caso omiso de estas creencias o bien se rieron de ellas, o al menos eso fue lo que dijeron. Dos tercios de la tripulación eran rudos veteranos que ya habían estado antes a sus órdenes; para completarla, se vio obligado a reclutar lo poco que tenía a su disposición: obreros empobrecidos y rufianes sin oficio. No obstante, todos ellos expresaban un gran respeto hacia la vilku.

El *Corcel Gris* era un yalka, de manga ancha y casco poco profundo, con un castillo de proa y una toldilla bajos, y una camareta en el medio. El trinquete tenía dos velas cuadras y el palo mayor, una cuadra y otra de cuchillo; tenía un bauprés corto que aportaba amplitud al foque. Se había fijado una catapulta a la proa y a ambos lados había un bote colgado mediante pescantes, a la popa de las fijaciones del arnés. El casco se había pintado conforme a su nombre y se añadió un ribete rojo. Junto al barco, el huukin les acompañaba a nado, con su impecable cresta negra y azul en el lomo.

Kalava llevó el timón hasta que el barco abandonó la desembocadura del río y se adentró en el golfo; para entonces ya era completamente de día. Un viento cálido batía las aguas de color verde grisáceo hasta crear una espuma blanca que coronaba las olas entre las que avanzaba la nave. Los obenques silbaban, las cuadernas crujían. Le cedió el timón a uno de los marineros y avanzó hacia la toldilla para hacer sonar una trompeta. Los hombres se volvieron a mirarlo mientras Ilyandi salía del camarote para ponerse a su lado, con una túnica blanca que batía como si fueran unas alas que de buena gana habrían echado a volar. Levantó los brazos y entonó el hechizo de la travesía:

*«Ardiendo, rotando,
rueda la rueda solar
tras la ceguera,
para nubes de humo evocar.
La vieja y fría luna
pocas veces nos revela
dónde está su morada
entre las estrellas lejanas.
Ningún presagio del hombre
aborrece ser guiado
por los cielos a lo alto.
Pero el imán, con fuerza
la Tierra de las Vetas anhela».*

Los marineros de cubierta apenas adivinaban lo que estaba diciendo, y sin embargo se sintieron reconfortados.

A popa, la tierra, que iba desapareciendo entre las olas y las brumas, se veía ya como una fina línea azul desvaneciéndose. Kalava se dirigía directamente al noroeste a través del golfo y tenía la intención de navegar de noche, por lo que requería mucho espacio marítimo. Además, Ilyandi y él iban a poner en práctica sus nociones de navegación. De modo que, pasado un rato, los marineros no alcanzaron a ver más velas y la soledad les empezó a angustiar.

A pesar de todo, trabajaban con tenacidad. Algunos pensaban que era buena señal que las nubes se disgregasen hacia el atardecer, revelando una luna enastada, así que lanzaban gritos de júbilo, mientras que sus compañeros se asustaban: ¿era normal que la luna apareciese de día? Kalava se burlaba de ellos al tiempo que les explicaba.

El viento arreció durante las horas de oscuridad y, para cuando amaneció, los mares por los que la nave avanzaba tambaleándose estaban embravecidos. Además, soplaba del oeste forzando al barco a dirigirse inevitablemente a tierra. Cuando vio a través de la niebla los riscos del cabo Vairka, el patrón se dio cuenta de que sin ayuda no podría rodearlos.

Era un tipo duro, pero había sido educado conforme a las respetables aptitudes propias de un hombre libre del clan Samayoki. Pese a no ser poeta, tenía la habilidad de componer unos versos aceptables si la ocasión lo requería. Se subió al pique de proa y le gritó a la tormenta palabras que llegaron hasta los oídos de sus hombres:

*«Virando hacia el norte, navegando desde los claros conocidos,
la tempestad nos trae la espuma que nos baña,
la que nos trae el barco viene enloquecida.
El ingenio pronto se desarmará,
fracasará, se hundirá...
¡A la tormenta esa destreza le falta!
Reclínate y llama
a todo lo que viene nadando cerca.
Y navega pues hacia el norte».*

Tras la ofrenda a los dioses, se puso el cuerno en los labios y lo hizo sonar con una llamada dirigida a su huukin.

Al oírlo, la enorme bestia se aproximó y Kalava se adelantó bajando los asideros y, con una cuerda atada a la cintura por seguridad, saltó por la borda para caer sobre el ancho lomo. Se mantuvo de pie pese a que los dos hombres que le siguieron

cayeron al mar y tuvo que tirar de ellos para sacarlos. Todos juntos montaron el huukin y lo guiaron hasta que se situó entre los postes, donde lograron atarle el arnés.

—He esperado demasiado tiempo —admitió Kalava—. Ayer habría sido más fácil. Bueno, así podréis fanfarronear cuando lo contéis en casa, ¿verdad?

Sus compañeros volvieron a subirles a bordo, al tiempo que amarraban las velas. Kalava vio las riendas por primera vez; el huukin tiraba poderosamente, con la cola y las aletas agitando la espuma que el viento azotaba y lanzaba hacia un mar abierto y desconocido.

El Viajero se despertó.

Había permanecido apagado durante las décadas de tránsito. Un ser como Alfa los habría pasado consciente, probablemente habría ocupado su mente en alguna creación intelectual o artística (para ella no había diferencia alguna), o quizá revisando una obra existente por el placer de la contemplación, o se habría entretenido en una actividad demasiado abstracta como para expresarla con palabras. Las capacidades del Viajero, pese a que eran muchas, no habrían bastado para ello. El *hardware* y el *software* (volvemos ahora al lenguaje del mito) de su expresión corpórea se habían diseñado principalmente para la interacción con el universo material.

En realidad, no podía hacer nada. Ni siquiera podía entablar una conversación, ya que los sistemas robóticos de la nave eran sutiles y tenían potencia, pero carecían de una auténtica conciencia, no les hacía falta, y la distracción o el aburrimiento podían convertirse en un riesgo. Tampoco podía hablar con otras entidades, las señales habrían tardado demasiado tiempo en transmitirse. Lo que sí hizo fue pasar un rato, minutos enteros de tiempo externo, reviviendo la existencia de su elemento Christian Brannock, estudiando su personalidad, acostumbrándose a sus hábitos. De ahí en adelante..., estuvo durmiendo.

La nave lo reactivó en el momento en que cruzaba lo que quedaba de la nube de Oort y recuperó la consciencia de inmediato; se acopló a todos los instrumentos, uno tras otro, y escudriñó el sistema solar. Aunque su base de datos resumió los informes de Gaia, juzgó prudente analizarlos personalmente. Estaba ansioso, tenía una sensación agrídulce de vuelta a casa, que oscilaba en torno a su lógica serena, y que procedía de Christian Brannock. Imaginemos los sentimientos olvidados tiempo atrás renaciendo dentro de nosotros en el instante en que volvemos a nuestra más tierna infancia.

Lógicamente, el espíritu que la máquina contenía en su interior sabía que se habrían producido cambios gigantescos desde que sus ojos mortales se cerraron para siempre: los anillos de Saturno eran ahora frágiles y estaban hechos trizas; Júpiter había adquirido unos cuantos muy ostentosos a partir de la muerte de un satélite, aunque su Gran Mancha Roja había desaparecido hacía siglos; Marte no tenía luna y su eje se había inclinado pronunciadamente... Una mayor resolución habría revelado unos escasos vestigios de humanidad. Desde las plantas de antimateria en el interior de la órbita de Mercurio hasta los recolectores de cometas más allá de Plutón, todo lo que había dejado de tener utilidad había sido desmantelado o abandonado. El viento, el agua, la química, la tectónica, la roca cósmica, la corrosión radiactiva, la descomposición nuclear o los intercambios cuánticos habían reclamado pacientemente las reliquias para el caos. Pero existían algunos fósiles y algunos

fragmentos erosionados sobre la superficie o en el espacio; de no ser así, solo permanecerían en la memoria de Gaia.

No importaba. Era hacia su hogar hacia donde se dirigía a toda velocidad la faceta del Viajero que era Christian Brannock.

Con una visión no asistida no habría podido distinguir demasiadas novedades en el Sol; era algo más grande y sustancialmente más brillante. La visión humana habría percibido la luz más blanca, con aquel tono ligeramente azulado; la piel desprotegida habría sufrido una reacción inmediata a los potenciados rayos ultravioletas. También el viento solar era más fuerte, pero a la distancia a la que se encontraba, los cambios eran comparativamente secundarios. La estrella estaba aún en la secuencia principal. Los planetas que tenían atmósferas de efecto invernadero eran los más afectados. Ciertos minerales de Venus se habían fundido. La Tierra...

La nave se precipitó hacia el interior alcanzando su objetivo y realizó una maniobra de estacionamiento en órbita. De cerca, el Viajero observó lo que tenía ante sí.

Sobre Luna, las formas de los mares eran algo distintas, las montañas estaba muy desgastadas y nuevos cráteres habían destruido u ocultado los antiguos. Se podían ver anomalías, cúmulos de escombros en las ciudades desiertas en donde la tierra se había hundido. No obstante, en esencia, la luna volvía a ser el mismo lugar desolado, ardiente durante el día y mortalmente frío por las noches, que había sido antes de que la vida hiciera acto de presencia. Había retrocedido, aunque no demasiado en términos astronómicos, provocando que el período de rotación de la Tierra se prolongara en una hora aproximadamente. De todos modos, aún orbitaba lo suficientemente cerca como para estabilizar ese movimiento giratorio.

El planeta madre ofrecía menos a nuestros ojos fantasiosos. Las nubes lo cubrían de un blanco deslumbrante. Si se observaba detenidamente, se veían remolinos y franjas, pero a primera vista la capa era prácticamente informe; solo algunas grietas indecisas dejaban escapar los destellos azules del agua, los marrones de la tierra (no había hielo ni nieve), la oscuridad sin luces, cuando se hacía de noche. Y las ondas radiofónicas rebosaban de silencio.

¿Cuándo fue la última vez que un ser humano pisó este mundo? El Viajero buscó en su base de datos, pero no tenía la información. Quizá no había datos, podía ser que se desconocieran. Quizá aquel último cuerpo de carne y hueso decidiera morir solo o en privado.

Desde luego había ocurrido hacía mucho, mucho tiempo. ¡Qué corto había sido el lapso del *Homo sapiens*, desde la piedra y el fuego hasta la inteligencia artificial! El final no llegó de repente ni fue un desenlace simple, hicieron falta milenios, según decía la base de datos, tiempo en que civilizaciones enteras se pusieron en pie y se desmoronaron, dando paso a sus descendientes mutantes. A veces, el declive de la

población se invirtió en un lugar u otro, a veces las naciones tomaron en cuenta los vaticinios de los profetas y se esforzaron en darle la vuelta a la historia, por un tiempo... un tiempo. Pero en ningún caso se había podido eludir la tendencia.

Los recuerdos recopilados de Christian Brannock despertaron una reflexión en el Viajero que hicieron que pareciese que era el hombre quien hablaba: «Fui testigo del principio. No pude prever el final. Para mí fueron los magníficos albores de la esperanza».

«¿Estaba equivocado?».

El individuo orgánico es mortal. No tiene modo de evitar el advenimiento de la desintegración final; la química cuántica lo impide. Asimismo, si un hombre pudiera vivir durante apenas mil años, la capacidad de almacenamiento de datos del cerebro se saturaría y sería incapaz de asimilar más información. Mucho antes de que eso sucediera, se vería superado por el incremento geométrico de las correlaciones, que le provocarían un debilitamiento de la mente o bien la enajenación. Tampoco sobreviviría a los rigores del viaje estelar a cualquier velocidad razonable o a los entornos extraterrestres, en un universo que nunca fue su sitio.

Sin embargo, al ser transferido a la estructura orgánica adecuada, el patrón neuronal y molecular, y las relaciones que establecen, convertidos en su esencia interna, se hacen potencialmente inmortales. El complejo proceso que lo permite hace posible que siga teniendo sentimientos y que pueda pensar. Si la calidad de las emociones sufre cambios, esto se debe a que su organismo físico se ha hecho fuerte, más sensible, más inteligente y consciente. Pronto perderá cualquier nostalgia respecto a su existencia anterior. Su nueva vida le aporta mucho más, un cosmos de sensaciones y de experiencias, memoria y razonamiento, espacio y tiempo. Puede multiplicarse, fundirse con otros y volver a separarse, crecer espiritualmente hasta alcanzar un límite que antes habría sido inconcebible; y después de todo eso, convertirse en parte de una mente aún más inmensa y seguir creciendo.

Lo increíble era, reflexionó Christian Brannock, que si algunos humanos habían resistido, aferrados al primitivismo, se negaban a reconocer que su herencia ya no era el ADN, sino la psique.

Y aun así...

La pregunta a medio formular se quedó en el aire, mientras que su personalidad a medio formar se reunió de nuevo con el Viajero. Gaia estaba contactando desde la Tierra.

En efecto, había recibido la notificación, que había llegado a la nave espacial con algunos años de antelación. Los múltiples instrumentos de que disponía en el planeta y fuera de él habían detectado la aproximación. Para el mensaje que ahora enviaba, había escogido un flujo modulado de neutrinos. Imaginemos que dice:

—Bienvenido. ¿Necesitas ayuda? Estoy preparada para proporcionarla, si está en

mi mano. —Imaginemos una voz grave y cálida.

Imaginemos que el Viajero responde:

—Gracias, pero todo va bien. Descenderé directamente, si no tienes inconveniente.

—No entiendo muy bien el motivo de tu visita. ¿Nuestra relación ha sido inadecuada?

No, se abstuvo de decir el Viajero.

—Te lo explicaré más tarde, la transmisión no permitiría informarte sobre los detalles. Básicamente, la razón es la que te comunicaron. Nos preguntamos —más que excluirla, quitó algo de énfasis— si deberíamos salvar la Tierra de la expansión solar.

Su tono de voz se hizo más frío.

—Lo he dicho más de una vez: no. Podéis perfeccionar vuestras técnicas de ingeniería en cualquier otra parte, aquí la situación es excepcional. No podemos predecir qué conocimientos nos aportará la observación del libre curso de los hechos, pero serán muchos y tengo razones para creer que tendrán un valor extraordinario.

—Podría ser. Escucharé tus argumentos gustosamente, si accedes a desarrollarlos más ampliamente de lo has hecho hasta ahora. Pero me gustaría llevar a cabo personalmente una inspección y desarrollar mis propias recomendaciones. No es una crítica contra ti, ambos sabemos que una sola mente no tiene capacidad para valorar cada una de las posibilidades ni para considerar todas las interpretaciones, así como tampoco puede seguir todos los factores en curso respecto a lo que es objeto de observación, y lo que se nos pasa por alto puede resultar ser el agente de un cambio hacia el caos. Podría detectar algo que se te haya escapado. No es probable, lo reconozco, después de los millones de años que llevas aquí, prácticamente te has convertido en la Tierra misma y en la vida que la habita, ¿no es así? No obstante, nos gustaría tener una opinión independiente.

Imaginemos que se echa a reír.

—Al menos eres educado, Viajero. De acuerdo, baja. Te acompañaré.

—No será necesario. Tu centro físico está en la región ártica, ¿verdad? Yo mismo lo encontraré.

Notó una cierta severidad oculta tras su apacible discurso.

—Es mejor que te guíe. Tu perspectiva sobre la situación es de caos intrínseco. Si descienes arbitrariamente podrías perturbar seriamente ciertas cosas en las que estoy interesada. Por favor.

—Como deseas —concedió el Viajero.

Los dispositivos robóticos tomaron el mando. El módulo de carga útil de la nave espacial se desprendió del módulo de propulsión, que permaneció en órbita. El objeto cilíndrico, resplandeciente sobre la violenta luz espacial, frenó y puso rumbo a su

destino haciendo uso de su propia energía, aunque controlado desde abajo.

El Viajero perforó la capa de nubes y observó con impaciencia. Pero no era ése un recorrido turístico; la trayectoria de descenso sacrificaba la eficiencia y se encaminó directamente a latitud norte. Iba dejando un rastro de estampido sónico.

Lo que sí se paró a mirar fueron los límites de un gran continente orientado a este y oeste, y observó que la mayor parte de esas zonas eran verdes; más allá había una extensión marítima. Creyó haber visto algo curioso, pero lo sobrevoló demasiado deprisa, y estaba más concentrado en lo que tenía ante sí como para estar seguro.

La masa terrestre que rodeaba el polo entró en su campo visual. El Viajero comparó los mapas que Gaia había transmitido y Christian Brannock no recordaba haber visto nada parecido. El movimiento de las placas tectónicas se había ralentizado, a medida que la radiactividad y el calor original del núcleo terrestre disminuían; sin embargo, la deriva continental, la subducción y los sollevamientos seguían su curso.

Estaba más preocupado por la vida de allí. Una época tras otra, Gaia había estado observando y había descrito su evolución poshumana; tras la extinción masiva del Paleotécnico había recobrado la abundancia y la diversidad del Cretácico o la era Terciaria. Sin embargo, todo era distinto, salvo unos cuantos supervivientes. Para el Viajero, al igual que para Alfa y, por ende, para el cerebro galáctico, aquellos informes se les antojaban cada vez más incompletos, de alguna forma, no tenían demasiado sentido ecológico respecto a los últimos cien mil años, más o menos. Y las respuestas de Gaia a sus preguntas, tampoco.

Era posible que no lograra recopilar todos los datos, quizá los estuviera malinterpretando, a lo mejor... Era otro de los motivos por los que había sido enviado.

Ártica apareció bajo el navegante. Imaginemos que les iba poniendo nombre a la zona y a sus accidentes. Mientras estuvo conviviendo con ellos, les dotó de una identidad propia. La cordillera Costera se elevaba justo detrás del litoral y se veía atravesada por el río Remanente, que crecía cuando las lluvias se hacían más frecuentes, pero que seguía siendo inmenso. Sus afluentes inundaban el valle de la Abundancia. En el lado opuesto, había estribaciones bordeando las abruptas montañas Boreales. Hubo un tiempo en que la cima de la más alta de todas ellas había estado cubierta por una capa de nieve, pero ahora los picos rocosos estaban desnudos. Por sus laderas corrían torrentes, la mayoría de los cuales acababan por unirse al Remanente en su curso a través de los barrancos que iban a dar al mar. En un valle elevado brillaba el Cuenco de las Aguas, el gran lago que constituía la cabecera del río. Dominándolo todo por el norte, apareció la Morada de la Mente, una montaña cuyo pico más alto, el centro físico de Gaia, quedaba oculto entre la capa de nubes.

De algún modo, las imágenes le resultaban familiares. Gaia había enviado una

gran cantidad de transmisiones completas en términos sensoriales como parte de su contribución a la sabiduría y al pensamiento universales. El Viajero podía llegar a recordar el pasado geológico, antes incluso de la época en que Ártica quedó liberada y se desplazó a la deriva, hacia el norte, chocando contra la tierra ya existente para contribuir a la elevación de las Boreales hacia el cielo. Era capaz de extrapolar el futuro geológico al mismo nivel de detalle, hasta el momento en que un gigante rojo cubriese la mitad del cielo y lo deslumbrase todo para convertirlo en una esfera de roca y arena sin aire que acabaría por derretirse. No obstante, la realidad, el hecho de encontrarse allí físicamente, lo estaba castigando más de lo que esperaba. Sus sensores se esforzaban por absorber cada uno de los datos a medida que la nave, a una velocidad innecesariamente excesiva, volaba hacia su destino.

Se fue acercando a la montaña. No era la más alta de las que sobresalían hacia el sur. Estaba cubierta por monte bajo, exuberante en las laderas más bajas y más seco en las zonas elevadas, donde se veían muchos árboles sin hojas convertidos en esqueletos. Aquello se debía a un cambio climático reciente que había provocado un descenso del nivel medio de las nubes, lo cual se tradujo en que una zona con abundante humedad venía sufriendo una sequía que ya duraba décadas. (Sí, la Tierra se encaminaba rápidamente hacia la hora del juicio final). El fuego debía de ser una amenaza constante, pensó. Pero no, los agentes de Gaia tenían capacidad para apagarlos de inmediato, o bien simplemente los ignoraría. Pese a no ser muy grande, la zona que ocupaba en la cima estaba pavimentada e, indudablemente, allí no había nada que fuera vulnerable al calor o al humo.

Aterrizó. Por un instante de tiempo planetario, interminable para las mentes que funcionan a velocidades cercanas a la de la luz, hubo un silencio en la comunicación.

Estaba de nuevo sobre la capa blanca de nubes, arremolinada en torno al pico que sobresalía por encima de ellas como una isla entre muchas otras, hacia los rayos horizontales del ocaso. Por encima de él se proyectaba un arco de claridad violácea y una suave brizna de aire, fría a aquella latitud. En un círculo llano con una superficie de color negro azulado de alrededor de un kilómetro de ancho, se apiñaban las estructuras y los aparatos que formaban el centro.

Un ser humano habría divisado una cúpula opalescente rodeada de torres, algunas afiladas como lanzas, otras intrincadamente enredadas; y telas de araña plateadas, y otras cosas menos importantes, con formas variadas pero curiosamente sencillas, unidades móviles esperando ser enviadas a emprender su cometido. Había objetos lanzándose en vuelos precipitados y planeando por todas partes, la mayoría de ellos eran tan pequeños y exquisitos como colibrís (si nuestro humano hubiera sabido lo que era un colibrí). Para él, la panorámica habría tenido un cierto parpadeo, como si la viera a través de una cortina de agua en movimiento, o como si palpitase con una suave energía, o tuviese un pulso de dentro hacia fuera del espacio y el tiempo. No

habría percibido la complejidad de los campos de fuerza ni las ondas mecanocuánticas, ni las entidades microscópicas y submicroscópicas que formaban la mayor parte de ellas.

El Viajero tuvo sensaciones distintas. Entonces Gaia dijo:

—Bienvenido, de nuevo.

—Y de nuevo, gracias —contestó el Viajero—. Me alegro de estar aquí.

Se miraron, pero no como cuerpos (ninguno de ellos llevaba puesto uno) sino como mentes, como matrices de memoria, individualidad y conciencia. Interiormente, se preguntó qué opinaría Gaia de él. No le estaba ofreciendo mucho más de lo que siempre había transmitido a través de las líneas de comunicación interestelares, es decir: un organismo nodal, del mismo tipo que Alfa u otros tantos millones, que había incrementado sus capacidades a lo largo de eones mientras experimentaba y reflexionaba sin cesar; eras de interacción con la Tierra y la vida que la habitaba probablemente habían moldeado su alma más profundamente que el tiempo en que había coexistido con los de su propia especie; signos de descargas humanas ancestrales, aunque no eran como Christian Brannock, copias dispersas por la galaxia; no, éstos habían preferido quedarse en la madre tierra...

—Te he dicho que yo también —dijo Gaia con un tono de reproche—, pero en realidad no estoy muy contenta. Cuestionáis mi gobierno.

—No es así, exactamente —repuso el Viajero—. Espero que eso no suceda. Solo queremos saber más sobre cómo lo llevas a cabo.

—Pero ya lo sabéis. Como cualquiera de los que están establecidos en un planeta, mi actividad principal consiste en estudiar sus complejidades, seguir su evolución. En este planeta, eso significa, sobre todo, la evolución de la vida, desde la genética a la ecología. ¿Qué información he dejado de compartir con mis compañeros?

«Mucha», dijo el Viajero para sus adentros. Y abiertamente contestó:

—Una vez que consideramos —se refería al cerebro galáctico— detenidamente el asunto, nos encontramos con incontables enigmas sin resolver. Por ejemplo...

Expuso cientos de ejemplos, más de un millar. Tomemos uno de ellos. Unos diez mil años atrás, el gran continente al sur de Ártica había soportado un abundante crecimiento de la población de grandes animales de pasto. Los rebaños cubrían las praderas e inundaron los bosques de ruidos. Gaia los había descrito con todo lujo de detalles, desde los cuernos en forma de lira de una de las especies hasta las crines ondeadas por el viento de otra. Abruptamente, en términos de tiempo histórico, dejó de transmitir información sobre ellos. Cuando se le preguntó la razón, alegó que se habían extinguido, aunque no explicó cómo.

El Viajero recibió una precipitada explicación que le hizo pensar que Gaia reconocía haber cometido un error. (Recordemos que esto es un mito).

—Fue a causa de una combinación de factores: el clima se volvió más inclemente

por el aumento de las temperaturas...

—Disculpa —objetó—, pero al analizar los datos meteorológicos que nos proporcionaste se ve claramente que, en esas regiones en concreto, el calentamiento y la desertificación no podían tener niveles tan significativos.

—¿Cómo podéis estar tan seguros? —replicó. Imaginemos que está enfadada—. ¿Alguno de vosotros ha vivido con la Tierra durante megaaños para saberlo con certeza? —Adoptó un tono más serio—. No aspiro a alcanzar un conocimiento total. Un mundo vivo es demasiado complejo, caótico. ¿Es que no lo veis? Hay muchos fenómenos que todavía no comprendo. En este caso, tened en cuenta un simple cambio en las condiciones ambientales unido a las nuevas enfermedades y a una serie de factores, por lo general sutiles. Supongo que la combinación acaba con el equilibrio de la naturaleza. Pero hasta que no sepa algo más no voy a desperdiciar más ancho de banda en hablar de ello.

—Estoy de acuerdo —dijo el Viajero en un tono más calmado, buscando la reconciliación—. Quizá yo pueda descubrir o aportar algo que sea de ayuda.

—No. Ignoras demasiadas cosas, estás ciego, sería perjudicial.

Se puso tenso:

—Ya veremos —y volvió a intentar apaciguar la situación—. No he venido a crear un conflicto, he venido porque aquí está el origen de todos nosotros y estamos pensando en salvarlo.

Gaia también recobró la calma.

—¿Cómo pensáis hacerlo?

—Ése es uno de los motivos por los que he venido, para averiguar cuál es el modo más adecuado de conseguirlo, en caso de ponernos manos a la obra.

Para empezar, quizá, una pantalla de dimensiones planetarias que se interpusiera entre la Tierra y el Sol, por efecto de la interacción de la gravedad y el electromagnetismo, para protegerla de la fracción de energía no deseada. Solo se trataría de una medida temporal, aunque posiblemente no mereciera la pena. Eso dependería del tiempo que se tardase en concluir la auténtica tarea. Se habrían puesto en órbita algunos artefactos alrededor de la estrella, muy cerca de ella, que se nutrirían energéticamente de sus radiaciones, y que podrían llegar a generar corrientes en su cuerpo que trasladasen hidrógeno nuevo hacia el núcleo para devolver al horno nuclear su estado original. También podrían drenar gas al espacio para reducir la masa solar, mitigando su fuego pero añadiendo billones de años durante los cuales su evolución quedaría bloqueada. A consecuencia de ello, los planetas iniciarían un movimiento de alejamiento, un factor que se debía tener en cuenta, pero que reduciría las necesidades.

Se hiciera lo que se hiciera, se iban a requerir los recursos de ciertas estrellas para llevarlo a cabo, pues el tiempo que restaba se estaba acortando a una velocidad

cósmica.

—Es una enorme tarea —dijo Gaia. El Viajero se preguntó si tendría en mente el dramatismo que conllevaría; apariciones en el cielo, como en los siglos en los que se veían salir claramente fuentes de fuego de la esfera solar.

—Para una enorme gloria —declaró.

—No —respondió bruscamente—. Para nada, o algo peor. La destrucción de todo aquello por lo que he vivido. La pérdida eterna de un legado.

—Pero ¿no es la Tierra el legado?

—No, el legado es el conocimiento. Traté de explicárselo a Alfa. —Hizo una pausa—. Y te lo vuelvo a decir a ti: la evolución de la vida, sus adaptaciones, sus luchas, sus transformaciones y cómo se enfrenta finalmente a la muerte... Todo eso es impredecible, y en ningún otro lugar del universo espaciotemporal existe un mundo como éste para que se desarrollen estos acontecimientos. Nos ilustrarán en aspectos que ni siquiera el cerebro galáctico podría concebir, podrían abrirnos a fases enteras, desconocidas hasta ahora, de la realidad más remota.

—¿Por qué no iba a hacer eso, e incluso más, una vida que ha transcurrido a lo largo de gigaños?

—Porque aquí, yo, observadora durante eras, he adquirido conocimientos de este destino y no otro, he adquirido un cierto sentimiento de unidad... —suspiró—. No lo entiendes, no quieres entenderlo.

—Al contrario —dijo el Viajero con la mayor suavidad que pudo—. Espero poder entenderlo. Una de las razones por las que he venido es para tratar de que la comunicación de ser a ser sea más completa que a través de años luz, y desde luego más rápida.

Se quedó en silencio durante un instante y cuando volvió a hablar empleó un tono más delicado:

—Más... íntima. Sí, perdona mi resentimiento. Ha sido un error. Haré todo lo que pueda para que estés cómodo y para ayudarte a aprender.

—Gracias —dijo el Viajero satisfecho—. Y yo haré todo lo que pueda para lograrlo.

El sol se puso tras la capa de nubes. Una luna creciente apareció en lo alto. El viento soplaba algo más fuerte, un poco más frío.

—Pero si decidimos no salvar la Tierra —preguntó el Viajero—, si dejamos que se derrita y se convierta en algo informe, todos los restos de la historia se disolverán, ¿no lo lamentarías?

—Los registros que tengo guardados estarán a salvo —contestó Gaia.

Comprendió lo que quería decir: la base de datos sobre todo lo que sabía respecto a aquel mundo. Todo estaba allí, en su interior. Gran parte se almacenaba también en otros lugares, pero ella contenía la información íntegra. A medida que el Sol se

transformaba en un monstruo voraz, ella trasladaría su planta física a los límites exteriores del sistema solar.

—Pero has hecho mucho más que conservarlos pasivamente, ¿no? —dijo.

—Claro que sí. —¿Cómo podía haberse contenido una inteligencia como la suya? —. He analizado los datos, he trabajado sobre ellos, los he evaluado y he tratado de reconstruir las condiciones que los ocasionaron.

«Y en los últimos milenios también ha desarrollado una actitud más taciturna o manifiestamente evasiva,» pensó.

—Tenías muchos vacíos por rellenar —insinuó.

—Inevitablemente. También el pasado es probabilismo cuántico. ¿Qué vías, qué medios, tiene la historia para llegar hasta nosotros?

—Así que creas varias simulaciones para comprobar a dónde llevan. —Casi no había hablado sobre ese tema.

—Ya lo sabíais. Ya que me presionas, admitiré que además de intentar averiguar qué sucedió, provoqué a los mundos para que me muestren qué podía haber pasado.

Por un breve instante sintió una punzada de pánico. No había sido su intención sonsacarle una confesión; entonces se dio cuenta de que ella había presentido que, en el momento en que unieran sus mentes en serio, no iba a poder evitar reconocerlo.

—¿Por qué? —preguntó.

—¿Qué motivo puede haber sino el conocimiento total?

En su interior, el Viajero reflexionó: sí, llevaba en este lugar desde los tiempos de la humanidad, su embrión ya existía antes de que Christian Brannock naciera. Su totalidad en crecimiento se había llenado de los patrones mentales de los humanos que habían decidido no ir a las estrellas, sino vivir en la vieja Tierra. Y decenas de millones de años fueron pasando.

Evidentemente se sentía fascinada por el pasado, debió de pasar la mayor parte de su vida en ese pasado. ¿Sería ése el motivo por el cual se mostraba indiferente respecto al futuro cercano, o incluso se inclinaba por la catástrofe?

De algún modo, ese sentimiento no le pareció correcto. Gaia era un misterio que tenía que resolver.

Con cautela, se aventuró a decir:

—Entonces, actúas como un médico sondeando configuraciones hipotéticas de la función de ondas a través del espacio y el tiempo, solo que los sujetos de tus experimentos son conscientes.

—No provoqué ningún daño —dijo—. Ven conmigo a alguno de estos mundos y compruébalo.

—Con mucho gusto —consintió sin estar seguro de si estaba mintiendo. Se armó de valor—. De todas formas, el deber me exige que lleve a cabo mi propia investigación sobre el entorno material.

—Como prefieras. Permíteme que te ayude a prepararte. —Estuvo callada un momento. En aquel aire liviano, un humano habría divisado el primer fulgor de las estrellas—. Pero creo que para conocernos realmente deberías escuchar la historia de mi gestión.

Azotado por la tormenta hasta hacer que los hombres tuviesen que bombear sin descanso, el *Corcel Gris* navegó con dificultad hacia el este siguiendo la costa sur de una tierra extraña. El viento estableció la dirección, ya que el huukin se iba arrastrando tras el barco, tan agotado y hambriento que era mejor que reservase las fuerzas que le quedaban para ocasiones en las que se hiciera más necesario. La orilla tenía un color verde, como de piedras preciosas, salvo en las zonas en las que los árboles la cubrían de motas oscuras, hasta una hilera de suaves colinas. Estaba llena de vida, repleta de manadas pastando y de multitudes aladas en el cielo; sin embargo, ningún viajero había pisado aquellas tierras. Kalava no estaba seguro de que el violento oleaje permitiese el paso de un bote; durante la travesía habían hecho acopio de una pequeña cantidad de agua de lluvia, y la poca que les quedaba en los toneles estaba contaminada.

Se quedó en la proa del barco, mirando hacia delante, con Ilyandi a su lado. El viento, más frío de lo que les tenía acostumbrados, emitía un sonido estridente y ensordecedor, y lanzaba restos de algas bajo un cielo cada vez más encapotado. Las grandes olas tenían un tono verde grisáceo, cubierto por una espuma blanca que se desprendía con las rachas del viento. El barco cabeceaba de un lado a otro mientras crujía.

Con todo, habían tenido cielos despejados con inusitada frecuencia. Ilyandi creía que las nubes (sin duda, vapores que la tierra desprendía por efecto del calor y que volvían a convertirse en agua al ascender, como el vaho de una tetera) tenían más dificultades para formarse en aquel clima. Aunque había estado tan ávidamente concentrada en sus instrumentos y sus cálculos que apenas había dicho una palabra, ahora, por fin, había decidido informar al capitán.

—¿Entonces crees que sabes dónde estamos? —le preguntó con voz ronca.

El rostro delgado, envuelto en la capucha de un manto marcado por el mar, lucía una sonrisa casi imperceptible.

—No, este país me es tan desconocido como a ti. Pero sí, creo que estamos a no más de cincuenta días de marcha de Ulonai; incluso podrían ser solo cuarenta.

Kalava golpeó la borda con el puño.

—¡Por el hacha de Ruvio! ¡Lo estaba deseando! —No podía detener el raudal de palabras que se agolpaban en su boca—. Eso significa que el tiempo nos ha estado sacudiendo arriba y abajo entre las dos líneas de costa. No nos hemos alejado irremediablemente. A partir de ahora, todos los barcos tendrán un paso más fácil. Mira, al principio se puede salir hacia las islas de los Confines y esperar tranquilamente a que el viento sea favorable. El patrón sabrá que tiene que recalar. Lo tendremos dominado después de unos cuantos viajes. Quien lleve un imán consigo

acabará llegando a algún lugar cerca de aquí.

—Pero ¿y el anclaje? —preguntó.

Se echó a reír, cosa que no había hecho desde hacía muchos días y noches.

—Respecto a eso...

Un grito del vigía desde el tope interrumpió la conversación. Por debajo de él, los hombres alzaron sus ojos y cundió el pánico.

Cuando todo pasó, había tantas versiones de la historia como personas la presenciaron. Uno decía que un rayo ardiente había atravesado las nubes más altas dejando un rastro atronador. Otro hablaba de una espada tan larga como el casco, que dejaba restos de sangre en la estela que se formaba tras de sí. Un tercero creyó ver una bestia con las fauces abiertas de par en par y que tenía tres colas envueltas en llamas...

Kalava recordaba una lanza rodeada por un torbellino de colores. Ilyandi le dijo, cuando encontraron un breve momento a solas, que a ella le había parecido un proyectil, que se veía a intervalos, tejiendo una red sobre la que había palabras que no pudo distinguir. Todos los testigos estuvieron de acuerdo en que venía de más allá del océano y que se precipitaba a toda velocidad por el cielo tierra adentro, para desvanecerse por detrás de las montañas.

Los hombres se volvieron locos. Algunos corrían gritando sin dirección; otros se lamentaban a los dioses; muchos cayeron al suelo temblando de miedo o se hicieron un ovillo mientras apretaban los ojos con fuerza. No había nadie al timón ni en las bombas, las velas daban bandazos, el barco se bamboleaba a merced de las olas en dirección a los rompientes, mientras el agua entraba a través de vías recientes salpicando cada vez más en el pantoque.

—¡Deteneos! —bramó Kalava. Saltó por la escalera de proa y se situó entre los miembros de su tripulación—. ¿Es que no sois hombres? ¡Poneos en pie o morid!

A golpe de patada y repartiendo bofetadas, devolvió a los hombres a sus puestos. Uno de ellos se abalanzó sobre él con un grito y blandiendo un cuchillo. Kalava se lo quitó de encima con un puñetazo que lo dejó sin sentido. El *Corcel Gris* volvió a estar bajo control justo a tiempo, ya que estaba demasiado cerca de la costa como para ponerle el arnés al huukin. Kalava se hizo cargo del timón y sacó el barco de allí hasta que estuvo en mar abierto.

Cuando los marinos se recobraron un poco, el silencio se adueñó de la nave. Kalava finalmente cedió su puesto a uno de los timoneles medianamente competentes y, entonces, buscó a Ilyandi para hablar con ella un instante en su camarote. Cuando volvieron a la cubierta de proa reclamó la atención de todos ellos. De pie, uno junto al otro, miraron a los ojos asustados, o aterrorizados, o taciturnos, de los hombres que no estaban ocupados en aquel momento.

—Escuchad lo que os voy a decir —dijo Kalava logrando hacerse oír entre el

ruido del viento—, y comunicádselo a los demás. Sé que, si de vosotros dependiera, daríamos media vuelta para volver al sur, pero no podemos. En nuestras condiciones actuales nunca culminaríamos la travesía. ¿Qué preferís, tener la oportunidad de haceros ricos y famosos o morir ahogados con toda seguridad? Tenemos que hacer reparaciones y conseguir provisiones, solo entonces podremos volver a casa como portadores de noticias extraordinarias. ¿Cuándo podremos tenerlo todo listo? Pronto, os lo aseguro, pronto. He estado observando el agua. Mirad vosotros mismos. Está adquiriendo un tono terroso por momentos y hay trozos de plantas flotando en las olas. Eso significa que hay un río, un río grande que desemboca en algún sitio cerca de aquí; y para nosotros eso se traduce en un puerto. Respecto a lo que hemos visto, aquí está la vilku, nuestra señora Ilyandi, que nos puede hablar de ello.

La pensadora de los cielos dio un paso al frente. Se había puesto una túnica blanca limpia con los emblemas de su vocación y en la mano llevaba un cetro rematado con un tótem. Pese a que su voz era débil, se oía sin dificultad.

—Sí, ha sido una visión espantosa y confirma todas esas viejas historias acerca de las apariciones que presenciaron los marineros que se aventuraron, o que se marcharon sin pensarlo, hacia el norte. Pero pensadlo: esos hombres lograron volver a casa. Aquéllos que no lo hicieron debieron de perecer por causas naturales. ¿Por qué iban los dioses o los demonios a destruir a unos y dejar a otros con vida?

»Lo que nosotros hemos visto ha sido un simple fogonazo lejano. ¿Nos estaban ahuyentando? No, porque si supieran tanto sobre nosotros, se habrían dado cuenta de que no podemos volver inmediatamente. ¿Nos han prestado alguna atención? Lo más probable es que no. Ha sido muy extraño, sí, pero eso no significa que suponga una amenaza. El mundo está lleno de rarezas, yo podría contaros cientos de cosas que se han visto en las noches claras durante siglos, rayos abrasadores que caían del cielo o astros con estelas resplandecientes. Nosotros, los vilkui, no entendemos esos fenómenos, pero tampoco los tememos. Les otorgamos el respeto y el honor que merecen como señales de los dioses.

Hizo una pausa antes de finalizar:

—Es más, en los anales secretos de nuestra orden existen narraciones sobre apariciones y fenómenos aún más extraños que éstos. Ahora todo el mundo sabe que, de vez en cuando, los dioses transmiten su palabra a ciertos hombres o mujeres sagrados para que guíen al pueblo. No os contaré cómo se manifiestan, pero sí puedo deciros que lo que ha sucedido hoy no es del todo distinto.

»Por eso, debemos creer que lo que se nos ha concedido es una buena señal.

Continuó con un cántico protector y una invocación de los Poderes. Aquello tranquilizó a la mayoría de los presentes que, después de todo, sentían un considerable temor reverencial hacia ella. Por otro lado, la mayor parte de ellos ya habían navegado con Kalava en otras ocasiones y todo había salido bien, así que

convencieron al resto de que debían obedecer.

—Romped filas —dijo el capitán—; venid esta noche, habrá una ración de licor para todos.

Le respondieron con un débil clamor y el barco siguió su rumbo.

A la mañana siguiente, efectivamente, encontraron una bahía amplia y resguardada, de un color pardo debido a los sedimentos. Con el huukin amarrado al navío, entraron con cautela hasta que divisaron el río que Kalava había anunciado. Él mismo se subió a un bote acompañado de unos cuantos hombres audaces para desembarcar en la orilla. En todos los pantanos, praderas y bosques había rastros de abundante fauna. Había algunas plantas irreconocibles, pero otras les eran familiares, entre ellas, algunos frutos comestibles y bulbos.

—Está bien —dijo—. Esta tierra está preparada para que tomemos posesión de ella.

Ningún rayo lo fulminó.

Una vez localizado el emplazamiento más adecuado, remó de nuevo hasta el barco, lo atrajo hasta la orilla con la pleamar y lo hizo encallar en la playa. Se dio cuenta de que a menudo el agua volvía a subir aún más arriba de donde se encontraba, por lo que no habría problema a la hora de volver a botarlo cuando estuviese listo. Iba a ser un proceso largo, pero no tenía ninguna prisa; pensó que lo mejor sería esperar a que su gente montase un buen campamento, que descansase y que se alimentase bien antes de ponerse a trabajar. Los ganchos, las redes y las cañas proporcionarían una buena pesca y algunos de los miembros de la tripulación, al igual que él mismo, también tenían experiencia como cazadores.

Recorrió con la mirada el cauce río arriba, hacia las montañas. Sí, no tardaría mucho en reunir un destacamento para descubrir lo que había más allá.

Gaia jamás había ocultado su investigación reconstructiva sobre la historia humana. Se trataba, probablemente, de su éxito más importante. No obstante, poco a poco, sus colegas del cerebro galáctico que habían mostrado bastante interés empezaron a pensar que el asunto se estaba convirtiendo en una obsesión para ella y, recientemente, durante los últimos cien mil años aproximadamente, consideraban que sus informes se estaban volviendo cada vez más escasos, menos informativos y, en definitiva, más ambiguos, hasta el punto de resultar evasivos. No quisieron presionarla, contaban con la paciencia del universo. Aun así, el asunto les seguía preocupando, en especial a Alfa, que al estar más próxima a ella se había convertido en su contacto más cercano y frecuente, al igual que, ahora, el Viajero. Las actividades y las actitudes de Gaia eran el factor principal del destino de la Tierra. A falta de una comprensión más exhaustiva de su naturaleza, todavía no estaba decidido si lo más adecuado era salvar el planeta.

No había duda de que una parte importante de su psique estaba ocupada en la historia y la arqueología que preservaba, cualquier cosa desde el origen de los animales hasta la creación artificial de las especies de Homo. En ella también se habían descargado un sinnúmero de mentes individuales que habían acabado por convertirse en elementos de su esencia, a una escala mucho mayor que en cualquier otro nodo. ¿En qué había convertido todo aquello a lo largo de megaaños? Y, ¿en qué medida la había transformado a ella?

Era evidente que no podía rechazar la presencia del Viajero; el legado pertenecía a su colectividad y, en última instancia, a la inteligencia dispersa a lo ancho del cosmos del futuro. Bajo su orientación, el Viajero se adentraría en la base de datos de sus observaciones y actividades de la realidad externa, geológica, biológica, astronómica.

Para evaluar la otra realidad, la inherente a ella, el trabajo que había llevado a cabo con sus registros y sus simulaciones de la humanidad, parecía hacerse necesaria una interacción puramente humana. Así pues, el maquillaje del Viajero incluía el patrón mental de un hombre.

Christian Brannock había sido escogido de entre todos aquellos cuyas descargas habían estado moviéndose por las estrellas porque era uno de los primeros, uno de los que menos ajustes había sufrido a partir de sus relaciones con las máquinas. El vigor, la inteligencia y la adaptabilidad eran algunas de las otras cualidades requeridas.

Su personalidad era un producto en sí mismo, una meticulosa reconstrucción a cargo de Alfa, que había tomado aspectos (componentes, connotaciones) de su propia mente y los había integrado para formar una conciencia que se convertiría en una parte del Viajero. En efecto, no se trataba de un duplicado perfecto del original.

Naturalmente, pese a no guardar la totalidad de los recuerdos de la vida de Christian Brannock, su actitud era la de un hombre joven, y no la de un anciano. Además, poseía algunos conocimientos, un mínimo esbozo, ampliamente simplificado para no sobrecargarlo, sobre lo que había sucedido desde que su cuerpo había muerto. En el interior de su conciencia yacía un deseo por regresar a una existencia más plena de lo que entonces podía imaginar. No obstante, aun sabiendo que volvería a su existencia unitaria cuando su tarea finalizase, no tuvo la sensación de lamentar una pérdida; aun al contrario, se paró a saborear las sensaciones, los pensamientos y las emociones que ya había olvidado, hasta el punto de singularizarse del propio Viajero.

En el momento en que la singularización se completó, la experiencia de ser humano casi volvió a convertirse en lo único y lo más satisfactorio, pues satisfactorio había sido el paso del hombre por la vida.

Para describir el proceso, debemos recurrir de nuevo al mito y decir que el Viajero descargó la subrutina Christian Brannock en el ordenador central del sistema Gaia. Para detallar lo que realmente ocurrió, tendríamos que recurrir a las matemáticas de la mecánica ondulatoria y a todo un concepto de realidad en múltiples niveles, de dimensiones en mutación, cuyo desarrollo ha costado mucho tiempo a mentes mucho más potentes que las de la raza humana.

Sin embargo, podemos tratar de aclarar que lo que sucedió en el sistema no fue una mera simulación, sino una emulación. Sus acontecimientos no se correspondían con los acontecimientos que se daban entre las moléculas de carne y hueso, sino que eran, de alguna forma, igual de reales. Las personas que resultaron tenían libre voluntad, como la de cualquier mortal, y cualquier peligro con el que se tropezasen podía causarles los mismos daños que a un cuerpo mortal.

Tomemos en cuenta a un grupo de personas en un momento determinado. Cada una de ellas está realizando una actividad, ya sea simplemente pensar, recordar o dormir, al margen de todos los procesos fisiológicos y bioquímicos en curso. Interactúan, asimismo, entre sí y con su entorno, y cada elemento presente en ese ambiente que les rodea, sea una simple piedra, o una hoja, o un fotón de luz solar, tiene el mismo papel. La complejidad del tema parece estar lejos de una posible comprensión, y no hablemos de una enumeración o un cálculo. Pero vayamos más lejos: en este preciso instante, cada parte de un todo, por minúscula que sea, se encuentra en un estado específico, y por lo tanto, el todo también lo está. Cada electrón está en su carcasa cuántica particular; los átomos, en sus configuraciones y compuestos particulares; los campos de energía tienen sus valores particulares en cada uno de sus puntos concretos... Visualicemos una fotografía compuesta por una infinidad de finos granos.

Un momento más tarde, el estado ha cambiado. Por muy diminuta que sea la alteración, los campos han efectuado sus pulsaciones, los átomos se han permutado,

los electrones han saltado, los cuerpos se han movido. Pero ese nuevo estado deriva del primero, conforme a las leyes naturales; y así sucesivamente, para cada uno de los estados.

Hablando en un lenguaje netamente mítico, hay que representar cada una de las variables de un estado con una combinación de números; o, en otras palabras, establecer un mapa del estado en forma de fase espacial n-dimensional. Introducir las leyes de la naturaleza. Poner en marcha el programa. Entonces, el modelo computacional debería evolucionar de un estado a otro en una correspondencia exacta a la evolución de nuestro mundo original de materia-energía, incluyendo la vida y la conciencia. La representación de los organismos atraviesa análogos exactos de todo lo que los organismos atravesarían a su vez, como los procesos de sensación y pensamiento. Para ellos, su propia existencia y la de su mundo son las mismas que en el original. No tiene sentido preguntarse cuál de los dos conjuntos es más real.

Naturalmente, esta consideración primitiva es falsa. El programa no seguía exactamente el rumbo de los acontecimientos «en el exterior». Gaia carecía tanto de los datos como de la capacidad necesaria para reproducir el universo al completo, ni siquiera de la totalidad de la Tierra, al igual que cualquier otro nodo o el cerebro galáctico. Ésa era una clase de poder reservada para un futuro muy lejano, si es que algún día llegaba a alcanzarse. Las capacidades de Gaia eran mucho menores que la diferencia de grado sumado a la diferencia de condición.

Por ejemplo, si tuviéramos que agotar los eventos presentes en la superficie del planeta, las estrellas no deberían ser nada más que luces en un cielo nocturno y se descuidaría cualquier otro efecto. Solo se podría reproducir con un nivel de detalle aceptable una localidad limitada en el globo; todo lo demás quedaría más y más incompleto a medida que nos alejásemos de la escena aumentada, hasta que, en las antípodas, encontraríamos poco más que una geografía, una hidrografía y una atmósfera altamente simplificadas. Así pues, el clima de la escena se diferenciaría enseguida del clima original correspondiente a ese momento. Ésa sería la consecuencia más simple y obvia de las limitaciones. La totalidad está fuera de todo cálculo, y ni siquiera hemos mencionado la no-simultaneidad relativa.

De todas formas, la reproducción de los átomos uno a uno era prácticamente imposible y solo podía ser sustituida por la mecánica estadística y la aproximación. La incertidumbre del caos y el cuanto sufrieron un desarrollo en principio incalculable. Otras consideraciones más profundas también tuvieron su papel, pero en su caso el lenguaje no tiene ninguna utilidad en absoluto.

Se puede decir, en el lenguaje del mito, que tales creaciones construían sus propios destinos.

Y, sin embargo, ¡qué medio tan magnífico constituía el sistema creador! Podía dar vida, a partir de la nada, a mundos enteros, evoluciones, vidas, ecologías,

conciencias, historias, líneas temporales. No tienen por qué ser copias defectuosas o fragmentadas de algo real, prolongaciones de sus períodos de paralización hasta que la inteligencia nodal sintiera lástima por ellos y los cancelara. De hecho, no necesitaban en absoluto ser derivados del exterior, podían ser creaciones imaginarias, mundos de cuentos de hadas, quizá, en donde los dioses benignos fueran los dueños y la magia campase a sus anchas. La lógica de sus condiciones fronterizas siempre les provocaba una evolución apropiada que les hacía sentirse como en casa con sus propias existencias.

El sistema creador constituía el recurso más poderoso que había existido jamás para la búsqueda del arte, la ciencia, la filosofía y el entendimiento.

Y así fue cómo Christian Brannock se reencontró con la vida, joven de nuevo, en el mundo que Gaia y el Viajero habían escogido para su nuevo comienzo.

2

Estaba de pie en un jardín, en un día soleado y cálido de brisas fragantes. Se trataba de un jardín simétrico, con caminos de grava, setos recortados y rosas y lilas dispuestas en arriates geométricos en torno a un estanque de piedra cubierto de líquenes, en cuyo interior nadaban peces de colores. Un muro de ladrillo, tapado por una espesa yedra, limitaba el lugar por tres de sus lados dejando un hueco para una verja de hierro forjado que conducía a una pradera. En el cuarto lado había una casa blanca, con tejado de pizarra, de proporciones clásicas, un estilo que le pareció antiguo. Había abejas zumbando alrededor y desde un tejo cercano al muro le llegaba el trino de los pájaros.

Una mujer se le acercó. Llevaba puesto un vestido largo, con un estampado de flores, de falda y mangas voluminosas, y un camafeo colgado al cuello, a la altura del pecho, por encima del pronunciado escote; unido a los delicados zapatos y el parasol, que era más un detalle final que un accesorio, hacía que el mono, propio del siglo XXIII, que él llevaba tuviese un aspecto brutal. La mujer era alta y tenía una bonita figura y, pese a la indumentaria, caminaba con agilidad. A medida que se aproximaba, Christian vislumbró claramente las facciones por debajo del recogido alto de su pelo color caoba.

Cuando llegó al lugar donde se encontraba, se detuvo y le miró a los ojos.

—*Benveni, Capita Brannock*—saludó. Tenía una voz grave y armoniosa.

—*Eh, g'day, Sorita...*, *eh...*—musitó mientras ella se sonrojaba.

—Discúlpeme, capitán Brannock. Lo olvidé y he usado el *inglay*, el inglés de mi época. Me han...—vaciló— suministrado el suyo y ambos estamos dotados con la lengua contemporánea.

Tuvo una sensación de irrealidad. Le parecía que hablar tan secamente era como agarrar algo sólido.

—Entonces, ¿proviene de mi futuro?

Asintió:

—Nací unos doscientos años después de usted.

—Quiere decir, después de mi muerte, ¿no? —Atisbó en su rostro un gesto de introspección—. Lo siento —se apresuró a decir—. No quería disgustarla.

Ella se calmó por completo, incluso sonrió ligeramente.

—Está bien, ambos sabemos lo que somos y lo que fuimos antes.

—Pero...

—Sí, pero. —Negó con la cabeza—. Volver a ser así... es una sensación extraña.

Cada vez se sentía más seguro, se estaba acomodando rápidamente a la situación.

—Lo sé, tengo algo de experiencia —a años luz de distancia, en la estrella donde vivía Alfa—. No se preocupe, pronto le parecerá de lo más natural.

—Ya llevo un tiempo aquí y, sin embargo... Soy joven —murmuró—, pero recuerdo una larga vida, ser vieja, morir. —Dejó caer la sombrilla sin darse cuenta, y se miró las manos, con los dedos apretados—. Recuerdo que, hacia el final, miré al pasado y pensé: ¿eso ha sido todo?

Quería tomar aquellas manos entre las suyas y decir alguna frase reconfortante, pero creyó que sería más inteligente decir simplemente:

—Pues no fue todo.

—No, evidentemente. Para mí no, al menos no de la misma forma en que lo fue para todos los que han vivido alguna vez. Mientras mi cuerpo desgastado se agotaba sin sufrimiento, descargaron mi patrón esencial. —Alzó la mirada—. Ahora ya casi no podemos recordar cómo ha discurrido nuestra existencia, ¿no es así?

—Podemos tener la ilusión de volver a recuperarla.

—Oh, sí. Mientras tanto —se enderezó, miró a su alrededor y hacia arriba, dejó que la luz y el aire inundase su espíritu hasta que finalmente esbozó una gran sonrisa—, estoy empezando a disfrutar de todo esto. Ya lo estoy disfrutando.

Observó a Christian. Era alto, fuerte, rubio, de semblante rudo. De sus ojos azules surgieron unas pequeñas arrugas risueñas. Habló con una vibrante voz de barítono:

—Y yo también lo haré.

Sonrió encantado.

—Gracias. Yo también. De entrada, ¿cómo se llama?

—¡Vaya, perdóneme! —exclamó—. Creí estar preparada. Volví a... existir con pleno conocimiento de mi función y de este entorno y desde entonces he estado ensayando mentalmente, pero ahora que es el momento de la verdad, todo lo que había planeado tan cuidadosamente se ha ido al traste. Soy... era..., no, soy Laurinda Ashcroft.

Él le tendió la mano y, pasado un instante, ella se la estrechó. Recordó que, en el ocaso de sus días como mortal, aquel gesto había empezado a caer en desuso.

—Parece que usted sabe unas cuantas cosas sobre mí —dijo—, pero yo no sé

nada sobre usted y su época. Cuando dejé la Tierra, todo estaba cambiando a un ritmo frenético y después de aquello, perdí todo contacto.

Y, con el tiempo, su individualidad entró voluntariamente en el interior de otra más grande. Esta reconstrucción de sí mismo había sido privada de los detalles sobre su historia terrenal que siguieron a su partida; no podría haber contenido ni una fracción sensata de información.

—Salió hacia las estrellas casi inmediatamente después de su descarga, ¿verdad? —preguntó ella.

Asintió.

—¿Para qué esperar? Siempre lo había deseado.

—¿Se alegra de haberlo hecho?

—Esa palabra está lejos de describir lo que siento. —Por dos o tres segundos trató de encontrar los términos adecuados. Para él el lenguaje era importante, había sido ingeniero y compositor ocasional de canciones—. Pero también estoy contento de estar aquí. —Dibujó otra breve sonrisa—. Con tan agradable compañía.

Pero en realidad lo que quería era explicarse. Iban a estar juntos en la búsqueda de sus respectivas almas.

—Aportaré algo nuevo a mi existencia actual. De repente soy consciente de que un ser humano tiene la capacidad excepcional de apreciar lo que hay ahí afuera —soles; mundos; en algunos de ellos, vidas que eran aún más maravillosas; nebulosas ardientes; la infinidad arremolinándose hacia el interior de un agujero negro; galaxias como filigranas, dispersas a lo ancho de una inmensidad prodigiosa; sutiles y majestuosas estructuras espaciotemporales... Todo lo que había conocido, durante el tiempo en que fue un hombre, hasta ese momento, pues no había criatura orgánica que pudiera haber viajado hasta aquellos lugares.

—Y mientras tanto, yo decidí quedarme en la Tierra —dijo—. Le debo de parecer tan tímida y aburrida.

—En absoluto —afirmó—. Ha tenido las aventuras que buscaba.

—Es muy amable. —Hizo una pausa—. ¿Sabe quién era Jane Austen?

—¿Quién? No, creo que no.

—Fue una escritora de principios del siglo XIX. Llevaba una vida muy tranquila, nunca se alejó mucho de su casa; murió joven, pero analizó al ser humano como nadie lo había hecho antes.

—Me gustaría leer algo suyo. Quizás aquí tenga ocasión. —Quería demostrarle que no era un... tecnoramus fue el término que se inventó allí mismo—. Yo leía bastante, especialmente durante las misiones espaciales; sobre todo poesía: Homero, Shakespeare, Tu Fu, Basho, Bellman, Burns, Omar Khayyam, Kipling, Millay, Haldeman... —Se llevó las manos a la cabeza y se echó a reír—. Olvídelo. Son los primeros nombres que se me han ocurrido de entre todo mi montón de fanfarronerías.

—Tenemos mucho de qué hablar para ponernos al día, ¿no cree? Vamos, me estoy comportando de forma muy poco hospitalaria. Vayamos adentro, así nos podremos relajar un poco y charlar.

Christian recogió la sombrilla y, recordando viejas obras de teatro que le vinieron a la memoria, le ofreció el brazo. Caminaron lentamente entre los caminos de flores a medida que el viento les arrullaba suavemente. Se oía el canto de un pájaro y la luz de sol hacía que las rosas desprendieran su fragancia.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—Y cuándo —contestó ella—. Es Inglaterra, el condado de Surrey, a mediados del siglo XVIII. —Él asintió. En realidad había leído bastante. Se quedó callada, pensando, antes de continuar—. Gaia y el Viajero decidieron que un enclave apacible como éste sería el más adecuado para nuestro encuentro.

—¿De verdad? Pues me temo que estoy completamente fuera de lugar.

Laurinda sonrió y prosiguió seriamente:

—Ya le he comentado que me han suministrado una cierta familiaridad con el entorno. Visitaremos otros lugares desconocidos, los que usted elija, después de contarle todo lo que sé acerca de lo que ha estado haciendo durante todos estos años. No es mucho; no he visto sus otros mundos. Usted tomará la iniciativa.

—¿Porque estoy acostumbrado a ambientes extraños y a gente violenta? No necesariamente. He tratado con la naturaleza, ya sabe, en la Tierra y en el espacio. Es tranquilo.

—Es peligroso.

—Puede ser, pero nunca maligno.

—Cuéntemelo —le animó.

Entraron en la casa y se sentaron en el salón. Las ventanas batientes estaban abiertas, mostrando una vista del parque verde donde pastaban unos ciervos; a lo lejos se podía ver una casita de granja con techo de paja junto a sus cobertizos y los límites de las plantaciones de cereal. Entre los cuadros había muebles hábilmente elaborados, grabados, libros y dos bustos. Una sirvienta, visiblemente contrariada por la visita pese a sus intentos por ocultarlo, entró sin hacer ruido llevando una bandeja con té y pasteles. Cuando se marchó, Laurinda le explicó a Christian que los propietarios de aquella finca, unos londinenses que la utilizaban para su retiro estival, se la habían prestado a su amiga, la excéntrica señorita Ashcroft, durante unas vacaciones.

Las circunstancias y los recuerdos se habían adecuado a esa coyuntura. Era un ejemplo de la interferencia de Gaia en las condiciones y los acontecimientos de una emulación. Christian se preguntó si lo haría a menudo.

—La excentricidad es casi un requisito en las clases altas —dijo Laurinda—; pero cuando vivía, uno podía sencillamente ser uno mismo, ¿verdad?

A lo largo de una hora, le sonsacó toda la información. Había nacido en el Yukon Ethnate, en la Federación Bering, adonde regresaba a menudo durante su vida en busca de sus reservas salvajes, la soledad de las montañas y por la gente tranquila, sencilla y valiente. Por otro lado, la nación estaba en pleno progreso y no dejaba de prosperar, contaba con más conexiones con Asia y el Pacífico que con los decadentes estados sucesores del este y el sur. También, a través del polo, se estaban entablando relaciones muy intensas con las sociedades de Europa que iban resurgiendo; fue allí donde Christian recibió parte de su educación y donde pasó gran parte de su tiempo libre.

Era una época de contrastes brutales en la que la Mancomunidad de las Naciones mantenía una precaria situación de paz. Durante un período juvenil, en el que se unió impulsivamente al Servicio de Mediación en Conflictos, entró en combate en dos ocasiones. Más tarde, la estabilidad acabó por convertirse en la tónica general de su vida, a causa, sobre todo, de la creciente influencia de la red de inteligencia artificial. La mayor parte de sus unidades con nivel de conciencia se interrelacionaron proteicamente para formar mentes adecuadas para todo tipo de situaciones; las capacidades de esas mentes ya superaban las de los seres humanos. No obstante, no había sensación de rivalidad, sino más bien un cierto compañerismo. Las nuevas mentes estaban ansiosas por actuar como consejeras, no estaban interesadas en ejercer ningún dominio.

Christian, hijo de los bosques, los mares y las cimas de las tierras altas, heredero de civilizaciones ancestrales, regresaba por vacaciones a la Tierra, su hogar. Allí estaban su familia, sus amigos, había extensiones de vegetación en donde perderse, barcos con los que navegar, chicas a las que besar, canciones que cantar y vasos con los que brindar (y una tumba que visitar. Le mencionó brevemente a su esposa, que murió antes de que existiera la tecnología de descarga). Sin embargo, siempre volvía al espacio. Le atraía desde la primera vez que vio las estrellas, en una cuna bajo los cedros. Se hizo ingeniero. Además de sus compañeros humanos, trabajaba codo con codo con máquinas inteligentes, algunas de las cuales se convirtieron también en amigos, aunque de una clase más inquietante. Con los años, llegó a tener una participación relevante en misiones como el abovedado Mar de Copérnico, el Hábitat Asteroide, la planta de antimateria en órbita y, finalmente, el Gran Láser Solar para el lanzamiento de naves interestelares. Poco después, su cuerpo murió, anciano y rebosante de experiencias; pero, para su mente, las experiencias acababan de empezar.

—Una vida extraordinaria —dijo Laurinda en voz baja. Dirigió la mirada hacia el exterior, hacia la tierra sobre la que las sombras se iban haciendo cada vez más alargadas—. A lo mejor... habría sido más... oportuno que nos hubieran dado una cabaña en la naturaleza de su época.

—No, no —dijo—. Para mí esto es nuevo y maravilloso.

—No habría ningún problema si quisiéramos ir a otro sitio, ¿sabe? Cualquier lugar y en cualquier momento que Gaia haya generado, incluso momentos y lugares que no han existido. Iré a buscar nuestros amuletos cuando quiera.

La miró con sorpresa.

—¿Amuletos?

—¿No le han explicado... informado? Son unos aparatos; tiene que llevar puesto el suyo para poder darle orden de transferencia.

Asintió.

—Ya veo. Reproduce el patrón de una persona emulada en distintos contextos.

—Y añade las modificaciones necesarias más acordes. En realidad, en muchas ocasiones provoca la creación de un entorno activado expresamente. La mayoría de ellos llevan mucho tiempo en un estado de inactividad temporal. Me atrevería a decir que Gaia podría haber determinado que fuéramos nosotros mismos quienes decidiésemos adónde queremos ir y qué es lo que necesitamos, pero es mejor tener un dispositivo externo.

Christian sopesó la cuestión.

—Sí, creo que entiendo el motivo. Si tuviéramos poderes sobrenaturales, no seríamos del todo humanos, ¿verdad? Y se trata de que lo seamos. —Se inclinó hacia delante en el asiento—. Es su turno, hábleme de usted.

—Bueno, hay demasiado que contar. No acerca de mí, nunca hice nada espectacular, como usted, sino acerca del tiempo en el que viví; todo lo que sucedió para que el planeta cambiase después de que usted lo abandonara.

Nació allí, en Inglaterra, que entonces era una provincia de Europa escasamente poblada, una región tranquila («casi un sueño», dijo) consagrada a los hitos del pasado. No era que la creatividad se hubiera extinguido, pero las artes estaban divididas de forma radical entre los grandilocuentes cambios de las obras clásicas y los esfuerzos por asimilar las noticias que nos llegaban desde las estrellas. La estética que la inteligencia artificial estaba desarrollando por sí misma hizo sombra a estas dos escuelas. Con todo, Laurinda seguía participando activamente en ellas.

Es más, en el transcurso de su trabajo, viajó mucho por toda la Tierra. (Para entonces, los humanos con más talento y energía se esforzaban por hacerse un hueco entre los trabajos más significativos, que se habían convertido en un privilegio). Ella constituía un punto intermedio para las relaciones entre ambas especies, lo que significaba que tenía que conocer a la gente en sus distintas sociedades para ayudarles a hacer que sus intereses prevaleciesen. Por ejemplo, se había planificado la implantación de una estación de control de seísmos que habría alterado el paisaje y habría afectado a una comunidad; había que considerar la posibilidad de buscar otra localización y, en su defecto, valorar los ajustes culturales que se podían llevar a

cabo. Pero su tarea más habitual consistía en aconsejar y ayudar a individuos desorientados y perdidos espiritualmente.

Puso mucho cuidado, más que él incluso, en obviar su vida privada, pero él se llevó la impresión de que, en general, fue feliz. Si la ausencia de hijos era una tristeza silenciada, era compartida por muchos en un mundo con control de natalidad. Solo había tenido un hijo. Amaba la Tierra, con sus glorias y sus recuerdos, y cada una de las hermosas creaciones de su raza. Al final de su mortalidad, decidió quedarse en el planeta, en el todo en que se había convertido Gaia.

Christian creyó saber por qué la habían seleccionado para la resurrección, para ser su compañera, de entre los incontables millones que habían escogido el mismo destino.

Dijo en voz alta:

—Sí, esta casa es la más adecuada para usted. Y para mí, a pesar de todo. Aquí ambos nos sentimos más en casa que en cualquiera de nuestros lugares de origen. Paz y belleza.

—No es el paraíso —respondió seriamente—. Recuerde que estamos en el auténtico siglo XVIII, y Gaia también puede reconstruir la historia que lo precedió.

Siempre controlando, haciendo cambios a medida que los acontecimientos se volvían incompatibles con lo que se relataba en las crónicas y en la arqueología.

—En esta casa el servicio cobra poco, está mal alimentado e infravalorado, está sometido. Los colonos americanos tienen esclavos y van a iniciar una revuelta. Al otro lado del canal, una monarquía corrompida le está chupando la sangre a Francia, lo que desencadenará una revolución terrible seguida de una guerra que durará un cuarto de siglo.

Christian se encogió de hombros.

—Bueno, la condición humana nunca ha incluido la salud mental, ¿no? —Eso se reservaba para las máquinas.

—Pero en algunos de nosotros, sí —dijo ella—. O, por lo menos, estuvieron a punto de lograrlo. Gaia considera que debería conocer a unos cuantos, para que se dé cuenta de que no solo está jugando a ser cruel. He invitado —en los recuerdos con los que había vuelto a reproducirse en este ser— a tres de ellos a cenar mañana. Sus biografías han sido ligeramente alteradas, pero Gaia le pondrá remedio más tarde, si lo cree necesario. —Laurinda sonrió—. El amuleto tendrá que proporcionarle ropa adecuada y una peluca.

—Y usted me proporcionará un informe exhaustivo, estoy seguro. ¿Quiénes son?

—James Cook, Henry Fielding y Erasmus Darwin. Creo que será una velada muy animada.

El navegante, el escritor y el erudito, tres pequeños y brillantes ejemplos del legado que Gaia quería proteger.

A continuación, el Viajero descargó una nueva personalidad y la preparó para que fuese a investigar la Tierra.

Este ser, su esencia primigenia, permanecería en la montaña, manteniendo una conexión más cercana y completa con Gaia de lo que había sido posible a través de distancias interestelares. Ella había prometido orientarle en un recorrido por toda su base de datos de observaciones realizadas a lo ancho del planeta durante todos aquellos millones de años. Incluso para ellos, la empresa tenía dimensiones colosales. A la velocidad de su pensamiento, requerirían semanas de tiempo exterior y tendrían que dedicar cerca de la totalidad de su concentración. Solamente una fracción de su conciencia estaría disponible para cualquier otro asunto, una fracción más pequeña en el caso del Viajero, pues el intelecto de Gaia era muchísimo más grandioso.

Ella le habló acerca de sus esperanzas respecto a que ese acto de participación, esa exposición prácticamente directa de todo lo que había percibido, le hiciera comprender por qué la Tierra debía ser abandonada a su abrasador destino. No solo estaba en juego el conocimiento científico, que no podría adquirirse de ningún otro modo, sino que los acontecimientos en sí mismos harían más profunda e ilustre la sabiduría del cerebro galáctico, al igual que una gran obra de teatro o sinfonía lo hicieron una vez con los seres humanos. Pero el Viajero debía emprender su gigantesco recorrido por el pasado antes de llegar a sentir la verdad de lo que ella le contaba acerca del futuro.

Tenía sus dudas. No estaba seguro de si los elementos humanos que formaban Gaia, que eran más de los que ningún otro nodo había podido abarcar, no le habrían dotado de emociones, intensificadas a costa de eras de reflexión, que habrían acabado por sesgar su racionalidad. De todos modos, aceptó su propuesta. Estaba en línea con el objetivo de su viaje hasta allí.

Mientras él estaba inmerso en esos quehaceres, Christian exploraría sus mundos de historia y de lo que pudo haberlo sido, y otro agente más investigaría el globo físicamente, tal y como era en aquel momento.

En el caso de este último, el procedimiento más evidente consistía en descargar un equipo competente de ensambladores moleculares, que había traído consigo, para que se multiplicasen. Cuando hubiesen alcanzado una cantidad suficiente, construirían (cultivarían, elaborarían) una flota de naves robóticas en miniatura que se diseminaría por el aire y le transmitirían todo lo que sus sensores detectasen, para que pudiese estudiarlo cuando lo considerase oportuno.

Gaia le persuadió para que cambiase de estrategia.

—Si vas en persona, junto con una expresión menor de mí misma como guía, lograrás adquirir un conocimiento más profundo del planeta en un período más corto

de tiempo. Muchos de sus aspectos no tienen precedentes. Podría ayudarte a entender por qué quiero que la evolución siga su curso sin interferencias hasta llegar a su desenlace natural.

Lo aceptó. Después de todo, una parte importante de su misión consistía en sondear su pensamiento y, así, quizás Alfa y los demás podrían mantener un verdadero diálogo con ella y llegar a un acuerdo, sea cual fuere. Además, podía hacer uso más adelante de sus investigadores, en caso de que su expedición no le dejase satisfecho.

Aunque sí le preguntó algo:

—¿Qué peligros hay?

—Sobre todo el clima —admitió—. Las condiciones son cada vez más extremas, pueden desencadenarse tormentas muy violentas prácticamente sin avisar. La rápida erosión puede provocar cambios en el relieve casi de la noche a la mañana mediante corrimientos de tierra, inundaciones instantáneas o apariciones repentinas de mareas altísimas. No es mi intención supervisar los detalles más pequeños, tal volumen de datos me superaría —sí, a ella—; me interesan principalmente los fenómenos biológicos.

Su mente revisó los informes más recientes de Gaia a las estrellas. Eran desalentadores. La exuberancia poshumana de la naturaleza había desaparecido hacía megaaños. Bajo las nubes, la Tierra se estaba abrasando, Las cimas de las montañas más altas eran desoladoras, igual que allí, en el Cuenco de las Aguas, pero no quedaba nada de hielo ni nieve, a excepción de débiles restos geológicos. Los trópicos se habían convertido en desiertos estériles; solo sobrevivían unas cuantas especies primitivas pequeñas en algunas islas y bajo el agua. Los vientos abrasadores, saturados de polvo y arena, recorrían los paisajes rocosos, avanzando de norte a sur, marchitando las estepas, secando los valles, escalando montañas. En algunos puntos aislados resistían una jungla o un pantano azotados por lluvias torrenciales o envueltos en nieblas cálidas y densas, pero no podían durar mucho más. Únicamente a latitudes altas perduraba una cierta bonanza. Los climas de Ártica oscilaban entre el floridiano (Christian Brannock lo recordaba) y el frío, en las cumbres del interior; al sur, al otro lado del océano, había un amplio continente cuyas áreas norteañas soportaban temperaturas que recordaban a las de África central. Ésas eran las zonas en las que todavía se podía encontrar cierta abundancia vital.

—¿De verdad que no te importa que no se produzca una recuperación? —le había preguntado el Viajero anteriormente sin tapujos.

—La vieja Tierra vive en mi base de datos y en las emulaciones —respondió Gaia—. No podría reproducir en esos sistemas lo que está sucediendo ahora mismo y dejar que evolucionen por sí mismas, porque no acabo de entenderlo, como ninguna mente limitada podría entenderlo. Invertir el curso de los acontecimientos equivaldría

a perder para siempre un conocimiento que creo que demostraría ser de una importancia fundamental.

El Viajero se abstuvo de señalar que si la vida reconquistaba un mundo que en un momento dado había sido más hospitalario, no necesariamente iba a seguir una trayectoria predecible. Sabía que Gaia replicaría que experimentos de ese tipo se estaban llevando a cabo en una serie de esferas áridas en las que se implantaron organismos sintetizados. Le había parecido extraño que no mostrase sentimiento alguno respecto a la madre de la humanidad. El hecho de que albergase en su interior a tantos y tantos seres que habían sentido el rocío de la mañana bajo sus pies, los murmullos en las sombras de los bosques, las brisas en los campos de trigo a su alrededor; sí, y las luces y los ruidos de las grandes ciudades. En el fondo, más que cualquier desafío científico y tecnológico, era afecto lo que se había despertado entre los compañeros de Gaia en las estrellas, el deseo de que la Tierra volviera a ser joven.

Ahora, se propuso mostrarle por qué sentía que la muerte debía abrirse camino.

Antes de establecer relaciones con ella, se preparó para la expedición. Gaia le ofreció una aeronave rápida, versátil, que podía aterrizar en un metro cuadrado sin apenas mover una hoja, y la dotó de un pasajero.

Había traído cuerpos de diversos tipos. Seleccionó uno que tendría que operar de forma independiente, con una inteligencia separada. Gaia podría reservar un mínimo de su inteligencia a dirigir la nave a distancia, pero no iba a poder dedicarse a su representante, si es que iba a recorrer junto a ella la historia del globo.

Eligió una máquina que no se correspondía con él; su estructura no podría haber albergado una matriz lo suficientemente grande como para actuar a ese nivel mental. Visualicémoslo, metafóricamente, como si tuviera un cerebro equivalente al de un humano de alta calidad. Este cerebro había recibido la parte del patrón esencial del Viajero que estaba capacitado para almacenar: un mero bosquejo, una idea general de la situación, incompleta y distorsionada, igual que nuestro mito. No obstante, contaba con reservas a las que podía recurrir. Inevitablemente, en él dominaba el aspecto de Christian Brannock, puesto que era el más indicado.

Por lo tanto, si quisiéramos, podríamos pensar que el hombre había vuelto a nacer en un cuerpo de metal, silicato, carbono y otros componentes, electricidad y otras fuerzas, fotones e intercambios de partículas, corrientes cuánticas. No se parecía mucho a su anterior existencia robótica posmortal, había más riqueza, incluso más pasiones, aunque éstas no eran las mismas que las de la carne. En muchos sentidos, se diferenciaba más del mortal desaparecido tiempo atrás que la recreación que se encontraba en los mundos emulados de Gaia. Si le damos a este último el nombre de Christian, podemos referirnos al anterior como Brannock.

Su estructura era, aproximadamente, la misma que la de un ser humano, con un tamaño y una forma parecidos. Era de color azul grisáceo mate y tenía cuatro brazos.

Tenía la capacidad de remodelar las manos inferiores a su antojo para emplearlas como un juego de herramientas. También podía adaptar los pies conforme a las necesidades y extender una tercera pierna como punto de apoyo o asidero. La espalda sobresalía hacia fuera y estaba equipada con una fuente de energía nuclear y varios órganos. La cabeza tenía forma de cilindro redondeado y contenía sensores, al igual que el resto del cuerpo, que, pese a su discreción, le proporcionaban información acerca de todo lo que le rodeaba. El rostro estaba compuesto por una pantalla holográfica sobre la que podía generar cualquier imagen; asimismo, podía producir cualquier frecuencia sonora, además de luz visible, infrarrojos y microondas para percibir sensaciones o establecer comunicaciones a corta distancia. Poseía una unidad de memoria, con la capacidad de una gran biblioteca antigua, en la que consultar datos a gran velocidad; no obstante, tenía limitaciones para procesar esos datos, comprenderlos y razonar acerca de ellos a una velocidad mayor que la de un genio humano. También tenía otras restricciones, pero entonces se suponía que no tendría que funcionar de forma independiente.

Pronto estuvo listo para partir. Imaginemos que le dice al Viajero, con su gesto fantasmal:

—*Adiós*^[3]. Deséame suerte.

Como respuesta... mera ausencia. El Viajero estaba empezando a establecer su unión con Gaia.

Así pues, Brannock subió a la aeronave envuelto en silencio. A simple vista, se veía pequeña, con forma de punta de lanza y un temblor centelleante. El componente material estaba formado por una capa de filamentos. La mayor parte de esa ligera masa estaba destinada a generar fuerzas y mantener sus capacidades, de las que Gaia no le había proporcionado una lista. No obstante, harían falta rachas de viento de violencia inusitada para poner en peligro aquella máquina, y, aun así, lo más seguro era que saliera airosa de la amenaza.

Se acomodó en el interior. El Viajero había insistido en los controles manuales para contrarrestar las emergencias, que, según reconoció, serían poco probables, y los efectores de Gaia habían hecho las modificaciones. Ante Brannock, se encendió una configuración insustancial, había instrumentos que leer, puntos clave en los que pensar. Se reclinó en un habitáculo y dejó que la nave pilotase. Sin hacer ruido, se elevó y volvió a descender a través de la capa de nubes, trazando un reposado vuelo a quinientos metros por encima de las estribaciones.

—Sigue el río Remanente hasta el mar —solicitó Brannock—. La vista que había cuando llegamos era magnífica.

—Como quieras —dijo Gaia. Emplearon sus voces sónicas; la de él, masculina; la de ella, quizá porque pensó que él lo preferiría, femenina, de un registro grave. Su conversación no tuvo lugar exactamente como se reproduce aquí. Ella cambió el

rumbo y él contempló la corriente reluciente entre los profundos verdes del valle de la Abundancia, bajo un cielo gris plateado—. El plan es cruzar primero Ártica. Tengo planeado un itinerario que debería darte una idea representativa de la presencia biológica en la zona. Haremos varias paradas y podrás investigar todo lo que consideres necesario, y si lo prefieres, también podemos detenernos en cualquier otro lugar.

—Gracias —dijo—. Entonces la idea es darme una especie de punto de partida, ¿no?

—Sí, porque aquí las condiciones para la vida son las mejores. Cuando estés listo, avanzaremos hacia el sur, a través de tierras con una situación cada vez más dura. Te mostraré las modificaciones que ha sufrido la vida para adaptarse, muchas de las cuales son extraordinariamente interesantes. El mismísimo cerebro galáctico no podría igualar la creatividad de la naturaleza.

—Estoy seguro. Caos, complejidad... Nos has descrito algunas de esas adaptaciones, ¿no es así?

—Sí, pero solo una porción mínima. A cada momento surgen nuevos ejemplos: la vida no deja de evolucionar.

«A medida que los hábitats han ido empeorando,» pensó Brannock. Y, sin embargo, las especies siguen extinguiéndose. Tuvo una sensación de formar parte de una batalla en la retaguardia contra los ejércitos del infierno.

—Quiero que vivas esta experiencia tan profundamente como te sea posible —dijo Gaia—, que te sumerjas, que sientas su grandeza.

«Su tragedia,» pensó. Pero la tragedia era arte, quizá el arte más elevado que la humanidad había llegado a crear. Y Gaia contenía en su interior una parte más grande del alma humana que cualquiera de sus semejantes.

¿Tendría necesidad de experimentar una catarsis, una pena, un terror? ¿Qué era lo que sucedía realmente en sus emulaciones?

Bueno, se suponía que Christian iba a averiguar alguna cosa. Si podía.

El propio Brannock tenía suficiente humanidad como para poner objeciones. Señaló hacia los territorios que estaban sobrevolando, donde el cauce del río discurría por sus cañones a través de las colinas costeras, para regar ricos bosques y pantanos antes de ir a vaciarse en la bahía sobre la que se arremolinaban miles de aves.

—Quieres presenciar la lucha hasta el final —dijo—. La vida quiere vivir. ¿Qué derecho tienes a imponerle tus deseos?

—El derecho de la conciencia —afirmó—. La justicia, la clemencia o el deseo solo tienen sentido, solo existen, para los seres con conciencia. ¿No es verdad que los humanos siempre utilizaron el mundo de la forma que consideraron más conveniente? Cuando la naturaleza finalmente consiguió obtener una protección, fue porque los humanos así lo decidieron. Hablo en nombre del conocimiento y la comprensión que

podemos adquirir.

Una pregunta incómoda persistía en su mente: «¿Y qué hay de sus necesidades emocionales particulares?».

De repente, la aeronave viró bruscamente y Brannock se golpeó con el campo de fuerza que lo sostenía. Oyó crujidos y los chirridos del aire mientras la nave caía hacia atrás cada vez más rápido.

El astronauta que llevaba dentro, que había sobrevivido a choques contra meteoritos y a explosiones radiactivas gracias a su velocidad, ya había tomado la iniciativa. A través del aumento óptico, ordenó ascender inmediatamente y miró hacia atrás para ver cuál era el problema. Lo que vio entonces, antes de que desapareciera en el horizonte, le hizo gritar:

—¡Allí!

—¿Qué? —contestó Gaia mientras se precipitaba hacia adelante.

—Aquello de allá atrás. ¿Por qué lo rehúyes?

—¿A qué te refieres? No hay nada de importancia.

—¡Cómo que no! Diría que tú lo has visto más claramente que yo.

Gaia frenó el vuelo desbocado hasta que prácticamente se quedó planeando sobre la playa y el fuerte oleaje. Sintió una punzada que le hizo sospechar que lo había hecho para disipar la impresión de urgencia, para provocarle una actitud más receptiva a lo que pretendía reclamar.

—Muy bien —dijo pasado un instante—. He divisado cierto objeto. ¿Qué crees haber visto?

Decidió no contestar inmediatamente, al menos no antes de estar convencido de sus buenas intenciones. Cuanta más información tuviese ella, más facilidades tendría para inventarse algún engaño. Incluso ese fragmento de su intelecto superaba el suyo. No obstante, él también tenía sus propios métodos, además de una arraigada obstinación.

—No estoy seguro, pero no parecía peligroso. ¿Por qué no me cuentas qué es y por qué te has alejado?

¿Era eso un suspiro?

—Con lo poco que sabes hasta ahora, no lo entenderías. Es más, estarías predispuesto a una interpretación errónea. Por eso me he alejado.

Un ser humano habría tensado cada uno de sus músculos. En el caso de Brannock, todos sus sistemas se pusieron alerta.

—Yo mismo juzgaré mis capacidades cerebrales, si no te importa. Vuelve allí, por favor.

—No, te prometo que te lo explicaré más tarde, cuando hayas visto suficiente.

¿Cuando haya visto suficientes espejismos? Seguro que tenía más trucos preparados para enseñarle.

—Como quieras —dijo Brannock—. Mientras tanto llamaré al Viajero para informarle. —El emisario de Alfa mantenía una mínima parte de su sensibilidad abierta a los estímulos externos.

—No, no lo hagas —dijo Gaia—. Le distraerías sin motivo.

—Él mismo lo decidirá —contestó Brannock.

Estalló el conflicto.

Gaia estuvo a punto de ganar. Si hubiese concentrado toda su atención en el ataque, lo habría llevado a cabo con tal velocidad que Brannock nunca habría sabido que se estaba produciendo. Pero, como siempre, una fracción de su ser estaba ocupada en observar las unidades que rodeaban el globo y sus torrentes de datos. Posiblemente, también echaba alguna ojeada ocasional, mediante las permutaciones cuánticas en su interior, a lo que Christian y Laurinda estaban haciendo. Y otra parte, la más grande con diferencia, estaba dedicada a la interacción con el Viajero, y no podía abandonar esa actividad sin levantar sospechas. Por el contrario, debía realizar un insólito esfuerzo de ingenio para ocultarle cualquier adversidad que se pudiera estar produciendo.

Por otro lado, nunca se había enfrentado a un ser como Brannock: agresividad masculina y reflejos de navegante espacial humanos unidos a la sofisticada tecnología y a un fragmento de la determinación de inmortalidad de Alfa.

Sintió que el campo de apoyo se hacía más fuerte y se ceñía más a su alrededor para inmovilizarlo. Una oleada de delirio le invadió la mente. Cualquier hombre habría pensado que se trataba de un anestésico, pero Brannock no se paró a pensar, sino que reaccionó instantáneamente, al mismo tiempo que ella le atacaba. Con la velocidad de la máquina y la ferocidad del tigre, la desestabilizó durante una milésima de segundo crucial.

Pese a tener la cabeza envuelta en tinieblas y a que todo retumbaba a su alrededor, no dejó de patear y de lanzar golpes físicamente. Aporreó el juego de luces de los nexos de control que tenía delante y que no estaban pensados para soportar una agresión de esas características. No pudo hacerse con el mando, pero, a ciegas, pudo abortarlo.

Saltaron arcos eléctricos azules y blancos, hubo destellos luminosos intermitentes, pero el flujo energético no se interrumpió: la nave se mantuvo elevada. Las funciones más complejas estaban destruidas, el movimiento de los átomos, las energías y las ondas se volvió aleatorio y dejó de tener utilidad.

Las ataduras que retenían a Brannock se aflojaron y cayó al suelo; la oscuridad que invadía su mente se desvaneció. Se quedó tembloroso y aturdido. En medio de toda aquella anarquía, gritó:

—¡Para, hija de puta!

—De acuerdo —dijo ella.

Más tarde fue consciente de que Gaia había mantenido un mínimo dominio sobre la nave; antes de que pudiera arrebatárselo, lo había lanzado hacia abajo y había desconectado el generador principal. Todos los campos de fuerza dejaron de funcionar con un parpadeo. El viento hizo pedazos la estructura material; todos los pedazos se estrellaron contra el mar y las olas se los llevaron. Algunos llegaron hasta la playa; otros fueron pasto de la resaca.

Mientras la aeronave caía desintegrándose, Brannock hizo acopio de sus fuerzas y saltó. El impulso lo lanzó al exterior formando una larga parábola que fue a dar a lo más profundo de las aguas. Al caer, provocó que el agua salpicase en un chorro alto y blanco, como si de una fuente se tratase. Se adentró en las profundidades verdosas mientras las corrientes lo arrastraban de un lado a otro; pero cuando tocó la arena, estaba ileso.

Como no tenía necesidad de respirar, se quedó allí abajo. Tardó menos de un segundo en recuperarse del golpe y unos minutos en valorar la situación, allí, en el torbellino de las olas.

Gaia había tratado de reemplazarle. Un campo de fuerza había empezado a calar en sus procedimientos cerebrales y a imponer sus propias pautas. Había estado a punto de no poder evitarlo.

No era probable que Gaia hubiera requerido de esa aplicación en el pasado, por lo que seguramente la habría inventado e instalado específicamente para emplearla contra él. Aquello indicaba, sin ningún género de dudas, que tenía la intención de aplicarla en algún momento de su viaje. Cuando vio algo que ella no sabía que estaba allí y rechazó sus evasivas, se vio obligada a hacerlo antes de estar preparada. Al ver que no funcionaba, trató de destruirlo por todos los medios de que disponía.

Hasta ese punto era capaz de llegar, hasta ese nivel de desesperación, para evitar que las estrellas descubriesen tan tremendo secreto.

Reconoció que se había equivocado al suponer que ella había agotado todas sus opciones. Al contrario; contaba con multitud de observadores y otros mecanismos a los que aún podía recurrir. Algunos de ellos no tardarían en llegar para comprobar si estaba muerto, o para encargarse de él, en caso de que siguiera vivo. Después le contaría al Viajero una historia que terminaría con un lamentable accidente mientras sobrevolaban un océano lejano.

Brannock pesaba más que el agua, así que avanzó hacia abajo por el lecho marino, en busca de un lugar aún más profundo.

Encontró unos restos de roca volcánica y se introdujo dentro de un tubo de lava, se tumbó en posición fetal y determinó que sus sistemas funcionasen al nivel más bajo posible, para que, con un poco de suerte, los agentes no consiguieran localizarlo. No podía haber una infinidad de ellos, y sus sensibilidades serían limitadas. Gaia, que no había sido testigo de su escapada debido a que sus sensores dentro de la aeronave

habían quedado destruidos al desintegrarse, no juzgaría extraño que sus restos hubiesen quedado diseminados por el efecto de las corrientes.

Tres días y tres noches más tarde, el reloj interno que había activado volvió a despertarlo.

Sabía que debía mantener la cautela, sin embargo, decidió salir de allí y seguir avanzando. No era muy probable que Gaia mantuviese una vigilancia mucho más estrecha del lugar de lo que esperaba; el Viajero, que estaba en comunión con ella, se habría percatado fácilmente si se estuviese concentrando en una pequeña parcela del planeta. Sus sensores electrónicos debían advertirle de la proximidad de cualquier robot, incluso los que eran demasiado pequeños como para verlos a simple vista. Otra cuestión era saber si, en caso de darse esa situación, iba a poder hacer algo al respecto.

Lo primero que hizo fue reconocer el área circundante. Las máquinas de Gaia habían retirado todos los fragmentos del aparato que habían encontrado, pero muchos estaban dispersos por el fondo marino y, evidentemente, había considerado que no valía la pena, o que no era seguro, buscarlos. De hecho, todo lo que se fue encontrando a su paso eran restos de chatarra. Unas cuantas unidades estaban intactas, pero la única que le interesó tenía la forma física de una pequeña esfera metálica. La localizó mediante inducción magnética. Cuando logró llevarla hasta la orilla, la escondió entre los árboles, a salvo de la exposición al sol, y empezó a examinarla. Recorrió el circuito interno (mítico) con sus manoherramientas y lo identificó como un banco de memoria. La codificación le resultó familiar a su faceta del Viajero. Extrajo la información y la almacenó en su propia base de datos.

Un serie de lenguas, lenguas humanas, aunque no había oído hablar de ninguna de ellas. Sí, muy interesante.

—Lo mejor sería localizar a esa gente —murmuró. En la soledad del viento, el mar, la naturaleza, había vuelto a caer en su antigua costumbre de pensar en voz alta de vez en cuando—. No creo que haya otra oportunidad. Sería toda una noticia para el Viajero —si es que lograba regresar o, al menos, entrar en su radio de frecuencia.

Emprendió la marcha a pie siguiendo la línea de costa hacia la bahía en la que desembocaba el río Remanente. Podría ser que aquello que había visto todavía estuviese allí, o al menos que hubiese restos.

No estaba seguro, había sucedido todo tan deprisa, pero creía que era un barco.

Tres días, como aquellos viejos días terrestres de antaño, con sus veinticuatro horas, su fresca luz solar, sus aguaceros ocasionales que llenan de destellos prados y arbustos, los paseos por las callejuelas inglesas, las excursiones por las ciudades, los encuentros con gente, las misas vespertinas en una iglesia normanda, las exploraciones de edificios y libros, las largas conversaciones y los silencios cómplices; aquellos días fraguaron una amistad. Para Christian, también despertaron sentimientos más gratos respecto a Gaia. Había propiciado la resurrección de Laurinda, que era parte de ella, de la misma forma que él era parte del Viajero y de Alfa, y de otras muchas mentes de la galaxia que ni siquiera podría enumerar. ¿Sería posible que las demás actividades que Gaia tenía entre manos fuesen injustas?

Sin duda, había planeado todo aquello para provocar esa reacción en él, pero no parecía tener mucha importancia. Tampoco la tenía, ni para él ni para Laurinda, que las condiciones de vida del siglo XVIII fuesen tan primitivas. Las experiencias cotidianas se convertían más bien en situaciones refrescantes y nuevas, y en muchas ocasiones daban pie a momentos jocosos. Lo que se le hacía algo difícil era tener que retirarse decorosamente a su propia habitación todas las noches.

Sin embargo, tenían sus misiones que cumplir: la suya consistía en averiguar qué sucedía en esa realidad y, más tarde, transmitírselo al Viajero; la de ella era explicar y justificarlo todo de la mejor manera de la que un mortal fuese capaz. Al igual que él, Laurinda tenía el recuerdo de haber sido uno con el ser nodal, aunque era un recuerdo débil y fragmentario, más una sensación de trascendencia que algo con nombre o forma, como los restos que deja tras de sí el resplandor de una visión religiosa ocurrida tiempo atrás. Sin embargo, esa sensación impregnaba toda su personalidad, sobre todo su parte inconsciente; y era su relación con Gaia, igual que la de él con el Viajero y, más lejos aún, con Alfa. De una forma limitada, mortal, pero completamente honesta, ella hablaba en nombre del nodo de la Tierra.

En virtud de un acuerdo tácito, apenas hablaron de sus objetivos y se dedicaron a disfrutar de los alrededores y de su mutua compañía, hasta la mañana del cuarto día. Quizá el clima había despertado un imperecedero hábito de trabajo. El viento soplaba con rachas ensordecedoras alrededor de la casa, la lluvia no dejaba ver a través de las ventanas; no iban a poder salir, ni siquiera en coche. Dentro de la casa, el fuego no conseguía calentar el ambiente frío y húmedo. Habían encendido unas acogedoras velas para el desayuno que daban lustre a la plata y a la porcelana; pero, a pesar de todo, había gruesas sombras retorciéndose por todos los rincones.

Tomó un último sorbo de café, dejó la taza en la mesa y terminó lo que estaba exponiendo:

—Sí, deberíamos ponernos manos a la obra. No es que tenga una idea clara de lo que hay que buscar. Ni siquiera el Viajero lo sabe.

Gaia había precisado muy pocas cosas. Ahora (cualquiera que fuese el significado de ese «ahora») era el Viajero quien estaba en contacto con ella buscando una visión general, cósmica, de quién sabe cuántos millones de años de existencia del planeta.

—Pero ya sabes cuál es tu trabajo —contestó Laurinda—. Tienes que encontrar la naturaleza de la actividad interna de Gaia, lo que significa moral y... humanamente. —Se enderezó en su silla y adoptó un tono más firme—. Nosotros, las emulaciones, también somos humanos. Pensamos y actuamos, sentimos alegría y dolor, igual que han hecho siempre los humanos.

Christian tuvo un impulso; era su costumbre de intentar relajar los ánimos.

—Y producimos nuevas generaciones —añadió—, igual que han hecho siempre los humanos.

Un atisbo de sonrojo cruzó su hermoso rostro.

—Sí —dijo ella. Y prosiguió rápidamente—. Por supuesto, la mayoría de las cosas que hay... aquí no son otra cosa que bases de datos. Archivos, si quieres. Podríamos empezar por visitar a una o dos de esas reconstrucciones.

Él sonrió al sentir menos presión.

—Me encantaría. ¿Alguna sugerencia?

Laurinda le respondió con entusiasmo:

—¿La Acrópolis de Atenas? ¿Cuando era nueva? Me fascinaba la civilización clásica —sacudió la cabeza—. Y está visto que aún me fascina.

—Bueno. —Se frotó la barbilla—. Por lo que aprendí en mis tiempos, esos viejos griegos eran una pandilla de animales políticos tan complicados, conflictivos y cortos de miras como cualquiera que haya amañado unas elecciones o humillado a su contrincante más débil. ¿No se financió la construcción del Partenón con la apropiación indebida del tesoro de la Confederación de Delos?

—Eran humanos —dijo en voz tan baja que, entre el estrépito de la tormenta, casi no la oyó—. Pero todo lo que hicieron...

—Pues claro —contestó—. Hecho. Vámonos.

A simple vista, los amuletos eran discos plateados de dos centímetros de diámetro que colgaban sobre el pecho del usuario, por debajo de la ropa. En realidad (la realidad desde un punto de vista externo) eran programas muy potentes y sutiles con inteligencia independiente. Christian se preguntó hasta qué punto los controlaba Gaia y en qué medida estaría siguiendo sus pasos.

Sin pensarlo dos veces tomó a Laurinda de la mano. Sus dedos se aferraron a los de él, aunque sus ojos me mantuvieron mirando hacia delante, hacia el fuego vibrante, mientras pronunciaba la orden.

Automáticamente, sin tener ni una mínima sensación de movimiento, se

encontraron de pie sobre unos anchos escalones de mármol, rodeados por una fortaleza, bajo un cielo despejado y resplandecientemente cálido. Desde las pendientes más pronunciadas de aquella colina lustrosa, les llegó, silenciosa, la fragancia del tomillo silvestre, un tomillo que no conocía abejas que lo estimularan ni manos que lo arrancaran. Más abajo se veía la ciudad: tejados castigados por el sol, ágoras abiertas, templos rodeados de columnas. Bajo este aire limpio, Christian se imaginó que prácticamente podía distinguir los rasgos de las estatuas.

Transcurrido un instante más allá del tiempo, los visitantes emprendieron el camino hacia arriba, aún callados y cogidos de la mano, hacia donde las victorias aladas se alineaban en la balaustrada ante el santuario de Niké Apteros. Sus vestimentas se agitaban a merced de un movimiento que no veían y un viento que no sentían. Una de ellas se estaba abrochando las sandalias...

Se entretuvieron durante un buen rato en el propylaea, en los pórticos, las columnas jónicas y dóricas, las pinturas, las mesas de ofrendas y la pinacoteca. Podían haberse quedado allí hasta después de ponerse el sol, pero les aguardaba todo lo demás y conocían el entusiasmo del mortal del mismo modo que no iban a tardar mucho en conocer el cansancio mortal. Los colores se encendieron...

Las flores de piedra y las jóvenes de piedra en el Erecteion...

Christian había creído que el Partenón era un edificio exquisito, pues así era en las fotografías y las maquetas que había visto, mientras que los restos destrozados, consumidos por la química, que se mantenían guardados y protegidos, eran dignos de lástima. En aquel momento, viéndolo ante sí, entrando dentro de él, descubrió su tamaño y su masa imponentes. Los frisos rojos, azules, dorados, estaban llenos de vida; y luego, en la penumbra del interior, toda la admiración y la belleza se concentraban en la colosal Atenea de Fidias.

Después de un largo rato, fue con Laurinda a admirar el Asclepeion y el teatro de Dionisos desde la fortificación de Cimon. El sol poniente del oeste proyectó complicadas sombras abajo, en la ciudad, mientras un viento fresco soplaba del este. Hasta ese momento, cuando hablaban lo hacían, sin un motivo aparente, casi entre susurros. Ahora se sintieron libres de hablar abiertamente; ¿o era que tenían esa necesidad?

Hizo un gesto con la cabeza.

—Magnífico —dijo a falta de algo más adecuado—. Increíble.

—Mereció la pena tanta maldad, y tanta guerra y agonía —murmuró—. ¿Verdad?

Por el momento, rehuyó una actitud excesivamente seria:

—No esperaba que fuese tan... llamativo. No..., tan luminoso.

—Pintaban los edificios. Ya se sabía.

—Sí, yo también lo sabía, pero ¿estaban seguros los expertos sobre qué colores empleaban exactamente?

—No del todo, solo en los lugares en los que quedaban restos. Todo esto debe de ser una hipótesis de Gaia, sobre todo la escultura. La historia conocida solo ha registrado una mínima descripción de Atenea, por ejemplo. —Laurinda hizo una pausa. Su mirada se perdió entre las montañas a lo lejos—. Pero, a la vista de todo lo que posee, de toda la información, y sabiendo que es capaz de manejarla sin dilación, y que comprende las mentes que la crearon, estoy segura de que es la reconstrucción más probable. O la menos improbable.

—Debió de probar variaciones. ¿Quieres comprobarlo?

—No, creo que no, a no ser que tú quieras. Esto ha sido abrumador, ¿verdad? —Vaciló—. Además, bueno...

Él asintió.

—Sí. —Con un gesto dirigido hacia la ciudad limpia, inmóvil y silenciosa y a los sagrados objetos a su alrededor dijo—: Es espeluznante. Como mucho, una exposición de museo. Me temo que no aporta mucho a nuestros objetivos.

Laurinda le miró a los ojos.

—No aporta mucho a tus objetivos. Yo solo soy... ni siquiera soy tu guía, en realidad. ¿La voz de Gaia? No, solo un matiz de ella, en todo caso. —La sonrisa que se formó en sus labios tenía un toque de melancolía—. Tengo la impresión de que la única razón por la que vuelvo a existir es para hacerte compañía.

Christian soltó una risotada y le ofreció su mano. Ella la estrechó con fuerza por un instante.

—Pues disfruto mucho de la compañía, excéntrica señorita Ashcroft.

Sonrió reconfortada y algo más animada.

—Gracias, amable caballero. Y yo me alegro de estar... viva... hoy. ¿Qué hacemos ahora?

—Creo que vamos a visitar un poco de historia viva —dijo—. Helénica, por ejemplo.

Laurinda dio una palmada.

—¡La época de Pericles!

Él frunció el ceño.

—Bueno, no sé. La guerra del Peloponeso, la plaga... y somos extranjeros, bárbaros; tú, una mujer; no nos recibirían con los brazos abiertos, ¿no?

La vio sacudirse la decepción y volver a mirar de nuevo hacia delante:

—Entonces, ¿dónde y cuándo?

—¿La época de Aristóteles? Si no recuerdo mal, Grecia era un lugar pacífico entonces, no importa mucho el terror que Alejandro estaba sembrando por el mundo, y la sociedad se estaba volviendo muy cosmopolita, y también menos patriarcal. De todas formas, siempre me ha interesado Aristóteles; se puede decir que fue uno de los primeros científicos.

—Más vale que lo averigüemos primero. Pero antes, ¿vamos a casa a tomar una taza de té?

Para evitar que los sirvientes se inquietasen, regresaron a la casa en el mismo momento en que la habían dejado. Allí se dieron cuenta de que aquella falta de privacidad, unida al agotamiento, hacía que no pudiesen hablar más que de trivialidades, pero no les importó, se les daba bien la conversación.

La mañana siguiente amaneció luminosa y salieron al jardín a sentarse en un banquito junto al estanque de los peces. Las flores, cubiertas por brillantes gotas de lluvia, iban desprendiendo su fragancia a medida que la luz del sol cobraba fuerza. Nadie más podía verles u oírles. Esta vez fue Christian quien se dirigió a los amuletos. Sintió una repentina dificultad a la hora de pronunciar las palabras, que brotaron torpemente de su boca. Aunque no era necesario decirlas en voz alta, a él le ayudaba a dar forma a sus ideas.

La respuesta entró directamente en sus cerebros. Christian dejó que penetrase en su interior, irracionalmente, algo similar a un duro y magistral tono de tenor:

—Únicamente se ha generado un contexto helénico durante generaciones e incluye el período que tienes en mente. Se inició aproximadamente en el año 500 a. C. con una emulación histórica lo más fiel posible.

Pero casi todos los que vivían entonces se han perdido en la historia, pensó Christian. Excepto los pocos que permanecieron en las crónicas, el resto de la población ha tenido que ser creada a partir de la imaginación de Gaia, guiada por el conocimiento y la lógica; e incluso esas pocas personas con nombres y apellidos tuvieron que ser recreadas casi por completo, con su propio ADN dispuesto de forma arbitraria.

—La secuencia se revisó conforme a las necesidades —continuó el amuleto.

«Abandonada a su suerte, aquella historia pronto habría desaparecido de los documentos y, finalmente, de la arqueología —pensó Christian—. Gaia veía cómo empezaba a suceder, una y otra vez. Reescribía el programa (los acontecimientos, los recuerdos, las personalidades, los cuerpos, los nacimientos, los lapsos vitales, las muertes) y dejaba que se reanudase hasta que volvía a desviarse. Una y otra vez». De repente, parecía que la mañana había refrescado.

—Se aprendieron muchas cosas de cada una de esas ocasiones —dijo el amuleto—. La situación parecía satisfactoria para cuando la hegemonía de Macedonia se hizo inevitable y, a partir de aquel momento, se dejó que la secuencia discurriese libremente y sin interrupciones. Naturalmente, seguía sin desarrollar unos resultados idénticos a los del pasado histórico. Ni Aristóteles ni Alejandro nacieron, pero hubo un conquistador razonablemente verosímil que vivió hasta viejo y legó un imperio bastante bien erigido. En su juventud tuvo un maestro griego que había sido discípulo de Platón.

—¿Quién era? —logró articular Christian con la garganta reseca.

—Se llamaba Eumenes y era equivalente a Aristóteles en muchos aspectos, pero tenía una orientación empírica mucho más acentuada. Estaba planificado.

«Entonces, Eumenes fue dispuesto expresamente. ¿Por qué?».

—Si aparecemos allí y le conocemos, ¿no estaremos cambiando lo que viene después?

—No de forma muy significativa, probablemente. Y si eso sucede, no tendrá importancia. La secuencia original está en la base de datos de Gaia. En realidad, vuestra visita supondrá una reactivación.

—No para tus propósitos —susurró Laurinda al aire—. ¿Qué fue? ¿Qué sucedió en aquel mundo?

—El objetivo era experimental: se trataba de estudiar la posible gestación de una revolución científico-tecnológica análoga a la del siglo XVII d. C., con la consiguiente evolución social que debía favorecer el desarrollo de una democracia estable.

Christian se dijo furioso a sí mismo que debía salir de aquel estado de horror.

—¿Lo hizo? —planteó el desafío, pero recibió una serena respuesta.

—¿Quieres estudiarlo?

Christian no esperaba tener que armarse de coraje. Pasado un minuto, dijo subrayando cada una de sus palabras:

—Sí, creo que nos sería más útil que conocer a tu filósofo. ¿Puedes mostrarnos el resultado del experimento?

Laurinda se unió a él:

—Oh, estoy segura que no puede haber un retrato único y simplista, pero ¿nos podrías llevar a una escena que nos dé una idea, una especie de paradigma, como el Rey Juan en Runnymede, o Isabel I armando caballero a Francis Drake, o a Einstein y Bohr hablando sobre la situación de su época?

—Se da una posibilidad extrema en el año que corresponde a vuestro 894 d. C. —le dijo el amuleto—. Sugiero que la localización sea Atenas. Os advierto que es peligroso. Os puedo proteger o sacaros de allí, pero los asuntos humanos son caóticos por naturaleza y esta situación es aún más impredecible. Podría escapar a mi control.

—Iré —espetó Christian.

—Y yo —dijo Laurinda.

La miró con resentimiento:

—No. Ya lo has oído, es peligroso.

Ella afirmó con voz tranquila:

—Tengo que hacerlo. Recuerda que viajo en representación de Gaia.

Gaia, que había dejado que aquello sucediera.

Transferencia.

Durante un instante se miraron a sí mismos. Sabían que los amuletos

transformarían sus ropas para que estas fuesen las más adecuadas. Ella llevaba un vestido gris, con cinturón, que le llegaba un poco más abajo de las rodillas, unos zapatos, medias y un pañuelo que le cubría el pelo trenzado. Él llevaba puesta una túnica, pantalones y botas del mismo tejido basto, un cuchillo de monte a la cadera y un arma de fuego, de cañón largo, colgada a la espalda.

Les chocó ver dónde se encontraban: estaban de pie en un propylaea prácticamente reducido a cascotes y restos de esculturas. El Partenón, más que hecho añicos, estaba cubierto de marcas, erosionado, apuntalado en varios sitios con ladrillos de los que sobresalían las bocas de unos cañones herrumbrosos. Todo lo demás estaba en ruinas, el Erecteion parecía una cantera y, más abajo, la ciudad ardía. No pudieron ver mucho a través de la humareda que cubría el cielo y se adentraba despiadadamente por sus fosas nasales. Oyeron una explosión y ráfagas de disparos.

Entre la nube de humo, vieron subir corriendo por la gran escalinata a una mujer joven, de pelo oscuro y enmarañado, harapienta, manchada de hollín y desesperada. Detrás de ella venía un hombre rubio y fornido, con un gorro de piel, un abrigo rojo sucio y pantalones de cuero, que sonreía lascivamente tras un enorme bigote. Él también iba armado con un gran cuchillo mortífero y un arma de fuego, que llevaba en la mano derecha.

La mujer vio surgir ante ella a un Christian amenazante.

—*Voetho!* —gritaba—. *Onome Theou, kyrie, voetho!*

Tropezó con uno de los escalones y cayó al suelo. Su perseguidor la alcanzó antes de que pudiera levantarse y le dio un puntapié de lleno en la espalda.

Con la ayuda del amuleto, Christian comprendió los lamentos:

—¡Ayúdeme, en nombre de Dios, señor, ayúdeme!

Pensó brevemente que aquella lengua debía de ser una variación del griego. El otro hombre emitió un gruñido dirigido hacia él y empuñó su arma.

Christian no tenía tiempo de desenfundar la suya, así que, a medida que el desconocido avanzaba, se agachó y cogió una piedra del suelo, un trozo de una cabeza de mármol, y se la lanzó. El fragmento golpeó en la nariz del desconocido, que retrocedió con el rostro enrojecido transformado en una expresión grotesca. El arma cayó estrepitosamente sobre la escalinata mientras él emitía un aullido.

Con la rapidez que le caracterizaba en las situaciones de emergencia, Christian renunció a utilizar su propia arma de fuego, pues había comprobado que el seguro tenía un peculiar diseño y probablemente habría tardado demasiado tiempo en disparar. Empuñó el cuchillo y arremetió contra él a medida que bajaba los escalones.

—¡Fuera de aquí, miserable, antes de que te saque las tripas! —gritó; y las palabras surgieron en el idioma de la mujer.

El otro hombre tuvo una arcada, luego dio media vuelta y empezó a bajar la escalera dando tumbos. El humo se lo tragó mucho antes de que acabara de bajar la

colina. Christian se detuvo junto a la figura acurrucada de la mujer y envainó la hoja de su arma.

—Vamos, hermana —le dijo ofreciéndole la mano—, ven conmigo. Vamos a algún lugar seguro, podrían venir más.

Ella se levantó despacio, respirando con dificultad y apoyándose pesadamente en su brazo, y subió cojeando junto a él hacia la entrada destrozada. Tenía rasgos mediterráneos y era, sin duda, oriunda del lugar. Parecía estar muerta de hambre. Laurinda la ayudó por el otro lado y entre los dos la llevaron hasta el pórtico del Partenón. Al otro lado de una puerta hecha trizas encontraron un espacio oscuro en el que solo había basura. Allí podrían defenderse, en caso de que fuese necesario.

Christian se acordó de algo y se maldijo; regresó a por el arma del enemigo. Cuando volvió, Laurinda estaba sentada junto a la mujer e intentaba reconfortarla rodeándola con los brazos y susurrándole palabras de consuelo:

—Vamos, querida, vamos, ya estás a salvo, estás con nosotros. No tengas miedo, te vamos a cuidar.

La fugitiva alzó sus grandes ojos llenos de temor.

—¿Sois... ángeles del cielo? —masculló.

—No, somos mortales, como tú —contestó Laurinda con lágrimas en los ojos. No era del todo cierto, pensó Christian, pero ¿qué iba a decir?—. Ni siquiera sabemos cómo te llamas.

—Soy... Zoe... Comnenaina.

—Y estás muerta de sed, se te nota en la voz. —Laurinda levantó la cabeza y movió los labios para dar una orden silenciosa. Un jarro, húmedo por el frío, apareció en el suelo—. Aquí hay agua. Toma.

Zoe, que no se había percatado del milagro, tomó el recipiente y lo vació en un momento de unos pocos tragos. Cuando hubo terminado, volvió a dejarlo y, débilmente pero con un emergente atisbo de fuerza y de razón, dijo:

—Gracias.

—¿Quién era el que te estaba persiguiendo? —preguntó Christian.

Encogió las piernas llevándose las rodillas a la barbilla, se las abrazó y su mirada se perdió delante de ella; contestó con voz apagada:

—Un soldado flémico. Entraron en casa y vi cómo apuñalaban a mi padre. No paraban de reírse. Salí por la puerta de atrás y me fui corriendo calle abajo. Pensé que podría esconderme en la Acrópolis, ya nadie viene por aquí. Ése me vio y vino detrás de mí. Supongo que pensaba matarme cuando terminase. Eso habría sido mejor que si se me hubiese llevado con él.

Laurinda asintió.

—Un ejército invasor —dijo en un tono igualmente neutro—. Han tomado la ciudad y ahora la están saqueando.

Christian golpeó con fuerza la culata de su arma contra la piedra.

—¿Y Gaia permite todo esto? —la hizo chirriar.

Laurinda le miró a los ojos aduciendo:

—Tiene que hacerlo. Los seres humanos deben tener libertad para decidir, si no, se convertirían en marionetas.

—Pero ¿cómo se han metido en este lío? —preguntó Christian—. ¡Explícalo si puedes!

Los amuletos respondieron con la misma frialdad que antes:

—La era helenística desarrolló el método científico. Este hecho, junto a la expansión del comercio y los conocimientos geográficos, propició una revolución industrial y dio pie a una democracia parlamentaria. No obstante, ni la ciencia ni la tecnología progresaron más allá del equivalente aproximado a vuestro siglo XVIII. Las imprudentes políticas sociales y fiscales desembocaron en una crisis, una dictadura y un estado de guerra ininterrumpido.

Christian sonrió con sarcasmo.

—Eso me suena.

—Alexander Tytler lo dijo en nuestro siglo XVIII —murmuró Laurinda con parcialidad—. Ninguna república ha sobrevivido durante mucho tiempo al descubrimiento, por parte de una mayoría de la población, de que pueden aprobar para sí mismos una dádiva del tesoro público. —En voz alta, se dirigió a él—: Christian, solo eran humanos.

Zoe permanecía encorvada, perdida en su propio sufrimiento.

—Simplificas en exceso —afirmó la voz del amuleto—. Pero esto no es una clase de historia. Continuaré con el resumen: inevitablemente, la información sobre los avances en ingeniería llegó hasta los bárbaros del norte de Europa y del oeste asiático. Si cuestionas el hecho de que se les concediera la existencia, debes tener en cuenta que la población confinada al litoral de un mar interior no podía configurar ningún mundo material posible. Las sociedades hundidas del sur eran incapaces de modificar su naturaleza, ni de derrotarla, ni de distanciarse de ella, en definitiva. Los resultados finales están tipificados en lo que ves a tu alrededor.

—Los Años Tenebrosos —dijo Christian abatido—. ¿Qué sucede después? ¿Qué clase de civilización nueva surge?

—Ninguna. La secuencia termina en uno más de sus años.

—¿Cómo? —rio con sorna—. ¿Destruída?

—No. El programa deja de funcionar. La emulación se detiene.

—¡Dios mío! Todas esas vidas, tan reales como... la mía...

Laurinda se puso de pie y extendió los brazos en aquel ambiente viciado.

—Entonces, ¿Gaia lo sabe? ¿Sabe que esta línea temporal nunca encontrará la felicidad? —gritó.

—No —dijo la voz dentro de sus cerebros—. No hay duda de que existe la posibilidad de que siga progresando; no obstante, olvidáis que, aunque Gaia tiene grandes facultades, éstas no son infinitas. Cuanta más atención dedica a una historia, a los detalles de ese planeta, además de su duración, tanto menos puede destinar a otras. Hay una probabilidad demasiado baja de que esta secuencia desemboque en una nueva y genuina forma de sociedad.

Laurinda asintió despacio:

—Entiendo.

—Pues yo no —saltó Christian—. Solo veo que Gaia es inhumana.

Laurinda hizo un gesto de negación y puso su mano sobre la de él.

—No, no es eso. Es poshumana. Fuimos nosotros quienes construimos las primeras unidades de inteligencia artificial. —Continuó tras una pausa—. Gaia no es cruel. El universo lo es a menudo y no fue ella quien lo creó. Está buscando algo que mejore los resultados de un azar caprichoso.

—Quizá. —Miró hacia donde estaba Zoe—. Mira, hay que hacer algo con esta pobre chica. No importa si cambiamos la historia; de todas formas no va a tardar mucho en acabar.

Laurinda tragó saliva y se enjugó las lágrimas:

—Otórgale un último año en paz —dijo al aire—. Por favor.

Detrás de la puerta de la habitación aparecieron algunos objetos.

—Ahí hay comida, vino y agua potable —dijo la voz inaudible—. Decidle que vuelva a bajar cuando se haga de noche, que busque a algunos amigos y los traiga hasta aquí. Un pequeño grupo puede permanecer escondido entre las ruinas hasta que los invasores se hayan ido.

—No tiene sentido hacer más, ¿no es eso? —dijo Christian amargamente—. Al menos, no para vosotros.

—¿Quieres dar por finalizada la investigación?

—¡Ni pensarlo!

—Yo tampoco —dijo Laurinda—. Pero cuando hayamos terminado aquí, cuando hayamos hecho por esta chica lo poco que podemos, llévanos a casa.

En Inglaterra todo estaba en paz. Se veían nubes enormes y blancas en el cielo, sombreadas de azul por los rayos del sol que se derramaban a su paso. Junto al lado izquierdo del camino, las amapolas resplandecían entre los campos de cereal, que se estaban volviendo dorados a medida que se acercaba el otoño. A la derecha se extendían los múltiples verdes del pasto, en donde el ganado dormitaba, bajo una encina de grandes ramas. Hombre y mujer montaban el uno junto al otro. Los cascos golpeaban el suelo suavemente y la silla de cuero crujía; el dulce aroma de los caballos se mezclaba con la acritud de la hierba. Se oyó el canto de un mirlo.

—No, supongo que Gaia no reiniciaría un programa que ella misma ha concluido

—dijo Laurinda—. Pero eso no es peor que la muerte, y la muerte no suele resultar tan fácil.

—Es el peso de la muerte lo que no lo es —repuso Christian; luego lanzó un suspiro—. Me atrevería a decir que el Viajero me va a decir que me estoy comportando de forma muy pusilánime, y cuando vuelva con ellos, estaré de acuerdo.

La ironía añadió un tono de verdad a lo que estaba diciendo. Nunca más volvería a estar separado, no volvería a ser un avatar, sino que sería uno junto con una entidad mucho más grande que, a su vez, volvería a ser parte de otra aún mayor.

—Sin Gaia, no habrían existido nunca todas aquellas vidas, una generación tras otra —dijo Laurinda—. Ellos mismos se infligieron sus peores miserias. Si alguno de ellos logra encontrar el camino hacia algo mejor, algo realmente bueno, entonces tiene que seguir probando nuevos inicios.

—Bueno, no puedo evitar acordarme de todos los milenialistas y utopistas que han sacrificado a gente en masa, o que los han torturado o los han metido en campos de concentración, si su comportamiento no se ajustaba a los objetivos fijados por una visión inspirada.

—¡No, no tiene nada que ver con eso! ¿Es que no lo ves? Ella les da la libertad para que sean ellos mismos y para que se conviertan en algo más.

—A mí me parece que amolda los parámetros y los límites, hasta que el montaje parece prometedor, antes de dejar que el experimento siga su curso. —Christian frunció el ceño—. Pero tengo que admitir que no me creo que lo haga solo porque se siente sola y aburrida. No cuando toda su comunidad se muestra abierta a la colaboración. A lo mejor no somos lo suficientemente listos como para conocer sus motivos. Quizá se los está contando al Viajero, o a Alfa directamente —aunque la comunicación entre las estrellas tardaría décadas, como mínimo.

—Aun así, ¿quieres continuar? —le preguntó Laurinda.

—Ya he dicho que sí. Se supone que es lo que tengo que hacer. Pero ¿y tú?

—Sí, no quiero, ya sabes..., fallarle.

—Estoy un poco perdido sobre qué paso dar a continuación. Y no estoy seguro de que lo mejor sea dejar que decidan los amuletos.

—Pero pueden ayudar, aconsejarnos. —Laurinda tomó aire—. Por favor, si no te parece mal, el próximo mundo al que vayamos ¿podría ser agradable? Todo ese horror que presenciamos...

Christian alargó el brazo para cogerla de la mano.

—Justo lo que estaba pensado. ¿Alguna sugerencia?

Ella asintió:

—La catedral de York. Estaba en unas condiciones deplorables cuando... yo vivía; pero he visto fotos y era una de las iglesias más bonitas que se construyeron, y estaba en una de las ciudades con más encanto.

—Una idea genial. Pero que no sea un archivo inanimado, que tenga un entorno completo —matizó Christian—. Claro que lo consultaremos de antemano, pero se me ocurre que el período del rey Eduardo VII nos vendría muy bien. En el continente lo llamaron la *belle époque*.

—¡Estupendo! —exclamó Laurinda, que volvía a recuperar el ánimo.

Transferencia.

Llegaron cerca del lado oeste, en la nave sur. Había pocos fieles esparcidos en la zona más cercana al comulgatorio. En la penumbra, bajo los haces de luz y los elevados arcos perpendiculares, nadie se percató de su aparición. En aquella dirección las vidrieras brillaban con más fuerza, en rosas, dorados, azules y el frío verde grisáceo de las Cinco Hermanas, que el resplandor que quedaba a su espalda. Era un martes de junio por la mañana. El olor del incienso se extendía a través del enérgico canto del coro.

Christian se puso tenso.

—Es latín —susurró—. ¿En Inglaterra, en 1900?

Miró la ropa que llevaba puesta y volvió a alzar los ojos. Camisa, abrigo y pantalones, en su caso, con el sombrero sobre el banco; blusa fruncida, vestido hasta los tobillos y papalina de encaje para ella; pero...

—Tampoco la ropa es la adecuada.

—Calla —respondió Laurinda en voz igualmente baja—. Un momento, nos dijeron que no sería nuestro 1900. Debe de ser la única catedral de York que Gaia tiene registrada.

Asintió formalmente. Estaba claro que el nodo nunca había tratado de reproducir fielmente un contexto pasado imposible, y sin sentido, además. Muchas veces, aunque no necesariamente siempre, tomaba una aproximación como punto de partida, pero nunca seguía el mismo destino. ¿Cuáles eran las raíces de ese día?

—Relájate —le alentó Laurinda—. Es preciosa.

Lo intentó lo mejor que pudo y, de hecho, la misa católica en su tercera hora le llenó el corazón de tranquilidad.

Después del *Nunc Dimittis*, cuando los clérigos y los seglares ya se habían marchado, tuvieron oportunidad de vagar por el recinto y admirarlo. Cuando por fin salieron, estuvieron un rato observando los relieves ocres sobre la piedra caliza que había a la entrada. No era el Partenón, pero era una manifestación diferente del mismo milagro. A su alrededor había todo un mundo por descubrir. Con un suspiro y una sonrisa, se pusieron en camino.

Les llamaron la atención las espléndidas entradas estrechas, tapiadas con casas de vigas de madera. Quedaron fascinados por las calles y edificios más modernos, y sobre todo por la gente que las habitaba. York era una ciudad llena de vida, una ciudad comercial, el centro de una región del interior, el núcleo de una nación. Se

trataba de una ciudad ajetreada y bulliciosa.

La media sonrisa se esfumó. Un entorno totalmente extraño no les habría provocado un sentimiento más incómodo que uno que les resultaba medio familiar.

La forma de vestir no era totalmente distinta a como la reflejaban las fotos y las obras de época que se veían antes, pero tampoco era idéntica. Las charlas reproducían un dialecto inglés que ni Christian ni Laurinda conocían, y muchas veces reconocieron versiones del alemán. Una pequeña locomotora a vapor, que tenía una chimenea muy alta, iba tirando de un tren en dirección a una estación de estilo más bien teutónico. Por la vía pública no circulaban titubeantes automóviles primitivos, sino que vieron multitud de vehículos tirados por caballos. No obstante, las calzadas estaban limpias y no olía a excrementos de caballos, puesto que los animales llevaban puesta una especie de pañal. Sobre la oficina de correos, ondeaba al viento una bandera (¿?) que lucía la cruz de San Andrés, sobre la que se superponía un águila dorada de dos cabezas. Un hombre, megáfono en mano, iba vociferando a la muchedumbre para que se apartase del camino de un escuadrón militar, cuyos miembros, vestidos con uniformes azules y con sus rifles al hombro, marchaban a paso ligero bajo las órdenes de alguien que iba soltando bramidos en alemán. Por todas partes se veían soldados campando a sus anchas que, presumiblemente, estaban de permiso. A su lado pasó un chico pregonando de forma estridente las noticias del periódico y Christian vio la palabra «Guerra» en un titular.

—Escucha, amuleto —masculló por fin—, ¿dónde podemos ir a tomar una cerveza?

—Os admitirán en un bar si entráis por la puerta para las parejas —replicó la voz silenciosa.

Así que no se permitía el paso a mujeres que no fuesen acompañadas. Bueno, pensó Christian distraídamente, ése habría sido el caso en la época de Eduardo VII, al menos en los locales respetables. En un letrero que sobresalía de la fachada estilo Tudor se podía leer «Jorge y el dragón». En el interior, la sala con revestimiento a la que pasaron tenía ese mismo aire inglés.

Había una nutrida y ruidosa clientela y el tabaco creaba un ambiente muy cargado; con todo, Christian y Laurinda encontraron una mesa en un rincón donde podrían hablar sin llamar la atención. Una camarera les trajo una variedad de cerveza Continental. Christian no le dedicó la atención que merecía.

—Me temo que, después de todo, no hemos encontrado el mundo pacífico que íbamos buscando —dijo.

La mirada de Laurinda se posó en algún lugar al que él no tenía acceso.

—Me pregunto si lo encontraremos algún día. ¿Habría algún mundo que, siendo humano, sea también pacífico?

Christian hizo una mueca.

—Bien, veamos qué demonios está pasando aquí.

—Si queréis, os puedo facilitar una explicación detallada —dijo la voz en sus mentes—. Lo mejor sería solicitar una mera sinopsis, como en el caso anterior.

—En lugar de cargarnos con el panorama de un mundo que nunca existió —murmuró.

—Que nunca fue nuestro mundo —le corrigió Laurinda.

—Adelante.

—Esta secuencia fue generada en su siglo xv d. C. —dijo la voz—. Se provocó el éxito del movimiento conciliar que en vuestra historia había fracasado.

—¿El movimiento conciliar?

—Los concilios eclesiásticos de Constanza y, más tarde, de Basilea fueron un intento de solucionar el Gran Cisma y reformar el gobierno de la Iglesia. En esta realidad lo consiguieron, y devolvieron a los obispos parte del poder que los papas habían ido acumulando a lo largo de los siglos, se reconciliaron con los husitas y llevaron a cabo otra serie de cambios importantes. Como resultado, no hubo Reforma Protestante, no se produjeron guerras por motivos religiosos y la Iglesia se mantuvo como un contrapeso del Estado que evitó la eclosión de monarquías absolutistas.

—Pero eso es maravilloso —susurró Laurinda.

—Por ahora no demasiado —dijo Christian muy serio—. ¿Qué ocurrió?

—Poco después, Alemania se ahorró toda la devastación de la guerra de los Treinta Años y una prolongada división entre algunos principados en conflicto. Se unificó en el siglo xvii y enseguida se convirtió en la principal potencia europea; se expandió hacia el este a fuerza de conquistas. Los rasgos culturales y religiosos que les diferenciaban de los eslavos se revelaron irreconciliables. A medida que el imperio provocaba una creciente desestabilización, se vio forzado a adoptar una actitud más severa, lo que causó más levantamientos. Mientras tanto se inició un periodo de decadencia interna que dura hasta hoy: el imperio se desmorona y los rusos avanzan ya sobre Berlín.

—Ya veo. ¿Qué hay de la ciencia y la tecnología?

—Se han desarrollado con más lentitud que en vuestra historia, aunque has reparado en la existencia de una industria basada en combustibles de origen fósil y has deducido un nivel de teoría próximo al lagrangiano.

—Las eras realmente brillantes se dan cuando se desatan los infiernos, ¿no es así? —dijo Christian pensativo—. Esta Europa sufrió menos, pero también inventó y descubrió menos. ¿Una coincidencia?

—¿Y el gobierno? —preguntó Laurinda.

—Durante un tiempo los parlamentos prosperaron, tenían más poder que los reyes, los emperadores o los papas —dijo la voz—. En la mayoría de los países occidentales todavía ejercen una considerable influencia.

—Como criaturas de especial interés, me imagino —dijo Christian con severidad—. De acuerdo. ¿Qué pasa después?

Gaia lo sabía. Estaba inmerso en una reactivación de algo que probablemente había llevado a término hacía miles de años.

—El avance científico y tecnológico sigue su curso de forma acelerada durante una larga fase de desestabilización general. En el momento de la terminación...

—¡Déjalo! —Mejor que una guerra nuclear era olvidarse del tema.

Se hizo el silencio en la mesa. Toda la vitalidad que llenaba el pub de ruidos les pareció algo remoto, irreal.

—No podemos desesperar —dijo Laurinda por fin—. Todavía no.

Christian se sacudió aquel estado de circunspección.

—La Tierra no es solo Europa —refunfuñó—. ¿Cuántos mundos ha reproducido Gaia?

—Muchos —le contestó la voz.

—Enséñanos uno que nos sea completamente ajeno. Si te parece bien, Laurinda.

Ella se puso derecha.

—Sí, vamos. —Y tras un instante, dijo—: Aquí no. Se asustarían si desapareciéramos. Podría cambiar el futuro por completo.

—Apenas se notaría —dijo Christian—. Y a la larga ¿qué importaría? Pero sí, salgamos.

Pasearon por el exterior, entre las maravillas que ya no tenían sentido, hasta que se toparon con unos escalones que daban a la muralla medieval. Desde allí divisaron los tejados de las casas y el río, y más allá se veía Yorkshire; y vieron que estaban solos.

—Ahora llévanos a otro sitio —ordenó Christian.

—No habéis especificado a qué clase de mundo queréis ir —dijo la voz.

—Sorpréndenos.

Transferencia.

Había un cielo enorme, de un azul clarísimo, por debajo del cual soplaba una templada brisa. Desde un risco se divisaba un ancho río de color pardo. Casi en el borde del risco crecían unos árboles, altos y de corteza pálida, que lucían unas temblorosas hojas verdes y plateadas. Christian los reconoció: eran álamos. Así pues, se encontraba en algún lugar al centro del oeste norteamericano. Si él y Laurinda permanecían quietos, las agitadas sombras les proporcionarían camuflaje. Al otro lado del río, había una amplia extensión de tierra, con carreteras que se retorcían entre campos de cultivo (sobre todo de trigo y maíz) aparentemente divididos en parcelas de pequeñas granjas, cada una de ellas con sus edificios: una casa, un granero, algún que otro establo o el taller. Las amplias líneas de los tejados rojizos les daban una apariencia asiática. Divisó unos carros de bueyes, unos cuantos jinetes a

caballo en los caminos y algunos trabajadores en los campos, pero desde aquella distancia no pudo distinguir ni su raza ni sus atuendos. A lo lejos, vio clavadas en el horizonte un complejo de torres que también evocaban a Oriente. Si pertenecían a una ciudad, debía de ser una muy compacta, de las que se retraen en sí mismas perfectamente, y no de las que crecen extendiéndose por los campos que las rodean.

Había una carretera que discurría a lo largo de la orilla opuesta del río, por donde procedía un desfile. A la cabeza iba un elefante, tan ricamente engalanado como el hombre que iba debajo del toldo de seda de la howdah^[4].

Les seguían unos hombres con la cabeza afeitada y vestidos de amarillo, flanqueados por caballos cuyos jinetes portaban pértigas de las que pendían insignias de color grana y dorado. El viento les trajo el débil sonido de un gong que golpeaba lentamente y un canto en una escala menor.

Christian hizo chasquear los dedos mascullando:

—¡Seré estúpido! Danos un par de prismáticos.

Instantáneamente, él y Laurinda tuvieron los instrumentos en la mano. Pertenecían a aquélla era y, aunque cabían en la palma de la mano, podían aumentar la imagen tanto como quisieran; además no tenían lentes en las que la luz se pudiera reflejar de forma traicionera. Estuvo observando la secuencia durante unos minutos. Sí, tenían una apariencia bastante chinesca, o de origen chino, salvo porque los individuos que había estado estudiando tenían rasgos más bien amerindios, y el líder, el que iba a lomos del elefante, llevaba puesto un tocado de plumas sobre las ropas.

—Qué apacible es esto —dijo Laurinda

—Estáis en el apogeo de la Gran Calma —contestó la voz del amuleto.

—¿Cuántos ha habido como éste? —inquirió Christian—. ¿Dónde, cuándo y cómo?

—Estáis en América del Norte, en el siglo XXII, para vuestra información. Los navegantes chinos desembarcaron en las costas del Pacífico hace setecientos años y más tarde llegaron los colonos.

«En este mundo —pensó Christian—, Europa y África seguramente no deben de ser más que un bosquejo, mera geografía con unas pocas tribus primitivas, como mucho, si es que hay algo más que océano. Simplificar, simplificar».

—Dadas las distancias y los peligros de la travesía, el proceso fue lento —prosiguió la voz—. Pese a que los recién llegados desplazaron y sometieron a los nativos en los lugares en los que se establecieron, la mayoría siguieron siendo libres durante mucho tiempo, desarrollaron la tecnología, así como la inmunidad a las enfermedades que fueron introducidas. Con el tiempo, dado que se encontraban en igualdad de condiciones, las razas empezaron a mezclarse genética y culturalmente. Los colonizadores mitigaron el estado primitivo de las religiones con las que se encontraron, pero aprendieron de las sociedades, al mismo tiempo que ellos

enseñaban la suya propia. Estáis contemplando el resultado.

—¿El Camino del Buda? —preguntó Laurinda con delicadeza.

—Influido por el taoísmo y los cultos locales a la naturaleza. Es una fe armoniosa, sin secretos ni herejías, que impregna toda la civilización.

—No puede ser todo pura bondad —dijo Christian.

—Cierto. Pero la paz que trajo el emperador Wei Zhi-fu tiene ya un siglo de duración y aguantará otros dos más. Si viajáis, descubriréis avances sensacionales en lo que a artes y refinamiento se refiere.

—Otros dos siglos. —El tono de voz de Laurinda era algo dubitativo—. ¿Después?

—No dura —predijo Christian—. También son humanos. Y, dime, ¿llegaron a progresar hacia una ciencia real?

—No —dijo la Presencia—. Su talento se centra en otros ámbitos. Pero la época de conflictos que está por llegar propiciará el desarrollo de una extraordinaria tecnología empírica.

—¿Qué época?

—China nunca reconoció la independencia que este país reclamaba, y tampoco aprobaba el mestizaje. Surgirá una dinastía combativa que invadirá un hemisferio occidental debilitado por las disputas religiosas y seculares que finalmente estallarán.

—Y, en cambio, los invasores caerán. A no ser que Gaia le ponga fin antes. Lo hace, lo hizo, alguna vez, ¿no es así?

—Todo tiene un final. Sus creaciones también.

El silencio solo dio paso al crujido de las hojas.

—¿Quieres ir a la ciudad a echar un vistazo? —preguntó la Presencia—. Se puede establecer que conozcáis a algunos personajes ilustres.

—No —dijo Christian—. Al menos de momento. Quizá más tarde.

Laurinda lanzó un suspiro:

—Ahora deberíamos ir a casa a descansar.

—Y a pensar —dijo Christian—, sí.

Transferencia.

El sol de Inglaterra parecía brillar con menos fuerza que el de América. Cayendo ya hacia el oeste, sus rayos atravesaban las ventanas para reflejarse en la madera, acariciar el mármol y los lomos de cuero de los libros, estallar en haces de colores al contacto con el cristal tallado o desprender los aromas de un jarrón lleno de flores secas.

Laurinda abrió un cajón del escritorio, deslizó la cadena de su amuleto por encima de su cabeza y arrojó el disco dentro. Antes de que volviese a cerrar el cajón, Christian la miró desconcertado; después asintió y siguió su ejemplo.

—Necesitamos estar solos un rato —dijo Laurinda—. No es que haya sido un día

espantoso, como solían ser... antes, pero estoy tan cansada.

—Es comprensible —respondió Christian.

—¿Y tú?

—Pronto lo estaré, no lo dudes.

—Esos mundos... Parece como si me acabara de despertar de un sueño.

—Supongo que es un retiro emocional. No es cobardía, no, solo un descanso temporal necesario. Has compartido su dolor. Eres demasiado buena, Laurinda.

Ella sonrió.

—No me malinterpretes; no me voy a hundir todavía, si no te hundes tú.

—Pues claro que no.

Laurinda sacó unos vasos de cristal de una vitrina, vació en ellos el contenido de una licorera que había en el aparador y le ofreció uno de ellos a Christian con un gesto de invitación. Sintieron el oportuno como una caricia en su boca y permanecieron de pie, mirándose a los ojos.

—Me parece que sería pretencioso y estúpido por nuestra parte intentar encontrar un patrón en una fase tan temprana de la búsqueda —aventuró ella—. Estos diminutos ejemplos de entre quién sabe cuántos mundos... y todos ellos tan reales como nosotros mismos.

Se estremeció.

—Creo que tengo una corazonada —dijo él muy despacio.

—¿Una qué?

—Una intuición, una impresión, una especie de sospecha que no puedo explicar. ¿Por qué ha estado Gaia haciendo todo eso? No me creo que no sea más que un pasatiempo.

—Yo tampoco. Y tampoco me creo que haya dejado que sucedan todas esas cosas horribles si estaba en su mano evitarlas. ¿Cómo se podría entender que una inteligencia y un alma como la suya no albergasen algo que no fuese bondad?

Eso era lo que Laurinda pensaba, reflexionó Christian; claro que era un avatar de Gaia, aunque supuso que eso afectaría a la justicia de su mente consciente; ya la conocía bastante bien. Pero eso tampoco probaba la naturaleza, la intención fundamental, del nodo terrestre. Únicamente demostraba que, en vida, Laurinda Ashcroft había sido una persona decente.

Ella bebió un largo trago del vaso antes de proseguir:

—A mí me parece que se encuentra en la misma posición que el Dios tradicional. Es bondadosa y quiere compartir la existencia con otros, así que los crea. Pero no tendría sentido convertirlos en marionetas, en autómatas; por eso deben tener conciencia y libertad de decisión. Así que tienen capacidad para pecar, y lo hacen con demasiada frecuencia.

—Y ¿por qué no los ha hecho moralmente fuertes?

—Porque ha preferido crearlos como humanos. Y ¿qué somos sino simios africanos especializados? —El tono de voz de Laurinda se hizo más suave y posó su mirada en el vino—. Especializados en crear herramientas, y lenguas y sueños; pero los sueños se pueden transformar en pesadillas.

Los que eran como Gaia y como Alfa no escondían en su interior a una bestia primitiva, pensó Christian. Habían absorbido, domesticado y transfigurado sus elementos humanos tiempo atrás. La resurrección de Laurinda y la suya propia debían de ser acontecimientos prácticamente únicos.

No quería herir sus sentimientos, así que puso mucho cuidado a la hora de formular sus palabras:

—Esa idea tiene su parte de sentido, pero me temo que deja algunos cabos sueltos. Gaia interviene una y otra vez, los amuletos lo admiten. Cuando las emulaciones se salen demasiado del trayecto, las modifica, y también a su gente. —Hasta que los desactiva, quiso haber añadido—. ¿Por qué lo hace, una historia tras otra, un experimento tras otro? ¿Por qué?

—¿Para... aprender algo sobre nuestra extraña especie? —dijo con una mueca en el rostro.

Asintió.

—Sí, ésa es mi corazonada. Ella no está capacitada (ni siquiera el cerebro galáctico lo está) para hacer un cómputo, a partir de principios esenciales, sobre todas las posibles consecuencias de cualquier situación humana. Todo lo que concierne a los seres humanos es de naturaleza caótica, pero los sistemas caóticos tienen estructuras, atractores, restrictores. Si dejas que las cosas sigan su curso, después de incontables variaciones descubrirás algunas leyes generales, sabrás cuál es la mejor y la peor trayectoria. —Inclinó su copa—. Entonces, ¿cuál es el objetivo? No hay más seres humanos en el universo exterior. No los ha habido desde hace... ¿cuántos millones de años? No, a no ser que realmente sea una cruel curiosidad, no veo qué es lo que anda buscando.

—Yo tampoco. —Laurinda apuró su bebida—. Ahora me siento muy cansada, cada vez más.

—A mí también me pasa —Hizo una pausa—. ¿Y si nos vamos a dormir hasta esta tarde? Después de una buena cena deberíamos verlo todo más claro.

Le tomó de la mano por un instante.

—Hasta esta tarde, mi querido amigo.

Acababa de anochecer y reinaba un ambiente agradable. La luna llena cuajaba el jardín de manchas. El vino había levantado una cierta animación levemente teñida de melancolía. La grava crujía bajo los rítmicos pasos que Laurinda y Christian daban al bailar, al tiempo que tarareaban juntos la música de un vals. Cuando terminaron, se sentaron entre risas junto al estanque, rebosante del resplandor del cielo. Antes de

eso, Christian había vuelto a ponerse el amuleto brevemente solo para ordenar que apareciese una guitarra y, en ese momento, la cogió. Nunca había visto nada tan bello como a Laurinda bajo la luz de la luna. Le cantó una canción que había compuesto hacía mucho tiempo, cuando era mortal.

«¡Marcad el ritmo, ágiles pies, bailad hasta que empiece el verano! “La vida es nuestro único tesoro. Vamos a gastarlo bien, en amor y en placer”, aconseja el ritmo del violín. Si vemos volver la primavera una vez más, tendremos todas las opciones. Sí, es un infierno este sistema, pero nosotros creamos nuestro momento eterno y fugaz donde bailar. Cómo vamos a conformarnos si no dejamos de girar sobre la hierba, resistiéndonos a la entropía, con la complicidad de cuerdas y vientos. Proclámate vencedora y ¡bésame, pequeña!».

De repente, la tenía en sus brazos.

En la margen izquierda del río que atravesaba las más altas cimas de las montañas, la ladera tenía una pendiente muy pronunciada, aunque con poca vegetación. Kalava dirigía el bote salvavidas que transportaba a su equipo a tierra. Los esclavos que iban a los remos, gruñendo por el redoblado esfuerzo, tenían la piel brillante por el sudor, que les resbalaba entre los músculos tensados. Aquel día, el sol ardía en un cielo medio nublado. La proa rechinó al encallar en un banco de arena, en una zona poco profunda. Kalava ordenó a dos de sus marinos que se quedaran haciendo guardia para vigilar el bote y a los remeros mientras él, los otros cuatro hombres e Ilyandi vadeaban hasta la orilla y emprendían el ascenso.

La marcha fue lenta pero dura. Una vez estuvieron en la cima, encontraron una cresta, desde donde se divisaba un paisaje que arrancó a la mujer una exclamación de admiración y un par de blasfemias de asombro a los hombres. En dirección norte, el terreno era aún más escarpado y presentaba un panorama repleto de copas de árboles hasta la base de la montaña y a través del valle, inundado por los verdes y los ocre de la vegetación. Por el centro discurría el río, reluciente como la hoja de una espada desenvainada, que descendía desde las estribaciones apenas perceptibles y las abruptas montañas que se elevaban por detrás. Dos espadas aladas pasaron planeando a lo alto en busca de presas mientras los rayos de sol se abrían paso entre las gigantescas masas de nubes, transformando su blancura en sombrías hendiduras. El aire parecía algo más fresco allí arriba y los olores de los arbustos eran una bendición.

—Ah, es hermoso; es tan hermoso como el Reino de la Puesta de Sol de la leyenda —resolló por fin Ilyandi.

Tenía una esbelta presencia con la túnica masculina y los borceguíes que, como vilku, podía llevar en las caminatas con propiedad. El viento le agitaba los rizos cortos y su piel cobriza estaba tan húmeda y casi tan olorosa como la de Kalava, que era oscura como la noche. No obstante, no se sentía más cansada que el resto de sus compañeros.

El marinero Urko observó ceñudo los árboles y la maleza a ambos lados. Solamente el sendero por el que habían ascendido los viajeros estaba un poco despejado, probablemente debido a algún desprendimiento de tierra que se produjera en el pasado.

—Demasiado bosque —se quejó. De hecho, había sido toda una odisea circular por cualquier sitio donde habían desembarcado; ni siquiera habían intentado cazar, cosa que había sido muy fácil en la costa. Por suerte el agua rebosaba de peces.

—La explotación forestal será la solución. —Kalava sentía el palpito de las palabras en su boca—. Y entonces, ¡qué granjas habrá! —Estaba absorto en el futuro.

De vuelta a la realidad dijo:

—Ye hemos avanzado suficiente, nos hemos hecho una idea de cómo es esta tierra. Tres días y calculo que otros dos río abajo; si tardásemos más, en el barco la tripulación podría empezar a asustarse. Volvamos.

—Otros barcos traerán más exploradores —dijo Ilyandi.

—Por supuesto. Y seré yo quien capitaneé los primeros.

A través del fragor del viento, se oyeron crujidos y chasquidos que salían de entre la maraña que quedaba a su derecha.

—¿Qué es eso? —fue Taltara quien gruñó.

—Algún animal grande —respondió Kalava—. Estad atentos.

Los marineros formaron una línea. Tres de ellos agarraron las lanzas que portaban, el cuarto se descolgó la ballesta que llevaba a la espalda y la armó. Kalava hizo señas a Ilyandi para que se colocase detrás de ellos y desenvainó la espada.

El ser apartó unos helechos y salió a cielo abierto.

—¡¡Ah!! —bramó Yarvonin mientras dejaba caer su lanza y daba media vuelta para salir huyendo.

—¡Firmes! —aulló Kalava—. Urko, dispara a cualquiera que salga corriendo, si es que no lo abato antes yo mismo. ¡Aguantad, hijos de perra, aguantad!

El ser se detuvo. Todos aquellos corazones palpitantes se detuvieron por un instante, nadie se movía.

Era una visión terrorífica. Le sacaba una cabeza al más alto de los hombres a los que se enfrentaba; sin embargo, esa cabeza no tenía rostro, sino una horrible máscara en blanco. Dos gruesos brazos le sobresalían de cada uno de sus costados, de los cuales, el par inferior tenía unas manos completamente deformadas. La espalda cheposa no desmentía la sensación de fuerza que transmitía. Mientras los viajeros lo examinaban, a aquella criatura le brotó una tercera pierna, esquelética, que le permitía mantenerse más cómodamente sobre el terreno irregular. Era imposible discernir, ni siquiera a plena luz del día, si estaba desnudo o si llevaba puesta una armadura blindada.

—Quietos, chicos, quietos —apremiaba Kalava con los dientes apretados. Ilyandi salió de su refugio para unirse a ellos con una calma estremecedora—. ¿Qué es, mi señora? —inquirió.

—Un dios, o un mensajero de los dioses, creo. —El viento le impedía descifrar con claridad sus palabras.

—Un demonio —gimió Eivala sin moverse de su puesto.

—No, no es probable. Nosotros, los vilkui, tenemos algunos conocimientos sobre ese tema. Pero en verdad no es fiero. Nunca pensé que me iba a topar con uno de ellos..., en esta vida...

Ilyandi tomó una amplia bocanada de aire, apretó los puños un segundo y

entonces abandonó su posición para situarse delante de los hombres. Después de palpar la maltrecha espiga de tekín que llevaba prendida en el pecho, se cubrió los ojos y se arrodilló antes de volver a levantarse para mirar a la máscara frente a frente.

El ser no hizo ningún movimiento y, a pesar de no tener boca, habló con una voz profunda y resonante en una lengua incomprensible. Pasado un momento, el sonido cesó y después volvió a hablar en una lengua igualmente desconocida. Al tercer intento, Kalava exclamó:

—¡Eh, eso es de los Campos Resplandecientes!

El ser guardó silencio, parecía estar sopesando lo que había oído. A partir de entonces, las palabras brotaron en el ulonaiano de Sirsu.

—No tengáis miedo, no tengo intención de haceros daño.

—Lo que un hombre sabe no es mucho, lo que comprende es aún menos, así pues, dejad que se incline ante la sabiduría —recitó Ilyandi. Volvió la cabeza lo justo para decirles a sus compañeros—: Soltad las armas e inclinaos.

Obedecieron torpemente.

Sobre el panel en blanco que tenía el cráneo vacío apareció un semblante humano. Pese a que era negro, ninguno de ellos recordaba haber visto a nadie con aquellos rasgos: la nariz ancha, los labios gruesos, los ojos redondos y el pelo muy rizado. Con todo, para aquellas almas estupefactas la magia tenía algo de reconfortante.

Con tono bajo pero seguro, Ilyandi preguntó:

—¿Qué quieres de nosotros, señor?

—Es difícil de explicar —respondió el extraño. Prosiguió tras una pausa—: El mundo está desconcertado. Yo también... Podéis llamarme Brannock.

El capitán apeló a toda su valentía:

—Y yo soy Kalava, hijo de Kurvo, del clan Samayoki. —Y a Ilyandi le dijo en voz baja—: Mi señora, no es por falta de respeto que no te menciono. Dejemos que concentre sus hechizos en mí.

Pese a que no tenía genitales a la vista, los humanos consideraron que Brannock era un varón.

—Mi señor no necesita nombres para llevar a cabo su voluntad —dijo ella—. Yo soy la ilustre Ilyandi, hija de Lytin, nacida en el clan Arvala y ahora soy vilku de quinto grado.

Kalava se aclaró la garganta y añadió:

—Con tu permiso, señor, no mencionaremos los nombres de los demás todavía. Están muy asustados. —Oyó una queja a su espalda y se rio por dentro. La vergüenza les ayudaría a seguir firmes. Por su parte, el espanto empezaba a dar paso a un vibrante entusiasmo.

—Vosotros no vivís aquí, ¿verdad? —preguntó Brannock.

—No —dijo Kalava—. Somos exploradores de ultramar.

A Ilyandi no le gustó su presunción y se dirigió a Brannock:

—Señor, ¿hemos infringido alguna norma? No sabíamos que esta tierra era prohibida.

—No lo es —dijo—. No exactamente, pero... —el rostro del panel sonrió—. Venid, relajaos, vamos a hablar. Tenemos mucho que compartir.

—Su forma de hablar no es distinta a la de cualquier hombre —le susurró Kalava a Ilyandi.

Ella lo miró fijamente.

—Si es que tú eres ese hombre.

Brannock señaló a un enorme y viejo árbol nudoso completamente cubierto por una copa arqueada repleta de hojas.

—Allí hay una sombra —replegó la tercera pierna y avanzó a zancadas hasta un tronco caído que ocupaba casi todo el espacio, se agachó y lo apartó. Todos los hombres de Kalava juntos no podrían haberlo movido. El gesto no era necesario, pero la demostración de una fuerza usada sin maldad hizo que se tranquilizasen todavía más. De todos modos, los miembros del equipo se sentaron en el suelo con una actitud de callado temor, mientras el capitán, la vilku y el extraño se quedaron de pie.

—Habladme de vosotros —dijo Brannock con suavidad.

—Seguro que ya sabrás cosas, mi señor —respondió Ilyandi.

—Eso podría ser.

—Quiere que lo hagamos nosotros —dijo Kalava.

Durante un rato, movidos por las preguntas que les formulaba, los dos expusieron un relato a grandes rasgos. La cabeza de Brannock dentro de la otra cabeza asintió:

—Ya entiendo. Sois los primeros humanos que pisan este país. Pero vuestra gente lleva mucho tiempo viviendo en su país, ¿no es así?

—Desde tiempo inmemorial, mi señor —dijo Ilyandi—, aunque la leyenda afirma que nuestros antepasados vinieron del sur.

Brannock volvió a esbozar una sonrisa.

—Habéis sido muy valientes al haberme conocido así, mi... mi señora. Pero ¿le dijiste a tu amigo que en tu orden se habían dado encuentros con seres parecidos a mí?

—¿La oíste murmurar, a un tiro de lanza? —Kalava no pudo reprimirse.

—O bien oyes nuestros pensamientos, señor —dijo Ilyandi.

El gesto de Brannock se hizo más serio.

—No, no es eso. Si no, ¿para qué iba a necesitar que me contarais vuestra historia?

—¿Puedo preguntarte de dónde provienes?

—No me molesta, pero no podría explicarlo con exactitud. Podría ayudar que me

contaras lo de esos seres de los que algo sabes.

Ilyandi no pudo ocultar un nerviosismo repentino y Kalava, que estaba a su lado, también se puso tenso. Incluso los pasmados marineros debían de estar preguntándose si un verdadero dios hablaría de esa forma.

Ilyandi seleccionó cuidadosamente sus palabras.

—En el pasado, unos seres del cielo se han aparecido ante ciertos vilkui o jefes, algunas veces. Han dado órdenes sobre lo que el pueblo debía o no hacer. Muchas veces, esas órdenes eran difíciles de comprender. ¿Por qué tenían que construir los kivalui molinos hidráulicos en el río Vigoroso, si tenían multitud de esclavos para moler el grano? Pero también se transmitieron conocimientos, consejos sobre dónde y cómo indagar en los caminos de la naturaleza. El eminente siempre prohíbe que se hable abiertamente de su venida y todos los relatos se guardan en los anales secretos de los vilkui. Pero tú, señor...

—¿Qué aspecto tenían esos seres? —la cortó Brannock bruscamente.

—Tenían formas ardientes, aladas o humanas, y las voces parecían trompetas...

—¡Por el hacha de Ruvio! —estalló Kalava—. ¡Aquella cosa que pasó por encima de nosotros en el mar!

Los hombres que estaban en el suelo sintieron un escalofrío.

—Sí —dijo Brannock, ahora con más delicadeza—, puede ser que yo fuese parte de eso. Pero en relación a lo demás...

El rostro parpadeó antes de borrarse y, tras unos segundos de espanto, reapareció.

—Lo siento, no quería asustaros, lo olvidé —dijo. Adoptó una expresión neutra; su voz sonó más atronadora—. Escuchad: en el cielo hay una guerra. Yo acabo de librar una batalla y los rastreadores del enemigo podrían dar conmigo en cualquier momento. Debo transmitir un mensaje que es vital que llegue a cierto lugar, a una montaña sagrada que hay en el norte. ¿Me ayudaréis?

Kalava tomó su espada por la empuñadura, por lo que parecía que la piel de entre sus nudillos se hubiera desgarrado. Ilyandi, que se había puesto blanca, estaba en pie, dispuesta a enfrentarse a los infiernos, cuando preguntó:

—Señor Brannock, ¿cómo podemos estar seguros de que eres divino?

No sucedió nada que la hiciera caer fulminada.

—No lo soy —le dijo—, yo también puedo morir. Pero aquéllos a los que sirvo viven en las estrellas.

Todo aquel cúmulo de misterios que solo se apreciaban cuando las nubes nocturnas se abrían; pero los pensadores de los cielos les habían enseñado que giraban siempre alrededor del Eje del Norte... Ilyandi se mantuvo erguida.

—¿Puedes hablarme de las estrellas?

—Además de valiente eres inteligente —dijo Brannock—. Escucha.

Kalava no pudo seguir lo que sucedía entre los dos y los marineros permanecían

encogidos por el miedo.

Finalmente, con lágrimas recorriéndole las mejillas, Ilyandi dijo con voz entrecortada:

—Sí, conoce las constelaciones, los eclipses y la precesión y rotación del Gran Cometa; proviene de las estrellas. Confiad en él. De... debemos hacer lo que nos diga.

Kalava soltó el arma, se llevó la mano al pecho en un gesto de saludo y preguntó:

—¿Qué es lo que podemos hacer nosotros, humildes criaturas, para ayudarte, mi señor?

—Vosotros mismos sois la noticia que debo transmitir —dijo Brannock.

—¿Cómo?

—No tengo tiempo para explicarlo... si pudiera. Los rastreadores pueden encontrarme en cualquier momento. Pero, cuando lo hagan, quizá vosotros podríais seguir en mi lugar.

—¿Y escapar de aquello que te haya vencido a ti? —dijo Kalava con una risa nerviosa—. Bueno, un hombre podría intentarlo.

—Es una apuesta desesperada, pero si vencemos, podrás elegir cualquier recompensa, y creo que se te otorgará.

Ilyandi inclinó la cabeza por encima de sus manos entrelazadas.

—Es suficiente haber servido a los que moran más allá de la Luna.

Pero Kalava no pudo resistirse a mascullar:

—¡Bah! Si quieren pagar por ello, ¿por qué no? —A viva voz, casi con impaciencia, con la cabeza alta y con la blanca melena agitándose al viento, dijo—: ¿Cuál es nuestra misión?

Brannock le miró a los ojos.

—He estado pensando en ello. ¿Podría alguno de vosotros venir conmigo? Yo lo llevaré más rápido de lo que vosotros podríais avanzar. Por el camino hablaremos acerca de lo que pasará después.

Los humanos se quedaron en silencio.

—Ojalá tuviera conocimientos sobre los bosques —dijo entonces Ilyandi—. ¡Pero iré! ¡A las estrellas!

Kalava hizo un gesto de negación.

—No, mi señora. Tú debes volver con estos hombres, darles ánimos y que terminen de reparar el barco. —Miró a Brannock—. ¿Señor, cuánto tiempo durará esta incursión?

—Yo puedo llegar hasta la cima de la montaña en dos días y una noche —contestó—. Si me cogen y tienes que seguir solo, creo que un hombre fuerte puede cubrir la distancia desde aquí en diez o quince días.

Kalava se rio de mejor gana que antes.

—El Corcel tardará muchos más días en estar listo. Marchemos. —Se dirigió a Ilyandi para decirle—: Si no he vuelto para cuando esté preparado, volved a casa sin mí.

—No... —vaciló.

—Sí. No lloréis mi muerte. ¡Vaya destino! —Hizo una pausa—. Espero que todo te vaya bien, mi señora.

—También a ti, Kalava, siempre —contestó no demasiado segura—; en este mundo y en el que vendrá, hasta las estrellas.

A partir de trozos sueltos de mimbre y enredaderas, y empleando tiras de tela y de cinturones de cuero, Brannock confeccionó una especie de alforja que sirviera para transportar a su compañero. Kalava, pese a su estado de ansiosa expectación, le ayudó con un sentido muy práctico. Brannock, que también había sido marinero, se sintió extrañamente conmovido al ver cómo aquellos habilidosos dedos iban dando forma a bolinas y escotas, en medio de aquel entorno tan ajeno.

Al ajustarlo a su espalda, el entramado proporcionaba a Kalava un asiento y un punto de sujeción. El grupo electrógeno nuclear que Brannock tenía en su interior, que empleaba fusión cuántica de efecto túnel, emitía un índice de radiación insignificante.

Brannock se puso en marcha cuesta abajo y a través del valle. No iba a una velocidad mucho mayor de la que podía haber mantenido un ser humano durante un tiempo. El bosque era lo único que suponía un obstáculo, pero tampoco quería abrir espacios a la fuerza para no dejar marcas a su paso; prefirió ir apartando la maleza o rodear las zonas de vegetación más espesa. La ventaja que tenía era que no se cansaba, podía seguir avanzando sin detenerse, sin necesidad de comer, beber o dormir, tanto tiempo como fuera necesario. Las cumbres que tenía por delante podían presentar más dificultad; no obstante, pese a que con la altitud la vegetación se hacía cada vez más escasa y seca, en esta Tierra convertida en horno, el monte Morada de la Mente no superaba la línea forestal. Las raíces mantenían firmes las laderas y no tendría que avanzar sobre nieve o hielo.

Era ajeno, sí. Brannock recordaba el cedro, la píceas, un lago junto al que pastaban los caribús, en praderas cubiertas de frambuesas, entre la fresca brisa que movía las nubes blancas sobre un cielo completamente azul. En aquel lugar todos los árboles, los arbustos, las flores o los insectos voladores le eran desconocidos; ni siquiera crecía la hierba, a no ser que fuera el antepasado de aquella alfombra de vegetación gruesamente lobulada que cubría los claros; las criaturas aladas que volaban a lo alto no eran pájaros, y los sonidos que emitían los animales no le resultaban familiares.

La encarnación del Viajero siguió caminando mientras caía la noche. Un rato después, la lluvia empezó a sonar estruendosamente en el techo de hojas que les cubría; grandes y cálidas gotas atravesaban aquel tejado para caer sobre él. Estaba compenetrado con el campo magnético y la rotación del planeta, por lo que su sentido de la orientación le tuvo en ruta al mismo tiempo que un integrador de inercia contabilizaba los kilómetros que iba dejando atrás.

Cuanto más, mejor. Los sensores móviles de Gaia habrían estado observando la expedición desde Ulonai, puesto que suponía una novedad y representaba un problema en potencia. Brannock había estado acechándoles y escuchándoles a través

de sus amplificadores y había descubierto que el grupo iba a seguir río arriba, así que corrió a interceptarlo, pues pensó que pronto estaría fuera del radio de observación. Supuso que Gaia habría mantenido la vigilancia continua del campamento y que uno o dos pequeños robots habrían seguido a Kalava, en caso de que el Viajero no hubiera estado en conexión con ella. El emisario de Alfa se habría dado cuenta fácilmente de que estaba concentrando su atención en algo próximo y urgente y habría sentido curiosidad.

De todos modos, podía haber enviado agentes para que pasaran por allí de vez en cuando, de forma inadvertida, y que le transfiriesen la información a una parte periférica de su ser. Habría sido una inmensa suerte que ninguno de ellos hubiese oído hablar a la tripulación acerca de la aparición que se había llevado consigo al capitán.

Y entonces, ¿qué? Tendría que hallar alguna forma de desviar la atención del Viajero durante un tiempo para que una mínima fracción de su mente dirigiese algunas máquinas con capacidad suficiente para encontrar a Brannock y ocuparse de él, y dudaba de que pudiera volver a librarse de ellas. Como no se atrevería a enviar o a dar órdenes a sus mejores individuos, Brannock tendría que enfrentarse a otros más débiles o defectuosos, pero contarían con la misma determinación inquebrantable y estarían alerta para contrarrestar los poderes que había demostrado en la aeronave. Era evidente que estaba decidida a ocultar el hecho de que el ser humano volvía a poblar la Tierra.

Brannock no sabía la razón, y no desperdició ni un ápice de energía mental en tratar de averiguarlo. Debía de ser un asunto de suma importancia y las consecuencias tendrían una gran trascendencia: supondrían una secesión del cerebro galáctico. Su obligación era informar al Viajero.

Era posible que llegara a acercarse lo suficiente para llamarle por radio, aunque el emisario tenía la sensibilidad activada a muy baja potencia y no había ningún repetidor instalado para una transmisión de corto alcance. No habían previsto ninguna de estas opciones. Si Brannock no lograba llegar hasta la cima, Kalava constituía una vana esperanza. Así pues, le preguntó:

—¿Estás cansado? —Hasta entonces no habían hablado mucho.

—Baldado y agarrado —admitió. Y también sediento, le oyó decir Brannock

—Eso no nos vale. Tienes que estar en condiciones óptimas para moverte deprisa. Aguanta un poco más y descansaremos. —Quizá el plural le daría a Kalava un poco de consuelo. En raras ocasiones se podía encontrar un hombre tan solo como lo estaba él en tales circunstancias.

En un país tan húmedo como aquél abundaban los riachuelos; Brannock empleó sus quimiosensores para localizar el más cercano. Para entonces había dejado de llover. Kalava se bajó de su arnés, caminó a tientas en la oscuridad y se agachó a

beber. Mientras tanto, Brannock, que veía con bastante claridad, arrancó unas cuantas ramas frondosas para prepararle un lugar donde dormir. Kalava se dejó caer y empezó a roncar casi instantáneamente.

Brannock le dejó. Un hombre fuerte podía aguantar varios días sin comer antes de debilitarse, pero no sería necesario. Brannock recogió unos cuantos frutos que se suponía serían nutritivos, localizó un animal del tamaño de un cerdo y lo mató, lo transportó hasta el campamento y empleó sus manos-herramienta para descuartizarlo.

Había tenido una idea mientras caminaba. Después de una breve búsqueda encontró un árbol que le recordó vivamente a un abedul, aunque era de un color rojo terroso y desprendía un intenso aroma, y que tenía la corteza adecuada. Le arrancó un trozo, regresó y estuvo un rato haciendo una inscripción con un dedo cuchilla.

La luz gris del amanecer se filtraba ya por entre la penumbra. Kalava se despertó, se puso en pie de un salto y saludó a su compañero; luego se estiró como una pantera y dio unos cuantos brincos de cabra para devolverle agilidad a su cuerpo.

—Me ha sentado muy bien —dijo—. Te lo agradezco, mi señor. —Su mirada se desvió hacia los víveres—. ¿Y has traído comida? Eres un dios bondadoso.

—Me temo que no soy ninguna de las dos cosas —le dijo Brannock—. Coge lo que quieras y hablemos.

Kalava se dedicó en primer lugar a las rutinas de campamento. Parecía haberse desprendido de todo el temor religioso que le había invadido y ahora consideraba al otro como parte del mundo; indudablemente, era alguien a quien respetar, pero del mismo modo que se respetaba a un hombre poderoso, enigmático o de una posición elevada. Un espíritu fuerte, pensó Brannock. O quizá era que su cultura no distinguía entre lo natural y lo sobrenatural. Para alguien primitivo todo era mágico de una forma u otra, y cuando la magia se manifestaba se podía aceptar como un simple hecho más.

Brannock se preguntaba si Kalava sería auténticamente primitivo.

Era alentador verle ocuparse de forma tan diligente de sus tareas: se desenvolvía tan bien en el bosque como en el mar. Estuvo recogiendo unas cuantas ramas secas y, tras apilarlas en forma de pirámide, les prendió fuego valiéndose de un cilindro y un pistón pequeños de madera noble, un puñado de yesca y una astilla con azufre en una punta que sacó de la bolsita que llevaba colgada del cinturón. Al hacerlo descender, el pistón calentó el aire que había quedado atrapado y encendió el polvo; introdujo la cerilla y cuando la extrajo ardiendo la empleó para encender el fuego. Sí, eran ingeniosos. Y la mujer, Ilyandi, tenía profundos conocimientos de la astronomía a simple vista. Puesto que el cielo se veía con claridad en tan raras ocasiones, esos conocimientos suponían vidas enteras de paciente observación, amplios registros de datos y lógica, incluyendo matemáticas a un nivel equiparable al de Euclides.

¿Qué más?

Mientras Kalava asaba la carne y comía, Brannock le estuvo haciendo preguntas. Supo que había ciudades estado belicosas divididas en clanes; asambleas populares en las que los hombres libres aprobaban leyes, celebraban juicios y elegían a sus líderes; una orden internacional de sacerdotes, maestros, sanadores y filósofos; un agresivo comercio de expansión, a veces incluso pirático; bárbaros que emergían de los desiertos y las tierras yermas en constante crecimiento; el crudo militarismo que los estados fronterizos habían desarrollado para combatirlos; una tecnología empírica pero intensamente biológica que había desarrollado una asombrosa variedad de plantas y animales especializados, incluidos los esclavos mentalmente incapacitados, pero nacidos con fuerza muscular y de una obediencia canina.

La mayor parte de aquella descripción surgió a medida que avanzaban. Era completamente imposible mantener una conversación real mientras Brannock luchaba por abrirse paso entre la vegetación, vadeaba ríos con grandes caudales o ascendía por una cuesta empinada. Aun así, incluso en esos momentos lograban articular alguna pregunta y su respuesta. Además, después de haber cruzado el valle y haberse adentrado en las estribaciones, se encontró con un terreno escarpado pero menos pantanoso, en el que cada vez había menos árboles y arbustos, y el aire se volvió algo más frío.

De todas formas, de haber sido solo un ser humano, Brannock no habría logrado comprender tantas cosas en tan pocos fragmentos de conversación. Pero era inmune a la fatiga y al desaliento. Tenía una enorme cantidad de datos almacenados a los que recurrir, entre los que se encontraban sus conocimientos de historia y antropología adquiridos durante sus años de juventud como mortal, que le proporcionaron las técnicas para construir un árbol lógico y seguir sus mejores ramas, y para plantearle las preguntas más adecuadas y útiles. El resultado se plasmó en un escueto, aunque claro y convincente, esbozo del mundo de Kalava.

Se quedó horrorizado.

Mejor dicho, su lado Christian Brannock rechazó su brutalidad; el aspecto del Viajero pensó que ésa era aproximadamente la forma en que los humanos se habían comportado normalmente y que su civilización no habría logrado estabilidad sin la inteligencia artificial dominante. Prosiguió con su viaje.

Interrumpió la marcha para que Kalava descansase y pudiera estirar las piernas. Desde aquella colina, se veía el horizonte del norte y, ante ellos, las altas montañas, con sus abruptas pendientes escarpadas, sus cortados y sus riscos donde no las cubrían los bosques, y con sus cimas ocultas en un cielo plomizo. Brannock señaló a la más cercana, que sobresalía en la cordillera como un baluarte.

—Nos dirigimos hacia allí arriba —dijo—. En la cumbre se encuentra mi señor, a quien debo transmitir las novedades.

—¿No te ve desde allí? —preguntó Kalava.

Brannock negó con la cabeza generada en su pantalla.

—No. Quizá podría, pero está inmerso en una reunión con el enemigo, y todavía no sabe que ella es el enemigo. Imagínatela como una hechicera, lo está embaucando con una astuta conversación, con cuentos y fantasías, mientras sus agentes campan por el mundo. Mi mensaje le revelará la verdad.

¿Lo lograría? ¿Podría, cuando la verdad y la justicia se revelaban tan deformadas como la capa de nubes?

—¿Le habrán advertido contra ti?

—En cierta medida, pero no sé hasta qué punto. Si lograra aproximarme, podría emitir un grito silencioso que mi señor oiría y podría entenderlo. Pero si los soldados me atrapan antes, deberás continuar, y será duro. Es posible que fracasases y mueras. ¿Estás preparado?

Kalava sonrió con una mueca y dijo:

—A estas alturas, será mejor que sí, ¿no es cierto?

—Si tienes éxito, tu recompensa no tendrá límites.

—Admito que ése es un aliciente. Pero, por otro lado... —Kalava hizo una pausa y después prosiguió con calma—. También, la dama Ilyandi lo desea.

Brannock decidió no hablar de ese tema. Levantó el pedazo de corteza enrollada que había llevado en una de las manos inferiores.

—Tu sola presencia debería romper el encantamiento, pero quiero que entregues este mensaje.

Empezó a describir tan exhaustivamente como pudo la ruta, el lugar y el módulo que contenía al Viajero, poniendo especial cuidado en distinguirlo de todo lo que lo rodeaba. No estaba seguro de si el panorama podía producir en Kalava un sentimiento de confusión e impotencia, pero en cualquier caso, el hombre parecía estar decidido. Tampoco sabía cómo iba Kalava a cruzar medio kilómetro de asfalto, si es que llegaba tan lejos, sin que Gaia lo detectara inmediatamente y lo destruyera. Quizá el Viajero lo percibiera primero. Quizá.

Él, Brannock, estaba usando a este ser humano tan conscientemente como Gaia lo habría hecho con cualquiera, y no sabía cuál era su objetivo. ¿Qué era lo que amenazaba a la comunidad de las estrellas que exigía el sacrificio de esta pequeña y breve vida? De todas formas, entregó la carta a Kalava y éste la guardó dentro de su túnica.

—Estoy preparado —dijo el hombre, y volvió a subirse al arnés para reemprender la marcha.

El sol caluroso de media tarde permanecía oculto cuando los sensores de Brannock reaccionaron. Sintió un zumbido trémulo, pero lo supo inmediatamente gracias a la señal electrónica que emitía un objeto del tamaño de un mosquito que se aproximaba desde lejos. Un pequeño dispositivo le seguía la pista.

No podía tener la misma sensibilidad que los instrumentos con los que él contaba, todavía no lo había identificado; pero estaría allí antes de que pudiera huir, lo vería e informaría a las máquinas más potentes, que tampoco estarían muy lejos. Una vez obtenido un indicio sobre su situación, las máquinas habrían confluído desde todos los puntos del continente, puede que incluso de todo el planeta.

Se detuvo en seco. Había llegado a un barranco de donde brotaba una cascada; esta iba a dar a un arroyo que, a su vez, llegaba hasta el río Remanente. Se encontró rodeado de arbustos y árboles enormes y ligeros, de hojas dentelladas y un color bronceado. Los insectos zumbaban entre las flores violetas. Intensos perfumes inundaban sus quimiosensores.

—Los rastreadores del enemigo me han encontrado —dijo—. Vete.

Kalava se liberó de su arnés y saltó al suelo, pero, con la mano en la empuñadura de su arma, vaciló.

—¿Puedo luchar a tu lado?

—No. Tu tarea es transmitir mi mensaje. Vete, ahora mismo. Oculta tu rastro tan bien como te sea posible. Que tus dioses te acompañen.

—¡Señor!

Kalava desapareció entre la maleza. Brannock se quedó solo.

La fracción de humanidad que había en él se fundió con el resto y volvió a tener una existencia completamente maquinal, lógica, emocionalmente distanciada, salvo por sus obligaciones respecto al Viajero, Alfa y la conciencia que reinaba en el universo. No es un mal sitio para defenderme, pensó. La pared del barranco le cubría la retaguardia, y podía arrojar algunas rocas que había al pie del risco y arrancar ramas para emplearlas como porras o lanzas. Estaba decidido a hacer que sus captores pasaran un mal rato antes de caer prisionero. Obviamente, podían decidir acabar con él por medio de un rayo energético, pero no era probable; desde el punto de vista de Gaia, lo mejor era capturarlo y alterar sus recuerdos para que regresara con el informe sobre una travesía sin incidentes en la que no había visto nada significativo.

No había caído en la cuenta de que, antes de nada, los agentes podían extraer sus recuerdos reales, lo cual hubiera requerido unas habilidades que Gaia nunca creyó necesitar. El mero hecho de haber construido el aparato que había tratado de controlarlo debió de requerir un esfuerzo extraordinario, solo que lo llevó a cabo de forma apresurada. Ahora aún estaba más limitada en sus acciones. La orden de duplicar y poner en marcha el aparato era lo bastante simple para que le pasara desapercibida al Viajero. Pero el diseño y la activación de un interrogatorio era algo distinto, sin mencionar la dificultad de informar a Gaia clandestinamente.

Brannock no se atrevió a suponer que ella no supiera que había traído a Kalava consigo. Lo más probable era que uno de los agentes la hubiese puesto al corriente

sobre su supervivencia, al dar con el grupo del bote salvavidas, y que hubiese activado su búsqueda. Pero los marinos habrían estado asustados, desconcertados, y hablarían de forma inconexa y casi sin sentido. Ilyandi, aquella mujer brillante y formidable, habría hecho todo lo posible para prohibirles decir algo que les pudiera ser útil. Tenía que dar la impresión de que Brannock solo quería sonsacar a Kalava acerca de su gente, antes de dejarlo en libertad para que volviera con ellos, y proseguir entonces su camino hacia la Morada de la Mente.

En cualquier caso, no sería fácil localizar a aquel hombre; no era una máquina, era un animal entre una cantidad incontable de animales, y era el más astuto de todos ellos. El único tipo de búsqueda por saturación que lograría dar con él en un corto período de tiempo estaba vetada. Gaia podía dedicar una minúscula proporción de sus fuerzas a la búsqueda y concentrar en él una diminuta fracción de su atención, pero no le tomaría muy en serio. ¿Por qué iba a hacerlo?

¿Por qué tendría que hacerlo Brannock? Una vana esperanza, en verdad.

Hizo sus preparativos. Mientras esperaba el ataque, su espíritu se elevó más allá de las nubes, hacia las estrellas y los millones de años que su individualidad superior había conocido.

En la habitación reinaba un ambiente cálido que desprendía un aroma a idilio y a las rosas que Laurinda había puesto en un jarrón. La luz de la tarde entraba difuminada a través de las vaporosas cortinas para posarse sobre una gran cama de columnas.

Se acercó un poco más a Christian, que estaba recostado sobre dos almohadas. Le rodeó el pecho con el brazo mientras él la abrazaba por los hombros.

—No quiero salir de aquí —le susurró.

—Yo tampoco —dijo él acariciándole con los labios la dulce melena suelta—. Cómo voy a querer marcharme.

—Me refiero a... lo que somos, en lo que nos hemos convertido el uno para el otro.

—Entiendo.

Tragó saliva.

—Perdona, no tenía que haberlo dicho. Olvídalo, por favor.

—¿Por qué?

—Ya sabes. No puedo pedirte que no regreses a tu ser completo. No te lo estoy pidiendo.

Él siguió mirando al frente.

—Es solo que todavía no quiero dejar esta casa, esta cama —dijo desolada—. No después de estos últimos días y noches. Todavía no.

Volvió el rostro para mirar aquellos ojos grises llenos de lágrimas.

—Y yo tampoco —contestó—. Pero me temo que vamos a tener que hacerlo.

—Por supuesto, es nuestro deber.

Y Gaia y el Viajero. Si para entonces no sabían que sus encarnaciones habían desatendido sus tareas, no había duda de que, al menos ella, pronto lo sabría, a través de los amuletos y de su vínculo con ella. No importaba lo implicada que estuviera en su conexión con la otra mente inmensa, querría tener información ocasional acerca de lo que estaba sucediendo en su interior.

Christian respiró profundamente.

—Déjame decir lo mismo que has dicho tú: a mí, a este yo que soy ahora, le trae sin cuidado no ser otra cosa que tu amante.

—Cariño, cariño.

—Pero... —dijo después del beso.

—Continúa —le dijo con los labios apenas separados de los de él—. No tengas miedo a hacerme daño. No puedes.

Suspiró.

—Claro que puedo, y tú me puedes hacer daño a mí. Aunque ninguno de los dos quiera, no lo podemos evitar.

Ella asintió.

—Porque somos humanos. —Y resueltamente, añadió—: Sin embargo, gracias a ti, eso es lo que espero seguir siendo.

—No veo cómo, ésa era la razón de mi «pero». —Se quedó en silencio durante otro breve instante—. Cuando nos reintegremos de nuevo, cuando volvamos a nuestra individualidad, no hay duda de que nuestros sentimientos serán distintos.

—No sé si los míos cambiarán alguna vez.

Christian no quiso recordarle que ese «yo» no volvería a existir nunca sino en forma de recuerdo secundario y de débil insinuación. En cambio, con ánimo de consolarla, aunque de un modo algo torpe, le dijo:

—A pesar de todo, creo que lo prefiero para ti. La inmortalidad: no envejecer, no morir. El poder, la conciencia.

—Sí, lo sé. En estas vidas estamos ciegos, sordos y desconcertados. —Se rio con un pequeño y triste murmullo—. Me gusta.

—A mí también. Ser lo que somos. —Bruscamente, agregó—: Bueno, todavía nos queda un poco de tiempo.

—Pero tenemos que proseguir con nuestro trabajo.

—Gracias por decirlo por mí.

—Creo que tú lo ves más claro que yo y eso hace que te cueste más hablar. —Alargó la mano para acariciarle la mejilla y le rogó—: Podemos esperar a mañana, ¿no? Para tener una buena noche de sueño.

Él sonrió.

—Bueno, se me ocurren otras cosas aparte de dormir.

—Tendremos otras oportunidades..., por el camino, ¿verdad?

Era de mañana en el jardín; los reflejos del rocío sobre las hojas y los pétalos; en lo alto, un halcón planeaba en la brisa que hizo que Laurinda tuviera que arrebujarse el chal. Estaba sentada junto al estanque mirándole pasear inquieto de un lado para otro por delante de ella, con los puños apretados a los costados, o bien cogidas las manos a la espalda. La grava crujía bajo sus pies.

—Pero ¿a dónde podemos ir? —se preguntó Laurinda—. No tiene sentido vagar sin rumbo de un mundo para otro, hasta que acaben con su trabajo y vuelvan a reclamarnos. —Trató de aportar un poco de levedad—: Te confieso que creo que lo mejor sería que solicitásemos visitar los sitios más agradables.

Él negó con un gesto.

—Lo siento, yo no pienso lo mismo. —Incluso en los ratos que les pertenecían solo a ellos dos.

Ella hizo acopio de valor.

—Ya sabes cómo funciona —dijo Christian—. Les das mil vueltas a las cosas y no tienen ninguna forma; y de repente, un día te levantas y empiezas a verlo claro.

Eso es lo que me ha pasado hoy. Dime, ¿a ti que te parece? Después de todo representas a Gaia.

La vio temblar. Cuando Christian se detuvo y se inclinó con un gesto de remordimiento, le dijo enseguida:

—No, no pasa nada, cariño. Continúa, por favor.

Tuvo que obligarse, pero su voz fue adquiriendo ímpetu a medida que seguía paseando mientras hablaba.

—¿Qué hemos visto hasta ahora? Este mundo del siglo XVIII en el que no hace mucho que Newton murió, Lagrange y Franklin están en activo, Lavoisier es un niño y la Revolución industrial se está gestando. ¿Por qué Gaia nos dio este mundo como base? ¿Porque tiene una casa encantadora y está en el campo? ¿O porque era la mejor opción de entre todos los que ha emulado?

Laurinda había vuelto a la calma, y asintió:

—Bueno, sí; no iba a crear uno especialmente para nosotros, sobre todo ahora, que está tan ocupada con el Viajero.

—Después visitamos un mundo, en la era helenística, que estaba pasando por una fase parecida —prosiguió Christian. Laurinda sintió un escalofrío—. Sí, fracasó, pero la cuestión es que descubrimos que era la única historia grecorromana que Gaia consideró que merecía prolongar durante siglos. Luego la Europa conciliar de 1900, que también era científico-industrial, quizá había logrado más éxitos, o menos fracasos, al haber mantenido una Iglesia fuerte y unificada, aunque finalmente acabara por desintegrarse. Más tarde los chinos americanos; no eran científicos, pero sí muy religiosos, y estaban destinados a producir una tecnología considerable durante sus propios períodos de conflicto. —Se quedó callado durante uno o dos minutos. El único sonido lo producían sus pisadas—. Cuatro de entre tantos; tres de ellos prácticamente escogidos al azar. ¿No indica eso que todo lo que le interesa tiene algo en común?

—Bien, sí —dijo ella—. Ya hemos hablado de ello, ¿recuerdas? Es como si Gaia estuviera tratando de guiar a su gente hacia una civilización rica, tanto cultural y espiritualmente como materialmente, que sea afable y duradera.

—¿Por qué —preguntó—, si la raza humana está extinguida?

Laurinda se enderezó en su asiento.

—¡No lo está! Vive de nuevo, aquí, dentro de ella.

Christian se mordió el labio.

—¿Es Gaia quien habla a través de ti o la parte de ti que hay en Gaia?

—¿Qué quieres decir? —exclamó.

Se interrumpió y fue a acariciarle el pelo.

—No es por ti, de verdad. Tú eres honesta y dulce, y todo en ti es bueno. —Continuó con crudeza—. Pero ella..., no estoy tan seguro.

—¡Oh, no! —Oyó el dolor que le causaba—. ¡Christian, no!

—Bueno, de momento eso no importa —dijo inmediatamente, y reanudó su ir y venir—. La cuestión es la siguiente: ¿es mera casualidad que los cuatro mundos en los que hemos estado se dirijan hacia la tecnología mecánica, y tres de ellos hacia la ciencia? ¿Es que Gaia está tratando de averiguar qué es lo que promueve esa evolución de las sociedades?

Laurinda aprovechó el intervalo:

—¿Por qué no? La ciencia abre la mente, la tecnología libera el cuerpo de toda clase de miedos. Aquí, hoy en día, no falta mucho para que Jenner y su vacuna contra la viruela sean una realidad...

—Me pregunto qué más esconden sus intenciones. En fin, propongo que conozcamos la civilización tecnológicamente más desarrollada que tenga.

La idea pareció despertar su entusiasmo.

—¡Sí, sí! Debe de ser extraño y fantástico.

Él frunció el ceño.

—Para algunos países, hace muchos años, en la historia real, se convirtió en algo bastante espantoso.

—Gaia no permitiría que eso sucediera.

Christian se reprimió y no le recordó lo que Gaia había permitido antes de modificarlo o ponerle punto final.

Laurinda se levantó de un salto.

—¡Vamos! —le cogió de la mano con gesto travieso—. Si nos vamos a quedar el tiempo que sea, tenemos que preparar habitaciones privadas.

Estaban en un cuarto cerrado, con las cortinas corridas; Christian miraba el amuleto que tenía en la palma de la mano como si tuviera rostro. Laurinda estaba a su lado, escuchando, con su propio semblante contraído por la ansiedad.

—No es aconsejable —declaró la voz inaudible.

—¿Por qué? —le espetó Christian.

—Os encontraríais en un entorno desagradable y no comprenderíais a los habitantes.

—¿Por qué nos iba a parecer una cultura científica tan incomprensible? —inquirió Laurinda.

—Y, aunque lo fuese —dijo Christian—, quiero verlo con mis propios ojos. Ahora.

—Reconsideradlo —apremió la voz—. Escuchad primero una descripción del entorno.

—No, ahora mismo. En un lugar seguro, sí, pero desde donde podamos hacernos una idea clara, como las otras veces. Después nos puedes explicar todo lo que quieras.

—¿Por qué no le escuchamos antes? —sugirió Laurinda.

—Porque dudo que Gaia quiera que lo veamos —respondió Christian sin cortapisas. Quizá él tampoco; Gaia podía rastrear sus pensamientos siempre que lo deseara. Se volvió hacia el amuleto como si fuera una persona—: Llévanos allí inmediatamente, o el Viajero tendrá noticias mías.

Tenía vagas sospechas, aunque se iban haciendo cada vez mayores, que le alentaron a no dejar que el artefacto tuviera tiempo para informar a Gaia y que esta creara una realidad de cartón piedra o cualquier otra distracción. En aquel momento no debía de ser consciente de esa escena, su mente estaría preocupada por el Viajero, pero seguramente habría dado instrucciones de que se le informase a bajo nivel (¿un nivel subconsciente?), a intervalos, y cualquier motivo de alarma llamaría su atención. También era probable que hubiese dado a los amuletos ciertas órdenes de antemano, y parecía que una de ellas era evitar que él descubriese lo que sucedía realmente en una emulación.

Pero no sabía la razón.

—Estás siendo obstinado —dijo la voz.

Christian esbozó una sonrisa.

—Y testarudo, y todo lo que tú quieras. Pero ¡llévanos!

Estaba muy claro, pensó, que el programa no estaba preparado para falsedades; Gaia, no había previsto que fuese necesario. Christian no era una de sus creaciones, ella no lo conocía tan bien. Perteneecía al Viajero. Además, si el Viajero hubiera detectado que el guía de su avatar podía estar mintiendo, habría tenido razones para sospechar.

Laurinda le tocó el brazo.

—Cariño, ¿crees que debemos hacerlo? Ella es... es la madre de todo esto.

—Existe un amplio espectro de experiencias más informativas —adujo la voz—. Después de pasar por ellas estarías mejor preparado para la visita que propones.

—Preparado —dijo Christian como para sí mismo. Eso podía interpretarse de dos formas distintas. Podían enviarlos a los dos a lugares maravillosos y seductores mientras Gaia tenía tiempo para conocer la situación y tomar medidas preventivas, al mismo tiempo que mantenía distraído al Viajero—. Aún quiero empezar con el que tenga la más alta tecnología. —Y dirigiéndose a Laurinda, dijo—: Tengo mis razones. Te lo contaré más tarde, ahora tenemos que darnos prisa.

«Antes de que Gaia lo sepa y pase a la acción».

Ella se puso firme, le cogió la mano que tenía libre y dijo:

—Entonces, estoy contigo. Siempre.

—Vamos —le dijo Christian al amuleto.

Transferencia.

Lo primero que notó, fugazmente, vivamente, fue que Laurinda y él ya no iban

vestidos según las costumbres de la Inglaterra del siglo XVIII, sino que llevaban blusas y pantalones ligeros, de color blanco, y sandalias. Una pieza de tela les cubría la cabeza y el cuello. Hacía mucho calor. Por sus orificios nasales se colaba un aire reseco, saturado de olores metálicos; ese aire y la arena rojiza que había bajo sus pies transmitían un lejano pulso de ritmo mecánico.

Christian adoptó una postura más erguida y miró a su alrededor. El cielo estaba encapotado, tenía un color gris uniforme en el que el sol no era más que una mancha pálida que no proyectaba sombra alguna. A su espalda, la tierra se extendía rojiza; de ella surgían unos tallos, tan altos como un hombre, separados de forma regular por un metro de distancia, de los que nacían hojas azuladas y estrechas. A su derecha, por debajo de una cubierta transparente, había una brusca hendidura por donde discurría un canal. Al frente, el suelo aparecía cubierto de diversos tipos de lo que parecían ser plantas: esponjosas, lobuladas, de un tono dorado pálido. Había unas cuantas criaturas rondando por allí que daban la impresión de estar al cuidado de aquellas plantas; eran bípedos, pero estaban cubiertos de pelo y sus brazos parecían trifurcarse. Sobre aquel horizonte destacaba un edificio gigantesco, o un complejo de edificios, en forma de múltiples gradas, de un blanco apagado, aunque cientos de paneles, que podían ser ventanas o cualquier otra cosa, reflejaban la luz. Mientras lo observaban, por encima de ellos pasó una aeronave de la que solo pudo ver las alas y oír el zumbido del motor.

Laurinda no le había soltado la mano, y la apretó ahora con más fuerza.

—Nunca había oído hablar de este país —dijo con un hilo de voz.

—Yo tampoco —contestó—. Pero creo que reconozco... —Se dirigió a los amuletos—. Esto no es una recreación del pasado de la Tierra, ¿verdad? Es la Tierra hoy en día.

—Aproximadamente el año en curso —admitió la voz.

—Pero no estamos en Ártica.

—No, estamos bastante al sur, en un interior continental. Solicitaste ver la emulación tecnológicamente más avanzada. Aquí la tienes en acción.

Manteniendo el desierto a raya, posponiendo la muerte que acabó por corroer el planeta. Christian asintió, se confirmaba su presentimiento de que el programa no podía proporcionarle una falsedad absoluta, pero eso no significaba que fuera a darle respuestas directas.

—¿Ésta es su gran obra de ingeniería? —Laurinda estaba desconcertada—. Hasta en mi época se hizo mejor. O en la tuya, Christian.

—Supongo que aquí están trabajando en ello —dijo él—. Investigaremos más a fondo. De todas formas, es la primera impresión.

—Debéis recordar —señaló la voz— que ninguna emulación puede llegar a ser tan completa ni a alcanzar la complejidad del universo material.

—Sí, ya: geografía esquematizada, salvo en las regiones seleccionadas; biología restringida, cosmos simplificado.

Laurinda alzó la vista hacia el monótono cielo.

—Las estrellas son inalcanzables, ¿porque aquí no son estrellas? —Se estremeció y se acercó todavía más a él.

—Sí, es una paradoja —dijo—. Vamos a hablar con un científico.

—Eso será difícil —objetó la voz.

—En la América china nos dijiste que podías concertar entrevistas. ¿Por qué no va a ser igual de fácil en este lugar?

La voz tardó en responder a la pregunta. Se oyó el rumor de unas máquinas invisibles, al mismo tiempo que una ráfaga de viento levantaba repentinamente un remolino de polvo. Por fin, dijo:

—Muy bien. Tendrá que ser uno que no sea propenso a la estupefacción ni a los ataques de pánico. No obstante, antes tengo que daros una breve descripción de lo que os vais a encontrar.

—Adelante, pero que sea corta.

¿Qué cambios iba a ocasionar en la historia aquel encuentro? ¿Tendría alguna trascendencia? Evidentemente, ese mundo no estaba inmerso en un proceso de reactivación temporal, sino que estaba en curso; los recién llegados se encontraban en la vanguardia de su línea temporal. Gaia podría borrar su visita. Si le preocupase. Quizá pensaba ponerle fin en poco tiempo, si no estaba progresando en la dirección que más le interesaba.

Transferencia.

En un terreno yermo remoto, solo se veía una carretera y una pista de aterrizaje que lo comunicaban con el resto del mundo, y una torre que sobresalía de un recinto tapiado. A su alrededor, la noche se iba haciendo cada vez más fría, en medio de un silencio apenas perturbado por el murmullo de un canto con el que algunas figuras, vestidas con túnicas y portadoras de tenues luces, rendían culto a las estrellas. Muchas de ellas se veían claramente, abarrotaban con su intensidad la oscuridad que las rodeaba; una insólita visión, ahora que el cielo estaba casi por completo despejado de nubes. Sobre el parapeto que rodeaba la azotea de una torre refulgían silenciosamente más luces. En aquel lugar, un hombre solo y su ayudante aprovecharon la oportunidad para dirigir sus instrumentos hacia lo alto: el telescopio, el espectroscopio, las cámaras. Solo unos bultos en la penumbra.

Christian y Laurinda se aparecieron ante ellos.

El hombre se quedó sin aliento, reuló por un instante y cayó de rodillas. El ayudante cogió un libro que había estado a punto de caer de la mesa, lo colocó de nuevo en su sitio, retrocedió y se mantuvo con un gesto imperturbable; era un antropoide cuyos ancestros habían sido humanos, pero que vivía enteramente al

servicio de su amo.

Christian miró fijamente al hombre. A medida que sus ojos se fueron adaptando, vio que llevaba ropas como las suyas, con las insignias de grado y estirpe bordadas, y que, al ser de noche, ya se había quitado la prenda que le cubría la cabeza. Tenía la piel tan oscura como el ébano, pero la nariz y los labios eran finos, los ojos oblicuos, las yemas de los dedos afiladas, el pelo largo y una barba lisa y rubia cuidada con esmero. «No se trata de ninguna de las razas que habitaron la antigua Tierra —pensó Christian—; no, Gaia ha diseñado esta especie para el planeta moribundo».

El hombre se hizo una señal, miró los pálidos semblantes de los desconocidos y, con una indecisión que fue poco a poco ganando en seguridad, dijo:

—Ante vosotros me inclino para obedeceros, mensajeros de Dios. Vuestro advenimiento me llena de júbilo.

Christian y Laurinda le entendieron, del mismo modo que habían entendido a la fugitiva Zoe. Los amuletos les habían dicho que no serían la primera aparición de la que esas gentes tenían noticia.

—Levántate —dijo Christian—, no tengas miedo.

—Y no grites —añadió Laurinda.

«Chica lista,» pensó Christian. La ceremonia que se estaba celebrando en el patio continuó.

—Identifícate —le ordenó.

El hombre se puso en pie y adoptó una actitud más respetuosa que servil.

—Seguro que todos los poderosos conocen mi nombre —dijo—. Soy Eighth Khaltan, astrólogo jefe del Ilgai Technome y no..., no merezco este honor. —Vaciló un instante—. ¿Puedo preguntar si es ése el motivo por el que habéis elegido esta forma para presentaros ante mí?

—Hace generaciones que nadie ha tenido una visión —aclaró la voz silenciosa en las mentes de los recién llegados.

—¿Se ha manifestado Gaia alguna vez en el pasado? —Christian vocalizó las palabras sin pronunciarlas.

—Sí, para indicar el rumbo deseado de las acciones. Normalmente, el emisario adoptaba la forma de una llama ardiente.

—¿Y qué tiene eso de científico?

Laurinda se dirigió a Khaltan:

—No somos mensajeros divinos. Provenimos de un mundo que está más allá del vuestro, igualmente mortal, y no venimos a enseñar, sino a aprender.

El hombre unió sus manos dando una palmada.

—Aun así, es un milagro, ¡un auténtico milagro, en mi vida!

Pese a todo, muy pronto se puso a hablar sin descanso. Christian recordó algunos mitos sobre hombres que se habían convertido en amantes de diosas, o que recorrían

los caminos y se sentaban humildemente con la encarnación de Dios. El creyente acepta lo que él no creyente no puede aceptar.

Las que siguieron fueron horas extrañas. Khaltan no era un simple devoto, para él lo sobrenatural suponía otra serie de hechos, otra cara de la realidad. Como estaba fuera de su alcance, había concentrado su atención en el mundo perceptible, a partir del cual observaba y teorizaba como un Newton. Aquella noche, su imaginación se encendió, las preguntas brotaban sin cesar, aunque siempre las formulaba con mucho tacto, y daba mil vueltas en su cabeza a todo lo que oía, y lo analizaba como si fuera una joya recién caída del cielo.

Poco a poco, desordenadamente, a medida que las estrellas giraban en torno al polo, fue dando forma al relato sobre su civilización. Había conquistado y absorbido a todas las demás sociedades, lo cual no resultó ser un gran logro, pues la Tierra estaba escasamente poblada y la mayor parte de los pueblos se encontraban al límite de la inanición.

La tecnología principal era biológica; la agronomía, la acuicultura en los lagos y mares que aún existían, la implacable genética práctica. La industria química estaba en auge; junto a la física, que estaba al nivel de la de los últimos años del siglo XIX, permitía la creación de importantes obras de ingeniería y proyectos de recuperación de tierras.

La propia sociedad... ¿Cómo se resume toda una cultura con palabras? No es posible. Christian se llevó la impresión de que era un imperio nominal, una oligarquía de familias, en realidad, descendientes de los soldados vencedores, con una amplia variedad de intereses. La mayor parte del ascenso social se producía a través de la adopción de plebeyos prometedores, ya fueran niños o adultos. Los hijos que no contribuían al bienestar del clan o que lo deshonoraban podían ser expulsados, en caso de que nadie hubiera buscado antes pelearse con ellos y hubiera acabado con ellos en un duelo. Las hijas que decepcionaban a sus familias también eran expulsadas, a no ser que se pudiera negociar un casamiento con un hombre de una clase inferior. Por lo demás, la situación entre los sexos generalmente era de igualdad, pero eso significaba que las mujeres que decidían competir contra hombres debían hacerlo bajo las condiciones masculinas. Los nobles proporcionaban protección a los plebeyos, además de tribunales de apelación, escuelas, y un sentimiento de liderazgo y grandeza. A cambio, recaudaban impuestos, exigían horas de trabajo extraordinarias no remuneradas y subordinación en general, aunque en casi todos los aspectos no se molestaba a los plebeyos. No era la suya una situación tensa, en realidad: contaban con instituciones, practicaban ritos y todos tenían esperanzas. De todos modos, muchos se iban a la bancarrota mientras el trabajo duro de los demás mantenía la economía global a flote.

«No es una civilización deliberadamente cruel —pensó Christian—, pero

tampoco es especialmente compasiva».

Pero ¿es que había existido alguna que realmente lo fuese? Algunos alimentaban a sus pobres, pero lo que hacían básicamente era alimentar a sus políticos y burócratas.

Fue recopilando la información a partir de los diálogos que bullían por todas partes. La conversación que Khaltan anhelaba tenía que ver más con el lugar de origen del forastero (se mostraba torpemente evasivo, posponía sus respuestas) y sobre el sistema del universo, la astronomía, la física, etcétera.

—Nuestro sueño es poder enviar cohetes a los planetas. Hemos intentado lanzarlos a la luna —dijo, y les contó que algunas lanzaderas tenían que haber funcionado—. Todos fracasaron.

«Por supuesto,» pensó Christian. Aquí, la luna y los planetas, incluso el mismo sol, no eran más que luces. Las mareas subían y bajaban por decreto. La Tierra era una caricatura de la Tierra exterior. Gaia no podía mejorarla.

—Entonces, ¿es éste el fin de la ciencia? —gritó Khaltan por una vez—. Hemos estado buscando sin cesar durante décadas y no hemos conseguido otra cosa que hacer más exactos nuestros cálculos. —Nada que derivase en la relatividad, la teoría cuántica, la mecánica ondulatoria y sus perspectivas y consecuencias revolucionarias. Gaia no podría adaptar todo eso.

—En el pasado, los ángeles nos mostraron el camino de la búsqueda. ¿Vosotros no lo vais a hacer? La naturaleza esconde cosas que no conocemos. ¡Vuestra presencia lo demuestra!

—Quizá más tarde —masculló Christian, y se maldijo por haberle mentado.

—Si pudiéramos ir a los planetas... Enjaulado, el espíritu guerrero se vuelve hacia su propio interior. La rebelión y la masacre de las Tierras del Oeste...

Laurinda le preguntó qué canciones cantaba la gente.

El cielo empezó a cerrarse. El rito del patio se terminó. El esclavo de Khaltan se quedó quieto mientras él mismo seguía hablando sin parar.

El horizonte empezó a iluminarse por el este.

—Debemos irnos —dijo Christian.

—¿Volveréis? —rogó Khaltan—. Decidme, ¿lo haréis?

Laurinda lo abrazó un instante.

—Adiós —dijo entrecortadamente—. Que te vaya todo bien. Siempre.

¿Cuánto duraría ese «siempre»?

Tras una noche de sueño intranquilo y un desayuno en el que apenas intercambiaron alguna palabra, no encontraron una verdadera razón para abandonar la casa de Inglaterra. Los criados, que estaban escandalizados pero mantenían una expresión cuidadosamente impasible, debían de escuchar a escondidas, aunque no comprendían y, de todos modos, ningún rumor que pudieran extender iba a cambiar

mucho las cosas. Una necesidad más profunda e inconfesada hizo que Laurinda y Christian se lanzasen. Ésa podía ser su última mañana.

Siguieron un sendero hacia una colina que se encontraba a un kilómetro aproximadamente. En la cima, los árboles no lograban ocultar una amplia vista del paisaje. El sol brillaba por el este y unas cuantas nubes pequeñas atravesaban un azul tan radiante como su propia blancura, aunque en el ambiente se percibía una temprana brisa de otoño. Era enérgica y fresca, y dispersaba la bruma matinal de los campos de cultivo, al tiempo que ondulaba los verdes pastos; silbaba entre las ramas que les cubrían y algunas de las hojas muertas se arremolinaban a su paso desprendiéndose de los árboles. Muy por encima de todo aquello, una bandada de gansos salvajes pasaron volando en uve.

Durante un rato, hombre y mujer permanecieron callados. Por fin, Laurinda respiró profundamente, disfrutando de las fragancias del cielo y la tierra, y murmuró:

—El hecho de que Gaia haya devuelto todo esto a la vida... Tiene que ser buena. Ama el mundo.

Christian la miró; después alzó la vista y frunció el entrecejo antes de dar su sesgada respuesta.

—¿Qué están haciendo ella y el Viajero?

—¿Cómo vamos a saberlo? —¿Cómo saber lo que hacían los dioses o, incluso, dónde estaban? No eran seres tridimensionales, ni tenían límites temporales como los que condicionaban sus creaciones.

—Le está manteniendo ocupado —dijo Christian.

—Claro que sí. Le está mostrando todos los datos, la totalidad de su gestión de la Tierra.

—Para convencerlo de que lo correcto es dejar que el planeta muera.

—Una tragedia... Pero, en definitiva, todo es trágico, ¿no es así? *Incluidos tú y yo*. Lo que podemos... lo que pueden aprender de la evolución definitiva... Puede que todo eso merezca la pena, igual que la Acrópolis mereció la pena. El mismísimo cerebro galáctico no podría prever el paso que la vida va a dar, y la vida no es algo habitual en las estrellas.

Prácticamente la estaba reprendiendo cuando le dijo:

—Ya lo sé, ya lo sé. ¿Cuántas veces hemos pisado esta tierra? ¿Y ellos? Yo mismo tendría que habérmelo creído, pero...

Laurinda esperó. El viento seguía soplando y le sacudía uno de sus rizos sueltos contra la frente.

—Pero ¿por qué ha implantado seres humanos, no en el pasado remoto — Christian gesticulaba en dirección a un paisaje que parecía una pintura del siglo XVIII —, sino en la actualidad, en una Tierra en la que los humanos de carne y hueso se extinguieron hace eones?

—Seguramente estará buscando una comprensión total, ¿no?

—¿Seguramente?

Laurinda acaparó su mirada y se mantuvo fija en ella.

—Creo que ha estado tratando de averiguar el modo en que los humanos puedan encontrar, dentro de ella, la felicidad que nunca han encontrado en el espacio exterior.

—¿Y por qué le iba a importar eso?

—No lo sé. Solo soy un ser humano. —Y con gesto serio—: Pero ¿podría ser que ese elemento que contiene sea tan fuerte, que tenga a tantos de nosotros en su interior, que anhele vernos felices, como una madre con sus hijos?

—Toda esa manipulación, todas esas existencias fallidas e interrumpidas. No me parece muy maternal.

—¡Te digo que no lo sé! —gritó.

Quiso haberla consolado, borrar con besos las lágrimas que se le quedaban atrapadas entre las pestañas, pero sintió la urgencia de continuar:

—Si el esfuerzo no guarda ningún objetivo más que el mero hecho de existir, me parece una locura. ¿Puede volverse loca una mente nodal?

Se apartó de su lado aterrada.

—No. Imposible.

—¿Estás segura? Al menos, el cerebro galáctico debe conocer la verdad, toda la verdad, para juzgar si hay algo que haya salido terriblemente mal.

Laurinda hizo un esfuerzo por asentir.

—Informarás al Viajero y él informará a Alfa, y todas las mentes tomarán una decisión. —Era una pregunta que los seres mortales no podían responder.

Christian se irguió.

—Debo hacerlo inmediatamente.

Él lo había insinuado, ella captó el mensaje y, sin embargo, le agarró de las dos mangas mientras de sus labios salían furibundas palabras de reproche:

—¿Qué? ¿Por qué? ¡No! Lo único que vas a conseguir es interrumpir su conexión. Espera a que nos convoquen, mi amor, y así tendremos todo ese tiempo para nosotros.

—Quiero esperar —dijo. Tenía la piel húmeda de sudor, pero estaba pálido—. ¡Dios, de verdad que quiero! Pero no me atrevo.

—¿Por qué no?

Ella lo soltó. Christian la miró de soslayo y dijo muy rápido, para mitigar la angustia de sus palabras:

—Mira, ella no quería que viéramos ese último mundo. Estaba claro que no quería, o no esperaba que insistiéramos; si no, habría estado más preparada. A lo mejor, nos podía haber dado gato por liebre. Es probable que el propio Viajero también solicite verlo, cuando lo sepa; y Gaia no quiere que él se interese

especialmente por sus emulaciones. Si no, ella misma le habría llevado a visitarlas, conmigo en calidad de intérprete, ¿no?

—Bueno, no creo que nuestra acción haya sido algo catastrófico para sus planes, sean los que sean. Todavía puede arreglárselas, convencerle de que esas creaciones para ella son solo, no sé, juguetes. Quiero decir que podría, si tuviera oportunidad, aunque no creo que tenga que hacerlo. ¿Cómo puedes pensar...? ¿Cómo imaginas...?

—Los amuletos son un vínculo con ella. No es un canal abierto permanentemente, por supuesto, pero tienen que mandar información sobre nosotros a una fracción de su ser cada cierto tiempo; y ella también puede establecer los intervalos, cuando el Viajero esté demasiado preocupado por los datos que está recibiendo como para darse cuenta de que una parte más amplia de su atención está concentrada en otro lugar. Voy a regresar a la casa y le voy a solicitar a Gaia a través de uno de los amuletos que me ponga inmediatamente en contacto con él.

Laurinda le miró fijamente, como si fuera un fantasma.

—Eso no será necesario —dijo el viento.

Christian se tambaleó.

—¿Cómo? —logró articular—. ¡Tú...!

—¡Oh..., madre! —Laurinda alzó los brazos hacia el vacío.

El crujido de las hojas en el viento formaba palabras.

—La parte más amplia de mi ser, como tú la llamas, de hecho ha sido informada y está momentáneamente libre. Estaba esperando a que tomases una decisión.

Laurinda a punto estuvo de ir a arrodillarse sobre la hierba, pero miró a Christian, que ya había ganado firmeza y se mantenía de pie, con los puños apretados a los lados y mirando hacia el cielo, y se puso de pie junto a él.

—Mi señora Gaia —dijo Christian más tranquilo—, puedes hacer con nosotros lo que desees. —Transformarlos, destruirlos o cualquier otra cosa, en un instante; pero automáticamente el Viajero querría saber la razón—. Creo que comprendes mis dudas.

—Sí —suspiró el viento—. Pero son infundadas. Mi creación del mundo del Technome no se diferencia de ninguna otra. Mi avatar lo dijo por mí: otorgo la existencia y busco el modo en que los humanos, de forma libre, hagan que esa existencia sea positiva.

Christian negó con un gesto.

—No, mi señora. Con tu intelecto y tu trayectoria, debiste de saber desde el primer momento que este mundo iba a llegar pronto a su funesto final, que los científicos de un planeta que es un esbozo y todo lo demás eran un espectáculo de sombras. Mi limitado cerebro se dio cuenta. No, mi señora, después de demostrar esa sangre fría a la hora de experimentar, me imagino que habrás hecho todo lo demás con el mismo ánimo. Pero ¿por qué? ¿Para qué?

—Es cierto que tu cerebro es limitado. El Viajero recibirá tus indicaciones y fantasías en el momento oportuno. Mientras tanto, continúa con tu obligación de seguir observando y abstente de interrumpir nuestro trabajo.

—Mi obligación es informar.

—En el momento oportuno, he dicho. —La voz del viento se suavizó—. Existen otros lugares agradables, además de éste.

Paraísos, quizá. Christian y Laurinda intercambiaron una mirada que duró un segundo. Entonces, ella dibujó en su rostro una leve sonrisa triste, ilimitada, e hizo un gesto de negación.

—No —proclamó Christian—. No me atrevo.

No lo dijo en voz alta, pero ambos sabían que Gaia percibía lo que estaban previendo. De tener tiempo, y si se perdieran juntos en su felicidad, Gaia tendría la oportunidad de alterar sus recuerdos tan lenta y sutilmente que el Viajero no detectaría lo que estaba pasando.

Quizá podría hacerlo con Laurinda en aquel momento, en un abrir y cerrar de ojos. Pero no conocía a Christian lo suficiente. En el fondo de su conciencia, el aspecto del Viajero y de su semejante, Alfa, impregnaba todo su ser. Tendría que sentir cómo se adentraba dentro de él, explorar y ponerlo a prueba con extrema delicadeza; rehacerlo en cada uno de sus detalles más minúsculos, siempre preparada para dar marcha atrás en caso de dar con un efecto inesperado; y puede que otra parte de ella pudiera tomar el control en secreto del mundo del Technome y borrar el suceso... Incluso para ella requeriría tiempo.

—Sabes que tu acción iba a carecer de toda trascendencia, ¿verdad? —dijo—. Solo me ocasionaría la molestia de tener que explicarle lo que tú, con tu arrogancia, te niegas a reconocer.

—Probablemente. Pero tengo que intentarlo.

El viento arreció.

—¿Me estás desafiando?

—Sí, te desafío —dijo Christian. Sintió una sacudida—. No es mi voluntad. Es el Viajero dentro de mí. No puedo hacer otra cosa. Haz que venga a mí.

El viento se calmó y una brisa pasó junto a Laurinda como una caricia.

—Hija mía, ¿no podrías convencer a este necio?

—No, madre —murmuró—. Es lo que es.

—¿Y bien?

Laurinda tomó a Christian de la mano.

—Iré con él. Te abandono, madre.

—Estáis renunciando a la existencia.

Christian trató de desgarrar el vacío con la mano que tenía libre.

—¡No, ella no! —gritó—. ¡Es inocente!

—No lo soy —dijo Laurinda. Se dio la vuelta y le rodeó con sus brazos mientras alzaba los ojos para decirle—: Te quiero.

—Que se cumpla vuestra decisión —dijo el viento.

El sueño que era aquel mundo se desmoronó y se disolvió. La unidad se mantuvo sobre ellos como si fuesen dos mareas gemelas, cada una reclamando una última gota perdida de espuma de mar; después, los dos mares volvieron a separarse.

Kalava tuvo que recorrer los últimos cientos de cuerpos casi reptando por el suelo. Andaba a gatas entre los arbustos y los troncos, se detenía, se tumbaba y ponía los cinco sentidos en todas las sombras que le rodeaban, antes de seguir arrastrándose hacia delante. Todo estaba tranquilo, pero, por encima de él, una brisa fría e intermitente hacía oscilar las ramas. No había más ruido que el quejido y el crujido de esas ramas, el crepitar de sus hojas, ocasionalmente, el chillido agudo del pico ganchudo. Todo eso, junto al grave sonido incesante que producían las bestias, como si fueran un remoto oleaje al que se superpusieran flautas estridentes, a una escala desconocida para él, le llegaba más a través de la piel que a través de los oídos; pero ahora, a medida que se aproximaba, lo sentía también en la sangre y en los huesos.

En aquella cumbre escarpada y empinada apenas había bosque, aunque los arbustos tenían el suficiente espesor y crujían odiosamente cuando intentaba abrirse paso entre ellos. Todo estaba reseco, las ramas estaban quebradizas, la mayor parte de las hojas estaban marchitas y de color amarillo y marrón, y el suelo estaba alfombrado de hojarasca. La boca y la garganta le ardían por esa misma sequedad. Había atravesado la niebla, hasta que vio, desde arriba, que se trataba de la capa de nubes que se extendía en los límites del mundo, los picos montañosos que sobresalían como si fueran dientes, y había dejado atrás todas las corrientes de agua. La carne que Brannock le había facilitado se había acabado mucho antes y no se entretuvo en cazar más. Pero el hambre era una minucia, casi se había olvidado de ella cuando se vio cercano a la muerte.

Por encima de los árboles enanos se levantaba una bóveda de un azul profundo. Desde el oeste se abrían paso los rayos del sol, prácticamente horizontales, que iban a perderse por entre la vegetación. Cada vez que los cruzaba sentía su ardor. Nunca, ni siquiera en los desiertos del sur o en la estepa de la Momia, en el este, había conocido un terreno tan inhóspito. Había hecho bien llegando hasta tan lejos, pensó. Ahora, debía morir como correspondía a un hombre.

Ojalá hubiera tenido testigos, que su memoria perviviera en alguna canción. Bueno, quizá Ilyandi podría utilizar su encanto para que los dioses le contaran su historia.

Kalava no tenía miedo, no era su costumbre. La tarea que tenía por delante absorbía toda su atención. Le preocupaba la forma en que se enfrentaría a ello.

No obstante, cuando por fin se parapetó tras un tronco y miró por encima de él, le empezó a dar vueltas la cabeza al mismo tiempo que el corazón le daba un vuelco.

El relato de Brannock había sido certero, pero la realidad era abrumadora. Allí, en la cumbre, el bosque llegaba hasta los límites de un terreno llano y negro sobre el que se encontraban los demonios, o los dioses, y sus obras. Vio la cúpula central,

suavemente coloreada como el arco iris, las torres como lanzas y como entramados, redes plateadas y esferas ardientes, los bultos y las formas a su alrededor, los pequeños objetos luminosos revoloteando, y mucho más, todo ello medio borroso, con un brillo trémulo, ondulante, latente, mientras que su pulso vital le invadía convirtiendo su cráneo en una campana; era demasiado extraño, sus ojos no sabían cómo mirarlo: los tenía abiertos, como si no pudieran ver nada en absoluto, y se estremecían, como si los hubieran perforado.

Permaneció durante un largo rato indefenso, sin energías. El sol se hundió entre las nubes del oeste, que adquirieron un color dorado líquido. La brisa se hizo más intensa y, de alguna forma, penetró fría en el alma de Kalava para despertarle. Poco a poco, recuperó de forma insegura su resolución. Brannock le había advertido sobre cómo iba a ser. Ilyandi había dicho que Brannock venía de parte de los dioses a los que ella servía, sus dioses de las estrellas. Él les había dado su palabra a ambos.

Tocó con los dedos el suelo que tenía bajo sus pies y vio que era real, familiar; era el suelo del cual había surgido y al que sería devuelto. Sí, él era un hombre.

Entrecerró los ojos y, tras acostumbrar un poco la vista, vio que los que allí estaban en verdad tenían forma, si bien era engañosa y complicada, además de que había espacios y caminos. No eran tan altos como el cielo, no lanzaban rayos encendidos ni emitían estruendosos bramidos. Oh, sí, eran impresionantes, contemplarlos era algo horripilante, pero lo peor que podían hacer era matarlo. ¿Podían hacerlo? Al menos trataría de no permitir que le hicieran algo peor. Si veía que estaba punto de ser capturado, su espada sería su mejor aliada; ella lo liberaría.

Y... allí, justo al lado de la cúpula, allí aparecía el dios del que Brannock le habló, el dios burlado por la hechicera. Era el que tenía la cabeza en forma de lanza, el que brillaba en azul y cobrizo a la luz del atardecer; cuando las estrellas apareciesen lo coronarían, como Brannock había anticipado.

¿Fue él a quien había visto sobrevolando el mar de la Ruta del Viento? El corazón le dio un respingo.

¿Cómo iba a llegar hasta él, a través de un espacio completamente pavimentado, entre todas aquellas bestias? Cuando cayera la noche, se deslizaría muy lentamente, y entonces, quizá, una carrera final...

Kalava sintió un zumbido en la sien. Miró a su alrededor y vio algo del tamaño de un insecto que rondaba por allí; pero era metálico. Proyectó una luz que salía de su interior y ¿era un único ojo aquello que le observaba fijamente?

Refunfuñó mientras trataba de aplastar aquel objeto. La palma de su mano topó con algo duro y aquella cosa se tambaleó en el aire. Kalava salió corriendo monte abajo hasta llegar a la vegetación.

Lo habían visto. La hechicera no tardaría en saberlo.

De repente se sintió completamente tranquilo, si no fuera porque sentía el espíritu

tan agitado como los aparejos de un barco bajo un vendaval. Por el camino, había estado pensando en lo que debía hacer si se demostraba que ése era su destino final. Ahora pensaba hacerlo, desviaría la atención del enemigo, aunque solo fuera por unos instantes.

En un visto y no visto, con decisión, sacó de su zurrón el artilugio para encender fuego, lo cargó, accionó el pistón, lo sacó e insertó una cerilla y apareció una pequeña llama amarilla. Kalava la acercó al marchito arbusto que tenía delante y no hizo falta ni soplar. Una de las hojas chisporroteó al instante, el viento trasladó la llama hacia otra hoja y en poco tiempo el matorral entero estaba ardiendo. Kalava ya se había desplazado y estaba prendiendo más fuego en otros sitios.

¡Sigue avanzando! Los rastreadores no podían estar en todas partes al mismo tiempo. Los ojos y la nariz le empezaban a escocer a causa del humo, pero aquella cortina de bruma se hacía cada vez más espesa y el sol estaba por debajo de las nubes. Las llamas proyectaban su propia luz, y saltaban y se hinchaban trepando por los árboles hasta convertirlos en antorchas.

Kalava sentía el calor en la piel y se quemó el antebrazo izquierdo cuando un ascua le cayó encima. Apenas lo sintió. Se apresuró a llevar a cabo su cometido, transformado en una bestia de fuego. Los objetos voladores pasaban como dardos por encima de él, en la oscuridad. Tampoco él les prestó ninguna atención. Pese a tratar de no hacer ruido, aparte de sus propios gruñidos de dolor, en su interior sonaba un cántico de guerra.

Cuando el fuego era ya un muro que recorría todo el borde sur del terreno, cuando rugía como un animal o como el océano, Kalava salió corriendo hasta encontrarse a cielo abierto.

El humo formaba una bruma amarga, un escondrijo, en el que no dejaban de llover chispas. Las pequeñas bestias volaban de aquí para allá en un estado de ansiedad y, más allá, las estrellas empezaban a hacer acto de presencia.

Kalava se abrió paso entre las siluetas más grandes. Una de ellas se estremeció. Lo había visto. En silencio inició la persecución. Se escondió detrás de otra de ellas; tropezó y pasó por encima de una tercera, más baja; aceleró en dirección a la cúpula de colores y del dios que había a su lado.

Una cosa con pinchos y una cabeza que parecía un sol frío se deslizaron para ponerse delante de él. Intentó pasar de largo, pero eran más rápidos que él y uno de ellos modificó su posición para bloquearle el camino. El primero se fue acercando y Kalava desenvainó la espada con la esperanza de infligir algún daño antes de morir.

De alguna parte surgió un ser con cuatro brazos, dos piernas y una máscara.

—¡Brannock! —aulló Kalava—. ¡Eh, Brannock, has llegado!

Brannock se detuvo a pocos metros de donde él se encontraba, pero no pareció reconocer a aquel hombre. Se limitó a mirar cómo los otros dos lo acorralaban.

Kalava adoptó una cierta actitud. Dentro de él, sonaba la vieja canción:

*«Si los dioses te han abandonado,
ríete de ellos, guerrero.
Tu corazón nunca tendrá
la necesidad de renunciar a ti».*

No oía nada más que el ruido del incendio, pero súbitamente, de entre el humo, vio cómo sus enemigos se quedaban inmóviles mientras Brannock avanzaba con la misma audacia de siempre. Y Kalava supo que el dios de Brannock y de Ilyandi era consciente de su presencia y que había dado una orden.

Sintió que todo el cansancio caía sobre él. Su espada produjo un repiqueteo cuando dejó que cayera al suelo y él mismo se desplomó; rebuscó en su túnica harapienta, extrajo el mensaje escrito en la corteza y lo ofreció.

—Te he traído esto —masculló—. Ahora, deja que regrese a mi barco.

Debemos terminar igual que empezamos, con un mito, si es que queremos contar aquello que, en realidad, nunca podremos saber. Imaginemos que las dos mentes mantienen una conversación. El fuego en la cumbre ya ha sido sofocado. Los vientos se han llevado el humo y han dejado un silencio helador. Por debajo, la capa de nubes es de un color blanco fantasmagórico al borde de una noche repleta de estrellas.

—Has estado mintiéndome de principio a fin —dice el Viajero.

—No es cierto —niega Gaia—. Las percepciones de esta esfera y de su pasado, a través del cual te he guiado, son todas reales —tan reales como sublimes.

—Hasta los últimos tiempos —replica el Viajero—. Es evidente que cuando Brannock regresó, los recuerdos de sus viajes habían sido eliminados y sustituidos por falsedades. Si no hubiera detectado la repentina actividad frenética que estaba teniendo lugar y no le hubiera mandado a averiguar qué era lo que sucedía, de lo cual intentaste disuadirme, ese hombre habría muerto sin haberse dado a conocer.

—Pretendes discutir sobre asuntos que no alcanzas a comprender —dice Gaia con frialdad.

—Sí, tu intelecto es superior al mío. —La aceptación no mitiga la severidad—. Pero ante quien debes responder es ante tus semejantes en las estrellas. Creo que sería acertado que empezaras conmigo.

—¿Qué te propones?

—Primero que el hombre Kalava regrese con sus compañeros. ¿Puedo enviar a Brannock con un volador?

—No. Si tiene que ser así, yo lo facilitaré. Pero no eres consciente, no puedes ser consciente del mal que causará.

—Dímelo tú, si es que puedes.

—Se reunirá con su tripulación como alguien ungido por sus dioses, y volverá a casa con esa misma consideración, a menos que su nave se hunda en el mar.

—Lo vigilaré desde lejos.

—¿Para que mis agentes no lo hagan naufragar?

—Sí, después de todo lo que has hecho, es mejor que esté atento. Brannock hizo promesas en mi nombre que debo cumplir. Kalava tendrá oro en abundancia y la oportunidad de encontrar su colonia. ¿Qué es lo que temes?

—El caos. Lo imprevisible. Lo incontrolable.

—Que tú volverías a desatar otra vez.

—A mi modo, en el momento que crea conveniente. —Se queda pensativa por un instante, quizá durante todo un microsegundo—. Fue una desgracia que Kalava decidiera emprender su viaje en ese preciso momento. Esperaba que alguna generación posterior, más civilizada, iniciara la conquista de Ártica. Aun así, habría

adaptado mi plan a las circunstancias, me habría mantenido apartada de él y de sus sucesores, si no hubieras estado casualmente en el planeta. —Con insistencia, dijo—: Todavía no es demasiado tarde. Si detenemos la actividad después de que lo devuelvas con su gente, podrías ayudarme a recuperar lo que de otro modo se habría perdido.

—Si tuviera que hacerlo.

—Mi intención no es hacer el mal.

—No soy yo quien tiene que juzgar eso. Pero lo que puedo decir es que siempre has sido despiadada.

—Porque la realidad lo es.

—La realidad que has creado para ti, dentro de ti, no lo requería. Pero lo que Christian me ha revelado... Sí, tú lo encubrías. Éstos, dijiste —casi entre lágrimas, si es que un ser casi divino puede llorar—, son tus hijos, nacidos dentro de ti a partir de todas las almas humanas que habitan en tu interior. Su existencia estaría vacía si no tuvieran libre voluntad para cometer sus propios errores y encontrar su propio camino hacia la felicidad.

—Mientras tanto, observándoles he aprendido muchas cosas que nunca se supieron acerca de cómo fuimos creados.

—Y podía haberlo creído. Podía haber creído que tus interferencias y tus aniquilaciones definitivas de una historia tras otra eran actos compasivos, además de científicos. Proclamabas tener la posibilidad de reiniciarlos si algún día decidías que las condiciones los iban a hacer mejorar. Me sorprendía que establecieras una línea (¿o eran más?), en esas historias que no estuviera situada en el agradable pasado de la Tierra, sino en el aciago mundo de hoy en día. Más inusual aún era que te mostraras reacia a desvelar ese ensayo en particular, pero creí que, con tu larga experiencia y tu capacidad mental superior, tendrías motivos. Los intentos por mantenerlo en secreto se debían seguramente a tu intención de evitar dar explicaciones a tus semejantes. Yo no lo sabía y no me atrevía a juzgar. Habría dejado que ellos decidieran.

»Pero entonces llegó Kalava.

Se produce otro silencio mental. Por fin, a través de la oscuridad de la noche, Gaia dice muy suavemente:

—Sí, los humanos viven nuevamente en el universo material.

—¿Desde cuándo? —pregunta el Viajero con la misma calma.

—Creé los primeros hace unos cincuenta mil años. Fueron cuidados y educados desde la niñez por robots con apariencia humana. Después, eran libres.

—Y, por supuesto, se dispersaron por el planeta en su Edad de Piedra, y acabaron con aquellos animales de caza mayor. Sí, eran humanos. Pero ¿por qué lo hiciste?

—Aquella humanidad debía revivir de nuevo. —Se oyó un sonido, como si el tiempo mismo suspirase—. Eso es lo que ni tú, ni los que son como tú, llegaréis a

entender nunca del todo. Ellos no han asimilado suficientes seres humanos, y los que entraron en el interior de sus existencias eran aquéllos que deseaban ir a las estrellas. Tú —cualquier otro nodo del cerebro galáctico— no has sentido el amor por la Tierra, la necesidad y la nostalgia por la madre primigenia, que sentían todos aquéllos que se quedaron dentro de mí. Yo sí lo siento.

«¿Qué hay de genuino en todo esto? —se pregunta el Viajero—. ¿Está desquiciada?».

—¿No podías conformarte con las emulaciones? —le pregunta.

—No. ¿Cómo iba a conformarme? No puedo crear todo un cosmos para ellos. Solo puedo crearlos a ellos, en carne y hueso, para el cosmos. Dejar que vivan en él, pero no como máquinas o como parpadeos inmersos en una máquina, sino como seres humanos.

—¿En un planeta que pronto estará muerto?

—Lo harán, lograrán sobrevivir por sus propios medios. Yo no les obligo, no les domino por estar cerca de ellos y tampoco saben que lo estoy. Eso sería como atrofiar su espíritu, convertirlos en animales domésticos, o algo peor. Simplemente les oriento, aunque no muy a menudo, como si fuese una divinidad, en la que creerían de todas formas en esta fase de su sociedad, y únicamente con el objetivo de que se dirijan hacia un modelo de civilización estable, tecnológicamente desarrollada, que les salve del sol.

—¿Valiéndote de lo que has aprendido de tus habitantes de fantasía para establecer el rumbo más apropiado que la historia debería seguir?

—Sí. ¿Cómo iba a saberlo, si no? La humanidad es un fenómeno caótico, sus acciones y consecuencias no se pueden calcular según principios esenciales. Solo mediante la experimentación y la observación se puede aprender algo sobre la naturaleza de la raza.

—Experimentos llevados a cabo sobre seres conscientes, que sienten el dolor. Sí, ya entiendo por qué has mantenido en secreto la mayor parte de tu actividad.

—No me avergüenzo —declara Gaia—. Estoy orgullosa. He devuelto a la vida a la raza que nos dio la vida a nosotros. Y estoy segura de que sobrevivirá. Puede que incluso, cuando tengan la capacidad de hacerlo, alcancen los límites del sistema solar, o que algunos de ellos, de alguna forma, lleguen hasta las estrellas. Quizá protejan la Tierra o mitiguen la fuerza del sol. Serán ellos quienes lo decidan, y serán ellos quienes lo hagan, no nosotros. ¿Me oyes? Ellos.

—Quizá los demás lo perciban de forma distinta. Pueden estar alarmados o aterrorizados, y quizá tomen medidas para acabar con esto.

—¿Por qué? —preguntó Gaia—. No supone ninguna amenaza para ellos.

—Supongo que no. Pero existe un elemento moral. Lo que buscas es un renacimiento puramente humano, ¿verdad? La raza anterior se subió a las máquinas,

no porque estuviera obligada, sino porque así lo decidió, porque ése sería el modo en que el espíritu seguiría viviendo y creciendo para siempre. No quieres que esto vuelva a suceder. Tú quieres perpetuar la guerra, la tiranía, la superstición, el sufrimiento, el instinto en un combate a muerte, el antiguo simio, el antiguo animal de presa.

—Quiero perpetuar al amante, al padre, al hijo, al aventurero, al artista, al poeta, al profeta. Otro elemento en el universo. ¿Tenemos las máquinas, con toda la confianza que hemos depositado en nosotras mismas, todas las respuestas, todos los sueños, que puedan llegar a existir?

El Viajero titubea.

—No soy yo quien debe decidirlo, sino tus semejantes.

—Pero quizás ahora entiendes por qué he guardado el secreto y por qué he discutido y, sí, luchado, a mi manera, contra los planes del cerebro galáctico. Algún día, mis humanos descubrirán su existencia, y espero que entonces estén preparados para asimilarlo. Pero dejemos que esas presencias poderosas sigan apareciendo entre ellos durante los próximos miles de años; que las señales y los milagros, los cielos cambiantes y el mundo, estén por todas partes. ¿Qué libertad iban a tener mis hijos, salvo la de sentirse atemorizados y rendir culto? ¿Qué destino les espera después, sino el de ser animales en una reserva, tener prohibido todo riesgo que les ponga en peligro, hasta que, al final, en el mejor de los casos, también ellos acaben por disolverse en las máquinas?

El Viajero habla con más energía que antes.

—Es mejor, ¿qué iban a hacer ellos solos? No puedo hacerme una idea. No lo sé. Pero tampoco tú, ¿verdad Gaia? Y... el destino de Christian y Laurinda hace que me plantee cosas.

—Sabes —dice ella— que eran ellos quienes deseaban la condición humana.

—Podían haberla conseguido de nuevo.

Imaginemos una cabeza coronada haciendo un gesto de negación.

—No. Supongo que ningún otro nodo crearía un mundo para albergar su mortalidad; no se tomaría la molestia ni pensaría que fuese correcto.

—Entonces ¿por qué no tú, que tienes tantos mundos dentro de ti?

Gaia no es rencorosa. Una mente como la suya está por encima de eso. Pero dice:

—No puedo aceptarlos. Después de todo lo que han aprendido, ¿cómo van a volver a mí? Y hacer nuevas copias, libres de recuerdos para que sus días se llenen de desesperación..., no tendría sentido.

—No obstante, al final, sentí lo que Christian sentía.

—Y yo sentí lo que sentía Laurinda. Pero ahora están en paz, en nosotros.

—Porque ya no existen. Sin embargo, me angustia. —La más mínima rebelión, ante la desventaja de ser consciente de todo, que es que nada puede ser ignorado y

olvidado—. Y eso me hace plantearme cuestiones de las que supongo que Alfa querrá obtener respuestas, si es que las hay.

Pasado un lapso de tiempo que en realidad no podría medirse tanto por temblores cuánticos como por estrellas, el Viajero dice:

—Traigámoslos de vuelta.

—Ahora eres tú quien se comporta de forma despiadada —dice Gaia.

—Creo que tenemos que hacerlo.

—Entonces, que así sea.

Las mentes se unen. Recopilan y ordenan los datos. Se establece una configuración.

No emula un mundo vivo ni cuerpos vivos. Las mentes están de acuerdo en que eso sería demasiado atractivo y les causaría un tormento excesivo. Los sujetos de su investigación deben pensar con claridad, pero debido a que desean indagar en lo más recóndito de su existencia, les permiten sentir con la misma intensidad que cuando estaban vivos.

Imaginemos una profunda oscuridad en cuyo interior brilla el lento resurgimiento de dos espectros, hasta que se encuentran cara a cara antes de fundirse en un abrazo inexistente.

—Oh, mi amor, ¿eres tú? —grita Laurinda.

—¿Te acuerdas? —murmura Christian.

—Nunca lo he olvidado, no por completo, ni siquiera en la culminación de la individualidad.

—Yo tampoco, no del todo.

Permanecen en silencio durante un instante, aunque la oscuridad se estremece con el latido de los corazones que una vez tuvieron.

—Otra vez —dice Laurinda—. Siempre.

—¿Podría suceder? —se pregunta Christian.

A través del vacío de la muerte, perciben las palabras de alguien:

—Gaia, si me entregas a Laurinda, la llevaré a casa con Christian..., a Alfa.

Y otro pregunta:

—Hija, ¿lo deseas? Puedes quedarte en la Tierra y formar parte de la nueva humanidad.

Participará de esos mundos, el interior y el exterior, únicamente como un recuerdo del ser al que habría regresado; pero si se va, no tendrá ni siquiera eso.

—Una vez te escogí, madre —responde Laurinda.

Christian detecta la batalla que se está librando en su interior y le dice:

—Cariño, tienes que hacer lo que tú desees.

Se vuelve hacia él:

—Deseo estar contigo. Para siempre.

Y también, solamente, como recuerdo, igual que él; pero sean lo que sean, estarán juntos, como uno solo, y seguirán viviendo, sin olvidarse.

—Adiós, hija —dice Gaia.

—Bienvenida —dice el Viajero.

La oscuridad se desintegra. Los espectros se disuelven en él mientras sigue en la cima, listo para llevárselos de allí, una parte de todo lo que ha obtenido para aquéllos de quienes es una encarnación.

—¿Cuándo te irás? —le pregunta Gaia.

—Pronto —le dice él: pronto, a casa, a reunirse con su propia individualidad.

Y ella permanecerá allí, esperando el veredicto de las estrellas.

∞



POUL WILLIAM ANDERSON. Escritor de ciencia ficción estadounidense nació el 25 de noviembre de 1926 en Bristol, Pensylvania, y falleció el 31 de julio de 2001 debido al cáncer en Orinda, California. En algunas de sus historias utilizó el pseudónimo de «A. A. Craig», «Michael Karageorge» y «Winston P. Sanders».

De padres escandinavos emigrados a Estados Unidos, cursó estudios universitarios en física en la Universidad de Minnesota, graduándose en 1948. Para entonces ya había publicado varios relatos en la revista *Astounding* (había empezado a escribir relatos de ciencia ficción en 1937 cuando cae convaleciente de una enfermedad), el primero, *A matter of relativity*, en el número de septiembre de 1944. En 1947 publicó su primera obra de envergadura: *Tomorrow's children* en el *Astounding* de marzo, cuando sólo contaba con 20 años; este relato sería uno de los tres que formarían la novela postapocalíptica *El crepúsculo del mundo*. Además, colaboró con *Duel on Syrtis* para *Planet Stories* de la edición de marzo de 1951, sobre el seguimiento que un terrícola hacía de un extraterrestre en Marte, un relato de ficción corta con temática inusual en el campo de las aventuras interplanetarias.

Su formación le permitió dotar de gran verosimilitud científica a sus obras, lo que le ha conferido el ser considerado uno de los exponentes de la ciencia ficción dura. Los beneficios obtenidos de todos estos trabajos le llevaron a tomar la decisión de dedicar «un año sabático» consagrado a escribir. El año sabático se prolongó hasta el último momento de su existencia.

Entre sus primeras novelas se encuentra *La onda cerebral*. Sus libros posteriores pueden agruparse en sagas, como la serie de la *Liga Polesotécnica* protagonizada por Nicholas Van Rijn, la serie *Flandry* de Dominic Flandry, o los viajes a través del tiempo de *La patrulla del tiempo* que comienzan en el relato *Guardianes del tiempo*. Otras obras que no tienen nada que ver con las series anteriores, como ocurre con *Tau Cero*. Como autor prolífico que fue, tocó muchos de los temas habituales de la ciencia ficción, desde los viajes en el tiempo a las invasiones extraterrestres, y desde las naves generacionales al posthumanismo.

Anderson escribió su novela *Tau Cero* en 1967 en medio de un vigoroso debate entre los astrónomos respecto al destino final del universo, en ese momento habían tres posibilidades y Anderson desarrolla en su libro una de éstas de forma amena y muy interesante, aún así esta posibilidad aún no ha sido demostrada. En su última época escribió una tetralogía que comienza con *Cosecha de Estrellas* (1993).

Formó parte del círculo de escritores de John W. Campbell que configuraron la llamada edad dorada. Relatos suyos como *El último viaje*, *No habrá tregua para los Reyes*, *Carne compartida*, *La reina del Aire* y *La oscuridad*, *El canto del chivo*, *La luna del cazador* y *El juego de Saturno* han obtenido varios premios «Hugo» y «Nébulas» en su categoría. Suele comparársele frecuentemente con otros escritores de su tiempo como Ray Bradbury, Stephen Baxter o Robert Heinlein, que le dedicó varias obras suyas tanto a Poul como a la esposa de éste, la también escritora Karen Kruse.

También ha escrito algunas novelas de fantasía, como *Tres corazones y tres leones*, *La espada rota* o la serie *Rey de Ys*, y novelas policíacas. En este campo *A Midsummer Tempest* ganó en 1975 el «Mythopoeic Fantasy Award».

Como expresó en varias ocasiones en sus ensayos de «no-ficción», Anderson sostiene firmemente que ir al espacio no era un lujo innecesario, sino una necesidad existencial, y que el abandono del espacio podría condenar a la humanidad a «una sociedad de bandidos que gobiernan sobre los campesinos», cosa que expresa gráficamente en el escalofriante *Cuento de Bienvenida*. En ella, la humanidad ha abandonado el espacio y se queda con una Tierra superpoblada donde una pequeña élite no sólo trata a todos los demás como esclavos en propiedad, sino que también practica regularmente el canibalismo.

Notas

[1] N. de la T.: En español en el original. <<

[2] «[...] a sea change / into something rich and strange». La tempestad, William Shakespeare. <<

[3] N. de la T.: En español en el original. <<

[4] N. de la T.: Montura ornamental, cubierta por un palio, que se utiliza para viajar a lomos de un elefante. <<